Pedro Mir

Premio Nacional de Literatura 1993

Publicaciones de la
FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.

COLECCIÓN DE
CLÁSICOS DOMINICANOS

COLECCIÓN
PRISMA

COLECCIÓN
PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Pedro Mir

Pedro Mir

Premio Nacional de Literatura 1993

Premio Nacional de Literatura 1993

Pedro Mir es nombre estrechamente anudado a la poesía, especialmente por un poema continentalmente admirado: *Hay un país en el mundo*; pero Pedro Mir, además de su *Contracanto a Walt Withman* que subtitula *Canto a nosotros mismos*, y otras producciones a ese nivel, es un exquisito artista de las letras, que tanto nos puede sorprender por profundidades como por simplicidades en las cuales surge una poesía sin rebuscamientos (que me recuerda algunas poesías misceláneas de Goethe: Baladas, Canciones, "Xenias" Pacatas).

Mir es un maestro de la palabra, de la prosa, que maneja con admirable uso de las sonoridades y del ritmo, podríamos decir que con encanto musical.

La Fundación Corripio Inc., se siente orgullosa de ofrecer a los seguidores de la Colección de Premios Nacionales Dominicanos y al culto público lector que nos apoya con su interés en nuestras publicaciones, el cuarto volumen de esta colección que recoge obras fundamentales de nuestros galardonados.

Quede con ustedes esta selección de la obra de un maestro: Pedro Mir.

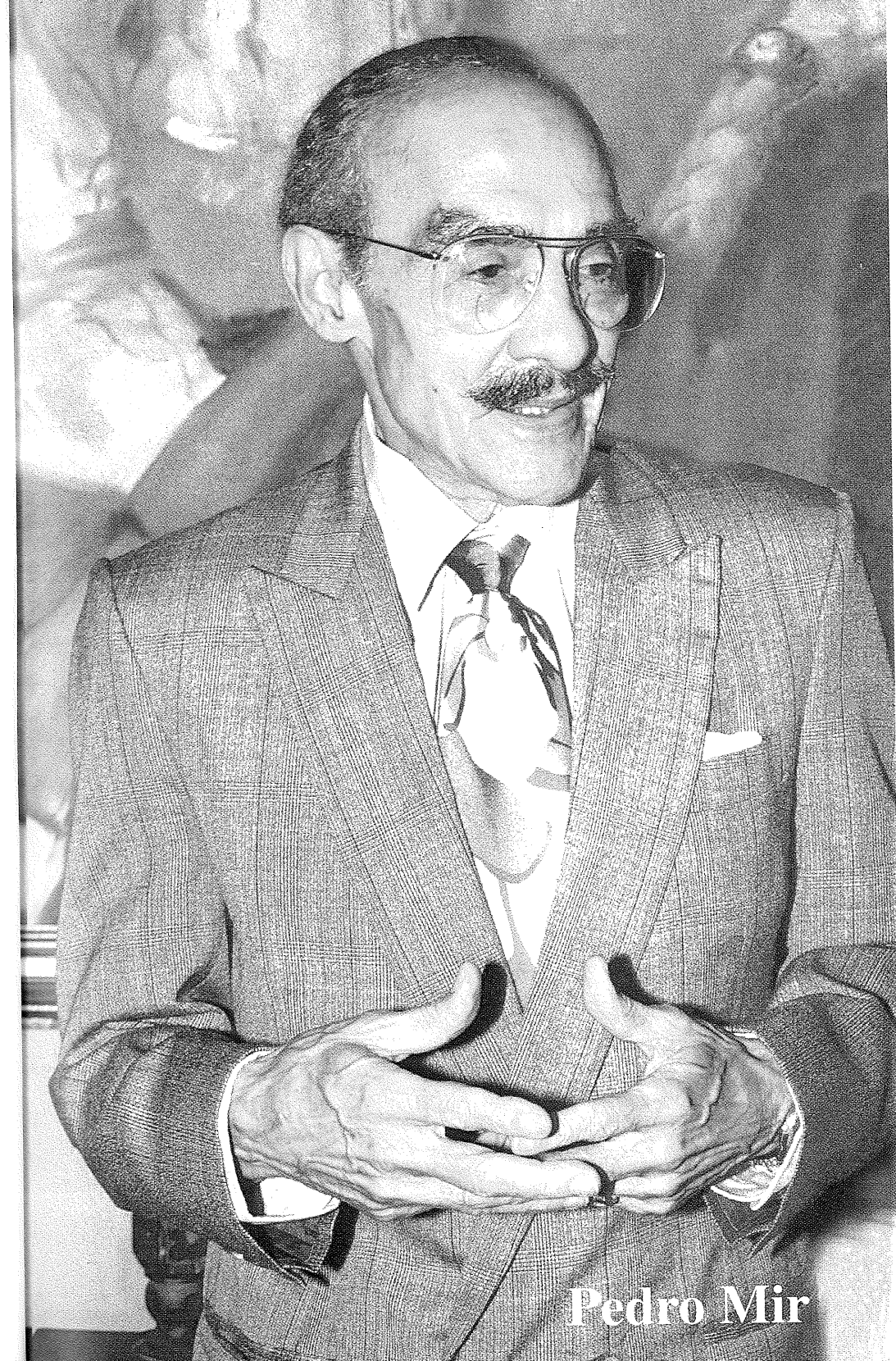
Jacinto Gimbernard

Fundación Corripio, Inc.

Colección
Premio Nacional de Literatura

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard Pellerano

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar



Pedro Mir

ISBN - 99934-54-17-6

Diagramación:
Modesto E. Cuesta S.

Edición al cuidado de:
Andrés Blanco Díaz

Impreso y encuadernado en
Editora Corripio, C. por A
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

INTRODUCCIÓN[1]

Poeta, narrador, ensayista, educador, periodista, abogado, historiador, Pedro Julio Mir Valentín nació en San Pedro de Macorís el 3 de junio de 1913 y murió en Santo Domingo, el 11 de julio de 2000. En su juventud ejerció el magisterio y comenzó a publicar sus primeros textos poéticos, aún no reunidos en libro. Se graduó de Doctor en Derecho en la Universidad de Santo Domingo en 1941. Seis años más tarde partió hacia el extranjero por razones políticas y de salud. Permaneció en Cuba casi veinte años. En La Habana publicó, en 1949, su célebre *Hay un país en el mundo*, poema que le daría prestigio continental.

A su regreso a Santo Domingo ingresó como profesor a la Universidad Autónoma de Santo Domingo, dedicándose a la investigación histórica y estética, al ensayo y periodismo literarios. Por su ensayo sobre

1. *Antología mayor de la literatura dominicana* (siglos XIX-XX) prosa II. Selección, prólogo y notas de José Alcántara Almánzar.

la doctrina Monroe recibió el Premio Anual de Historia y con el extenso poema *El huracán Neruda* obtuvo el Premio Anual de Poesía. En 1984, el Congreso Nacional lo declaró "Poeta Nacional", por la relevancia de su obra conjunta. En 1993 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura, que conceden la Fundación Corripio, Inc. y la Secretaría de Estado de Cultura desde hace algunos años, por la obra de toda una vida.

La poesía de Mir canta a la colectividad en poemas que revelan su identificación con las mayorías oprimidas. El secreto de su inmensa popularidad habría que buscarlo en su vocación libertaria y su continua protesta ante las iniquidades de una sociedad desigual. Su narrativa evidencia en cada frase al poeta que mueve los hilos invisibles de los hechos. Escribe en una prosa lírica y minuciosa, sostenido por los recuerdos del Macorís natal.

Obras publicadas

Hay un país en el mundo (1949)
Contracanto a Walt Whitman (1952)
Seis momentos de esperanza (1953)
Poemas de buen amor y a veces de fantasía (1969)
Amén de mariposas (1969)
Tres leyendas de colores (1969)
El gran incendio (1969)
Viaje a la muchedumbre (1971)

Apertura a la estética (1974)
Las raíces dominicanas de la doctrina Monroe (1974)
El huracán Neruda (1975)
La gran hazaña de Límber y después otoño (1977)
Cuando amaban las tierras comuneras (1978)
Fundamentos de teoría y crítica de arte (1979)
La noción de período en la historia dominicana (1981)
¡Buen viaje, Pancho Valentín! (Memorias de un marinero) (1981)
El color del camino (con fotografías de Domingo Batista, 1982)
La bella historia del hambre dominicana (1987)
Los orígenes del hambre en la República Dominicana (1987)
Estética del soldadito (1991)
El lapicida de los ojos morados (1993)
Primeros versos (1993)
Ayer menos cuarto y otras crónicas (1945-1980), compilador: Francisco Rodríguez de León (2000)

JOSÉ ALCÁNTARA ALMÁNZAR

¡Ah. Desventurados! —exclamó indignado el sirio—. ¿Cómo imaginar semejante exceso de rabia furiosa? Me dan ganas de dar tres pasos y aplastar de tres patadas a todo ese hormiguero de ridículos asesinos...
No os toméis ese trabajo –le respondieron–. Ellos mismos se encargan de su ruina.

VOLTAIRE. *Micromegas*. cap. VII.

Hay
un país en el mundo
colocado
en el mismo trayecto del sol.
Oriundo de la noche.
Colocado
en un inverosímil archipiélago
de azúcar y de alcohol.
Sencillamente
liviano,
como un ala de murciélago
apoyado en la brisa.
Sencillamente
claro.
como el rastro del beso en las solteras
antiguas
o el día en los tejados.
Sencillamente
frutal. Fluvial. Y material. Y sin embargo

sencillamente tórrido y pateado
como una adolescente en las caderas.
Sencillamente triste y oprimido.
Sinceramente agreste y despoblado.

En verdad.
Con tres millones
suma de la vida
y entre tanto
cuatro cordilleras cardinales
y una inmensa bahía y otra inmensa bahía.
tres penínsulas con islas adyacentes
y un asombro de ríos verticales
y tierra bajo los árboles y tierra
bajo los ríos y en la falda del monte
y al pie de la colina y detrás del horizonte
y tierra desde el canto de los gallos
y tierra bajo el galope de los caballos
y tierra sobre el día, bajo el mapa, alrededor
y debajo de todas las huellas y en medio del amor.
Entonces
es lo que he declarado.
Hay
un país en el mundo
sencillamente agreste y despoblado.

Algún amor creerá
que en este fluvial país en que la tierra brota,
y se derrama y cruje como una vena rota,
donde el día tiene su triunfo verdadero,
irán los campesinos con asombro y apero
a cultivar
cantando
su franja propietaria.
Este amor
quebrará su inocencia solitaria.
Pero no.

Y creerá
que en medio de esta tierra recrecida,
donde quiera, donde ruedan montañas por los valles
como frescas monedas azules, donde duerme
un bosque en cada flor y en cada flor la vida,
irán los campesinos por la loma dormida
a gozar
forcejeando
con su propia cosecha.
Este amor
doblará su luminosa flecha.
Pero no.

Y creerá
de donde el viento asalta el íntimo terrón
y lo convierte en tropas de cumbres y praderas,
donde cada colina parece un corazón,
en cada campesino irán las primaveras
cantando
entre los surcos
su propiedad.

Este amor
alcanzará su floreciente edad.
Pero no.
Hay
un país en el mundo
donde un campesino breve,
seco y agrio
muere y muerde
descalzo
su polvo derruido,
y la tierra no alcanza para su bronca muerte.
¡Oídlo bien! No alcanza para quedar dormido.
Es un país pequeño y agredido. Sencillamente triste,
triste y torvo, triste y acre. Ya lo dije:
sencillamente triste y oprimido.

No es eso solamente.
Faltan hombres
para tanta tierra. Es decir, faltan hombres
que desnuden la virgen cordillera y la hagan madre
después de unas canciones.
Madre de la hortaliza.
Madre del pan. Madre del lienzo y del techo.
Madre solícita y nocturna junto al lecho...
Faltan hombres que arrodillen los árboles y entonces
los alcen contra el sol y la distancia.
Contra las leyes de la gravedad
y les saquen reposo, rebeldía y claridad.
y hombres que se acuesten con la arcilla
y la dejen parida de paredes.

Y hombres
que descifren los dioses de los ríos
y los suban temblando entre las redes.
Y hombres en la costa y en los fríos
desfiladeros
y en toda desolación.
Esto es, faltan hombres.
Y falta una canción.

Procedente del fondo de la noche
vengo a hablar de un país.
Precisamente
pobre de población.
Pero
no es eso solamente.
Natural de la noche soy producto de un viaje.
Dadme tiempo
coraje
para hacer la canción.

Plumón de nido nivel de luna
salud del oro guitarra abierta
final de viaje donde una isla
los campesinos no tienen tierra.

Decid al viento los apellidos
de los ladrones y las cavernas
y abrid los ojos donde un desastre
los campesinos no tienen tierra.

El aire brusco de un breve puño
que se detiene junto a una piedra
abre una herida donde unos ojos
los campesinos no tienen tierra.

Los que la roban no tienen ángeles
no tienen órbita entre las piernas
no tienen sexo donde una patria
los campesinos no tienen tierra.

No tienen paz entre las pestañas
no tienen tierra no tienen tierra.

País inverosímil.
Donde la tierra brota
y se derrama y cruje como una vena rota,
donde alcanza la estatura del vértigo,
donde las aves nadan o vuelan pero en el medio
no hay más que tierra:
los campesinos no tienen
tierra.
Y entonces,
¿de dónde ha salido esa canción?

¿Cómo es posible?
¿Quién dice que entre la fina salud del oro
los campesinos no tienen tierra?
Ésa es otra canción. Escuchad
la canción deliciosa de los ingenios de azúcar
y de alcohol.
Miro un brusco tropel de raíles
son del ingenio
sus soportes de verde aborigen
son del ingenio
y las mansas montañas de origen
son del ingenio
y la caña y la yerba y el mimbre
son del ingenio
y los muelles y el agua y el liquen
son del ingenio
y el camino y sus dos cicatrices
son del ingenio
y los pueblos pequeños y vírgenes
son del ingenio
y los brazos del hombre más simple
son del ingenio
y sus venas de joven calibre
son del ingenio
y los guardias con voz de fusiles
son del ingenio
y las manchas de plomo en las ingles
son del ingenio
y la furia y el odio sin límites
son del ingenio
y las leyes calladas y tristes
son del ingenio

y las culpas que no se redimen
son del ingenio
veinte veces lo digo y lo dije
son del ingenio
"nuestros campos de gloria repiten"
son del ingenio
en la sombra del ancla persisten
son del ingenio
aunque arrojen la carga del crimen
lejos del puerto
con la sangre el sudor y el salitre
son del ingenio.

Y éste es el resultado.
El día luminoso
regresando a través de los cristales
del azúcar, primero se encuentra al labrador.
Enseguida al leñero y al picador
de caña
rodeado de sus hijos llenando la carreta.

Y al niño del guarapo y después al anciano sereno
con el reloj, que lo mira con su muerte secreta,
y a la joven temprana cosiéndose los párpados
en el saco cien mil y al rastro del salario
perdido entre las hojas del listero. Y al perfil
sudoroso de los cargadores envueltos en su capa
de músculos morenos. Y al albañil celeste
colocando en el cielo el último ladrillo

de la chimenea. Y al carpintero gris
clavando el ataúd para la urgente muerte,
cuando suena el silbato, blanco y definitivo,
que el reposo contiene.

El día luminoso despierta en las espaldas
de repente, corre entre los raíles,
sube por las grúas, cae en los almacenes.
En los patios, al pie de una lavandera,
mojada en las canciones, cruje y rejuvenece.
En las calles se queja en el pregón. Apenas
su pie despunta desgarra los pesebres.
Recorre las ciudades llenas de los abogados
que no son más que placas y silencio, a los poetas
que no son más que nieblas y silencio y a los jueces
silenciosos. Sube, salta, delira en las esquinas
y el día luminoso se resuelve en un dólar inminente.

¡Un dólar! He aquí el resultado. Un borbotón de
sangre.
Silenciosa, terminante. Sangre herida en el viento.
Sangre en el efectivo producto de amargura.
Éste es un país que no merece el nombre de país.
Sino de tumba, féretro, hueco o sepultura.
Es cierto que lo beso y que me besa
y que su beso no sabe más que a sangre.
Qué día vendrá, oculto en la esperanza,
con su canasta llena de iras implacables
y rostros contraídos y puños y puñales.
Pero tened cuidado. No es justo que el castigo
caiga sobre todos. Busquemos los culpables.
y entonces caiga el peso infinito de los pueblos
sobre los hombros de los culpables.

1

Y así,
palor de luna
pasajeros
despoblados y agrestes del rocío,
van montañas y valles por el río
camino de los puertos extranjeros.

Es verdad que en el tránsito del río,
cordilleras de miel, desfiladeros
de azúcar y cristales marineros
disfrutan de un metálico albedrío,

y que al pie del esfuerzo solidario
aparece el instinto proletario.
Pero ebrio de orégano y de anís

y mártir de los tórridos paisajes
hay un hombre de pie en los engranajes.
Desterrado en su tierra. Y un país

2

en el mundo,
fragante,
colocado
en el mismo trayecto de la guerra.
Traficante de tierras y sin tierra.

Material. Matinal. Y desterrado.
Y así no puede ser. Desde la sierra
procederá un rumor iluminado
probablemente ronco y derramado.
Probablemente en busca de la tierra.

Traspasará los campos y el celeste
dominio desde el este hasta el oeste
conmoviendo la última raíz

y sacando los héroes de la tumba
habrá sangre de nuevo en el país.

Habrá sangre de nuevo en el país.
Y ésta es mi última palabra.
Quiero
oírla. Quiero verla en cada puerta
de religión, donde una mano abierta
solicita un milagro del estero.

Quiero ver su amargura necesaria
donde el hombre y la res y el surco duermen
y adelgazan los sueños en el germen
de quietud que eterniza la plegaria.

Donde un ángel respira.
Donde arde
una súplica pálida y secreta
y siguiendo el carril de la carreta
un boyero se extingue con la tarde.

Después
no quiero más que paz.
Un nido
de constructiva paz en cada palma.
y quizás a propósito del alma
el enjambre de besos
y el olvido.

Contracanto a Walt Withman

(canto a nosotros mismos)

(1952)

Contracanto a un célebre poema de Walt Withman publicado en 1855 con el título de Canto a mí mismo (Song of myself), *que se inicia así:*

"Yo, Walt Withman, un cosmos,
un hijo de Manhattan..."

Yo,
un hijo del Caribe,
precisamente antillano.
Producto primitivo de una ingenua
criatura borinqueña
y un obrero cubano,
nacido justamente, y pobremente,
en suelo quisqueyano.
Recorrido de voces,
lleno de pupilas
que a través de las islas se dilatan,
vengo a hablarle a Walt Whitman,
un cosmos,
un hijo de Manhattan.
Preguntarán
¿quién eres tú?
Comprendo.
Que nadie me pregunte
quién es Walt Whitman.

Iría a sollozar sobre su barba blanca.
Sin embargo,
voy a decir de nuevo quién es Walt Whitman,
un cosmos,
un hijo de Manhattan.

1

Hubo una vez un territorio puro.
Árboles y terrones sin rúbricas ni alambres.
Hubo una vez un territorio sin tacha.
Hace ya muchos años. Más allá de los padres de los [padres
las llanuras jugaban a galopes de búfalos.
Las costas infinitas jugaban a las perlas.
Las rocas desceñían su vientre de diamantes.
Y las lomas jugaban a cabras y gacelas...

Por los claros del bosque la brisa regresaba
cargada de insolencias de ciervos y abedules
que henchían de simiente los poros de la tarde.
Y era una tierra pura poblada de sorpresas.
Donde un terrón tocaba la semilla
precipitaba un bosque de dulzura fragante.
Le acometía a veces un frenesí de polen
que exprimía los álamos, los pinos, los abetos,
y enfrascaba en racimos la noche y los paisajes.
Y eran minas y bosques y praderas
cundidos de arroyuelos y nubes y animales.

2

(¡Oh, Walt Whitman de barba luminosa...!)
Era el ancho Far-West y el Mississippi y las Montañas
Rocallosas y el Valle de Kentucky
y las selvas de Maine y las colinas de Vermont
y el llano de las costas y más...
Y solamente
faltaban los delirios del hombre y su cabeza.
Solamente faltaba que la palabra
mío
penetrara en las minas y las cuevas
y cayera en el surco y besara la Estrella
Polar. Y cada hombre
llevara sobre el pecho,
bajo el brazo, en las pupilas y en los hombros
su caudaloso yo,
su permanencia
en sí mismo,
y lo volcara por aquel desenfrenado territorio.

3

Que nadie me pregunte
quién es Walt Whitman.
A través de los siglos
iría a sollozar sobre su barba blanca.
He dicho que diré
y estoy diciendo
quién era el infinito y luminoso

Walt Whitman,
un cosmos
¡un hijo de Manhattan!

4

Hubo una vez un intachable territorio puro.
Solamente faltaba que la palabra
mío
penetrara su régimen oscuro.
Sin embargo,
el yo que iba a decirla estaba allí
pero cogido
como un pez
en su red de costillas.
Estaba
pero interno, pero adusto y confinado
y amaba y deshojaba sus novias amarillas.
Afuera estaba el firme sistema de la Ley.
Estaba la celosa
regulación de la conducta.
La Ley del algodón, la Ley del sueño,
la Ley inglesa, dura y definitiva.
Y apenas
un breve yo surgía entre dos párpados,
se iluminaba el cumplimiento de la Ley.
Y entonces.
cada cual derogaba su yo desestimado
entre el musgo, la sombra, la amapola
y el buey.

5

Y un día
(¡Oh, Walt Whitman de barba insospechada...!)
al pie de la palabra
yo
resplandeció la palabra
Democracia.
Fue un salto.
De repente
el más recóndito yo
encontró su secreto beneficio.
Libertad de Trabajo. Libertad de Conciencia.
Libertad de Palabra. Libertad de Camino.
Libertad de aventura, proyecto y fantasía.
Libertad de fracaso, de amor y de apellido.
Libertad sin retorno ni vértices ni ortigas.
Libertad de quererme y mirarme en su pupila.
Libertad de la dulce asamblea que tengo en mi corazón
contigo y con toda la infinita humanidad que rueda a
[través
de todas las edades, los años, las tierras, los países,
los credos, los horizontes... y fue la necesaria
[instalación del júbilo.
Las colinas desataron luceros y luciérnagas.
Las uvas se embriagaron de vino y de perennidad.
En todo el territorio
se hizo la gran puerta de la oportunidad
y todo el mundo tuvo acceso a la palabra
mío.

8

¡Oh, Walt Whitman, tu barba sensitiva
era una red al viento!
Vibraba y se llenaba de encendidas figuras
de novias y donceles, de bravos y labriegos,
de rudos mozalbetes camino del riachuelo,
de guapos con espuelas y mozas con sonrisa,
de marchas presurosas de seres infinitos,
de trenzas o sombreros...
Y tú fuiste escuchando
camino por camino
golpeándoles el pecho
palabra con palabra.
¡Oh, Walt Whitman de barba candorosa,
alcanzo por los años tu roja llamarada!

7

Los hombres avanzaron con su suerte
robusta y masculina,
sudorosa. Pilotearon los
barcos
y los días. En la ruta pelearon con los indios
y las indias. En las noches contaron sus historias
y ciudades. En la brisa colgaron sus camisas
y caminos. En los valles pusieron diligencias
y ciudades. En la brisa colgaron sus camisas
y el olor de los pechos procedentes del hacha

y a veces se extraviaron en las sombras
de un vientre de muchacha...
Aquel territorio fue creciendo hacia arriba
y hacia abajo.
Rascacielos
y minas
se iban alejando de la tierra,
unidos y distantes.
Los más fuertes, los más iluminados, los más
capaces de violar un camino, fueron adelante.
Otros quedaron atrás. Pero la marcha
seguía sin sosiego, sin volver la mirada.
Era preciso
confianza en sí mismo.
Era preciso
fe.
y suavemente se forjó la canción:
yo el cow-boy y yo el aventurero
y yo el pioneer y yo el lavador de oro
y yo Alvin, yo William con mi nombre y mi suerte de
barajas,
y yo el predicador con mi voz de barítono
y yo la doncella que tengo mi cara
y yo la meretriz que tengo mi contorno
y yo el comerciante, capitán de mi plata
y yo
el ser humano
en pos de la fortuna para mí, sobre mí,
detrás de mí,
Y con el mundo entero
a mis pies, sometido a mi voz,
recogido en mi espalda
y la estatura de la cordillera yo

yo
y el pescador se comprendió en su capa
y el cazador se oyó en mitad de su disparo
y el leñador se conoció en su hacha
y el labriego en su siembra y el lavador
de oro en su semblante amarillo sobre el agua
y la doncella en su ciudad futura
que crece y que madura
bajo la saya
y la meretriz en su fuente de alegría
y el minero de sombra en sus pasos debajo de la patria...
cuando el alto predicador, bajando la cabeza,
entre dos largas manos, decía
yo
y se encontraba unido al fundidor y al vendedor
y al caminante oscuro de suave polvareda
y al soñador y al trepador
y al albañil terrestre parecido a una lápida
y al labrador y al tejedor
y al marinero blanco parecido a un pañuelo...
y el pueblo entero se miraba a sí mismo
cuando escuchaba la palabra
yo
y el pueblo entero se escuchaba en ti mismo
cuando escuchaba la palabra
yo, Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan...!
Porque tú eras el pueblo, tú eras yo,
y yo era la Democracia, el apellido del pueblo.
y yo era también Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan!

10

Nadie supo qué noche desgreñada,
un rostro frío, de bajo celentéreo,
se halló en una moneda. Qué reseco semblante
se pareció de pronto a un círculo metálico y sonoro.
Qué cara seca vio en circulación de mano en mano.
Qué seca boca dijo de pronto
yo
y empezó a conjugarse, a cumplirse y a multiplicarse
en todas las monedas.
En monedas de oro, de cobre, de níquel,
en monedas de manos, de venas de vírgenes,
de labradores y pastores, de cabreros y albañiles.
Nadie supo quién fue el desceñido primero.
Mas se le vio una mañana adquirir el crepúsculo.
Mas se le vio otra mañana comprar la conciencia.
Y del fondo de los ríos, de los barrancos, de la
médula
de los arbustos, del filo de las cordilleras,
pasando por torrentes de sudor y de sangre,
surgieron entonces los Bancos, los Truts, los
[monopolios,
las Corporaciones... y, cuando nadie lo supo,
fueron a dar allí la cara de la niña y el corazón
del aventurero y las cabriolas del cow-boy y los
anhelos
del pioneer... y todo aquel inmenso territorio
empezó a circular por las cajas de los Bancos, los
[libros
de las Corporaciones, las oficinas de los rascacielos,
las máquinas de calcular...
y ya:

se le vio una mañana adquirir la gran puerta de la
[oportunidad
y ya más nadie tuvo acceso a la palabra mío
y ya más nadie ha comprendido la palabra yo.

11

Preguntadlo a la noche y al vino y a la aurora...
Por detrás de las colinas de Vermont, los llanos de las
[costas,
por el ancho Far-West y las Montañas Rocallosas,
por el valle de Kentucky y las selvas de Maine.
Atravesad las fábricas de muebles y automóviles, los
[muelles,
las minas, las casas de apartamientos, los ascensores
[celestiales,
los lupanares, los instrumentos de los artistas;
buscad un piano oscuro, revolved las cuerdas,
los martillos, el teclado, rompedle el arpa silenciosa
y tiradla sobre los últimos railes de la madrugada...
Inútilmente.
No encontraréis el limpio acento de la palabra
yo.
Quebrad un teléfono y un disco de baquelita,
arrancadle los alambres a un altoparlante nocturno,
sacad al sol el alma de un violin Stradivarius...
Inútilmente.
No encontraréis el limpio acento de la palabra
yo.

(¡Oh, Walt Whitman, de barba desgarrada!)
¡Qué de rostros caídos, qué de lenguas atadas,
qué de vencidos hígados y arterias derrotadas...!
No encontraréis
más nunca
el acento sin mancha
de la palabra
yo.

12

Ahora,
escuchadme bien:
si alguien quiere encontrar de nuevo
la antigua palabra
yo
vaya a la calle del oro, vaya a Wall Street.
No preguntéis por Mr. Babbitt. Él os lo dirá.
—Yo, Babbitt, un cosmos,
un hijo de Manhattan.
Él os lo dirá
—Traedme las Antillas
sobre varios calibres presurosos, sobre cintas
de ametralladoras, sobre los caterpillares de los
[tanques
traedme las Antillas.
Y en medio de un aroma silencioso
allá viene la isla de Santo Domingo.
—Traedme la América Central.
Y en medio de un aroma pavoroso
allá viene callada Nicaragua.

—Traedme la América del Sur.
Y en medio de un aroma pesaroso
allá viene cojeando Venezuela.
Y en medio de un celeste bogotazo
allá viene cayendo Colombia.
Allá viene cayendo Ecuador.
Allá viene cayendo Brasil.
Allá viene cayendo Puerto Rico.
En medio de un volumen salino
allá viene cayendo Chile...
Vienen todos. Allá vienen cayendo.
Cuba trae su dolor envuelto en un estremecimiento
[de comparsas.
México trae su rencor envuelto en una sola mirada
[fronteriza.
Y Haití, y Uruguay y Paragüay, vienen cayendo.
Y Guatemala, El Salvador y Panamá, vienen cayendo.
Vienen todos. Vienen cayendo.
No preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho.
—Traedme todos esos pueblos en azúcar, en nitrato,
en estaño, en petróleo, en bananas,
en almíbar
traedme todos esos pueblos.
No preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho.
Vienen todos, vienen cayendo.

13

Si queréis encontrar el duro acento moderno
de la palabra
yo
id a Santo Domingo.
Pasad por Nicaragua. Preguntad en Honduras.
Escuchad al Perú, a Bolivia, a la Argentina.
Dondequiera hallaréis un capitán sonoro
un yo.
Un jefe luminoso,
un yo, un cosmos.
Un hombre providencial,
un yo, un cosmos, un hijo de su
patria.
Y en medio de la noche fragorosa de la América
escucharéis, detrás de madureces y fragancias,
mezclados con sordos quejidos, con blasfemias y
[gritos,
con sollozos y puños, con largas lágrimas y largas
aristas y maldiciones largas
un yo, Walt Whitman, un cosmos,
un hijo de Manhattan.
Una canción antigua convertida en razón de fuerza
entre los engranajes de las factorías, en las calles
de las ciudades. Un yo, un cosmos, en las guardarrayas,
y en los vagones y en los molinos de los centrales.
Una canción antigua convertida en razón de sangre y
[de miseria,
un yo, un Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan...!

14

Porque
¿qué ha sido la ventura de los pueblos
sino un cambio continuo, un movimiento
eterno,
un fuego infinito que se enciende y que se
apaga?
¿Qué ha sido
sino un chorro incontenido,
espejo ayer de oteros y palmares,
hoy nube blanca?
¿Y qué
sino una brega infatigable
en que hoy manda un puñado de golosos
y mañana los puños deliciosos,
fragantes y frenéticos del pueblo
innumerable?
Por eso tú, innúmero Walt Whitman,
que en mitad de la noche dijiste
yo
y el herrero sonoro se descubrió en la llama
y el forjador y el fogonero
yel cuidador del faro, celeste de miradas,
y el fundidor y el leñero
y la niña celeste colando la alborada
y el pionero y el bombero
y el cochero y el aventurero y el arriero...
Tú,
que en medio de la noche dijiste
Yo, Walt Whitman, un cosmos,
un hijo de Manhattan

y un pueblo entero se descubrió en tu lengua
y se lanzó de lleno a construir su casa,
hoy,
que ha perdido su casa,
hoy,
que tiene un puñado de golosos sonrientes y
[engreídos,
hoy,
que ha cambiado el fuego infinito que se enciende
[y que se apaga
hoy...
hoy no te reconoce
desgarrado Walt Whitman,
porque tu signo está guardado en las cajas de los
[Bancos,
porque tu voz está en las islas guardadas por arrecifes
de bayonetas y puñales,
porque tu voz inunda los decretos y los centros de
Beneficencia
y los juegos de lotería,
porque hoy,
cuando un magnate sonrosado,
en medio de la noche cósmica,
desenfrenadamente dice
yo
detrás de su garganta se escucha el ruido de la
muchedumbre
ensangrentada explotada refugiada
que torvamente dice
tú
y escupe sangre entre los engranajes,
en las fronteras y las guardarrayas...
¡Oh, Walt Whitman de barba interminable!

15

Y ahora
ya no es la palabra
yo
la palabra cumplida
la palabra de toque para empezar el mundo.
Y ahora
ahora es la palabra
nosotros.
Y ahora,
ahora es llegada la hora del contracanto.
Nosotros los ferroviarios,
nosotros los estudiantes,
nosotros los mineros,
nosotros los campesinos,
nosotros los pobres de la tierra,
los pobladores del mundo,
los héroes del trabajo cotidiano,
con nuestro amor y con nuestros puños,
enamorados de la esperanza.
Nosotros los blancos,
los negros, los amarillos,
los indios, los cobrizos.
los moros y morenos,
los rojos y aceitunados,
los rubios y los platinos,
unificados por el trabajo,
por la miseria, por el silencio,
por el grito de un hombre solitario
que en medio de la noche,
con un perfecto látigo,

con un salario oscuro
con un puñal de oro y un semblante de hierro,
desenfrenadamente grita
yo
y siente el eco cristalino
de una ducha de sangre
que decididamente se alimenta en
nosotros
y en medio de los muelles alejándose
nosotros
y al pie del horizonte de las fábricas
nosotros
y en la flor y en los cuadros y en los túneles
nosotros
y en la alta estructura camino de las órbitas
nosotros
camino de los mármoles
nosotros
camino de las cárceles
nosotros...

16

Y un día,
en medio del asombro más grande de la historia,
pasando a través de muros y murallas
la risa y la victoria,
encendiendo candiles de júbilo en los ojos
y en los túneles y en los escombros,
¡oh, Walt Whitman de barba nuestra y definitiva!

Nosotros para nosotros, sobre nosotros
y delante de nosotros...
Recogeremos puños y semilleros de todos los pueblos
y en carrera de hombros y brazos reunidos
los plantaremos repentinamente
en las calles de Chile, de Ecuador y Colombia,
de Perú y Paraguay,
de El Salvador y Brasil,
en los suburbios de Buenos Aires y de La Habana
y allá en Macorís del Mar, pueblo pequeño y mío,
hondo rincón de aguas perdido en el Caribe,
donde la sangre tiene
cierto rumor de hélices quebrándose en el río...
¡Oh, Walt Whitman de estampa proletaria!
Por las calles de Honduras y el Uruguay.
Por los campos de Haití y los rumbos de Venezuela.
En plena Guatemala con su joven espiga.
En Costa Rica y en Panamá.
En Bolivia, en Jamaica y dondequiera,
dondequiera que un hombre de trabajo
se trague la sonrisa,
se muerda la mirada,
en la faz del fusil y del jornal.
¡Oh, Walt Whitman!
Blandiendo el corazón de nuestros días delante de
nosotros.
nosotros y nosotros y nosotros.

17

¿Por qué queríais escuchar a un poeta?
Estoy hablando con unos y con otros.
Con aquéllos que vinieron a apartarlo de su pueblo,
a separarlo de su sangre y de su tierra,
a inundarle su camino.
Aquéllos que lo inscribieron en el ejército.
Los que violaron su barba luminosa y le pusieron un [fusil
sobre sus hombros cargados de doncellas y pioneros.
Los que no quieren a Walt Whitman el demócrata,
sino a un tal Whitman atómico y salvaje.
Los que quieren ponerle zapatones
para aplastar la cabeza de los pueblos.
Moler en sangre las sienes de las niñas.
Desintegrar en átomos las fibras del abuelo.
Los que toman la lengua de Walt Whitman
por signo de metralla,
por bandera de fuego.
¡No, Walt Whitman, aquí están los poetas de hoy
levantados para justificarte!
"—¡Poetas venideros, levantaos, porque vosotros debéis justificarme!"
Aquí estamos, Walt Whitman, para justificarte.
Aquí estamos
por ti
pidiendo paz.
La paz que requerías
para empujar el mundo con tu canto.
Aquí estamos
salvando tus colinas de Vermont,

tus selvas de Maine, el zumo y la fragancia de tu tierra
tus guapos con espuelas, tus mozas con sonrisas,
tus rudos mozalbetes camino del riachuelo.
Salvándolos, Walt Whitman, de los traficantes,
que toman tu lenguaje por lenguaje de guerra.
¡No, Walt Whitman, aquí están los poetas de hoy,
los obreros de hoy, los pioneros de hoy, los campesinos
[de hoy,
firmes y levantados para justificarte!
¡Oh, Walt Witman de barba levantada!
Aquí estamos sin barba,
sin brazos, sin oído,
sin fuerzas en los labios,
mirados de reojo,
rojos y perseguidos,
llenos de pupilas
que a través de las islas se dilatan,
llenos de coraje, de nudos de soberbia
que a través de los pueblos se desatan,
con tu signo y tu idioma de Walt Whitman
aquí estamos
en pie
para justificarte,
¡continuo compañero de Manhattan!

SEIS MOMENTOS DE ESPERANZA
(1953)

Si alguien quiere saber cuál es mi patria

I

Si alguien quiere saber cuál es mi patria
no la busque,
no pregunte por ella.

Siga el rastro goteante por el mapa
y su efigie de patas imperfectas.
No pregunte si viene del rocío
o si tiene espirales en las piedras
o si tiene sabor ultramarino
o si el clima le huele en primavera.
No la busque ni alargue las pupilas.
No pregunte por ella.

(¡Tanto arrojo en la lucha irremediable
y aún no hay quien lo sepa!
¡tanto acero y fulgor de resistir
y aún no hay quien lo vea!)

No, no la busque.
Si alguien quiere saber cuál es mi patria,
no pregunte por ella.
No quiera saber si hay bosques, trinos,
penínsulas muchísimas y ajenas,
o si hay cuatro cadenas de montañas,
todas derechas,
o si hay varios destinos de bahías
y todas extranjeras.

Siga el rastro goteante por la brisa
y allí donde la sombra se presenta,
donde el tiempo castiga y desmorona,
ya no la busque,
no pregunte por ella.
Su propia sangre, su órbita querida,
su instantáneo chispazo de presencia,
su funeral de risa y de sonrisa,
su potrero de espaldas indirectas,
su puño de silencio en cada boca,
su borbotón de ira en cada mueca,
sus manos enguantadas en la fábrica y
sus pies descalzos en la carretera,
las largas cicatrices que le bajan
como antiguos riachuelos, su siniestra
figura de mujer
obligada a parir
con cada coz que busca su cadera
para echar una fila de habitantes
listos para la rueda,
todo dirá de pronto dónde existe
una patria moderna.

Dónde habrá que buscar y qué pregunta
se solicita. Porque apenas
surge la realidad y se apresura
una pregunta, ya está la respuesta.

No la busque.
Tendría que pelear por ella...

II

Así vamos los pueblos de la América
en mangas de camisa. No pregunte
nadie por la patria de nadie.

No pregunte
si el plomo está prohibido, si la sangre
está prohibida, si en las leyes
está prohibida el hambre.
Si resulta la noche
y firmemente los labriegos saben
el rumbo de la aurora,
el curso de la siembra. Si los sables
duermen por largo tiempo,
si están prohibidas las cárceles...
Porque apenas un crudo mozalbete desgranado
enarbola la paz como un fragante
pabellón infinito, en nombre del amor
o de la juventud en medio de las calles
el látigo produce su rúbrica instantánea,
su bronco privilegio. Porque apenas

un escritor coloca sus telares
en la página blanca y teje un grito
y pide paz y pide voz o pide pan y luz
para las sombras populares,
para los barrios, para las niñas,
para las fábricas, para los matorrales,
cuando no el ostracismo es el silencio,
cuando no es el olvido es el gendarme...
Y así vamos los pueblos de la América
tan numerosos y unos. No pregunte
nadie
por la patria de nadie.
Ni en los países del mar o los océanos
todos con sus hermosas capitales,
ni en las islas o los cayos
matinales.

No pregunte si hay minas infinitas,
todas inagotables,
y luchas por salvarlas del saqueo,
todas con cadáveres...

Un aroma común, un aire justo
de familia recorre, nuestros ángeles,
nuestros fusiles, nuestras metonimias...
Un rostro amargo y una misma mano y unas tardes
melancólicas de nuestras tierras crían
los mismos sudores, los mismos ademanes
y la misma garra sangrienta y conocida.

Nadie pregunte por la patria de nadie.
Por encima de nuestras cordilleras y las líneas
fronterizas, más rejas y alambradas que carácter,

o diferencia o rumbo del perfil,
el mismo drama grande,
el mismo cerco impuro, el ojo vigilante.
Veinte patrias para un solo tormento.
Un solo corazón para veinte fatigas nacionales.
Un mismo amor, un mismo beso para nuestras tierras
y un mismo desgarramiento en nuestra carne.
No, no pregunte
nadie por la patria de nadie.
Tendría que mudar de pensamiento
y llorar solamente por la sangre...

III

Si alguien quiere saber cuál es mi patria
se lo diré algún día.
Cuando hayan florecido los camellos
en medio del desierto. Cuando digan
que las mujeres bajan sus dos manos
de la cabeza y la alzan en la brisa,
cuando los trenes salgan a la calle
el día de la fiesta con sus vías
bajo el brazo y descanse el fogonero.
Cuando la caña se desnude y rían
los machetes en fuga hacia el batey
dejando en paz las manos sorprendidas.
Cuando todo milagro sea posible
y ya no sea milagro el de la vida.
Cuando empiece a bajar esta marea
de ignominia

y deje al descubierto hacia la aurora
el fondo firme de los pueblos. Día
justo de enumerar las cordilleras
y decir cuáles son las siete risas
de la nueva semana y cuáles son
los meses que contienen alegría.
Entonces se sabrá cuál es mi patria
y mucha gente irá con sus camisas
de todos los colores y ciudades.
Llenarán sus costuras con la firma
nuestra, de nuestra libertad y entonces
irán a repartirlas.
La llevarán al viento por los valles
en todas las Antillas.

Dirán que somos libres y golosos
que gozamos del pan y de la espiga.
Que cada hombre tiene dignidad,
que cada mujer sonrisa.
Que tenemos la patria verdadera
y ésta también será la patria mía.
Si alguien quiere saber cuál es mi patria
se lo diré ese día.
Yo lo diré tocando la guitarra
con mi novia bordada en la camisa,
con botones de oro, blancos puños
y una gran amapola sonreída...
Si alguien quiere saber dónde está ella
yo se lo diré ese día.
Ahora no la busque.
No pregunte por ella todavía.

Pero el día fragante que lo sepa
procure estar bien cerca y bullicioso,
porque habrá patria grande para entonces
y no habrá ni un silencio de rodillas...

IV

Si alguien quiere saber cuál es mi patria,
lo diré en una tarde americana.
Cuando el mundo se quite la cabeza
y le arranque la espina innominada.
Cuando el hilo de todas las fronteras
teja como una alfombra todas las patrias.
Y una risa inmensa
recorra las montañas
y haga huir como murciélagos despavoridos
a los acorazados con sus arrogancias,
con su larga cadena de oprobio
que une nuestras gargantas
y nos saca en sangre y pulpa
las tierras perfumadas...

Y empiece entonces a inundar las calles
tanta gente escondida dentro de su casaca,
y las imprentas salgan a ver
con el vientre lleno de libros y de portadas
todos nuestros suburbios desde sus páginas
y las madres alcen sus hijos hacia la luz
de la aurora, sin guerra y sin amenazas...

Día justo y solemne de contestar
de cuánto goce se compone una patria.
Cuáles son los veinte ruidos
de la nueva batalla.
A quién le corresponde el apetito,
a quién el gesto copioso y la guirnalda,
qué colorido el del más ancho traje,
qué ritmo el de la más noble carcajada.
Cuáles bueyes y cuáles sementales
en la exposición donde las frutas y las canastas...

Pero ahora
nadie pregunte por la patria
de nadie.

Y el día en que estalle
la libertad suprema y soberana,
procure estar bien cerca y bullicioso
porque habrá una gran patria,
una grande, inmensa, inmóvil patria para todos
y no habrá ni un país para estas lágrimas...

Dominí

En tu peñón solitario
lleno de olvido y dolor,
estrictamente salario,
perpetuamente sudor.

En tu girón de archipiélago
de ron y cañaveral,
chupado por el murciélago
numeroso del central.

En tu estirpe de malarias
secretas como tu voz,
llena de angustias agrarias
y de silencio feroz;

Dominí, no estás tan solo,
no estás tan solo, Dominí.
Del ecuador hasta el polo
el mundo lucha por tí.

A pesar de tantos daños,
tanto silencio, a pesar
de tantos sufridos daños
sin comprender, sin pelear;

a pesar de que tu islote
cierra el horizonte y vas
solo como un galeote,
solo y sin brisa quizás;
Dominí, no estás tan solo,
no estás solo, Dominí.
Del ecuador hasta el polo
el mundo lucha por tí.

Y que tus golpes los cargas
en tu solitaria piel,
y que tus noches amargas
te son solas, te son hiel;

Dominí, no estás tan solo,
no estás solo, Dominí.
Te acosa el hambre y el dolo,
solo que tú no estás solo,
y hoy que miran hacia tí
tantos hombres y mujeres

¿qué te pasa, Dominí?

Hay un mundo de quehaceres
y tú duermes o algo así.

O algo más entrañado...
Como si una soledad
desenvolviera a tu lado
sólo sombras, sólo edad.

Como si el tiempo y el agua
que sollozan en tu pie,
o el sol que nace en la fragua
y va a morir al café,

o la niña junto al río
y tú en tu cañaveral
y la tierra y el bohío
fueran todos del central

y el hambre y los goterones
de sangre y lágrimas y
sudor agrio, en los terrones
de tu patria, para tí

fueran solamente. Fueran
sólo de tu soledad.
Y como si hoy estuvieran
solos los hombres de edad,

y las mujeres de espera
y los jóvenes de amor.
Como si el mundo no fuera
hoy tu apoyo y tu vigor:

miles de manos y fuegos
de millones en un haz;
de soldados, de labriegos,
de los que llenan la paz

de alegría y de esperanza,
de los que van al taller
o vienen de la labranza,
de los que saben leer...

De aquél que no, pero sabe
tu lomo herido y tu voz,
llena de un silencio grave
y de un agravio precoz,

del ecuador hasta el polo
hoy todos luchan por ti.
Te acosa el hambre y el dolo,
sólo que tú no estás solo
¡Dominí, no estás tan solo,
no estás solo, Dominí!

La vida manda que pueble estos caminos

Vienen las horas, horas del cielo azul
y de verano, sobre la copa verde.
Vienen sobre las velas de la mar
del sur, y luego sobre los hombres vienen.
Crujen al paso del timón y saltan,
y desde entonces saltan sobre los meses,
y un caracol de manos entre la espuma
coge su mes de plata y lo desenvuelve.

Por estas horas vienen estos caminos
de sangre, temblorosos, hacia la gente;
traen su viejo bulto de sudor, su angustia,
sus jornales de luto sobre las sienes;
traen su vieja rabia de color y el último
recio lenguaje de color y su fiebre;
traen los brazos torcidos como la brisa
de las banderas, el sudor asustado
como el brocal de un pozo y el viejo paño
de lágrimas y el puñal de cruz y la muerte.

Estos viejos caminos cruzan las horas
largas, vienen hacia los hombres, los vuelven
amargos, los hacen madurar en ácida
madurez de fruta cálida y agreste,
y a veces les distribuyen horizontes
rojos de espinas y amapolas rebeldes.

Vienen las horas y yo quería un rápido
florecimiento de amor, una inminente
paz cuajada bajo los techos. ¡La vida
manda que pueble estos caminos oscuros!...

La vida manda que pueble estos caminos y entonces
sale esta voz de sombras y de raíces
amargas y mariposas de fiebre
de esta garganta tupida de raíces
amargas y de encendidas mariposas de fiebre.

Terruño

Por el sur. Por la sombra de sus cabellos sobre
[el hombro.
Por su mirada límpida que mana de dos vértigos
[oscuros.
Por la nube de fiebre que nutre el rocío en su frente.
Por la luz que frecuenta su contorno y que se lava.
Por sus piernas desnudas, extendidas por la calle
[infinita.
Por el sol que le toca, por la huella de su perfil en
[el viento.

Y por oriente y el norte:
Esta tierra de asombro, del amplio asombro, de
[escondidas lágrimas.
Aquella que va al arroyo por agua y por el beso
que huele el fresco tomillo y a la húmeda verbena.

Aquella que va al arroyo viene encendida y avanza
sobrecogida del alba, perseguida de sombras y
[enredada en sus venas.

Por su vientre,
donde un antiguo beso crece hasta la esperanza.
Esta tierra de sueño, del ancho sueño de perdidas
[lágrimas.
Diré que el sol empieza en la breve sien del herrero,
que siempre es mediodía en sus pupilas. Que el
[silencio
forcejea en los aires de la loma cuando un tórrido
[orgullo
distribuye el decoro del yunque y de la fragua.
Por la nube que nutre el sudor de su frente.
Por el sol que le toca y la luz que frecuenta su
[contorno.
Por el brazo sonoro. Por todas sus miradas, que se
[anegan de púrpura.
Por el golpe de ausencia que lo apaga en la muerte.
Por todos los caminos, y por todo silencio y olvidanza.
Presente, con su trote indomable de rotunda
[presencia.

Por el sur,
por oriente y por el norte:
Esta tierra de llanto, del hondo llanto de infinitas
[lágrimas.

Moneda de mi patria

Anverso

El camino del ingenio, como al buey,
al carretero lo desangra el día.
Hay sangre en las colinas todavía.
Más sangre en las entrañas del batey.

Por una desolada geografía
va garrochando su estampada grey.
Su cara es del jornal, y de la ley
su cruz, de esta moneda de agonía.

Y más... Cuando el ingenio le requiere
la última estrella de la sangre y muere
exprimido, su lírica silueta

rinde bajo las ruedas las miradas
y queda en sus pupilas enlodadas
un rastro de mujer y de carreta...

Reverso

En el ingenio caen las primaveras
por las estrías de fornido torno.
Cien obreros comparten el contorno
y el oxígeno azul de las calderas.

Desde cada recinto hay un retorno
perpetuo a la unidad y en las esferas
circulan en sus manos compañeras
doce horas de fuego junto al horno.

De aquella flor de múltiple vestido
esta victoria hacia mi patria viene
sobre los hombros del obrero erguido

y, en vísperas del júbilo cercano,
yo siento que mi sangre lo contiene,
y mis versos coagulan en su mano...

Sonetillo final de la esperanza

Como la marea
vuelve en oleaje
este viejo ultraje
volverá en pelea.

Su brutal coraje
bienvenido sea,
su estricta asamblea,
su rojo paisaje.

Ya en las agonías
de los labradores
el germen avanza,

y en las factorías
los trabajadores
y esta es la esperanza

AMÉN DE MARIPOSAS
(1969)

El autor
y bajo el título de

Amén de mariposas

A LA EMBAJADORA NORTEAMERICANA
EN MÉXICO, EL AÑO DE 1914

porque, durante la ocupación de Veracruz por
tropas de su propio país, exclama:

"¡Ésta es la danza de la muerte
y creo que nosotros tocamos el violín!"

y por lo que en sus palabras suena de
admonitorio, de desgarrador y quién sabe si
hasta de maternal,

dedica

este poema
cincuenta años después,
cuando es más alegre el gatillo del violín,
cuando más tumultoso el delirio de la danza.
Mariposa:
caricatura de aeroplano.

comienzan a derramarse
en el regazo de la duda
pesarosa

Es que
hay columnas de mármol impetuoso no rendidas al
tiempo
y pirámides absolutas erigidas sobre las civilizaciones
que no pueden resistir la muerte de ciertas mariposas.

Cuando supe que tres de los espejos de la sociedad
tres respetos del brazo y orgullo de los hombres
tres y entonces madres
y comienzo del día

habían caído
asesinadas
oh asesinadas

a pesar de sus telares en sonrisa
a pesar de sus abriles en riachuelo
a pesar de sus neblinas en reposo

(y todo el día lleno de grandes ojos abiertos)

roto el cráneo
despedazado el vientre
partida la plegaria
oh asesinadas

comprendí que el asesinato como bestia incendiada
por la cola
no se detendría ya

ante ninguna puerta de concordia
ante ninguna persiana de ternura
ante ningún dintel ni balaustrada
ni ante paredes
ni ante rendijas
ni ante el paroxismo
de los progenitores iniciales

porque a partir de entonces el plomo perdió su rumbo
y el sentido su rango
y sólo quedaba en pie
la Humanidad
emplazada a durar sobre este punto
escandaloso
de la inmensidad
del Universo.
Supe entonces que el asesinato ocupaba el lugar
del pensamiento
que en la luz de la casa
comenzaba a aclimatarse
el puerco cimarrón
y la araña peluda
que la lechuza se instalaba en la escuela
que en los parques infantiles
se aposentaba el hurón
y el tiburón en las fuentes
y engranaje y puñal
y muñón y muleta
en los copos de la cuna
o que empezaba entonces la época rotunda
del bien y del mal desnudos
frente a frente
conminados a una sola

implacable definitiva
decidida victoria
muerte a muerte

Oh asesinadas
No era una vez
porque no puedo contar la historia de los hombres
que cayeron en Maimón
y Estero Hondo
a unos pocos disparos de Constanza
en el mismo corazón del año de 1959
puesto que todo el mundo sabe que somos el silencio
aún en horas de infortunio

No era una vez porque no puedo contar la historia
de este viejo país del que brotó la América Latina
puesto que todo el mundo sabe que brotó de sus vértebras
en una noche metálica denominada
silencio
de una vértebra llamada Esclavitud
de otra vértebra llamada Encomienda
de otra vértebra llamada Ingenio

y que de una gran vértebra dorsal le descendió completa
la Doctrina de Monroe.
No contaré esta historia porque era una vez no la primera
que los hombres caían como caen los hombres con un gesto de fecundidad
para dotar de purísima sangre los músculos de la tierra

La espada tiene una espiga
la espiga tiene una espera
la espera tiene una sangre
que invade a la verdadera

que invade al cañaveral
litoral y cordillera
y a todos se nos parece
de perfil en la bandera

la espiga tiene una espada
la espada una calavera.

Pero un día se supo que tres veces el crepúsculo
tres veces el equilibrio de la maternidad
tres la continuación de nuestro territorio
sobre la superficie de los niños adyacentes
reconocidas las tres en la movida fiebre
de los regazos y los biberones
protegidas las tres por la andadura
de su maternidad navegadora
navegable
por el espejo de su matrimonio
por la certeza de su vecindario
por la armonía de su crecimiento
y su triple escuela de amparo
habían caído en un mismo silencio asesinadas
y eran las tres hermanas Mirabal
oh asesinadas
entonces se supo que ya no quedaba más
que dentro de los cañones había pavor
que la pólvora tenía miedo

que el estampido sudaba espanto
y el polvo lividez
y que entrábamos de lleno en la agonía de una edad
que esto era el desenlace de la Era
Cristiana

Oh dormidas,
oh delicadas
qué injuria de meditar

El mes de noviembre descendía sobre los hombros
como los árboles aún debajo de la noche y aún
dando
sombra

Oh eternas

El péndulo palpitaba las horas del municipio
y el pequño reloj destilaba en silencio gota a gota
veinticinco visiones de un día llamado de noviembre

Pero aún no era el fin
oh dormidas
aún no era el fin
no era el fin

Segundo tiempo

Cuando supe que una pequeña inflamación del suelo
en el Cementerio de Arlington
se cubría de flores y manojos de lágrimas
con insistencia de pabellones y caballos nocturnos
alrededor de un toque de afligida trompeta
cuando todo periódico se abría en esas páginas
cuando se hicieron rojas todas las rosas amarillas
en Dallas
Texas
me dije

cómo era presidencial
el nuevo mes de noviembre

ya millones de seres tocaron lo imposible
ya millones de seres ya millones de estatuas ya
millones
de muros de columnas y de máquinas
comprendieron de súbito
que el asesinato
no ha sido

ni un fragmento de minuto

calculado solamente para las cabezas semicoloniales
y sustantivas
de las tres hermanas Mirabal
sino

que este inédito estilo de la muerte
producto de las manos de los hombres
de manos de hermanos
(por todo el siglo)
muerte sana y artesana
(por todo el mundo)
provista de catálogo
(por todo el tiempo)
de número de serie o serial number
y venida de fuera o made in usa

fría inalterable desdeñosa desde arriba desde
entonces
esta muerte

esta muerte

esta muerte
asume contenido universal
forzosamente adscrita a la condición

del ser humano
en cuyo espectro solar figuran todas las fórmulas
personales
y todas las instancias puras

del individuo
tal
como va por la calle
como habitante de la ciudad con todo su derecho
como
continuador esencial del índice de población o séase
representante manufacturero indiferente agente de
seguros repartidor de leche asalariado guarda
campestre administrador o sabio o poeta o portador
de una botella de entusiasmo etílico donde están
convocadas todas las palabras

ciclamen platabanda metempsicosis
canícula claudia clavicémbalo
cartulario venático vejiga
trepa caterva mequetrefe
primicia verdulero postulante
palabras todas sustitutivas
palabras pronunciables
en lugar de presuntas actitudes
y todas las maldiciones y protestas
y las posiciones geométricas
igual que la rotura del sentido igual
que la rotura de una biela igual
que el desgarrón de la barriga igual
mente todo desquiciado y rom
pido todo maligno y amargo
todo reducido a sombra
y nadidad y oscuridad
y estadidad
palabras mentirosas llenas
de contenido impronunciable
y desechos del organismo

de cualquier muchacha igual
que de cualquier cochero igual
que el choque de la portezuela
del catafalco igual

fue esta universal investidura de la que no está
exento

nadie nadie
ni yo
ni tú
ni nosotros ni ellos ni nadie
podridamente nadie

nadie
desde el mismo momento en que fueron golpeadas
ciertamente
profesionalmente
maquinalmente

tres de las hermanas Mirabal

hasta llegar
en punto
exactamente
al
fin fin fin
de la Era
Cristiana

(Oigamos
oigamos
esto retumba en el
más

absoluto silencio
muchas unidades navales en todos los océanos
inician
su hundimiento después
de deglutir los archipiélagos
de miel envenenada
grandes ejércitos destacados en la entrada del
mundo
comienzan a reintegrarse
a sus viejos orígenes
de sudor y clamor
en el seno de las masas
populares

en el más
en el más categórico y el más
absoluto
silencio)

Porque

hay columnas de mármol impetuoso no rendidas al
tiempo
y pirámides absolutas erigidas sobre las
civilizaciones
que no pueden resistir la muerte de ciertas
mariposas
y calles enteras de urbes imperiales llenas de
transeúntes
sostenidas desde la base por tirantes y cuerdas de
armonía
de padre a hija de joven a jovenzuela de escultor a

modelo
y artilleros atormentados por la duda bajo el cráneo
cuyas miradas vuelan millares de leguas sobre el horizonte
para alcanzar un rostro flotante más allá de los mares

y camioneros rubios de grandes ojos azules
obviamente veloces
que son los que dibujan o trazan las grandes carreteras
y transportan la grasa que engendra las bombas nucleares

y portaviones nuevos de planchas adineradas invencibles
insospechablemente unidos al rumbo del acero y del petróleo
y gigantes de miedo y fronteras de radar y divisiones aéreas

y artefactos electrónicos y máquinas infernales dirigidas
de la tierra hacia el mar y del cielo a la tierra y viceversa
que no pueden
resistir
la muerte
de ciertas
mariposas

porque la vida entera se sostiene sobre un eje de sangre

y hay pirámides muertas sobre el suelo que
humillaron
porque el asesinato tiene que respetar si quiere ser
respetado

y los grandes imperios deben medir sus pasos
respetuosos
porque lo necesariamente débil es lo necesariamente
fuerte
cuando la sociedad establecida muere por los cuatro
costados

cuando hay una hora en los relojes antiguos y los
modernos
que anuncia que los más grandes imperios del
planeta
no pueden resistir la muerte muerte

de ciertas ciertas
debilidades amén
de mariposas

TRES LEYENDAS DE COLORES

(1969)

PRIMERA PARTE

ROLDÁN

ORIENTACIÓN DEL TEMA

"Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto DON y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante".[1]

La vida de Colón se mide en capítulos. Primero, segundo, tercero y cuarto viajes. Un prólogo que es su oscura vida anterior, y un epílogo que es su muerte vallisoletana.

Será preciso que hojeemos rápidamente las ardientes páginas de esta vida, de modo de poder situar históricamente el tema de nuestra aventura. Un tema es una imagen. Una sombra. Una soledad entre sienes. Hay que darle configuración objetiva. Vestimenta carnal. Es algo como esa vaguedad que es un recién nacido un segundo antes de que el escribano público

---

1. Todos los epígrafes son del *Quijote*.

lo ubique en la grey, le dé corporeización social, diga: nació en tal instante, en tal lugar, de tales personas y es su nombre... Al tema habrá que instrumentarle un acta de estado civil. Desprenderlo de los otros temas con los cuales convive y se confunde, en ese vangabundeo delicado que es la meditación. Al tema hay que asolarlo, disociarlo, hacerlo solo. Ponerlo en pensamiento como discurre en corazón. En soledad.

Como vamos así, a la impresionista, hojeando rápidamente la vida de Colón, pasamos al vuelo el barloventear del primer viaje. Sus páginas nos darían un cuadernillo oceánico, con un delicioso acento yodado, como escrito sobre la mar. Lo primero que encontraríamos sería la teoría de las voces. *Cebadera, calmería, islear* –que es el verbo mayor de estas andanzas– *temporizar, surgir en limpio a medio golfo, amainar el trinquete...* términos quebrados por una emoción –mitad angustia, mitad esperanza– que podrían cuajar y quedar simbolizadas en aquella expresión de Las Casas: *"Alegrón de tierra, por Martín Alonzo, pero no lo era..."*

Luego, la teoría de las islas. Aquella que es la postrera hacia el sur, la de sotavento, que debe ser la Cipango de Marco Polo, y nombre va y nombre viene en el desgranar de las islas...

Más tarde, la teoría de los árboles. Porque para un marino, y más si viene de un prolongado marear, ninguna emoción más pura que la de un repentino árbol. A la idea de marinería se opone la imagen de bosque. No hay ideas que haya que violentar más para conciliarlas que la idea de alta mar y la de monte adentro.

Hay que hacerse cargo de la emoción de estos árboles de las Indias –que a más de ser árboles, son distintos, fantásticos, como soñados– para estos marineros tan hechos ya a los horizontes, sin término y al mar idéntico siempre a sí mismo. Y, sobre todo, que vienen sin poder representarse previamente la experiencia a que vienen. Dicen los sabios de la época, congregados por el rey Enrique el Navegante, que en las inmediaciones del trópico, el mar se convierte en un líquido espeso, el *mare pigrum*, donde las naves se incendiarían por la acción directa del sol... y nuestros osados marineros, en vez de romperse en esta amenaza, surgen en el exhuberante verdor nunca soñado. Tenemos el testimonio emocional de uno de ellos, el primero de todos. Colón dirá:

"En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era ela cosa más fermosa de ver que otra se haya visto; veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos tan disformes de los nuestros como el día de la noche... y después hay árboles de mil maneras y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porrque soy bien cierto que todos son cosa de valía, y de ellos traigo la demuestra, y así mismo de las yerbas"...

Y en otra ocasión, el Dr. Chanca, que vendrá de médico a las nuevas tierras, asombrará los ojos y lo dirá también con un exquisito sabor añejo:

"En esta isla había tanta espesura de arboledas que era maravilla, é tanta diferencia de árboles no conocidos a na-

die que era para espantar dellos con fruto, dellos con flor, aunque todo era verde...”

En fin la isla La Española. Esta sí es la que vuelve loco al Descubridor. Formula mil teorías de esta isla enamorada. *“Esta isla es Tarsis, es Cethia, es Ophir y Ophaz e Cipanga y nos la habemos llamado Española...”* Después de ser todas estas cosas, vendrá a serle una especie de querida hermosa, indolente e ingrata, que le causará todas las penas del mundo y a la que nunca podrá olvidar...

Esto, el primer viaje.

En el segundo es cuando nos funda La Isabela, que va a ser nuestro teatro. El viaje comienza triunfalmente. Ya no son la Santa María, la Pinta y la Niña, girón de poema antes que realidad. Ahora son catorce carabelas, tres carracas o buques transporte, mil doscientos soldados, doscientas personas más entre artesanos, oficiales, sacerdotes. Y cien encantadores polizontes que logran filtrarse clandestinamente y que no podían faltar a la llamada de la aventura. Además, tantas parejas de animales –caballos, puercos, gallinas– que vienen idílicamente a fundar dinastía zoológica en la crespa canícula del trópico indiano. Y embriones de cañaveral. Y semillas de romero, de rosa, de lirios...

Al frente, el Almirante que, entre otros títulos y prebendas, ostenta el mínimo y copetudo de Don reservado a la nobleza. Los Reyes le han escrito en 30 de marzo de 1493 autorizándole a que se llamara y se

intitulara DON Cristóbal Colón. Y hay que ver como se solaza aquel hombre que ha realizado la hazaña más grande de todos los siglos con aquellos titulejos:

"...me hicieron grandes mercedes, y me anoblecieron que dende adelante yo me llamase DON y fuese Almirante Mayor de la mar oceana e Visorey y Gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí en adelante se descubriesen y ganasen en la mar oceana, y así sucediese mi hijo mayor y así de grado en grado para siempre jamás..."

Ha cuajado en apoteosis, esplendorosamente, la flamante loquera de Don Cristóbal. Es el genio.

Pero no definitivamente. Este que ahora, desde el castillo de proa de la nave capitana alza su mirada marina a través de un verdadero bosque de mástiles, volverá como antes de ser el genio, a importunar la católica majestad de Don Fernando persiguiéndole de corte en corte, suplicando que le escuchen, humildemente montado en una mula. Es verdad que para entonces montar mula era un privilegio concedido por autorización real, puesto que hay que fomentar la cría, decaída en Castilla para 1494; pero de todos modos, nunca se vio muy airosamente un Almirante Mayor de la mar oceana enhorquetado en una terrestre mula...

Por eso, más tarde vendrá quien le regatee su genio, su hazaña, sus privilegios. Vendrá quien le porfíe su voluble La Española. Hasta quien le discuta sus huesos. Y, como que también vendrá quien le

defienda acaloradamente, y las siete ciudades cabalísticas se disputarán su cuna, vendrá como secuela necesaria la tesis de la complejidad del personaje Colón.

No hay tal. Con lectura y media del *Diario* se llega a la conclusión –que entre tanto navegar le queda a uno flotando como un mareo– de que era de una simplicidad abrumadora. Tan simple era que descubrió la América en vez de Colombia o Cristobalia. Cualquier otro más avisado, en lugar de descubrir mundos se habría dedicado a describirlos, como Vespuccio; y hoy, hasta en la cuotidiana *Made in USA,* estaría presente la instancia de su gloria; diríamos, verbigracia: este es el uniforme nortecolombiano de los días de la ocupación...

Ahora bien: con asegurar que no había tal complejidad, no se quiere derogar el problema ni mucho menos. Sino depurarlo. La complejidad existe; pero no en él, sino en sus circunstancias. Lo complejo no es el personaje Colón, sino las circunstancias Colón. Veamos.

En su primer capítulo, lleno de salpicaduras marinas y magnéticas, Colón descubre el Nuevo Mundo. Es el genio. En el segundo funda La Isabela, primera ciudad, primera iglesia, primer criollo, primera revolución, etcétera, del Nuevo Mundo. Empieza a dejar de serlo. Porque La Isabela no es fundada para la civilización o el mayor bienestar humano, sino para enriquecer las arcas de la corona española. Por lo menos, esa es la razón recóndita del Almirante. Por una parte, porque su hazaña, para serlo genuina y

válidamente, tiene que producirse en oro. Tanto lo piensa él así, que ha de crear la conocidísima fórmula: *"El oro es excelentísimo. De él se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas del paraíso..."* Por consiguiente, el genio es aquel que se produce en oro. Y de ahí la gran obsesión dorada de Colón. Por otra parte, él es también la Corte. Ya lleva el título de DON y ostenta escudo nobiliario. El descubrimiento del Nuevo Mundo, la observación de la declinación de la aguja magnética y la observación de los movimientos de la estrella polar, constituyen la otra cara de la moneda colombina. Y es de ahí de donde resulta la complejidad, y también la gran tragedia del personaje Colón. Toda moneda tiene un lado que se llama cara; pero tiene otro que se llama cruz...

Wasserman ha señalado bonitamente esta bilateralidad colombina. Dice Wasserman:

"Una particularidad del libro de viaje es que unas veces está redactado en primera persona, otras, sin transición, en tercera: Hablando de sí mismo como del Almirante. Tengo para mí que no se trata de un mero descuido de estilo ni de una fórmula vacía. La razón es más honda. El Yo y el Almirante erguíanse en su corazón frente a frente, como dos extraños. Eran dos personas de distintas categorías, distintas responsabilidades, distintas trascendencias: la una un anciano desconfiado, febrilmente inquieto, verdugo de sí mismo, cansado y rigido; la otra un espíritu infalible, instrumento de distintos poderes erigidos en símbolo".

Pero Wasserman no puede pasar de señalar esa duplicidad mientras mantenga al hombre encerrado en sí mismo. Ha debido colocárnoslo en el cruce de las circunstancias. Entonces nos habría hecho ver que Colón es una unidad psicológica grandiosa. Y nos habría explicado por qué pudo Colón mantener intacta su intuición del Nuevo Mundo a través de las peripecias más azarosas de la historia. Si hubiera habido dos personalidades en su interioridad, habría oscilado él como un péndulo entre dos voluntades. Pero Colón era un bloque macizo, de una sola sustancia maravillosa. La verdad es que el mundo cambiaba continuamente, y él le presentaba al mundo una naturaleza múltiple. Es una forma de supervivencia. Por ejemplo, llevaba dos contabilidades del recorrido en el primer viaje. Uno para él, otro para los marinos. Si mostraba el suyo, el verdadero, a la marinería, lo hubieran echado al agua con toda tranquilidad. Y esto hubiera sido muy desagradable para un Descubridor.

De suerte que, para explicarse la estructura dicotómica del personaje, hay que remitirse a sus circunstancias. En seguida se despeja la incógnita. Colón tenía dos papeles. Era un fino sistema de producir islas ignotas. Esto lo hizo bien, pero entonces tenía que ser él quien hiciera producir oro a las islas. Y ya esto era incompatible con lo otro.

Así resulta que cuando él abandona su papel de genio, descubridor de las islas, y asume la de buscador de oro o empresario en las islas descubiertas, tropieza con una fuerza cósmica más poderosa aún que la

del magnetismo terrestre que tanto le inquietó. Desafiando el horizonte desconocido, la aventura incierta, el *mare pigrum*, también el pueblo español se ha embarcado en las carabelas y viene en busca de oro. La fundación de La Isabela significa el planteamiento y la alineación de esas dos fuerzas. De un lado, Colón. Del otro, Roldán. Colón viene a ser la aristocracia, es decir, el despotismo y el privilegio. Roldán el municipio, el "común", la libertad... Colón perdió. Pero eso de que era un mal gobernante, pésimo administrador, torpe empresario, es algo muy relativo. Colón era Colón. Un genio indisputado. Donde está el problema es en el otro elemento que se movió en escena. Colón hizo lo que tenía que hacer en interés suyo y de su clase. El pueblo hizo también lo que tenía que hacer. Como el tiempo y la distancia, la potencia y la razón estaban del lado del pueblo, Colón perdió. He ahí toda la complejidad. El mismo Colón explica la raíz del problema:

"Allí me juzgan como a govemador que fue a Cicilia o cibdad o villa puesta en regimiento, y a donde las leyes se pueden guardar por entero, y sin temor que se pierda todo: y recibo grande agravio. Yo debo ser juzgado como capitán que fue d'España fasta las islas a conquistar gente belicosa y mucha..."

Y eso es el tercer viaje.

El cuarto se compone de cuatro carabelas, una tormenta melodramática, con muerte de los malos al final y la salvación de la vida y la fortuna del héroe. A lo cine. Los nuestros son el segundo y el tercero.

Así que, en nombre del método, comencemos por el principio. El principio es La Isabela. Pasemos a ver cómo se hace una ciudad.

TRATADO ELEMENTAL DE LA CIUDAD

"No, en ninguna manera –dijo Merlín– aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio..."

Cuando se va a hacer una ciudad, lo primero es procurarse un buen trozo de cielo. Esto es de suma importancia para el porvenir de la ciudad. La brillantez de las ciudades griegas, pequeños cofres civilizados, se ha explicado por el esplendor de su cielo siempre azul. Greenwich, con su trocito de cielo, orienta casi todos los viajes del mundo. Y más cerca aún, las ciudades californianas –Hollywood y demás– han realizado millonerías incalculables tranformando la materia prima cielo en películas y en toronjas. El mismo Legislador de Indias previó las enojosas consecuencias a que podrían conducir una ciudad hecha sin cielo. No se puede precisar, a la altura de los tiempos, si pensaba más en el desarrollo de la Economía, en la preservación de la Fe o en

los papalotes de la infancia. Lo cierto es que encareció una selección cuidadosa del material celeste. En efecto, en las *Ordenanzas*, del 1573 del enseriecido Felipe II ya había dado compulsión legal a la previsión, disponiendo que se eligiera.

"De bueno y felice costelación el cielo claro y benigno..."

Porque hay cielos de varios tipos. De buena y feliz constelación, como acabamos de ver. Grises y de neblina para uso de grandes ciudades como Londres. Fijos y de escarcha como los de la Pequeña América. Dispuestos en franjas estrechas y pequeños cuadrilongos longitudinales, de servicio en Nueva York. Estos últimos tienen el inconveniente de las estructuras óseas denominadas rascacielos. Pero hay otros más bucólicos. Apoyan un cuadrante en la floresta, otro en el océano infinito, y desarrollan un sistema de crepúsculos tornasolados en los cuales oscila una indecisión tonal que se resuelve en melancolía. De este último tipo fue el que se eligió al fundar La Isabela, pues era muy adecuado para la más correcta instalación de la leyenda final de la ciudad.

Una vez dado el primer paso, viene la comarca sobre la cual ha de reposar este cielo. Colón elige una explanada suavemente elevada sobre el mar, comprendida entre la playa que preside la Punta Roja, de un lado; el Río Bajabonico, que se convierte primorosamente en ría, con cierto gesto de tocador en la desembocadura, del otro lado; y el bosque espléndido del trópico cerrado al fondo. A lo lejos, los montes del Cibao que, como siempre deben ser Cipango, vale decir, oro.

Luego viene el trazado, para coronar el aspecto material de la fundación de la ciudad. En las *Ordenanzas* del Emperador Don Carlos y en las de Felipe II se prescriben innumerables medidas urbanísticas que constituyen todo, un tratado. El diseño resulta de perímetro rectangular de tradición latina, en forma de tablero, para concertar con el espíritu renacentista que ya está en vigencia. El corazón de la ciudad es la plaza central, que "*si es costa de mar, debería ser al desembarcadero del puerto*", suficientemente amplia como para celebrar las fiestas de a caballo. De allí han de partir las calles, tiradas a cordel, con soportales y sitios adecuados para los traficantes, tratando de orientarse hacia las salidas naturales del emplazamiento. Si está a orillas del río, la población debería ser dispuesta de modo que al salir el sol dé primero en el pueblo que en el agua, porque si no los vapores, que emanan de las aguas no son saludables y producen fiebres malas que traen la muerte.

Finalmente; los edificios fundamentales –iglesias, depósito, residencia del Almirante– serán de piedra. Las casas para el "común", para los de abajo, para los que después se han de enfadar históricamente, de madera y de paja...

Uno tenía la idea de que una ciudad se formaba espontáneamente, como un bosque. Que sucedía en la realidad como sucede en *Germinación*, la novela de Knut Hamsun: llega un hombre. Elige un claro del monte. Descansa su mochila. Levanta una choza. Siembra. Pasa una mujer. Tiene diez hijos. Se alzan diez nuevas chozas. Pasan diez nuevas. mujeres. Tienen

cien hijos. Después las grandes cosechas, las grandes edificaciones, la revolución y el historiador de la ciudad. Pero Knut –Canuto, como le llaman los españoles– demostró en la vida ser un gran equivocado con respecto a lo que es la realidad, según consta en todos los periódicos.

No así el pueblo español. Según podemos comprobar estudiando la colonización o las Leyes de Indias, los españoles sobrepasaron en actividad urbanística a todos los modernos, y con toda seguridad a todos los novelistas del mundo. Alguien ha dicho que en el siglo XVI cada español lleva sobre sus hombros una ciudad, como el caracol su casa.

Pues bien; los españoles tenían una concepción de la ciudad completamente distinta de la que se le ocurre a uno y describe cómodamente el novelista Canuto. Una ciudad estaba totalmente preformada en el momento de su fundación. Existía ya un esquema mental, una regulación jurídica, y tan escrupulosa por cierto, que sonsacaba el más exquisito detalle:

"...el aire puro y suave... y de buen temple, sin exceso de calor o frío; y habiendo de declinar, es mejor que sea frío..."

Los funcionarios municipales eran nombrados con anterioridad. Prescott nos dice que una ciudad se fundaba de un plumazo. Y aún se llega a más. Se cojían el tiempo y los acontecimientos, se les daba una estrangulación jurídica, se ajustaban dentro del esquema previamente formulado, y se decidía solemnemente si había de ser ciudad o aldea, villorio o lugarejo, ciudad metropolitana o villa con jurisdicción:

"Que habiendo elegido sitio, el declare si ha de ser ciudad, villa o lugar..."

Quiérese decir con todo esto que en La Isabela venía decidido desde muy lejos quiénes vivirían en casa de piedra y quiénes en casa de madera y de paja. Y esto no es una simple contingencia, porque revela cómo en la misma flota que zarpó para el segundo viaje, estaba el gérmen del futuro alzamiento de Roldán...

Pero no es de eso de lo que se trata por ahora. Estamos viendo cómo se funda una ciudad. Puesto que ya hemos coronado el aspecto material de la fundación, nos quedan el social, el humano y finalmente el poético de la ciudad. Primero, el Municipio, que va a ser la trama jurídica de esta aventura. En el artículo 10 de las *Instrucciones* que los Reyes Católicos dieron a Colón para el segundo viaje, fechadas en Barcelona a 23 de marzo de 1493, se disponía que:

"*El Almirante, do poblare, nombrará alcalde e alguaciles que administren justicia e oigan las apelaciones a primeras instancias como más viere que cumple*".

Para el 24 de abril ya habían en el Nuevo Mundo por la primera vez Regidores, escribanos públicos, Alcaldes y Alguaciles. Roldán será Alcalde ordinario primero y, en el momento oportuno, Alcalde Mayor.

Ya no quedará más que elegir las enfermedades de la ciudad. Serán las predilectas la viruelas. Y el "mal francés". La viruela será para distribuirse entre los indios. El "mal francés", para distribuirlo entre las indias...

Con estos elementos y una leyenda, se funda, el 7 de diciembre de 1493 años de nuestra salud, la primera ciudad europea y cristiana del Nuevo Mundo.

La ceremonia comienza en el sitio destinado a Plaza Mayor. Relumbran yelmos y coseletes. Se despliega el estandarte de Castilla. El Almirante declara que funda la ciudad por obra y gracia de la Santísima Trinidad; y como actúa en nombre de la Reina Isabel de Castilla, le da el nombre de La Isabela en cálido homenaje a la soberana bien querida...

Comienza el febril desembarco de materiales, armas, animales... se proyecta el trazado de la ciudad, se levanta el depósito, se acarrean piedras. En medio de la baraúnda, se le pierde a Roldán la cota de malla que queda, ambiciosamente, oculta entre los pedregones. Seguramente para no reaparecer sino unos cuatro siglos después, convertida en preciosa reliquia. Sería en 1892 pues, según informó la Comisión que fue a visitar el emplazamiento de La Isabela, en ocasión del cuarto centenario del Descubrimiento, se encontró una cota de malla en buen estado de conservación con una bala de lombarda y algunos pedazos de azulejos, de teja y de loza de Castilla.

Porque en el día de hoy, para visitar La Isabela hay que organizar comisiones de exploración y procurarse guías. En las últimas excavaciones de hace unos años, encontraron unas "carotas" indígenas y unos fragmentos de vasija. Nada de esto pertenecía a Roldán. A fines del siglo pasado todavía quedaban algunos pilares que no sirvieron para fabricar en Puerto

Plata, como las piedras de las paredes. Hoy por hoy, no queda más que la playa, y el monte verde, sosteniendo en torrencial soledad, con toda galanura y primor, el primer germen de ciudad, el buen trocito de cielo.

Algún amor mestizo, de fijodalgo e india, intercambiando su estatuto personal, debió apresurarse mientras se desmoronaban los paredones, diciéndose de beso a beso:

"Antes que el tiempo muera en nuestros brazos..."

A poco de levantar sus cimientos, las enfermedades comenzaron a minar la población. Después vino un mal imprevisto: el hambre. Estas dos calamidades se combinaron con el despotismo de los Colones y produjeron el alzamiento de Roldán. Unos lustros después no quedará sino la naturaleza y el último elemento de la fundación de la ciudad: la leyenda. Pero antes de narrarla, como ya hemos visto cómo se hace una ciudad, vamos a ver cómo se deshace...

Se solicita una voz

Destos que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna que me llevase donde más fuese servida.

Ningún héroe se produce por generación espontánea. Es un producto. Han de darse ciertas, circunstancias históricas para que la voluntad individual se convierta en acción social. Es necesario que el capricho de uno coincida con el capricho de todos. O de los más.

Ninguno de los aventureros, soñadores, hombres prácticos, —los menos— que salieron de España a verterse en el Nuevo Mundo, a bordo de unas carabelas que parecían empolladas sobre la espuma, traía en la cabeza el propósito deliberado de politiquear. Dos razones fundamentales se oponían a ello:

Primera razón.- En España había caído en desuso la práctica con la centralización del poder llevada a cabo

por los Reyes Católicos. En la Edad Media las aspiraciones populares se canalizaban a través de los municipios que eran verdaderas entidades autónomas. Pero para el Descubrimiento habían sido recogidos en aquella ancha falda de Isabel en que se iba a derramar una verdadera floración de antillas descubiertas. Los Reyes Católicos consumaron el poder abroluto en Europa más de un siglo antes de que esta teoría del Estado fuera el signo político de la época. Y los municipios, como medio de expresión de las aspiraciones populares van a retoñar en el Nuevo Mundo con una exhuberancia propia de las nuevas latitudes.

SEGUNDA RAZÓN.- El Nuevo Mundo estaba, teóricamente, despoblado. Se venía a poblar porque era necesario para allegar oro. Esto era un mundo tan vertiginosamente desconocido que es ingenuidad pensar que el pueblo viniera con la mente predispuesta a cosas de leyes y de política, propias de sociedades evolucionadas, no de mundos semidescubiertos.

Claro que en los primeros viajes vinieron personas cuya única actividad era de tipo político. Pero éstos no eran el pueblo. Aquí se habla de ese pueblo que se denominaba en la época el "común" o la "gente de común". El mismo que cuatrocientos cincuenta años después, va a ser denominado en inglés *common people* y *common man* y que los discursos rooseveltianos van a poner de moda *"La gente trabajadora y marineros y demás gente baja"* que diría Las Casas. La gran masa anónima, compuesta, empero, de seres humanos provistos de sentimiento, de inteligencia y de voluntad.

Vale decir, de alma completa y saludable. Percoceros, pregoneros, chalanes, almonederos, rufianes de toda laya, traineles y belitres, cordoneros y merceros, escribanos, hidalgos venidos a menos, algún tardío capullo del "mester de juglaría" y demás. La fauna total de las gradas de la catedral de Sevilla, de la feria mundanal. Sin faltar el listo ganchuelo que con un alambre retorcido realiza una fructuosa pesquisa en la disimulada faltriquera del cura y que luego, desorejado ya por ladrón, se mete de polizón en las doradas carabelas. Todos puestos a ras por la misma sed de aventuras y el mismo humano y eterno afán de medrar. Todos con el alma ablandada en disposición de recibir, como hostia o polen, la nueva vida soñada.

Sin embargo, esta gente que, por lo menos por dos razones fundamentales, no traía esa intención, hizo política casi desde el mismo momento de desembarcar. Se encontró constituida en una masa popular compuesta de españoles e indios colocados más o menos en el mismo plano social y económico. El Almirante estableció un sistema económico que fragmentaba la clase en dos sectores productivos: el español, sometido al trabajo mediante sueldo de la corona, y el indio que pagaba un tributo en especie. La riqueza producida de esta manera iba a favorecer directamente a una clase privilegiada, constituida por los Colones y los hidalgos venidos de España. De esa manera el cuadro social presentaba un planteo netamente revolucionario. Para mantener la organización social así conformada, el Almirante se vio forzado a poner en juego medidas compulsivas. Y así aparecieron las consignas revolucionarias. Se acusó

al Almirante de oprimir a los españoles y de esclavizar a los indios. Pero esto fue un poco después, cuando ya hubo cuajado una protesta bien definida.

Al instalarse en La Isabela, este pueblo tan lleno de colorido, lo primero que encontró en lugar de oro fue trabajo. Ya vimos que, una vez fundada la ciudad, comenzó el desembarco y el acarreo de material para las construcciones. Trabajó febrilmente, en plan de colmena, todo el mundo. Y esto no era mayormente nada pues después vendría el oro. Lo que vino fue el "dengue". Quiérese decir, una enfermedad desconocida con postración y fiebre que se supone haya sido gripe, pero con una virulencia semejante a la que en La Española de hoy se le da esa otra capitosa denominación.

El Dr. Chanca, que vino como voluntario en la expedición cuando era médico acreditado, probablemente por librarse de los enfermos peninsulares, se halló de buenas a primeras con tanto paciente que pidió a la corona aumento de sueldo.

El trabajo, no obstante, continuó con toda su bíblica violencia. El Almirante mostró en esto una energía y una dureza de carácter de verdadero capitán de navío. Y el oro no aparecía. Los indios, para su mal, habían hecho creer que el oro corría en vez del agua que bajaba de los montes del Cibao. Alonso de Ojeda fue escogido para encabezar una expedición a aquellos lugares. Ojeda era un mozo extremadamente listo y tenía una audacia que encajaba muy bien en aquel ambiente de aventureros. Se había ganado el viaje, precisamente, a base de eso. Estando la Reina en la

Iglesia Mayor de Sevilla, Ojeda avanzó sobre un tablón que sobresalía en la torre más alta. Al llegar al extremo del tablón, con el abismo delante, levantó una pierna y asi, equilibrado sobre un solo pie, lanzó al aire una manzana que volvió a sus manos tranquilamente. Si la manzana se le hubiera caído se habría destrozado en el suelo con toda seguridad. Según Newton, Ojeda debía caer junto con la manzana. Pero ninguno de los dos cayó. Por eso, y como que Cibao significaba oro, Ojeda fue encargado de encabezar la expedición. Resultó que Cibao en lengua aborigen quería decir piedra... El común empezó a manifestarse. Ya eso no se podía tolerar.

Naturalmente, cuando el pueblo comienza a protestar tiene mil lenguas y lo que produce es una especie de ronquido, murmullo o lenguaraje ininteligible que a nada conduce. Necesita una voz unánime. Su voz. Es así como surgen los conductores de pueblos, los libertadores, los héroes nacionales. También, dicho sea de paso, los grandes poetas.

En verdad el gran personaje histórico es siempre el pueblo de mil cabezas.

Al mismo tiempo, sin cabeza, como en las adivinanzas. El primer candidato a voz popular en La Isabela tenía un nombre eufónico, fácil de repetir, que parecía un pseudónimo literario. Se llamaba Bernal de Pisa. Había venido como Alguacil de Corte y contador de la Flota. Tenía ciertas influencias. Este Bernal de Pisa venía conspirando en la sombra. Un día cogió una sombra bien ancha, se encapotó debajo de ella y redactó un

memorial contra el Almirante, dirigido a un activo corresponsal en la Corte. La consigna revolucionaria en La Isabela siempre fue desacreditar al Almirante. No había otra posibilidad para producir cambios, pues atacarlo directamente era atacar a los Reyes. No era tan fácil borrar la hazaña de Colón. El caso fue que escondió el memorial en la boya de una carabela, pues el proyecto consistía en apoderarse de los cinco buques que estaban en el puerto y reembarcar la gente para España. Se encontró el memorial, pues ya existía un servicio de inteligencia organizado en la América y fue arrestado y enviado para ser juzgado en los tribunales de la Metrópoli. Los cómplices fueron juzgados en La Isabela y volvió el pueblo a quedar sin voz.

Pero seguirá buscándola. Bien pronto, como que las cosas andan de mal en peor, aparecerán nuevos candidatos. Esta vez son dos que tendrán más arraigo en la Corte que el pisano. Son el Padre Boyl y Mosén Pedro Margarite. El pueblo con frecuencia busca sus representantes en el seno de la misma clase o mismo grupo contra el cual lucha. Boyl y Mosén Pedro no pertenecían en realidad al "común". Eran personas de alcurnia como el de Pisa.

El Padre Bernardo Boyl había sido escogido cuidadosamente, como una perla, por una reina específicamente católica. La Iglesia en España fue siempre una gran fuerza. Hay que suponer lo que sería en tiempo de los Reyes llamados Católicos. Así, pues, el fraile era una muralla propicia para parapetarse en medio de la lucha. Y ésta empezó de nuevo. Oviedo pinta la situación de un solo brochazo:

"El Almirante ahorcó a algunos, y en especial á un Gaspar Ferriz, e a otros acotó, e comenzó a se mostrar severo é con más riguridad de la que solía. El Almirante era culpado de crudo en la opinión de aquel religioso, el cual, como tenía las veces del Papa, y ibale á la mano e assi como Colón hacia alguna cosa que el frayle no le paresciesse justa, en las cosas de la justicia criminal, luego ponía entredicho y hacía cessar el oficio divino, (¡no hay misa!) Y en esta hora el Almirante mandaba cessar la ración, (¡no hay comida!) y que no se le diesse de comer al fray Buyl ni a los de su casa..."

Apasionado y apasionante pujilato epistemológico, entre espíritu y materia, de la más pura cepa cervantina; vale decir, española.

Mosén es título de nobleza de segunda clase en la corte de Aragón. En La Española, Mosén Pedro Margarite era jefe de la guarnición de Santo Tomás. Esta fortaleza la fundó el Almirante después de la expedición de Ojeda. Como había allí tanto oro, era necesario establecer una guarnición de 54 hombres. En cuanto se quedaron solos, apareció el hambre. Se dice que llegaron a comer serpientes. Lo cual parece ser cierto, porque en la actualidad no se encuentran más que culebras insignificantes en toda la isla. Y hay esta bonita anécdota que lo explica todo:

Un indio le trajo a Mosén dos tórtolas. Tenían color de vericueto silvestre. Cuando la guarnición las miró las tórtolas se vieron en las pupilas azules de los aventureros. Allí tenían un supremo color dorado que es el color de los supremos asados. Los soldados se

hacían los indiferentes, pero su indiferencia terminaba en la bóveda palatina donde se trocaban en un verdadero sistema fluvial. Mosén convocó, especialmente para el caso, a toda la guarnición. Como él estaba enfermo –explicó– y dos tórtolas no daban para todos, pues se las comería él sólo. La gente, filosóficamente aceptó. Entonces Mosén Pedro Margarite abrió la ventana y echó a volar las tórtolas. No podía comerlas solo –volvió a explicar– quería compartir con todos sus hambres y trabajos. Mientras volaban en libertad se vio formarse un cíngulo dorado como el de los santos en la cabeza de Mosén, Virgen y mártir.

Pero ni Mosén ni el Padre Boyl podían compartir con el pueblo sus hambres y trabajos. Tenían en la corte un sitio bien cómodo. En las carabelas en que vino don Bartolomé Colón se despacharon a España. La guarnición de Santo Tomás se quedó sola. Comenzaron a dispersarse y los indios a disminuirlos como avellanas. En La Isabela siguieron el hambre y el trabajo sin el representante del Papa. Decididamente, el pueblo tenía que buscarse un héroe de su propia casa. Alguien alineado en el destino común que tuviera al propio tiempo la solidez jurídica, la potencia legal necesaria. Nuevamente quedaba el pueblo sin voz. Y aquí tenemos a Roldán.

ROLDÁN INMÓVIL

Y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manufatura que queda delineada. Y mirándola más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo: —"¡Santa María y valme!"

Francisco Roldán Ximeno fue el único español que no vino a Las Indias en plan de aventura o en pos del oro. Habrá que decir que él, simple y llanamente, vino. Los acontecimientos, como los paisajes, vendrían a su alrededor y él quedaría intocado y extranjero. Debió importarle que el viaje fuera de ida o vuelta, de descubrimiento o de exploración, de casto barloventeo...

Por lo menos, eso hay que deducir de los hechos. Y, hay un hecho muy revelador. Roldán vino a Las Indias como sirviente del Almirante.. Por eso: un hombre que viene ocupado en servicios domésticos debe situarse

ante los acontecimientos como un simple espectador y permanecer extraño y remoto a ellos. Roldán era escudero, como Sancho Panza. Y se deduce que debe haber tenido un cuaderno de preoupaciones de renglones pacíficamente hogareños. Servir al señor con solicitud, con discresión, con lealtad indeclinable y hasta con su pizca de femenina dedicación. Cuidar de sus quebrantos, pulir los metales, cortar las hilachas, echar de vez en cuando un oportuno zurcido...

Pero hay otros hechos. Roldán había nacido en una aldehuela "que es cabe Jaén", y cuyo nombre tiene sabor de trigo: "La Torre de Don Ximeno". Su segundo apellido, pues que le dio nombre a La Torre, nos hace pensar que su madre pertenece a esa equilibrada e imperceptible aristocracia de aldea, casi toda compuesta de pura imaginación. Siendo así, tendríamos un Roldán imaginativo. Los acontecimientos no le serían de todo punto extraños. Le gustaría representarse situaciones que no estarían presentes; y es posible que en el ir y venir de la aguja por los accidentes del remiendo colombino, se configurara ya todo un futuro de acción. Vale decir, que desde entonces sería ya un conspirador hecho.

Pero de esto las crónicas no nos dan testimonio. Tendremos que reunir pequeños hechos y, como en los rompecabezas, ir reconstruyendo una imagen completa. Se obtiene así una visión de Roldán inmóvil, plástico. Lo tendríamos en una actitud cualquiera, fijo, como lámina. Habríamos sorprendido un momento de luz y se lo dejaríamos sin vibración, como posado o con las alas sobre la fisonomía. La mirada sería

única, sin vértice ni compañera. No tendría revés como retrato, espejo o luna de enero. Es cierto que de esta manufactura no está hecha la pasta del verdadero Roldán. Pero sería un método provisional. Luego lo engarzaríamos en la acción. Lo veríamos vivirse y estrellarse contra los acontecimientos. Hacer historia. Pero eso sería después. Por el momento lo importante es reunir los hechos que nos sirvan para explicarnos el desarrollo del proceso que podría sintetizarse mediante el equema:

ROLDÁN escudero ——> ROLDÁN revolucionario

Lo primero es su designación de Alcalde ordinario. No fue muy difícil este tránsito de escudero a Alcalde. El Almirante había implantado en La Isabela un nepotismo inflexible. El poder no salía de los suyos. Don Bartolomé, Don Diego. Roldán, al fin y al cabo, era de los de su casa. Había que darle un destino público. Es cierto que no era letrado, o sea, que no era versado en cosas de leyes. Tanto mejor. Así no se le podría discutir. Alcalde ordinario estaría bien. Y efectivamente, bajo su jurisdicción las cosas marcharon bien. Era activo e inteligente. Sobre todo era popular. Tenía a su cargo las edificaciones y se ponía en contacto humano y real con la gente del común. En plan de magistrado actuaba con seguridad, con solemnidad y con eficacia. Hacía una justicia de igualdad. Habría podido satisfacer las aspiraciones del común si hubiera estado en sus manos el hacerlo. Pero esto estaba en manos de los Colones. Si a Don Diego se le atrasaban los sueldos, él no podía intervenir sin violentar su competencia.

Además, resultaba que las necesidades del pueblo, por una curiosa casualidad, no coincidían con los intereses de los Colones. Lo cual era una verdadera lástima. Ojalá que Roldán hubiera descubierto las nuevas tierras.

Pero, aunque él no descubra nada, va a resultar que sin su nombre no podrá escribirse la biografía del Descubridor. Será el primer nombre que va a encabezar un movimiento político en el Nuevo Mundo. Dicen algunos que esto fue posible porque se le subieron los humos a la cabeza. Hay algo de cierto pero la verdad es que con humo no se puede hacer otra cosa que algunos anillos azules cuando no hay brisa. Lo que sucedió es que el pueblo vio en Roldán a su natural cabecilla, su propia voz. Reunía todas las condiciones necesarias para serlo: había sido sirviente. No ostentaba título de nobleza, ni escudo señorial. En fin, era del pueblo. No faltaba más que hacer la transición de Alcalde ordinario a Alcalde Mayor...

Para llegar a ello habría que reanudar el hilo del relato. Cuando el Padre Boyl y Mosén Pedro Margarite se despacharon a España, el Almirante se vio precisado a tomar ciertas precauciones. Esta gente iba a darle pasto a la lengua porque eran cortesanos y tenían influencias. Esquemáticamente, iban a decir dos cosas en contra del Almirante. Que tiranizaba a los españoles y que esclavizaba a los indios. Para prevenir los ataques, Colón metió en una carabela a Don Diego. Como según su fórmula: "quien tiene oro hace cuanto quiere en el mundo" hubiera querido tener oro. De ese modo enviaría a los Reyes unos cuantos

"cuentos de maravedises" y asunto concluido. Pero no había oro. Hizo lo peor. En vez de oro envió 500 indios para ser vendidos como esclavos en España...

Se armó el escándalo mayor. Los soberanos consultaron al Papa. Las reales almohadas fueron sometidas a un penoso informativo. Letrados, teólogos y canonistas pernoctaron afanosamente sobre pesados infolios, entre ordenamientos, versículos y cánones. Aristóteles fue revisado. Se discutió, se comentó, se argumentó. Los pobres indios que acababan de realizar el Descubrimiento de Europa, comenzaron a morirse de sorpresa, de rabia, de frío. Como llegaron en cueros para que tuvieran buena demanda, a algunos los mató la primera ropa. A los que no, el abecedario con catecismo intensivo. En resumen, se tomó una medida prudente. Aguado, Repostero del Rey, iría a La Española como informador a ver qué sucedía realmente del otro lado del océano. La función de Aguado en la Corte era de índole bastante privada y secreta. Como repostero de camas tenía la misión de cuidar la puerta de entrada de la recámara real y mullir el lecho de los Soberanos de modo que los magníficos cuerpos se adecuaran a un contorno como de nidada...

Aguado llegó en octubre a La Española. El repostero, aunque lo fuera de camas, lo primero que hizo fue echarle un vistazo a la comida. ¡Malo aquello!

"...una escudilla de trigo que lo habían de moler en una atahona de mano... y una tajada de tocino rancioso o de queso podrido y no sé cuantas habas o garbanzos..."

Luego aplicó el oído al rumor popular. Era ese especie de ronquido de que antes se ha hablado. Computó el número de enfermos, pasó revista a los. descontentos. Y se formó una convicción. Esta convicción era de color gris con algunas ramazones violáceas, que, según se dice, es la más perniciosa. El común miró esta convicción de soslayo y se frotó alegremente las manos.

El Almirante, con unos ojos acostumbrados al peligro del horizonte, miró también aquella convicción y decidió tomar medidas. Con esta situación no quedaba otro recurso que irse a hacer su propia defensa en la Corte. Como no había más que un navío, La Niña, ordenó la construcción de una carabela. En la una se instaló él, en la otra Aguado. Cualquiera de las dos, que se hundiera aclaraba la situación, y partieron para España...

Para conducir los asuntos de la colonia durante su ausencia, el Almirante procedió como era su costumbre. Dejó a los suyos al frente del mando. Don Bartolomé quedó como Gobernador y Capitán general. Don Diego, que había regresado ya, como su segundo. Roldán como Alcalde Mayor. Era el 10 de marzo de 1496.

El común encuadró la situación correctamente, Colón estaba desacreditándose en la Corte como Administrador. Se veía en aprietos. No era invulnerable. Además, iba para la ausencia, que es un país muy parecido a la muerte. Nadie apostaba al regreso. En su lugar quedaba Don Bartolomé, cuya autoridad carecía de fundamento jurídico puesto que su cargo

tenía que ser conferido por nombramiento real. Es cierto que tenía don de mando. Conocía los hombres, como buen viajero, y era hábil político. Pero ninguna de esas dotes legitimaba su posición. Tenía 33 años. Edad estupenda para hacer la historia. O escribirla...

Don Diego era un misal. Su gran destino y su gran vocación estaban en el sacerdocio. Había sido seminarista y estaba para retirarse del mundo cuando su hermano Cristóbal dio en la flor de ensancharlo, con lo que tuvo que abandonar la plegaria y sumirse de hoz y de coz en el mundanal ruido. Y tenía 25 abriles.

Roldán estaba rebasando la treintena. Y era Alcalde Mayor. Tenemos que indagar lo que significa eso. Roldán era del pueblo y era Alcalde Mayor. Esto es importantísimo. Para comprenderlo habrá que hacer ingresar en esta aventura un nuevo y extraño y complicado y seductor personaje...

PRIMER PARÉNTESIS

No es de comer –replicó Sancho– sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcades de corte.

Exacto. Este personaje es el viejo municipio español de la Edad Media, que hace también su ruta hacia el Nuevo Mundo. Para muchos, su presencia en las carabelas será completamente insospechada. Para todos inadvertida. Pues no se concibe un municipio viajero. Y menos en plan de aventura. Sin embargo, él viene allí, asomado a estribor, trepado en el palo de mesana, oteando el horizonte infinito...

Es cierto que está viejo ya, cascado y vencido, pero estos aires inéditos y este océano virgen y estas tierras inmaculadas van a hacer resonar sus cordiales trompetas. Le correrá cualquier salvaje impulso. Se meterá hasta las ingles en la vida fresca y moza como cualquier grumete.

El Descubrimiento de América fue eso, un acceso juvenil que le acometió al mundo. De súbito las cosas se estremecieron de juventud y todo lo caduco halló un robusto secreto. Hubo un deleite sencillo y común. Así como el que produce la brisa en la frente mojada después del naufragio. Porque la Edad Media fue una especie de naufragio. No hay vuelta de hoja. Sin embargo, por allí chapoteaba el municipio español. Y aquí lo tenemos con la frente mojada.

Cuando nuestro pintoresco personaje resolvió rejuvenecer y se embarcó en las carabelas, los aires de España no le eran propicios ya. El mundo estaba dando el vuelco renacentista, y el nuevo ambiente le producía al municipio un anhélito de fatiga, ahogo, respiración laboriosa, que le iba sumiendo en postración y aniquilamiento. Su antigua agilidad se doblegaba al reuma. Se le astillaba la musculatura. Y lo que había sido el más vigoroso espíritu de lucha por la libertad del pueblo, se le fue volviendo decaimiento e indolencia. Porque el municipio era un héroe legítimo. Su historia es la de las luchas del pueblo español contra su enemigos. A través de él se enfrentaban las ciudades al poder real y le mantenían estrechamente sujeto. Durante la Edad Media, el poder era compartido por la realeza y las Cortes. Estas se integraban con los Nobles, el Clero y los representantes de los municipios. Los municipios eran de la más pura extracción popular. Sus miembros eran elegidos por insaculación o votación del pueblo, y en ciertas ocasiones el mismo pueblo participaba directamente –lo que se llamaba Cabildos abiertos– en las decisiones del Consejo. El poderío de las ciudades llegó a ser tan

grande, que dominó completamente las Cortes influyendo poderosamente en el gobierno. Pero luego se inficionaron los aires. Los Nobles y el Clero se hicieron aliados del poder real. Los vapores del absolutismo le aflojaron la nervadura, y el municipio dio en postergada caducidad.

Varias circunstancias contribuían a hacerle potable la atmósfera medieval al municipio. La principal era la presencia de los moros en la península. Durante la lucha de la Reconquista se iban recuperando pequeñas porciones que se constituían en entidades independientes y separadas. Para poder abatir la enconada resistencia de la morisma, los Soberanos se veían obligados a pedir socorro a los municipios. Los municipios lo concedían, pero le arrancaban el privilegio de organizar sus propias tropas. Muchas ciudades llegaban así hasta obtener el privilegio de impedir que dentro de sus murallas se construyera palacios, recelosos de que las libertades municipales peligraran por la influencia de los nobles. De esa manera iban desarrollando un poder independiente y creando leyes y costumbres populares que eran materializados en los "Fueros", a los cuales los Reyes debían respeto. Las ciudades del interior se fortalecieron por la necesidad del pueblo de fortalecerse para defenderse de las continuas irrupciones de los moros. En las costas, por el contacto con la Provenza e Italia, se desarrollaron ciudades rnarítimas de primer rango.

Los soberanos no veían con complacencia esta vitalidad de nuestro aventurero. Luchaban contra él, pero el rival era vigoroso. Al empeño del municipio por

conservar sus fueros propios, los Reyes oponían el empeño de imponerles un solo instrumento legal que tuviera vigencia en todo el territorio. La unificación de los Fueros equivaldría a la centralización del poder en manos de los Reyes. Pero el municipio se oponía con terquedad. En 1250 Fernando III intentó la implantación del "Fuero Juzgo" en Castilla y León. Las ciudades se alborotaron. Más tarde, Alfonso el Sabio redacta el "Fuero Real" y al poco tiempo el "Código de las Siete Partidas", pero la hostilidad con que fue recibida por las clases populares, hizo infructuosa la política real. Los monarcas se empeñan en destruir las libertades municipales, pero el municipio es tenaz. No hay manera de someterle limpiamente a la voluntad del soberano. Su acción alcanza todos los planos de la vida pública. Nombra sus funcionarios, realiza el gobierno económico de la ciudad, organiza sus propias milicias, conduce la política de abastos, reglamenta la policía y, mediante el nombramiento de procuradores para que representen los intereses de la ciudad en las Cortes, influyen vigorosamente en el gobierno territorial. Estas Cortes llegaron a sentirse tan autorizadas, que en 1258 le llamaron la atención al Rey Alfonso X y a su mujer, en el sentido de que no gastaran más de 150 maravedíes por día en su mesa. Era necesario que el rey –dijeron– *"redujera su apetito a términos más razonables"*...

Al fin, la Corona encontró una forma eficaz de minar la robusta naturaleza del gallardo rival. Los funcionarios y magistrados de los municipios eran nombrados por votación popular. Pero la Corona comenzó a vender los cargos hasta que hubo un momento en

que la designación de los miembros no procedía ya de la voluntad del pueblo. Los municipios se convirtieron en verdaderas oligarquías, atentas a todo menos a los intereses que estaban obligados a servir. Entonces la Corona creó unos nuevos funcionarios municipales, los Corregidores, que debían fiscalizar las decisiones de las asambleas municipales. La ciudades vieron todo este proceso hasta cierto instante. Cuando no pudieron más, rompieron las hostilidades contra la Corona, llegaron a tomar la Fortaleza de Torre-lobatón, pero fueron vencidos finalmente en Villalar el 23 de abril de 1521. La cabeza del viejo municipio medieval, instrumento de las libertades españolas, rodó bajo el cadalso.

La gente de común había aprendido a ver en los municipios el cauce natural de sus aspiraciones sociales. Su carácter revolucionario. El airoso pregonero y el mocil gañán sentían que, al elegir sus funcionarios municipales, se elegían a sí mismos. Llevaban encasquetados entre los cueros la idea de la democracia. Y cuando un día definitivo se echaron unas blasfemias en los buches y se metieron en las carabelas, el aventurero municipio medieval español se echó a navegar en ellos recónditamente, insospechadamente, y descubrió el Nuevo Mundo.

Roldán fue la advocación americana del viejo personaje. Cuando los municipios estaban en todo el esplendor de su poderío social, cuando eran verdaderas cuñas encajadas en la ambición de la aristocracia, se componían de Alcaldes por regla general. Sevilla contaba cuatro Alcaldes Mayores y seis ordinarios. Y

aun cuando hubiera otros miembros –los regidores–, la justicia civil y criminal era administrada por estos Alcaldes directamente. Los Alcaldes ordinarios hacian justicia en primera instancia, los Alcaldes Mayores recibían los casos en apelación o alzada. El pueblo se proyectaba en estos funcionarios judiciales. Y esta proyección fue tan profunda en La Española que, aún a través de una serie de peripecias jurídicas y sociales, el Alcalde llegó a ser el símbolo del pueblo actual. La literatura popular dominicana presenta el espíritu del pueblo encarnándolo en la figura silvestre del Alcalde con sus virtudes y defectos, su sabrosa ignorancia, su humana sabiduría.

La idea, pues, de municipalidad, estaba adherida a la de alcaldato. Alcalde y municipio estaban completamentc identificados. Donde se comprende bien esta identificación es en una anécdota de aquellos tiempos de Fernando el Católico, en que ya la centralización del poder comenzaba a debilitar la potencia municipal. El rey de Aragón tenía que pagar tributo al municipio de Barcelona en la Edad Media para poder transitar por la ciudad. Y se cuenta que Juan Filleber, que era Alcalde, fue preguntado por el Mayordomo del Rey Fernando si él era Juan Filleber. Contestó en presencia del propio soberano:

—¡No, yo soy Barcelona!

Y todo esto explica el hecho de que la gente de común asociara a la idea de Roldán Alcalde, la idea de reivindicación social. De lucha por la justicia. Con lo cual volvemos sobre el esquema que culmina con el polo "Roldán Revolucionario".

E igualmente nos revela que nuestro personaje Roldán es un producto. Producto de sus circunstancias, instrumento de su pueblo. Los que escriben de estas cosas se complacen en presentar a Roldán con su barba granate, entre una docena de rufianes barbiluengos y uñicrecidos, modelando la idea revolucionaria nacida en su imaginación febril. Él solo. Como si una revolución se preparara en una redoma a baño de maría. Con un poder sobrenatural capaz de dar a todo un pueblo la forma temblorosa de su capricho. Con ello se despoja al héroe de toda humanidad. El hombre hace su historia, pero no en circunstancias libremente elegidas. Roldán era un hombre como todos los hombres, pero con las siguientes circunstancias:

1ero.- El pueblo tenía hambre.

2do.- Estaba oprimido.

3ero.- Los sueldos estaban atrasados.

4to.- Veía en los municipios el instrumento de sus demandas sociales en el momento que Roldán encarna el municipio.

5to.- Roldán tenía que poseer el sentimiento de la justicia social porque

a) era juez
b) había sido escudero.

6to.- Los intereses opuestos estaban representados por Colón y éste andaba debilitado, dando tumbos de Corte en Corte.

7mo.- Como superintendente de las obras públicas estaba en contacto directo con las miserias y las aspiraciones del común.

Así lo vio Las Casas:

"Viendo la gente que el Alcalde Mayor y quien lo mandaba todo, y a quien por la vara del Rey como Justicia Mayor, todos obedecían, que estaba de la opinión dellos, comienzan después con mayor desenvuelta osadía y menos temor lo que ensí secretamente gruñían y no osaban si no por los rincones, bloquear públicamente y sin miedo ninguno a decirlo..."

Y pues, todas esas circunstancias son extrañas a la individualidad humana llamada Roldán en estado químicamente puro. Estado que, dicho sea al pasar, no ha logrado la Química moderna. Pero que, paradójicamente, hay que ir a buscar a la filosofía, la cual, sin necesidad de haber aislado la urea o la testosterona, ha logrado aislar esa sustancia tan profundamente asociada que se llama hombre.

Pero eso es harina de otro costal. Lo cierto es –hilando el tema– que cuando la gente común española se vino al Nuevo Mundo se trajo entre sienes, ya que no entre manos, las tradiciones municipalistas medievales de su país. Y las proyectó en Roldán.

No le quita validez a esta afirmación el hecho de que el municipalismo estuviera en trance de postración en tiempos de los Reyes Católicos. La política de unificación territorial y de centralización del Estado de

los soberanos, había minado la solidez de estas instituciones. La Edad Media estaba liquidada. Las doctrinas de Maquiavelo van a entrar en vigor y todo tiende a la concentración del poder en perjuicio de la circulación de las autonomías populares.

Pero la época del municipalismo estaba muy próxima, separada de la época, precisamente, por esa línea de frenesí que es el Descubrimiento. Por consiguiente, conservaba toda su lozanía y frescura. Y fue así como después de haber navegado extrañamente, haber espantado las gaviotas aborígenes y haber descubierto las nuevas tierras, el viejo municipio español alisó sus arrugas, despejó sus achaques y se echó a rejuvenecer delirantemente, en ocasión de un nuevo sol y un nuevo aroma de vida, como un tropical grumete barbilampiño que acaba de grabarse un tatuaje...

ROLDÁN VIVIENTE

"Pues ¿qué se pensaba? –respondió el otro– ¿soy yo por ventura algún escudero de agua y lana?"

Pues bien; cerrando el paréntesis. El Almirante partió a la Metrópoli a componer sus asuntos después de la visita del Repostero real. Aquella convicción gris con ramazones violáceas no le había sentado bien. Dejó como Gobernador y Capitán general a su hermano Don Bartolomé con el título de Adelantado. Se conducía en estas disposiciones como si La Isabela fuera poco menos que una finca. ¿Decide irse? Pues deja a su hermano, claro está que tiene que ser su hermano, atendiéndole los negocios. El vocablo le agrada. Dirá en cierta carta: *"Suplico a vuestras Altezas tengan por bien que esta gente española se aproveche agora un año a dos, fasta que este negocio esté en pié que ya se endereza..."* Don Bartolomé, a su vez, se ausentará de La Isabela y dejará los negocios a cargo

del otro hermano, Don Diego. Esto es bastante claro. Pero el común entiende la cosa de otra manera. Siente todo el peso de la tradición medieval sobre los hombros. Aquello no es una finca de los Colones ni mucho menos. Es toda una municipalidad consciente. Es el primer Cabildo del Nuevo Mundo.

En medio de este proceso se siente un descontento que avanza como una epidemia. El hambre arrecia. Las enfermedades avanzan como el descontento. Estamos a principios de julio de 1496. Al fin sobre el horizonte aparecen unas carabelas que traen cosa de interés. Las capitanea Pero Alonzo Niño. Traen comida. Además, carta del Almirante con instrucciones de que el Adelantado envíe los indios que hubieren participado en la muerte de algún colono y de fundar una ciudad cerca de las minas de San Cristóbal, recién descubiertas. Don Bartolomé empuña 300 indios y 3 caciques. Los hace virtualmente responsables de las bubas o el mal francés napolitano o español y los despacha en las carabelas. ("Oro es lo que que vale" dirá Pero Alonzo Niño cínicamente). Parte entonces a fundar, cerca de la Torre del Oro, como llaman a la Fortaleza de San Cristóbal, una ciudad primada, en la costa sur, orillas del Ozama...

Don Diego queda en La Isabela sumido en una oración que sale de sus labios como el humo de un profundo cigarro. El humo sube lentamente, forma volutas azulosas y se pierde más allá de las nubes, cargado de pecadillos precoces y rosados. El "común" mira a Don Diego con un millar de ojos de acechanza. Entonces el humo sube con mayor rapidez...

El hecho de que el Adelantado elija las orillas del Ozama para fundar su ciudad que va a ser capital de la isla y, siquiera un instante, capital de todo el Nuevo Mundo, tiene su pequeña historia romántica...

Un tal Miguel Díaz se mete en pendencia de navajas con un compatriota. Como es un terco aragonés y el otro no acata razones, pues, ensoberbece "a la española" y acaba por darle cuatro o cinco navajazos. De momento no sabe qué carácter tienen las heridas. No es necesario. La horca isabelense es lo bastante solícita como para no esperar. Decide emprender la fuga. Cuatro o cinco compañeros, hartos de pasar calamidades y miserias, se echan con él por los montes. Evitando las cordilleras tuercen el extremo oriental de la isla y se establecen en la costa sur, a orillas de un río placentero. El gran Miguel se enamora de una cacica. La cacica responde a las solicitaciones de la técnica europea y acaban por tener dos mesticitos primorosos y rotundos.

Un día la cacica, mientras el pálido consorte disfruta la hamaca, le regala el oído con el informe de que a siete leguas de allí hay oro en abundancia. A Miguel le revuelve la siesta y se planta en La Isabela. Se conduce allí con todo recato. Sondea el terreno. Acaba por ser recibido por Don Bartolomé de quien ha sido criado. Porque estos criados tiene un gran destino en las nuevas tierras. Don Bartolomé lo perdona generosamente en virtud del oro y decide averiguar la verdad de la aventura. La india va a recibir en premio el bautizo, el marido y el lindo nombre de Catalina...

del otro hermano, Don Diego. Esto es bastante claro. Pero el común entiende la cosa de otra manera. Siente todo el peso de la tradición medieval sobre los hombros. Aquello no es una finca de los Colones ni mucho menos. Es toda una municipalidad consciente. Es el primer Cabildo del Nuevo Mundo.

En medio de este proceso se siente un descontento que avanza como una epidemia. El hambre arrecia. Las enfermedades avanzan como el descontento. Estamos a principios de julio de 1496. Al fin sobre el horizonte aparecen unas carabelas que traen cosa de interés. Las capitanea Pero Alonzo Niño. Traen comida. Además, carta del Almirante con instrucciones de que el Adelantado envíe los indios que hubieren participado en la muerte de algún colono y de fundar una ciudad cerca de las minas de San Cristóbal, recién descubiertas. Don Bartolomé empuña 300 indios y 3 caciques. Los hace virtualmente responsables de las bubas o el mal francés napolitano o español y los despacha en las carabelas. ("Oro es lo que que vale" dirá Pero Alonzo Niño cínicamente). Parte entonces a fundar, cerca de la Torre del Oro, como llaman a la Fortaleza de San Cristóbal, una ciudad primada, en la costa sur, orillas del Ozama...

Don Diego queda en La Isabela sumido en una oración que sale de sus labios como el humo de un profundo cigarro. El humo sube lentamente, forma volutas azulosas y se pierde más allá de las nubes, cargado de pecadillos precoces y rosados. El "común" mira a Don Diego con un millar de ojos de acechanza. Entonces el humo sube con mayor rapidez...

El hecho de que el Adelantado elija las orillas del Ozama para fundar su ciudad que va a ser capital de la isla y, siquiera un instante, capital de todo el Nuevo Mundo, tiene su pequeña historia romántica...

Un tal Miguel Díaz se mete en pendencia de navajas con un compatriota. Como es un terco aragonés y el otro no acata razones, pues, ensoberbece "a la española" y acaba por darle cuatro o cinco navajazos. De momento no sabe qué carácter tienen las heridas. No es necesario. La horca isabelense es lo bastante solícita como para no esperar. Decide emprender la fuga. Cuatro o cinco compañeros, hartos de pasar calamidades y miserias, se echan con él por los montes. Evitando las cordilleras tuercen el extremo oriental de la isla y se establecen en la costa sur, a orillas de un río placentero. El gran Miguel se enamora de una cacica. La cacica responde a las solicitaciones de la técnica europea y acaban por tener dos mesticitos primorosos y rotundos.

Un día la cacica, mientras el pálido consorte disfruta la hamaca, le regala el oído con el informe de que a siete leguas de allí hay oro en abundancia. A Miguel le revuelve la siesta y se planta en La Isabela. Se conduce allí con todo recato. Sondea el terreno. Acaba por ser recibido por Don Bartolomé de quien ha sido criado. Porque estos criados tiene un gran destino en las nuevas tierras. Don Bartolomé lo perdona generosamente en virtud del oro y decide averiguar la verdad de la aventura. La india va a recibir en premio el bautizo, el marido y el lindo nombre de Catalina...

De modo que, cuando llegan las instrucciones del Almirante, en el sentido de fundar una ciudad, el Adelantado se encuentra a sus anchas. Marcha hacia el sur, llega al río, encuentra densamente pobladas las orillas, sondea el puerto, decide fundar allí la ciudad de Santo Domingo por el nombre de su padre, según unos, por el día en que llegó, según otros, deja veinte hombres construyendo el fuerte y regresa rumbo a Jaragua.

Bohechío y Anacaona, su hermana, viuda del épico Caonabo, le reciben y le hacen pasar un gran momento, exactamente dos días, en Jaragua, que es una Arcadia feliz.

Anacaona tiene un lugarejo perdido entre los senderos silvestres. Era

...*"una muy notable mujer, muy prudente, muy graciosa y palanciana en su habla y artes y meneos y amicisima de los cristianos..."*

cuenta Las Casas. Andaba desnuda como Venus sobre las espumas, cuenta otro. Como fueran a ver las canoas de los blancos que habían venido a buscar los tributos, pues, tuvieron que pasar la noche en el lugarejo. *"...allí tenía esta señora una casa llena de mil cosas de algodón, de sillas y muchas vasijas y cosas de servicio de casa... y era este lugar y casa como su recámara..."*

Allí durmió Don Bartolomé. Hizo una luna fría y metálica. El monte tropical se exhalaba en emanaciones

estivales que ejercen cierto extraño sortilegio nocturno sobre los forasteros. "Que por mayo era, por mayo, cuando los grandes colores, cuando los enamorados..." igual que en el romance antiguo. Y dicen las malas lenguas, aunque Las Casas, obispo, recata piadosamente, que Don Bartolomé quedó encantado... Anacaona también...

La carabela que estaba en Jaragua, la "canoa de los blancos", partió para La Isabela cargada de regalos y tributos, algodón y casabe. Esta embarcación había sido construida allí mismo, en La Isabela, y estaba destinada al gran chisme. Cuando llegó al puerto y descargó, Don Diego dictó orden de vararla. Temía que se le fueran los desontentos para España. La gente común se escandalizó y pasó de la murmuración reservada a la censura abierta. Pedían que botase al agua nuevamente la carabela y se despachase a buscar víveres a España. Don Diego consideró descabellada la idea porque el bajel no tenía equipo. Roldán, no estuvo de acuerdo y protestó con toda su hombría. Sentía detrás de él al pueblo entero zapateando frenéticamente. Don Diego le miró la vitola a este Roldán, echó una ojeada al ambiente y tomó una medida. Aquello no le caía bien. Cualquiera hubiera despachado la carabela, pero el seminarista temía los informes en España. Envió precipitadamente a Roldán con cuarenta hombres a donde estaba emplazado el Fuerte de La Concepción con el fin de que los indios de Guarionex no se atrevieran a levantarse en el hipotético caso de que estuvieran tramando hacerlo. Esta medida ingenua fue el punto de partida del Alzamiento de Roldán...

Con cuarenta hombres bajo su mando Roldán es ya el héroe de esta aventura. Comienza por mirar a su gente y desarmar y separar del cuerpo a los que no le eran afectos. Al cabo de la purga, en lugar de cuarenta, *tenía* setenta hombres de la más pura condición revolucionaria. Y en vez de molestar a los indios, se proclamó su "defensor y librador". Les justificó que se negaran a pagar el tributo. Consideró que era una disposición tiránica e ilegítima. Además estúpida. No hay más tributos en Las Indias, pues. Y una vez hecha pública esta determinación entre los indios, Roldán se vuelve a La Isabela.

Ya había regresado Don Bartolomé con la euforia de la Jaragua nocturna en pleno rostro. Es el segundo de los Colones que se va a enfrentar a Roldán. Después de una nueva escena de protesta sostiene una entrevisa de lo más interesante. Las Casas ha conservado los términos de la conversación que se ponen aquí en forma de parlamento teatral y se intitulan:

La entrevista del fuerte o los sinsabores de Don Bartolomé

Pequeña comedia en un acto y un cuadro

ACTO ÚNICO

Personajes: Don Bartolomé
Roldán
Lugar: El Fuerte de la Concepción
Tiempo: Cae la tarde

CUADRO ÚNICO

Don Bartolomé habla desde una ventana del fuerte. Sin el marco de la ventana todo el fondo de la escena sería el fuerte. La línea del marco establece un límite que encuadra la tristeza de Don Bartolomé. Parece un pequeño dios caído. Lo demás es el fuerte y el campo raso que se extiende hacia el espectador. Roldán habla desde allí, plantado como un árbol de soberbia.

Don Bartolomé:

"*¿Por qué juntas con tanto escándalo aquella gente e inquietas la isla?*

Roldán:

"*No la junto para deservicio de los Reyes sino para defendernos del que dice que nos quiere cortar las cabezas*".

Don Bartolomé:
"Ello no es verdad."

Roldán:
"Entonces, puesto que yo y mis compañeros estamos al servicio del Rey, que se nos diga dónde manda, que iremos a servirlo".

Don Bartolomé:
"Id a las tierras del cacique que tiene por nombre Diego Colón".

Roldán:
"No podemos ir allí porque no hay qué comer".

Al llegar el parlamento a esta parte. Don Bartolomé no puede soportar más su impotencia. No ha habido ninguna palabra incorrecta. En toda la conferencia Don Bartolomé no ha contribuido un ápice a resolver la situación que tiene creada. Los elementos positivos de la conversación están de parte de Roldán. Él explica y propone. Si no acepta la contraposición da su motivo. Un motivo bastante digno de consideración por cierto; que no hay comida. Pero a Don Bartolomé lo saca de quicio la respuesta y en vez de resolver el asunto de la comida, se pone rojo como una granada y grita:

Don Bartolomé:
"Que no fuese más Alcalde, ni se llamase Alcalde y que le privaba del oficio".

Roldán da media vuelta y se retira gallardamente. "Con más soberbia que vino" cuenta el cronista. Y mientras se dirige hacia La Isabela, cae lentantente el

TELÓN....

En La Isabela, sin decir más palabra, encamina su dramática soberbia, porque ahora es Roldán ardiente, a la Alhóndiga del Rey, depósito donde están almacenadas las provisiones y las armas. Violenta la puerta, para lo cual tiene que romper la cerradura y distribuye armas, paños y vituallas entre su gente. Lo hizo, como dice el común, a cuenta de sus pantalones. Don Diego que se percata de los acontecimientos, se dirige a la Alhóndiga. Va acompañado de algunos hidalgos. Porque, en última instancia, él es allí la suprema autoridad. Allá se dirige como todo un hombre. Pero he aquí que en cuanto alcanza a ver a Roldán, con toda su hispánica soberbia desplegada, vuelve la espalda y echa a andar a toda prisa con sus hidalgos. Probablemente para no estropearse con Roldán. Pero Roldán les sigue. Ahí viene Roldán. No hay más remedio que refugiarse en una de las casas de piedra. Roldán los deja en las casas poco menos que prisioneros. Y no contento con ello se va al hato del Rey y de allí toma las yeguas, potros y caballos que necesita, dispone de algunas vacas y se lanza al monte. Ya tenemos a Roldán enclavado en medio de la acción.

Las Casas, cronista mayor de estos hechos, opina que, si esta gente se moviera *bona fide*,

Hubo que tomar una provisión. Se le cambiaron las velas latinas, de forma triangular, por redondas. A poco iba saltando sobre las olas, con su menuda cala de seis pies, como evitando salpicarse el velamen. Un poco más tarde, por 1494, cuando el Almirante la eligió como nave capitana entre 17 navíos para un viaje de exploración a Cuba, se le puso un nuevo palo de mesana y una verga de pinos cubanos. Del cambio salió tomada de un júbilo que la convirtió en la más marina, ya que era la más americana, de los buques de la flota. Su arboladura se hizo la favorita de las carabelas tras atlánticas. Correteaba por el océano como una chicuela descalza por la yerba mojada. El Almirante, como viera sus galanuras veleras, con aire y con mar acabó por enamorarse de ella y compró la mitad.

Pero eso fue después. Mirándolo bien, hay tres grandes momentos en la vida de nuestra carabela. Uno de ellos nos la muestra peleando con las olas, sola como la barquilla de Lope, crujida y desgreñada en medio de un temporal de invierno, mientras corría desesperadamente hasta Lisboa para dar la noticia del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Junto al piloto, con la cara salobre y los cabellos empapados, sano y salvo en el regreso azaroso, iba Don Cristóbal Colón, que habiendo salido el loco, regresaba el genio. La Santa María, que debió haber cumplido esta histórica misión, resolvió encallar en las costas de La Española y acabó convertida en una fortaleza inmóvil. La Niña lo hizo y quedó tan descansada que a la vuelta de unos meses ya estaba enfrascada en el segundo viaje.

Y entonces tuvo otro gran momento. Fue cuando el huracán de 1495. No hubo palo en Las Indias que quedara erguido sobre el oleaje. Se perdieron las carabelas San Juan, Cardera y La Gallega. La Niña fue la única superviviente. Pero del gran espasmo le sucedió una cosa inesperada, le nació una hija idéntica, sólo que más pequeña. Resultó que con los restos de las carabelas naufragadas, el Almirante ordenó la construcción de una carabela. En su primer viaje La Niña había traído 22 personas. Ahora había que trasladar 235 españoles, 30 indios y 3 caciques. Entre ellos uno muy pesado: Caonabo. Y no era posible. Como ella era el único modelo a mano, posó para la construcción de la nueva carabela que le resultó de un parecido filial, con su pequeño castillo en proa y alcázar a popa. Por cierto que aún no la habían botado al agua cuando ya se había instalado un inevitable y penoso habitante de La Niña: la cucaracha. Pero eso no tenía que ver. Era la primera nave que se construía en el Nuevo Mundo y los marinos la apodaron cariñosamente "La India". Al igual que la madre que, apodada La Niña se llamaba Santa Clara, ésta se llamó oficialmente Santa Cruz. Y así, La Niña y La India se hicieron a la vela juntas para España, cuando aquello de Aguado, repostero real, que llevaba una convicción gris con ramazones violáceas... y allí va a tener otro gran momento nuestra aventurera.

Ocurrió así. Como el Almirante tardaba en iniciar el tercer viaje, las naves deciden despacharse por su cuenta, a hacer un rápido flete a beneficio de sus pilotos Alonso Medel y Bartolomé Colin. Para eso no se necesitaba consentimiento. Nadie se iba a enterar. La India

salió para Flandes, La Niña para Roma con un cargamento de 51 toneladas. Sucedió lo que siempre sucede cuando se está en cosas clandestinas. La Niña se encontró de sopetón con un corsario italiano, de vozarrón y anteojera, el cual se aprovechó brutalmente en ella, la hizo prisionera en un fondeadero del Cabo Pula en Cerdeña y atrancó la tripulación en el barco pirata. El Almirante, mientras trajinaba preparando la tercera salida, se las figuraba a las dos meciendo su tímido recato al abrigo del puerto. Una noche Alonso Medel logró escapar en un bote con tres de sus compañeros, alcanzó La Niña, cortó las amarras y se hizo a la vela al amparo de la oscuridad. Llegó felizmente a puerto para reunirse con La India como si no hubiese sucedido nada. Y en efecto, sucedió poco, porque el Almirante se limitó a relevar los pilotos...

Las dos carabelas, frescas de la aventura, zarpan al fin hacia el Nuevo Mundo. Para La Niña es una tercera ida, para La India un primer regreso. Vienen ahora al mando de Pero Hernández Coronel, Alguacil Mayor de la isla Española y su arribo va a ser un acontecimiento insular. Sin embargo, después de esto, la vida ardorosa e inquieta de la carabela, va a opacarse modestamente. En 1500 se sabe que estaba anclada en Santo Domingo. Un año después hizo un viaje a la Costa de las Perlas y es la última noticia que se tiene de ella. Si llegó nuevamente a surcar sus aguas natales, como se presume, recorrería unas 25,000 millas de frenesí americano. Pero ya eso es la hipótesis. Lo positivo por ahora es el acontecimiento de su arribo, lo cual nos trae a rehacer la hilación de este discurso...

Es la primavera de 1497. Las yerbas están crecidas y llenas de sonoridad. Ahora que no hay brazos suben al alto clima. Lo alcanzan secretamente. Luego la desparraman en aroma aborigen y colores silvestres... A través de estas yerbas, mirando hacia el océano se destaca el velamen hinchado de las carabelas. El verde se convierte en un primer plano, con mínimas flores amarillas. El blanco en un plano del fondo, con fragmentos azules. El blanco es trinquete, bonetas, cebadera, vela de gavia y mesana. Locas de luz. Orondas de distacia. Hartas de estrellas. La brisa pasa y prende en las yerbas una ondulación vegetal. Les pone un repentino oleaje que momentáneamente superpone los dos planos, el verde mar se confunde con el verde rama, y de pronto parece como si las carabelas navegasen en esta marea florida de las yerbas. Podría ser un miraje o ensueño pero ya están muy cerca. El enfoque se hace más nítido. Da una noción más inmediata del espacio que permite identificar, aquí las flores amarillas; allá, las velas blancas. Además en este instante la vida borbotea y cambia. No es posible ser pura contemplación o estar en ella. La esencia y la estancia puras siguen el curso de los acontecimientos. Y precisamente, las dos carabelas primaverales van a ingresar en esta atmósfera de cambio, absorberán su genio tornadizo y acabarán por torcer el rumbo de los acontecimientos. Eso se ve aún a través de esta llovizna inversa y verde que es el herbazal. Y aquí se rompe la perspectiva. El observador se levanta precipitadamente para indagar las nuevas de la arribada. Al cambiar de posición arrastra el horizonte consigo. Como éste es una línea, engendra al moverse una infinidad de planos

transparentes y móviles, a través de los cuales van atracando las carabelas...

Son La Niña y La India. Vienen al mando de Pero Hernández Coronel, Alguacil Mayor de la isla. Traen un cargamento que es un tiro de bombarda. No hay que indagar si traen alimentos. Los traen y de primera línea. Pan cristiano-viejo. Pan de veras. Pan de trigo. Pan de Padre Nuestro de cada día, oloroso a catedral. Vino añejo sin bautismo, como de sangre antigua. Carne fuerte. Todo de *digestión rezia.*

Sobre esto viene un cargamento complicadísimo, compuesto nada menos que de noventa trabajadores. Gente no contaminada por los sucesos y las circunstancias de la colonia, de modo que vienen a estar, psicologicamente, en el primer instante de la fundación de la ciudad. Y lo más importante, pueden suplir o combatir a los residentes... Pero viene algo más importante. Algo que va a hacer girar la rueda de los sucesos. Es la confirmación Real del título de Adelantado dado por Colón a Don Bartolomé y que ha de legitimar y dar a su gobierno el fundamento jurídico de que carecía. En total, un golpe fuerte para los roldanistas...

Cuando las carabelas atravesaron el último plano visual y la mirada se hizo casi táctil, como si pudiera tocar las amarras, Don Bartolomé suspiró profundamente. Hasta entonces estaba más que medianamente confinado en la Fortaleza de la Concepción. Amenazas de muerte, en forma de rumor goteante, se filtraban por algunas paredes. La autoridad estaba,

como ciertas crisálidas, envuelta en un capullo de seda. Pero ahora, con la llegada de los buques, por lo menos habría una tregua. Don Bartolomé recuperó, pues, su perdido talante y salió airosamente de La Concepción. Ahora era Adelantado de veras. De manera que, una vez en La Isabela, proclamó el Acta Real que sancionaba su título y prometió amnistía para los rebeldes. Comisionó a Pero Hernández Coronel para que se entrevistara con Roldán, le trasmitiera el contenido del Acta, le impusiera del prestigio que gozaba el Almirante en la Corte y lo conminara a deponer su actitud. Le autorizó además a ofrecer en cambio su bastón de Alcalde Mayor. Los roldanistas entraron en conferencia y no hubo arreglo.

Pero habían recibido un golpe brutal. Coronel informó al Adelantado y los rebeldes fueron declarados oficialmente "traidores". Y, aunque ninguno se sintió morir de consunción o melancolía, se aceptó unánimente que la situación era crítica. Había que tomar una decisión. Se sometieron varios proyectos de acción y finalmente resolvieron abandonar los contornos y retirarse. Eligieron los prósperos territorios de Jaragua que ejercían una extraña fascinación a los colonos. Esto, si no era una derrota, lo parecía mucho. En verdad no era sino un aplazamiento indefinido de la lucha material. Entonces, ocurre un breve suceso que viene como a distraer la atención del gobierno y cubrir la retirada de los roldanistas...

Es el siguiente: Parece que el tiempo indígena tenía un compás de retraso con respecto al de los españoles. Cuando los roldanistas resuelvan retirarse a

Jaragua, es cuando Guarionex se dispone a atacar la Fortaleza de la Concepción. Falta de acoplamiento imputable, sin más, a Roldán. Dado que si el movimiento tenía entre los puntos cardinales de su programa la emancipación de los indios, lo más natural era que el caudillo sincronizara las fuerzas. No fue así, Guarionex dispuso el asalto, como todo un indio, para la primera noche de la luna llena. Porque la mentalidad del hombre primitivo funciona poéticamente... La señal fue comunicada secretamente a los otros caciques. Pero he aquí que un caciquito nervioso, con una vena poética mucho más caudalosa que la mediana, pensó que emprendiendo el ataque saldría simultáneamente la luna llena... La luna no salió. Se quedaría empeñada en cumplir, científicamente, su proceso cósmico, a despecho de la estructura emocional de los aborígenes. Balance: quedaron los indígenas rechazados y los españoles advertidos. Guarionex tuvo que emprender la fuga, no sin antes arrancarle la cabeza al canoro caciquito, que se le presentó bañado en lágrimas a pedirle perdón...

A partir de este momento se va a operar un cambio en el proceso de la lucha revolucionaria. Pero antes de intervenir en ello –porque un lector es siempre un actor– es preciso que hagamos una estación en la jornada. Nos detendremos en el borde de un instante propicio y nos echaremos a meditar como hacen los búhos. El lector queda invitado a participar también en esta breve aventura que nace y muere en el siguiente capítulo.

Invitación al análisis

"Buenos señores, cuan encarecidamente puedo, os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis qué os disgusta o enfada..."

Estos dos hechos –la retirada a Jaragua y el fracaso de Guarionex– invitan a examinar la figura de Roldán. Vale la pena intentarlo. Ante todo hay un hecho. En ambos casos se pone en evidencia que el alzamiento no tendía a la acción de tipo militar. Roldán no utilizó el concurso militar de los indígenas ni pasó de revolotear alrededor de la Fortaleza de la Concepción y de La Isabela. El propósito no era, según puede deducirse de ello, incautarse del poder político. Las oportunidades, como se ha visto, sobraron. Por tanto, es oportuno meditar un poco sobre cuáles serían los móviles verdaderos de esta aventura. El resultado dependerá del enfoque. Ya se han tendido dos visuales. Roldán inmóvil nos llevará a conclusiones psicológicas. Roldán viviente nos llevará a conclusiones sociológicas.

Por lo general el problema se plantea solamente desde el punto de vista de Roldán inmóvil. La discusión se establece a base del encuentro de dos tipos de cuestiones:

CUESTIÓN NO.1.- Roldán obtiene el cargo de Alcalde Mayor por el afecto del Almirante. Luego acaudilla la rebelión contra su propio protector. Roldan es un infame.

CUESTIÓN NO. 2.- Roldán acaudilla una rebelión contra el despotismo –absolutamente comprobado e impopular– de los Colones y por la emancipación de los aborígenes. Roldán es un héroe.

Cada una de esas cuestiones tiene su momento y sus partidarios. A los amorosos del Almirante, al mismo tiempo amorosos de los movimientos democráticos, la figura de Roldán ha de aparecer toda penetrada de conflictos. Porque al paso que Roldán acaudilla un movimiento democrático, no podía ser justificado puesto que lo dirigía en contra del Almirante de quien era protegido. Persona de su afecto. Gente de su casa. De donde resulta Roldán una especie de redoma en que se mezclan, sin discriminación alguna, las dos cuestiones. Es, a una misma vez, un infame y un héroe...

Pero queda otra posibilidad de examen, variado el foco hacia el punto de vista de Roldán viviente. Porque Roldán es una realidad humana. Pero la gente de común es también una realidad humana. Por cierto juego de interacciones la voluntad y los sentimientos de esta gente nos da una unidad social. Y esta

unidad tiene también su conducta y su responsabilidad. Sobre todo su respetable potencia. Más, lo corriente es que se identifiquen esas dos realidades de Roldán y la gente de común en la única y sola realidad de Roldán. Lo cual no parece muy correcto. Porque nos da una versión individualista de una realidad social. Esta realidad social –la gente de común– es precisamente, una suma de individualidades, que es una realidad distinta.

Pero si separamos estas dos realidades, como hacen los buscadores de perlas con las dos valvas de la concha quizás estemos más en lo cierto. Tomamos la unidad Roldán y la inmovilizamos para estudiarla psicológicamente. Luego tomamos la otra unidad –resultante de la suma de individuos– que es la gente de común y la estudiamos sociológicamente. Entonces quizás encontremos nuestra perla...

Siendo así, Roldán puede ser lo que fuera. Se dice que era ambicioso. Que tenía sed de poderío. Que se le subieron los humos a la cabeza. Herrera dice que era "*hombre bullicioso y olvidado del pan que había comido del Almirante*"... Todo es posible. Pero nada de eso significa que Roldán y la gente de común en cuanto unidad social, fueran la misma cosa. La verdad es que el movimiento tenía sus fines, como no podía ser de otro modo.

Y que Roldán con sus fines personales y el común con sus fines sociales, podían adecuarse y marchar a la vera, en tanto que se encaminaran por los mismos medios. Así podemos ver a Roldán y al común

abrazados en la misma industria con los ojos tendidos hacia diversos paisajes. Si Roldán aspiraba a acumular poderío, a tener imperio, pongamos por caso, el único medio era la rebelión, dadas las circunstancias. Y si el común aspiraba a realizar sus aspiraciones sociales, este medio era también la rebelión. De donde nada impide que Roldán fuera un infame o un morillo barbiponiente y que el movimiento que acaudilló fuera un hermoso acontecimiento con móviles absolutamente puros, históricos y legítimos.

Planteando el problema de esta manera, podemos explicarnos con facilidad la retirada a Jaragua y la falta de sincronización de la fuerza aborigen. Es decir la ausencia de maniobras de tipo francamente militar. Roldán no podía aspirar a incautarse por la fuerza del poder político de La Española sin desatar la ira Real con todas sus desagradables consecuencias. Lo cual se puso de manifiesto con la llegada de Pero Hernández Coronel. Pero sí podía tender al descrédito de los Colones, con lo cual, una vez establecida la justeza de su rebeldía, muy bien que podía llegar a Gobernador, Capitán General, Adelantado o cualquier otro tipo de destino que se acordara mejor con la amplitud de sus hombros. Y, del otro lado, el común tampoco podía enfrentarse directamente a la Corona. Entre otras razones porque tenía que hacerlo a través de un caudillo. Su mayor interés sería un cambio de gobierno que reconociera sus demandas una vez considerada su potencia. Para lo cual sigue siendo el descrédito la única vía abierta. Por esta razón vemos hermanados a Roldán y el común, abandonar la acción material e irse a Jaragua a mantener

un centro permanente de protesta, disfrutando de paso de las delicias de la hamaca y de las cálidas consejas de Don Carnal. Y es posible que más tarde lo veamos darle la espalda a la gente de común para servir sus intereses personales. Por eso al estudiar un movimiento histórico no podemos quitar la vista de esa realidad distinta que alienta detrás de los héroes, los caudillos, los conductores de pueblos, si no queremos mezclar en la misma redoma dos cuestiones completamente distintas.

El pobre Guarionex no puede, naturalmente, llegar a estas argucias de política europea. Él cree que sus enemigos son sólo esta realidad inmediata, en estado de descomposición e incoherencia. No tiene idea de la civilización. No sabe lo que es una catedral. Y lo que es peor aún, no sabe deducirlo del ruido de los cañones. Lo cual lo conduce a la derrota y a ser tragado, con todo su temple por las mismas aguas que han de tragarse las figuras más notables en la ardorosa existencia terrenal de La Isabela. Pero sigamos adelante, camino del relato...

CUARENTA HOMBRES Y UNA LÁGRIMA

De su embelesamiento lo volvió Sancho Panza diciéndole: "Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres..."

Por España el Almirante da forma y contorno al tercer viaje. No es el mismo de antes. Entre los años, las congojas y el hábito marrón de los franciscanos se han repartido el frescor de su figura. No importa. Por delante queda un mundo intenso y toda la posteridad. Pide, pues, ocho barcos. Los obtiene. Pide dinero. ¡Bueno! La Corona tiene a mano "seis cuentos de maravedíes" que son toda una fortuna. Pero tiene también guerra en Italia y allí los cuentos vendrían de perla. Vacila por tanto la Corona entre descubrir nuevos territorios y ensanchar el suyo. Y en esto llega Pero Alonzo Niño que anuncia una carabela llena de oro. Los seis millones, naturalmente, se van a la guerra. Niño que tiene poca responsabilidad y mucho apetito de tierra, se va de vacaciones

para no regresar sino dos meses después. Y entonces explaya su cínica fórmula. No trae oro, trae indios. Pero oro es lo que oro vale. El Almirante se mesa los caedizos cabellos...

Al fin la bíblica institución del préstamo suple el dinero. Salen La Niña y La India mohínas de la aventura con el pirata italiano, y se internan en el océano como la vimos llegar. El 30 de mayo de 1498 zarpan de San Lúcar de Barrameda las seis carabelas restantes. Al llegar a la Gomera, un mes después, se bifurca la flota en los dos sentidos que conforman la esencia del problema colombino: El genio y el empresario. Así la nao capitana con el Correo y la Vaqueños van a descubrir tierras bajo su iluminado comando. Descubrirán Trinidad –tres montañas juntas– donde dirán la "Salve Regina y otras prosas". Luego las costas de Paria donde el mar se le pondrá "sabroso y dulce"... Las otras tres carabelas tomarán rumbo directo a La Española –la empresa– con bastimento y socorro para los de allá que están sumergidos en el remolino revolucionario. En la primera de las tres va Alonzo de Carvajal. En las otras dos Diego de Arana y Juan Antonio Colombo, pariente del Almirante...

Se necesita una ecuanimidad a prueba de cincel para encararse con la vida de Colón. Sea dicho esto aparte, y especialmente si uno se acerca a aquellos acontecimientos que nacen precisamente de sus errores. Porque a fuerza de penetrar su delirio acaba uno por condolerse y hacerse a él por ese lado del corazón que anuda tanto. La pluma empieza por resistirse, la razón a oscilar, el corazón a hacer aguas y pamemas.

Llegado a esta crisis lo mejor es apagar la luz y sumirse en el sueño. Al cabo el reposo trae el hilo infiel, ordena el curso vacilante. Y la verdad reaparece, como en el cuento de las dos valvas, en puridad de perla...

Cuarenta hombres son más que suficientes para mostrarnos la popularidad, la pasta de pueblo con que estaba hecho el alzamiento de Roldán. E igualmente, nos permiten intuir hasta dónde era netamente revolucionaria la situación política de la Colonia. Podemos comprobarlo en dos ocasiones. A la primera ocasión la designaremos.

Los cuarenta de Colombo

Fue así. Las tres carabelas que comandaba Carvajal venían destinadas a Santo Domingo. Eran pues un urgente socorro para Don Bartolomé. El Almirante le señaló el rumbo a Carvajal pero éste se tiró demasiado a sotavento y atraído no se sabe por qué juego de signos agoreros, fue a dar a la mismísima Jaragua, a la boca del león de la fábula, donde estaba Roldán.

Era una pura casualidad. El único culpable fue el viento. Carvajal no tenía noticas de Roldán. Ni los roldanistas tenían noticias de Carvajal. Pero se dieron cuenta del problema con más rapidez; como es natural. En efecto, Roldán, diplomáticamente, sube a las carabelas, Carvajal, que ignora los aconteci-

mientos, lo recibe cm toda bonhomía. Los marinos saltan a tierra. Allí intercambian, amorosamente, cuentos de España, cuentos de La Española. Pasan tres inocentes días de sombra y de jilgueros. Al fin Carvajal se entera. Cree, como muchos en la hora de ahora, que la revolución era Roldán. Lo aconseja. Lo insta a volver a la Ley. Le notifica que el Almirante vuelve con refuerzos, y decide despachar dos buques para Santo Domingo con Arana, y cuarenta hombres por tierra con Colombo, mientras él convence a los insurrectos.

Colombo desembarcó con los cuarenta hombres bien avituallados y armados. Da la orden y rompe la marcha. De momento se oye un griterío, la fila se desintegra y los hombres, con armas, vituallas y todo, desertan paladinamente y se reúnen con los rebeldes. Hay que presumir que vieron la cosa bien clara. El caso es que Colombo queda con ocho hombres. Tiene que reembarcarse y zarpan los buques con la venia de los elementos. Carvajal ha tenido que seguir por tierra pero lleva siquiera una pequeña victoria: promesa del rebelde de acercarse a Santo Domingo cuando llegase el Almirante.

A la segunda ocasión en que podemos mostrar la popularidad del alzamiento y hasta donde era netamente revolucionaria la situación política de La Española, la designaremos

Los cuarenta de Colón

Y fue así: El Almirante había llegado ya. Expidió una proclama a 12 de septiembre de 1498 ofreciendo amnistía y pasaje libre a España en 5 buques listos para zarpar. Dio autorización a Miguel Ballester, comandante del Fuerte de La Concepción, para celebrar una entrevista con Roldán.

A poco llegaron los rebeldes a Bonao –diez leguas de La Concepción– se instalaron en una vivienda de Don Pedro Riquelme, uno de los rebeldes, que tenía posesiones allí. Y llegó Ballester. Venía a materializar la pequeña victoria de Carvajal, pues se entendió que la promesa de Roldán de acercarse a Santo Domingo, implicaba una posibilidad de pacto. No fue así. Roldán declaró a Ballester que no venía a pedir la paz. Antes bien, venía a exigir la libertad de los indios que iban a ser embarcados como esclavos en los 5 buques y esto lo hacía –alegaba– en virtud de que les había prometido protegerlos empeñando en ello su palabra de Alcalde Mayor.

El Almirante se indignó. Inmediatamente ordenó que toda la gente apta para el uso de las armas se presentase. Había que tomar la medida más enérgica. Pero ocurrió que, a la hora del reclutamiento, alegaron los unos enfermedad, los otros parentezco con algún rebelde y a la postre no se presentaron más que sesenta, de los cuales solamente se podía contar con cuarenta. El Almirante dobló la cerviz. La medida más enérgica se disolvió en un plácido disimulo...

Ya no había duda. El alzamiento era un triunfo. Los cuarenta de Colombo habían desertado. Los cuarenta de Colón eran muy pocos. Al Almirante no le quedaba más que el llanto. E1 18 de octubre salieron los buques llevando sus quejas al Rey.

Los roldanistas, de una manera u otra, enviaron las suyas también y en los mismos barcos iban lágrimas de angustia y lágrimas de victoria. Estas eran las quejas:

Roldán escribió de los Colones:

"que se querían alzar con la tierra, que no dejaban saber las minas ni sacar oro sino a sus criados y amigos, que administraban justicia por antojo más que por derecho y que había el Almirante callado el descubrimiento de las perlas de la isla de Cubagna e que se lo tomaban todo y a nadie daban nada aunque muy valientes y enfermos fuesen..."

Colón escribió de los roldanistas:

" Que robaban a los indios y forzaban a las indias, acuchillábanlos vivos y hacían otros males y también que le había tomado dos carabelas como iban cargadas de España y deteniendo los hombres con engaños..."

No es preciso gran esfuerzo para predecir el resultado de estas quejas. El Almirante acusaba a los roldanistas de crueldad con los indios y el mismo buque en que enviaba la acusación enviaba esclavos indios. Lo de las carabelas era una calumnia fácil de desmentir. En cambio los roldanistas le acusaban de

cometer faltas en la administración, de codicia y crueldad con los colonos, temas de los cuales se había hablado mucho en la corte desde los tiempos de la conspiración del pisano.

El lector actual ve claramente, comparando estas quejas, que los móviles del alzamiento eran absolutamente potentes y revolucionarios: igualdad jurídica (que administraban justicia por antojo más que por derecho), igualdad social (que no dejaban sacar oro sino a sus criados y amigos), igualdad económica (que se lo tomaban todo y a nadie daban nada), por consiguiente, tenía que triunfar.

Al elegir la vía sentimental para la lucha, el Almirante era el tercero de los Colones en sentirse rendido ante el alzamiento de Roldán. Y esto era la derrota total. Es decir, la derrota militar en La Española. La derrota política en España. La derrota moral en sí mismo. No le quedará más que la gloria del Descubrimiento, el orgullo del genio. Y he aquí que, para mayor tragedia, el Almirante cifra su gloria en haber descubierto el camino de Las Indias. Ha descubierto mucho más, pero no lo sabe. Y antes de cerrar los ojos va a saber que el verdadero camino de Las Indias lo descubre Vasco de Gama. La muerte y el desengaño no le dieron tiempo para aclarar lo que había descubierto él. Al cerrar los ojos todo aquel mundo inmenso y redondo cabía en una lágrima...

Breve cursillo de diplomacia por correspondencia

"Dígame vuestra merced, señor Merlín: cuando llegó aquí el diablo correo dio a mi amo un recado del señor Montesinos..."

Cuarenta hombres nos bastaron para sopesar la realidad política de La Española y conocer de qué lado estaba la victoria. Comprendimos que estaba del lado del pueblo. El Almirante también lo comprendió, solamente el pueblo no comprendía entonces. Y es que aquella lucha era su lucha. Hubo quien creyera que aquella era la lucha de Roldán. Aunque era ingenuidad suprema creerlo. El Almirante lo creyó. Muchos lo han creído después y aún hoy la ingenuidad prospera. Quién sabe si entre ellos estaba el propio Roldán. Pero hay quien no tolere esa ingenuidad. Quien sepa que solamente el pueblo hace su propia historia y que no hay más que una sola meta que es la libertad humana con su penacho celeste. Y que toda esta aventura fue obra del pueblo conscien-

te y brioso en lucha por sus intereses sociales. De esto no hay duda. Ha sido confirmado infinidad de veces. Y ahora lo veremos una vez más en forma expresa y concreta.

Roldán escribió al Almirante, un mes después de la llegada de éste, una carta de supremo interés. Nos gusta escuchar a los antiguos a través de sus cartas. Palpita en ellas un calor humano que no entibian los años. Es como si de momento se devolvieran los ciclos cósmicos y nos hicieran regresar a un infinita existencia. He aquí la carta:

Carta de Roldán al Almirante

Bonao, miércoles, octubre 17, 1498.

Ilustre y muy magnífico señor:

Vuestra señoría sabrá que por las cosas pasadas entre el Adelantado e mi, Francisco Roldán, e Pedro Gámez, e Adrián de Múxica, e Diego de Escobar, criados de vuestra señoría, e otros muchos que en esta compañía están, fue necesario de nos apartar de la ira del Adelantado, e según los agravios habíarnos rescibido, la gente que acá está proponían de ir contra él para le destruir, e mirando al servicio de vuestra señoría, los dichos Pedro de Gámez, Adrián de Múxica, e Diego de Escobar, Francisco Roldán, hemos trabajado de sostener en concordia y en amor toda la gente que en esta compañía está, poniéndoles muchas razones e diciendo cuanto cumplía al servicio del Rey e de la Reina, nuestros señores, no se entendiese en cosa

ninguna hasta que vuestra señoría viniese, porque entendíamos, que, venido que fuese miraría la razón que ellos e nosotros teníamos de nos apartar, e con muchas razones que allí no se dicen, hemos estado a una parte de la isla esperando su venida, e agora, ha ya más de un mes que vuestra señoría está en la tierra. Y no nos ha escrito, mandándonos qué es lo que hubiésemos de hacer, por lo cual creemos está muy enojado de nosotros e por muchas razones que se nos han dicho que vuestra señoría dice de nosotros, deseándonos maltratar e castigar, no mirando cuanto le hemos servido en evitar algún daño que pudiera hallar hecho. E pues que así es, hemos acordado, por remedio de nuestras honras e vidas, de no nos consentir maltratar lo cual no podemos hacer limpiamente si fuésemos suyos, por ende suplicamos a vuestra señoría nos mande dar licencia, que de hoy en adelante no nos tenga por suyos, e así, nos despedimos de la vivienda que con vuestra señoría teníamos asentada, aunque se nos hace muy grave, pero esnos forzados por cumplir con nuestras honras. Nuestro señor guarde y prospere el estado de vuestra señoría Como por él es deseado. Del Bonao, hoy miércoles, 17 del mes de octubre de 98 años.

FRANCISCO ROLDÁN
Y POR ADRIÁN DE MÚXICA, FRANCISCO ROLDÁN. PEDRO DE GÁMEZ. DIEGO DE ESCOBAR.

Esta carta es todo un monumento histórico. A primera vista parece desvergonzadamente hipócrita. Se trata allí al Almirante con devoción y respeto. Se le reprocha que en un mes no les haya escrito dando órdenes. Todo esto fechado en plena manigua. Luego

la carta parece disparatada. No se le alcanza a uno qué males pretendían evitar los firmantes acaudillando un levantamiento, que era, precisamente, el peor de los males posibles. Ni acepta uno que los caudillos de un levantamiento se dirijan al enemigo como no sea para pedirle la paz u ofrecérsela. Concretamente la carta no solicita nada, no exige nada, no impone términos ni ofrece condiciones. Parece que la conclusión queda flotando en el aire. En efecto, queda flotando, pero lo que nos interesa indagar es por qué razones se ha escrito una carta semejante en un momento tan crítico. En forma condensada la carta dice lo siguiente:

"...(hace) ya más de un mes que su señoría esta en la tierra y no nos ha escrito que es lo hubiésemos de hacer... por lo cual creemos que está muy enojado... E pues que así es, hemos acordado... no nos consentir maltratar... por ende suplicamos nos mande dar licencia que de hoy en adelante no nos tenga por suyos..."

Conclusión flotante: Si el Almirante declara que no está enojado, ellos vuelven a tenerse por suyos... Con lo cual poco le falta para epístola amorosa o billete de novia. De modo que toda la historia del alzamiento, con todo el tiempo que lleva, se disuelve en una simple aclaración. Evidentemente, Roldán está simplificando el problema. Lo cual no puede tener otro propósito que congraciarse con el Almirante. Roldán se está haciendo un traidor. Por alguna razón recóndita probablemente el temor a las eventuales sanciones de la Corona, sus medios personales no coinciden ya con los de la gente de común. Su individualidad está

girando en vórtice de egoísmo. Ya aquello de "libra-dor", aquellos principios de libertad y apostolado, se deshacen melancólicamente. Y no es la encarnación de un pueblo, su voz. Es su mancha...

Es lo que resulta de su carta. Y si quedara en conjetura la justificación sería posible, por más que remota. Pero la historia viene a aclarar y confirmar la realidad. El Almirante le dirigió a Roldán una carta quejumbrosa y patética llamándole al orden. El caudillo no la pudo resistir. Es posible que reprodujera en su intimidad aquella antigua condición de escudero y su imaginación repasara los voltijeos de la aguja requiriendo el zurcido. Acaso exhaló un suspiro y estranguló una lágrima. Era Roldán inmóvil, nuevamente, con su nariz de pasta y su mirada sin gente. He aquí la carta del Almirante:

Carta del Almirante a Roldán

Santo Domingo, 20 *de octubre* 1498

Caro amigo:

Recibí vuestra carta luego que allí llegué. Después de haber preguntado por el Señor Adelantado y Don Diego, pregunté por vos como por aquel en que tenía yo harta confianza, e dejé con tanta certeza de haber bien de temporar y asentar todas cosas que menester fuesen, y no me supieron dar nuevas de vos, salvo que a una voz me dijeron, que de algunas diferencias que acá habían pasado que

por ello deseábades mi venida, como la salvación del ánima; y yo, ciertamente, así lo creí, porque aunque lo viera con el ojo y no creyera que vos habíades de trabajar hasta perder la vida, salvo en cosa que a mí cumpliese, y a esta causa fablé largo con el Alcalde, con mucha certeza que, según las palabras que yo le había dicho y os dijo, que luego que veníades acá. Allende la cual venida, creí antes desto que aunque acá se hobiesen pasado cosas más graves que de las que éstas pueden ser, aque aún bien no llegaría, cuando seríades conmigo a me dar cuenta con placer de las cosas de vuestro cargo, así como lo hicieron todos los otros a quien cargo dejé, y como es de costumbre y honra dellos, veramente, si en ello había impedimentos por palabras que farían por escrito, y que no era menester seguro ni carta, ya que fuera así, yo dije, luego que aquí llegué, que yo aseguraba a todos que cada uno pudiese venir a mí y decir lo que les placía y de nuevo lo torno a decir y los aseguro. Y cuanto a lo otro que decís de la ida a Castilla, yo a vuestra causa y de las personas que están con vos, creyendo que algunos se querrían ir he detenido los navíos diez y ocho días más de la demora, y detuviera más, salvo que los indios que llevan les dan gran costa y se les morían, paréceme que no os debéis creer de ligero y debéis mi- vuestras honras quien más toque, y no dar causa que las personas que os quieren mal acá o en vuestra tierra, hayan en qué decir, y evitar que el Rey o la Reina, nuestros señores, no hayan enojo de cosas en que esperaban placer. Por cierto, cuando me preguntaron por las peronas de acá, en quien pudiese tener el Señor Adelantado consejo e confianza, yo os nombré primero que a otro, y les puse servicio tan alto, que agora estoy con pena que con estos navíos hayan de oir lo contrario agora ved lo que no se puede o convenga al caso, y avisadme de ello

pues los navíos partieron Nuestro Señor os tenga en su guarda. De Santo Domingo a 20 *de octubre.*

..S.
.S ..A ..S.
X *M Y*
XPOFERENS

¡Hermosa carta!... Quiere decir que el Almirante no está medio-enojado. Entonces Roldán tendrá que admitir que la insurrección no tiene sentido si ha de respetar el contenido de su propia carta, es decir decir, la conclusión flotante. Y, efectivamente, así lo consigna la historia. Las Casas nos cuenta que Roldán, con Gámez y Escobar, se mostraron dispuestos a pactar cuando recibieron esta carta. Hay que imaginar a Roldán sintiéndose querido en aquella soledad sin españolas. Si Roldán hubiera sido el autor solitario del alzamiento, si hubiera realizado, él por sí, toda esta aventura, en estos momentos, el Almirante habría logrado la más poética de las victorias. En vez de enviar un ejército habría enviado una carta, y habría aniquilado una insurrección con una queja. Pero no podía ser así porque la insurrección no era un solo hombre. Era un pueblo. Y sucedió lo que tenía que suceder. En cuanto se corrió la voz, el pueblo se desperezó como una bestia. Alzó un clamoreo. Produjo aquel famoso ronquido en forma tan concreta que podría vérsele avanzar ondulando la tierra. Los caudillos comprendieron de pronto que todo hombre está encajado en sus circunstancias. Que ellos no eran más que símbolos. Y pues, se plegaron a los hechos, como las mariposas. El pueblo, así anónimo,

les exigió que cualquier composición que se hiciese debía ser en público, por escrito y sujeto a la aprobación y censura de todos. La gente de común llevaba al hilo la trama de los acontecimientos y velaba por su causa. Cuenta Las Casas:

"...saltan todos con voces tan altas, diciendo 'que juraban a tal que no había de ser así, y que no habían de consentir que fuesen Roldán ni los demás, sino que si concierto se había de hacer fuese allí público a todos, pues a todos tocaba'..."

Y Miguel Ballester se lo confirma al Almirante en un informe fechado en Bonao a 16 de octubre:

"...Francisco Roldán, y Games, y Escobar, y dos o tres otros... acordaron que fuesen el Alcalde y Games a besar las manos de vuestra señoría y a concertar cosa justa y posible... Vinieron todos a requerir a Francisco Roldán y a Gamez que habían acordado que no fuesen, sino que por escrito y a criterio llevase Carvajal lo que pedían..."

Pocas veces se ha visto un pueblo manifestarse tan directamente. En el momento en que pierde su voz –Roldán en esta ocasión– asume él mismo su actitud y habla con su millón de voces. El lenguaraje se hace eufórico y potente, sobre todo claro, y logra su expresión. Y así llegamos a la culminación de esta aventura. Nuevamente adquiere vigencia aquello de que ningún hombre es una isla. Sabemos con toda seguridad que Roldán no fue sino un instrumento de su pueblo. Tenemos pues que declinar esta órbita narrativa. Vamos a asistir a la humillante capitulación del último de los Colones, que es también el primero de todos...

La capitulación

"Dénsele todos cinco y cuartillo —dijo Don Quijote— que no está en un cuartillo más o menos la monta de esta notable desgracia".

No se conoce el estado del tiempo en aquellos días. Se presume que haría un cielo plúmbeo y pegado. La tarde sería húmeda, sesgada de golondrinas. Era al caer el año y la brisa traería nostalgia de Navidad llena de antiguos villancicos. Cruzarían los paisajes penosos cadáveres de mariposas, sombras de castillos rotos y colinas desoladas. Noviembre iría entre lúgubres marcos y follajes caído. Quizás llovía. Quizás con fino, grisáceo tul, como es costumbre. No se sabe. Si, como es de presumir, era así, sería un momento adecuado para la capitulación de un Primer Almirante, Descubridor de un Nuevo Mundo, vencido por su propia hazaña. Además ya había campanas en La Española, dobladas de Requiem...

Al fin es que, después de una serie tumultuosa de ires y venires producidos por el ronquido popular, Roldán se vio obligado a seguir en plan de caudillo. Tuvo que escribir al Almirante imponiéndolo de las condiciones exigidas para firmar la paz. Se contaba a 6 de noviembre de 1498. El cabecilla ponía por término de la respuesta hasta el día 11, cinco días después. El Almirante consideró los términos del documento y concluyó en el sentido de que las conclusiones eran excesivas. En consecuencia hizo fijar una proclama en la puerta de la Fortaleza de la Concepción en la cual ofrecía completo olvido del pasado a Roldán y a cualquiera de los rebeldes que volviera al servicio de la Corona en el plazo de un mes. Al mismo tiempo amenazaba con hacer caer todo el rigor de la Ley sobre aquellos que no obtemperaran a la intimación. Copia de la proclama fue enviada a Roldán junto con la manifestación de que las condiciones estipuladas no podían ser cumplidas.

Como que el documento de Roldán era prácticamente un ultimátum esta respuesta equivalía a una declaración de guerra. Por cierto que no se explica cómo el Almirante, que había pasado dos veces por la prueba de los cuarenta hombres, que había recibido el informe de Miguel Ballester, leal y sin sospecha, podía desafiar tan enérgicamente a los roldanistas. Quizás se trata de una maniobra orientada a impresionar a los rebeldes. Es lo mejor que se puede suponer. Roldán respondió dentro de la más estricta ortodoxia diplomática.

Dado que la fuerza estaba de su parte, desconoció la proclama con toda tranquilidad y puso en estado de

sitio la fortaleza de La Concepción. La táctica era sencilla, tomar la fortaleza por sed. Cosa de tiempo. Pero no fue necesario prolongar el sitio. En breve Carvajal solicitó de los rebeldes que redactaran los términos de la capitulación. Los roldanistas accedieron misericordiosamente y estipularon los siguientes capítulos:

1ero.- Roldán y sus compañeros embarcarían para España desde el puerto de Jaragua en dos buques que quedarían armados y provistos en 15 días.

2do.- Cada cual tendría opción a un certificado en que constase su buen comportamiento así como una orden para que le efectuaran sus pagas respectivas hasta el día de embarcar.

3ero.- Se entregarían a cada cual varios esclavos a la manera que con otros se había hecho. Y, como muchos de la sociedad tenían mujeres naturales de las indias, unas encinta y otras recién paridas, se las permitirían llevar con ellos en lugar de los esclavos.

4to.- Se darían equivalentes por la propiedad de algunos de ellos que había sido secuestrada y por el ganado que perteneció a Roldán.

5to.- Se les darían garantías personales.

6to.- La capitulación no tendría efecto si no se les daba una providencia de cualquier género en el plazo de ocho días.

El 16 de noviembre firmaron los roldanistas en la Fortaleza de La Concepción y marcharon a Jaragua, la

capital rebelde, a esperar los barcos de la victoria. El Almirante firmó el 21, ordenó la preparación de los barcos y salió en viaje de inspección por la isla en vistas a reorganizar la administración de la paz, especialmente a restablecer los tributos indígenas. En apariencia todo estaba liquidado. Pero hacia el mes de marzo del 99, cuatro meses después de la capitulación, que establecía un plazo conminatorio de 15 días, todavía no habían aparecido los barcos. Al regresar el Almirante de su viaje por el interior se enteró, no solamente de que los rebeldes estaban aún en la isla, sino de que basándose jurídicamente en el incumplimiento del contrato de parte del Almirante, lo consideraban rescindido. Así que la situación del problema volvía hacia atrás y se ubicaba de nuevo en el 6 de noviembre cuando el ultmátum. Naturalmente, ya el Almirante conocía su importancia y antes de intentar cualquier otra medida se dispuso a firmar la nueva capitulación. A la anterior se le añadían ahora nuevas estipulaciones:

1ero.- Se embarcarían para España hasta el número de 15 en los buques anclados en Santo Domingo.

2do.- Aquellos que desearen permanecer en la isla recibirían tierras de cultivo en lugar de sueldo real.

3ero.- Se le daría satisfacción moral a Roldán.

4to.- Roldán sería restablecido en su cargo de Alcalde Mayor.

5to.- Si el Almirante no diere cumplimiento a la capitulación la otra parte adquiere el derecho de someterlo por fuerza a ella y exigir el cumplimiento.

El Almirante se lamentó, pero no le quedó otro recurso que firmar por segunda vez en condiciones más humilantes aún.

No se podía dar cuenta, pero al estampar aquella famosa firma, llena de símbolos místicos e indescifrables, quedaba para siempre excluido del poder público en las nuevas tierras por él descubiertas. No podía darse cuenta de hasta dónde aquella era una verdadera derrota. Hasta entonces la Corona había permanecido al margen de los acontecimientos. Se había conducido como una persona cualquiera reservándose ciertos derechos en las Capitulaciones de Santa Fé, cuando Colón salía en el primer viaje a descubrir mundos. En el segundo viaje es nombrado un RECEPTOR de los derechos reservados a la Reina en ese contrato. Hasta ahí llega su inclusión en la empresa. Pero ahora decide participar directamente en la conducción de los asuntos de la Colonia. Bobadilla viene como pesquisidor a investigar los sucesos ocurridos y asume el poder. Los Colones salen encadenados de La Española. Luego vienen Ovando y demás. Al fin la Real Audiencia en 1511, que es creada esencialmente para liquidar los derechos de los Colones, consagrados en las Capitulaciones de Santa Fe, cuando el Nuevo Mundo era sólo una realidad delicada, suerte de nébula, ilusión o capricho en la imaginación delirante del Aventurero...

La nota más importante de la capitulación del Almirante es que consagra, no la victoria de los roldanistas contra el Almirante, sino la victoria de la masa popular española, desprovista de las fuentes de subsistencia,

sobre los Colones, beneficiarios mediatos y también inmediatos de la empresa. Y esta victoria no sucede pura y simplemente. Conlleva un trastrocamiento de toda la organización social, con las consiguientes repercusiones en todas las actividades de la cultura naciente. La nueva sociedad se organiza a base del repartimiento de los indios que crea toda una institución jurídica mediante una verdadera hemorragia legislativa que hace de España una Madre del Derecho. Este proceso es lo que se llama la Encomienda Indiana. Para comprenderlo tenemos que hacer un pequeño regreso. Y es necesario porque ella es la consecuencia más importante de la capitulación del Almirante.

Cuando el segundo viaje volcó sobre las nuevas tierras su colorida muchedumbre, fue como si vaciara una cornucopia de sueños. Todo el mundo vino en pos de una nueva felicidad festonada de oro y de gloria. Hallaron trabajo y miseria. Sucedió que habían venido a trabajar en una empresa cuyos beneficiarios eran los Colones y colocados en el mismo nivel social que los aborígenes. En el viaje había venido también el municipio. Bien pronto la muchedumbre sufrió una peligrosa dehiscencia y se dividió en dos grupos, los empresarios junto con los que con ellos compartirían el lucro y la gloria, de un lado, y los que sostendrían la empresa con su trabajo, del otro. Porque alguien tenía que trabajar. Al principio trabajó todo el mundo. Duró un minuto la cosa. Cuando terminó, el municipio creó a Roldán, surgió la lucha y advino la capitulación. Esta capitulación con su cara de inocente medalla, llena de ángel, había de transformar toda la

fachada social del Nuevo Mundo y crear las formas de convivencia propias de la nueva realidad.

La lucha era de tipo europeo y hubiera podido surgir en una provincia de España. Pero marginando esta lucha había otra muchedumbre que le daba una significación americana al problema. Era el indio. Y, justamente, la significación económica del indio era el fundamento de la lucha. No era poca cosa que en una zona de colonización, se dividieran los colonos en dos clases y que una de ellas –Colón y los hidalgos– forzara a la otra –los roldanistas– a ocupar el mismo plano social, económico y político del nativo. La capitulación produjo la consecuencia de rescatar a los colonos rebeldes del seno de la clase social en que se confundían con el indio. Desde este momento la vida americana adquiere su propio tono. La forma en que sucede es muy natural. En cuanto el pueblo español sacude la opresión –sumisión al trabajo ajeno– echando a los Colones, surge la falta de alguien que trabaje para ellos. La victoria consiste –y lo revolucionario del alzamiento– en que ningún español trabajará para otro español. Pero alguien tiene que trabajar. No hay problema. Ahí están los indios. Y surge la encomienda. Pero es preciso tomar un pequeño respiro...

SEGUNDO PARÉNTESIS

"Niño, niño –dijo con voz alta a esta sazón Don Quijote– seguid vuestra historia en línea recta y no os metáis en las curvas o transversales; que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas."

La Encomienda indiana fue una institución jurídica pero habría que estudiarla como un cuento. Se nos presenta como un conjunto de hechos y, en la mayoría de los casos, en pugna con ellos. Y resulta difícil penetrar su sentido. Se esconde como el gusano y apenas si se puede arañar su capullo de seda. Lo mejor sería desenvolverla con cuidado y ponerla a discurrir en esa realidad fluvial y placentera de los cuentos. Todo estudio de esta institución debería comenzar de esta manera: era una vez un indiecito que llevaba pendiente del cuello una chapa de latón...

Esta chapa, que podía ser de latón o de cobre, fue ideada por el Almirante para indicar que su portador

había pagado el tributo. Y este tributo es el origen de la Encomienda indiana. Y la Encomienda indiana es la consecuencia mayor de esta aventura.

En cuanto pasó el momento lírico del Descubrimiento –el asombro y el desarrollo del asombro en páginas de fuego– el Almirante se encontró de pronto conque su hazaña carecía de brillantez si no se entendía en términos económicos. Esto fue una gran desgracia. El supremo artista del océano no creía en la tesis del arte por el arte. En lugar de seguir combinando los islotes y desparramándolos en un delirio de mapas, se entretuvo en achaques de empresa. Y allí estuvo lo malo. Lo primero fue que los españoles no querían trabajar. No por españoles, pues en las zonas de colonización donde el problema del suministro de mano de obra es siempre difícil de hacer, pocos son los que están dispuestos a aceptar el ser empleado de otro. Y también por españoles. Las dos razones al mismo tiempo. Porque aquellos eran los tiempos de la exaltación fanática del español. Dos fuerzas movían la época, según Fernando de los Ríos: el misticismo (fanatismo del espíritu) y el heroísmo (fanatismo de la acción). Así que, como el oro no llovía del cielo, no se le ocurrió otro sistema al Almirante que el de vender los indios como esclavos...

Aparte de que el sistema armó tamaño escándalo en la corte, presentaba un grave inconveniente. O sea, que para sostener el mercado necesitaba garantizarse una producción de indios que se mantuviera constante. Para eso se requería por lo menos la instalación de un tren de indias productoras. Con los subsiguientes

problemas de selección, encaste, vacunación y demás. Es decir, lo que llamaríamos hoy la industrialización del amor. Claro, la idea era demasiado avanzada para la época. Faltaban sus buenos tres siglos para el advenimiento de la máquina de vapor. De modo que se decidió por un sistema más cómodo: que los propios indios procurasen el oro mientras él lo recaudaba deliciosamente. En consecuencia, dispuso que todo indígena que hubiera cumplido los catorce años pagara cada tres meses un cascabel lleno de oro. Este era el mismo cascabel flamenco con que ya le habían comprado al indio su cándido asombro en los primeros desembarcos. Sólo que antes vino lleno de sonido y ahora, pasada la etapa lírica, servía de unidad de medida...

La imposición del tal tributo resultaba inicua. Ni la isla tenía suficiente oro, ni los indígenas tenían suficiente habilidad para obtenerlo. Y también, atribuían al oro una significación mística tan profunda que cuando iban a traerlo se abstenían de toda comida y todo trato sexual, según cuentan los cronistas. Por cierto que a Colón, que era una naturaleza extremadamente mística, le entusiasmó la práctica y exhortó a los españoles a que se purificasen al buscar las minas, con ayunos, castidad y oraciones. Los españoles no hicieron caso a las fiebres místicas del Almirante, pero estimaban la práctica aborigen que les permitiría a los encomenderos ahorrarse la comida...

Los indios de La Española preferían cualquier otra forma de tributación. Guarionex ofreció, en lugar de tributo en oro, hacer que sus súbditos arasen una

porción de terreno que atravesase la isla mar a mar. Las Casas asegura que semejante terreno podía con una sola cosecha, abastecer de trigo a Castilla durante diez años... La idea de Garionex era el convertir las Antillas en el granero del mundo. Si el Almirante hubiera seguido descubriendo mundos en gran escala y deja a Guarionex de administrador en La Española, la ciudad de Washington estaría hoy a orillas del Ozama. Pero el Almirante no aceptó lo cual fue una gran suerte puesto que de otro modo, el suprascrito no hubiera podido narrar esta historia... De modo pues que, serpeando entre los yerbajos se abría una vereda cualquiera y daba paso a un indiecito dorado. A cada latido de su corazón aborigen le daba un breve salto la pendiente chapa de latón. Y así comienza el cuento de la Encomienda indiana...

Y empalma con la historia del alzamiento del Roldán. Porque el caudillo-escudero era lo bastante astuto como para aprovecharse de la situación e incluir la liberación del indígena entre sus demandas revolucionarias. Este ha sido uno de los elementos que más carácter democrático le ha dado a la aventura. Fueren cuales fueren sus móviles verdaderos –atraerse la simpatía y la colaboración de los indígenas, darle apariencias de equidad y justicia al movimiento o explotar la mano de obra del indio– el caso es que la demanda democrática dio un vuelco y apareció en los artículos de la capitulación del Almirante en la forma más novedosa e inesperada. Como esta capitulación se produjo en dos documentos, en el primero se estipulaba que cada español recibiría cierta cantidad de indios para ocuparlos en su servicio personal;

y en el segundo que recibirían tierras en lugar de sueldo de la Corona. Indios y tierras. La cosa es bien clara. La idea de Guarionex triunfa, pero no va a ser administrador sino administrado. Hacia 1499 Roldán presentó al Almirante una relación de los rebeldes que deseaban tomar vecindad: 102 castellanos, los cuales recibirían indios y tierras. El Almirante accedió ahora por fuerza a lo mismo que Guarionex le había propuesto por razón y por justicia. El Almirante extendió la medida a los otros castellanos, es decir, se vio obligado a disolver la diferencia eeonómica entre los españoles y de esta manera nacía en las nuevas tierras una institución llamada a tener un largo destino.

La Encomienda indiana –que así dió en llamarse la nueva institución– es un sistema de trabajo forzoso sin régimen de salariado. El indio estaba obligado a prestar servicio a un español, durante cierto periodo del año llamado demora. Esta demora era al principio de seis meses, posteriormente se prolongó hasta ocho. Los cuatro meses restantes quedaban al indio para atender sus cultivos y verse en los ojos de la prole. Parece que por esta migaja de libertad es por lo que la Encomienda se resiste a ser confundida con la esclavitud y por lo que los indios eran considerados vasallos libres...

A nosotros la Encomienda indiana se nos presenta como un conjunto de leyes y nos sorprende su cálida querencia hacia los aborígenes. Tienen un costado de maternidad secreta y calurosa que ha dado mucho que decir. Pero uno no acaba de quedar conforme.

Muchos de los principios consagrados en estas leyes son, en el día de hoy, objeto de lucha, cuando no de propaganda gobiernista en nuestros fragantes países y llenan la primera plana de los periódicos del día. Con lo cual quiere decirse que, no solamente eran avanzadas para las corrientes ideológicas de la época, sino que siguen teniendo vigencia en el marco de las aspiraciones populares de la hora de ahora. Jornada de ocho horas, retiro de la mujer embarazada, cajas de seguro, hospitalización, descanso, recreo, educación del obrero aborigen y demás, fueron principios consagrados más tarde o más temprano en estas leyes. Pero todas estas medidas suponen un régimen de fuerza Y este régimen era precisamente, la Encomienda indiana. Se dirá que todo esto es contradictorio. Efectivamente, es contradictorio.

La verdad; para comprender una institución histórica, hay que penetrar en el proceso de contradicciones que recoge en su seno. La Encomienda indiana es como una alegre vecina. En todo el devenir de la institución perdura un palpitante chismoteo. Luchan a brazo partido dos inconciliables rivales. De un lado, las ideas de libertad, del otro, el interes en mantener el sistema. Quiere decir que la encomienda lleva en su seno un germen de vitalidad y uno de muerte. Esos dos gérmenes revelan la coexistencia de dos potencias sociales que libran una verdadera batalla sin cuartel.

Sería estúpido incriminar a España porque en el seno de sus instituciones se desarrolle un proceso social común a todas las instituciones humanas. España

es un pueblo de un esplendoroso espíritu, de una formidable potencia de emoción y de un poderoso. Y consistente genio nacional para expresarla. Pero está movido por las mismas fuerzas sociales que mueven a todos los pueblos del orbe. No es un pueblo extraplanetario o ultraceleste, aunque muchas veces lo parezca. Está constituido por seres de la tierra, animados de sentimientos de la tierra y regidos por impulsos comunes a los seres terrestres. Hay los españoles buenos y los españoles malos. Hay los soñadores proyectados hacia el futuro y los soñadores pegados al recuerdo decaído. Los que quieren el oro y los que quieren la vida. Al estudiar las instituciones sociales de España, habrá que indagarse la trayectoria de esos impulsos y descubrir su lucha. La grandeza de los pueblos –lo grande de España– está justamente en la claridad de su lucha.

Y la lucha que deviene en el interior de la Encomienda está planteada con una estival cristalinidad. A la vez cristalina y compleja, como una gota de agua. La Encomienda surge de un choque de intereses en La Española. El sistema propuesto por los roldanistas –repartimientos de indios y tierra– implicaba un progreso sobre el sistema de tributación directa ideado por el Almirante. Al poner a los indios a trabajar la tierra, bajo la dirección de los españoles, la isla ingresaba en un régimen económico de tipo europeo. Este sistema permitía la producción ilimitada e inclusive dirigida científicamente, por oposición a la forma arbitraria que supone la tributación individual a base de recoger algodón por los caminos, oro por las riberas o aroma en los flecos del aire... Con el nuevo sistema

era posible concentrar la indiada en una porción de terreno para producir masivamente el algodón, el maíz o las pomarrosas, tanto como dirigir las operaciones de minería, tan gratas al católico Fernando, en términos de empresa. De modo que el sistema tenía un elemento positivo: era económicamente progresista. Pero, como era un sistema de trabajo forzoso sin régimen de salariado, el cual, por más que proclamara la libertad de los indios, no venía a ser otra cosa que la esclavitud clásica vestida a la americana, pues tenía también un elemento negativo: era socialmente reaccionario. Tenía así un elemento de perennidad y al mismo tiempo un elemento de precariedad.

Esta contradicción no pasaría de mera curiosidad si no fuera porque movilizaba una composición de fuerzas sociales. Al ser esclavista suscitaba en su contra la ideas progresistas. Los intereses espirituales, cristianísimamente católicos de Isabel, se sentían lastimados y alrededor de ella venían en alegre bandada las tendencias ideológicas, más avanzadas de la época. Y constituyeron una fuerza opuesta a la permanencia del sistema.

Efectivamente; cuando las carabelas de la victoria llegaron a España en 1500, la reina se encontraba en Granada bregando con un alzamiento de moros en Sierra Bermeja. Al desembarcar los roldanistas con los indios –y las indiecitas embarazadas– que les habían tocado en repartimiento, la reina manifestó un grandísimo enojo. Eran unos trescientos, según refiere Herrera.

"...y dixo: que el Almirante no tenía su poder para dar a nadie sus vasallos y mandó pregonar en Sevilla, Granada y otras partes, que todos los que tuviesen indios, que les hubiese dado el Almirante, los volviesen a La Española, so pena de muerte..."

Era un verdadero alarido de coraje que levantó la voz de juristas y teólogos durante todo un siglo, en favor de la reivindicación del aborigen. Los nombres de estos campeones forman una lista muy larga en la cual se destacan dos nombres conocidos: Vitoria y Las Casas. En estas notas veremos otro nombre más: Fr. Matías de Paz.

Un año después –1501– la reina condenó abiertamente las Encomiendas y ordenó la reimplantación del tributo. Este tributo se le señalaría a los indios en su calidad de vasallos libres, y en común acuerdo con los caciques. Pero allí mismo se disponía que los indios serían compelidos *"a trabajar en las cosas de nuestro servicio..."*

Y ya en esas mismas disposiciones va contenido el otro elemento de lucha que contiene la encomienda. Frente al elemento espiritual suscitado por el hecho de ser un sistema de opresión se levanta ahora el interés material suscitado por el hecho de ser un sistema económicamente progresista. Este hecho organiza dos tipos de intereses igualmente implicados en la permanencia del sistema:

EL INTERÉS FISCAL. El descubrimiento de las nuevas tierras carecía de sentido si no significara una fuente

de ingreso para la Corona. Si despertó la codicia de los otros pueblos no fue por la pasta épica de que estaba hecho el más humilde escudero español, sino por que conllevaba la opulencia de España. Esto no tenía que ver nada con los hipidos sentimentales de la reina. Al fin ella era reina y un reino no se sostiene con suspiros.. Si la Encomienda era el sistema colonial más productivo era pues conveniente mantenerlo. Había guerra con el francés, el turco, el africano. En 1517 el quinto real del oro fundido en La Española fue de 23,440 pesos, 5 tomines y 3 granos. Al Rey le produjo gran alegría la recepción de 10,000 pesos oro procedentes de San Juan *"no creía que dieran fruto tan presto, piensa que son mejores minas que las de La Española y recomienda su población"*. Estas cosas pesan mucho en la balanza de las intenciones...

Y EL INTERÉS PERSONAL. El ausentismo –una palabra olorosa a melancolía– fue su forma más neta. Mediante el sistema del tributo el producto de la indiada lo recibía totalmente la Corona, convertido en sustancia fiscal. El nuevo sistema permitía a los nobles aragoneses –prevalidos del ascendiente de Fernando, su rey aragonés– compartir el patronazgo y los beneficios de la Corona de Castilla. Ellos, el secretario, el chambelán y sus amigos, estaban allí apagados en una suave cortesanía pero, como quien no quiere la cosa, se hacían asignar sus buenas encomiendas en Indias, haciendo perder muchos de sus indios a los colonos establecidos permanentemente, casados ya y con su prole de mesticitos indianos. El sudor de los indios, trocado en perfume, animaba los breves pañuelos. Estas encomiendas, manejadas por mayor-

domos irresponsables a beneficio de propietarios ausentes, fueron más crueles que las de los colonos residentes cuyo interés estaba naturalmente ligado a la supervivencia del trabajador indígena. Las Leyes sobre encomienda, elaboradas con las manos de los ausentes, traía olores metálicos...

El interés fiscal de la Corona y el interés personal de los cortesanos eran partidarios del mantenimiento de las encomiendas. Los escrúpulos religiosos de Isabel y las ideas liberales de la época eran partidarios de la libertad de los indios. El resultado fue una síntesis que contenía los dos elementos. En efecto, en las leyes que regulaban la Encomienda se declaraba la libertad de los indios: triunfo de los intereses espirituales y, al mismo tiempo, se mantenía el sistema de encomienda: triunfo de los intereses materiales.

Ahora bien; este bloque de intereses, objetivado en las leyes sobre encomiendas, zarpaba para la Colonia. La alegre vecina sale de viaje. Una vez allí choca con la realidad y se produce una nueva lucha. Los colonos, radicados en Indias representan también un interés, independiente de los intereses metropolitanos. Como creadores del sistema eran partidarios acérrimos del mantenimiento de la encomienda pero atentos a su beneficio propio por encima de las preocupaciones fiscales y personales de ultramar. Esta nueva lucha tenía por resultado el desacoplamiento entre el derecho producido en la metrópoli y el hecho real de las Indias. Se acata pero no se cumple, era la respuesta frecuente, a cada nueva ley. Y así avanzaba la colonización.

La historia de esta institución es la historia de la lucha de esos intereses contrapuestos. Isabel ordenó la abolición de las encomiendas en las *Instrucciones* a Ovando. Allí fueron los reproches y la reina, finalmente, renuncia a los principios de las *Instrucciones*. En 1509 se logra una fórmula transaccional. El Rey acepta las encomiendas pero dispone que *"tales personas... paguen cada año a la Cámara, por cabeza de indio"* un peso oro...

Tributo y encomienda lucen armonizados. El indio (teóricamente) no pagará el tributo. El conquistador recibirá servicio. Así el roldanismo queda cumplido y satisfecho. La corte aceptará la encomienda pero, como no se ha sentido dispuesta a renunciar al tributo, el conquistador tendrá que pagar su buen peso de oro por cabeza de indio. Con lo cual armonizan las dos fuerzas.

Y así quedan echados los fundamentos, lo que se llama precisamente el momento antillano, de la nueva institución. Va a tener tanto éxito que se desparramará por todo el Nuevo Mundo. Primero por la zona de influencia de La Española. En 1510 Ponce de León la llevó a San Juan y Juan de Esquivel a Jamaica. En 1513 Diego Velázquez la llevó a Cuba. Cuando alcance Tierra Firme tomará sus contornos definitivos, luchando por dentro, hasta pisar los ruedos del siglo XIX y perderse en la batahola de los inventos...

ROLDÁN INVERSO

La diferencia que hay entre dos locos es que el que lo es por fuerza, lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

Mientras discurría este paréntesis han sucedido cosas. La más importante es el cambio de Roldán. A primera vista aparece como algo muy natural. Ha llegado la victoria y el héroe ha entrado en el disfrute correspondiente. Y lo hace con gracia porque Roldán es apuesto y tiene carácter. Ha recuperado el bastón de Alcalde Mayor y anda por la ciudad primada solemnemente, rodeado siempre de los suyos, con el ademán de la victoria. De vez en cuando realiza un acto que convenza a los demás de lo que significa encabezar un movimiento victorioso. Por ejemplo, destituye a Rodrigo Pérez, que es lugarteniente del Almirante. Luego nombra un Alcalde ordinario, a Pedro Riquelme, que es de los suyos, aunque aquel nombramiento como esta designación,

sobrepasan el marco de sus atribuciones. Es un pequeño diosecillo petulante que hace gala de sus atributos. Su hacienda anda de lo más levantada. Tiene una granja con cerdos y gallinas: La Esperanza, en la cual tiene "trabajando" los indios de un cacique a quien el famoso Alonso de Ojeda le había cortado las orejas. Y además tierras en Jaragua y ganado del patrimonio Real. Aparte de una pequeña molestia en los ojos anda por los mejores años de la salud.

Este vistoso talante se produce en lo que se le echa una ojeada a la Encomienda Indiana. Habíamos dejado a los roldanistas obteniendo la capitulación del Almirante, luego habíamos hecho hora examinando las entretelas de una consecuencia importante del alzamiento. Todo ha conducido a la idea de un roldanismo satisfecho y una revolución liquidada y cumplida. Pero no es así. Este es uno de los aspectos más inquietantes de esta aventura. El bienestar y el ademán victorioso de Roldán acusan, con claridad, que le ha dado las espaldas al roldanismo. Porque la verdad es que el movimiento no ha terminado. Una capitulación es un documento pero una victoria es una realidad social. Los puntos del movimiento, luminosos en la letra, resultan oscuros en la realidad. Los sueldos adeudados quedan pendientes. Los repartimientos han sido arbitrarios e incompletos. Queda una masa humana a la cual no ha tocado materialmente el triunfo. El movimiento ha sido desintegrado por lo menos en tres grupos: uno que embarca en los buques de la victoria rumbo a España, otro que sigue a Roldán hacia Santo Domingo y el resto que permanece en Jaragua sin cabecilla. Nada de esto parece una victoria. Más bien

parece el marco de un nuevo Roldán inmóvil, pero no a la escudera con la barba revuelta, sino a la triunfadora con florida...

Pero ahora vuelve a ubicarse en la acción. Vuelve a ser Roldán viviente. Porque este Roldán se copia en los acontecimientos –como en una charca– y da una imagen idéntica pero invertida. Copia su estampa a la inversa. Vuelve un Roldán del revés. En su nueva versión va a actuar, no ya como voz del común sino como su castigo. Ha ido desplazándose lentamente alrededor de un centro íntimo y ya le tenemos enfrentado a su propio sistema. El cambio se pone de manifiesto en ocasión de la llegada de cuatro carabelas a la parte occidental de la isla. Corría septiembre de 1497. La llegada de aquellos buques tenía sus barruntos de piratería. Se supo que al frente de la flota venía un sonado capitán, aventurero osado y audaz, conquistador experimentado, cuyo nombre tenía ya ciertos festones de leyenda. Era nada menos que el mismísimo Alonso de Ojeda. Parpadeó nerviosamente el Almirante. Y claro, como que para infundir miedo a los demás, nada como nuestros propios fantasmas, eligió a Roldán para tomarle cuenta a Ojeda.

Armada rápidamente la expedición zarpó el héroe con dos carabelas rumbo a occidente. De haber sucedido en nuestros tiempos habría partido en la misma dirección un cuerpo de cameramen y reporteros. Se habrían hecho las correspondientes instalaciones radioemisoras. Los locutores ocuparían un silvestre *ringside*. Las ondas sonoras cargadas de epopeya, vo-

larían nerviosas hacia un lejano *trust* periodístico de prensa combinada. El otoño se produciría en estilo condensado, a dos columnas, en los diarios de la mañana. Y el radioyente, al amor de la lumbre del lejano lar, seguiría las siguientes peripecias, del encuentro entre Francisco Roldán, Alcalde Mayor de Santo Domingo en La Española y Alonso de Ojeda, pirata:

> Arriban las dos carabelas que comanda Roldán. Este es el 29 del mes. Ojeda está en tierra haciendo casabe con los indios. El humo asciende cargado de alusiones nutritivas. Roldán envía exploradores a tierra. Los exploradores han localizado a Ojeda. Los exploradores dan la posición a Roldán y le comunican que tiene con él solamente 15 hombres. Roldán parece que intenta manejarse por sorpresa pues está colocándose entre los 15 hombres y las cuatro carabelas de Ojeda. Ojeda se dio cuenta de que tiene cortada la retirada y que está en inferioridad numérica y estratégica. Ojeda toma la iniciativa. En estos momentos se está dirigiendo hacia el enemigo acompañado solamente de seis hombres. Roldán espera. Los minutos caen saltando como goterones de lluvia sobre los charcos. El día es, como cualquier día en que pasa una mujer con canasta. Ojeda está evitando el choque. Está usando una táctica de psiquiatra o de jugador de póker más, que de realista guerrero. Aquí lo te-

nemos ya con sonrisa. Entre los dos cuelga el clima una tramoya de expectación. Roldán habla de generalidades y hace preguntas tomadas. Roldán está preguntando a Ojeda por qué llega a lugar tan apartado de la isla sin comunicar la noticia al Almirante. Ojeda explica que anda en viaje de descubrimiento y toca en la isla accidentalmente. Roldán exige a Ojeda la presentación de los papeles que comprueban su afirmación. Ojeda dice que están a bordo. Se ven algunos gestos sin palabras como esqueletos vacíos. Ahora se dirigen hacia los barcos. El trayecto se destrenza y discurre a la vez en el espacio y en el tiempo. Palabras, tacones y metales trizan la bucólica indiana de yerba y ruiseñores, cuevas y nidos. Ojeda atacando psicológicamente va hablando a Roldán de la penosa situación política del Almirante en la Corte. De la vida precaria de Isabel, su protección. Del oscuro porvenir de los Colones... Roldán resiste la acometida. Ahora sube a bordo de los buques de Ojeda. Roldán examina los papeles. El ruido de la última ola y el rasgar de los papeles tienen un cercano parecido. Las miradas viajan y los rostros quedan. Ojeda, disimula una ardiente sonrisa que va y viene como la última ola. Roldán tiene en sus manos una licencia firmada por el Obispo Fonseca, en su calidad de superintendente de los negocios de Indias, en la cual autoriza a Ojeda a

realizar un viaje de descubrimiento por el Nuevo Mundo. La sonrisa de Ojeda se le rompe en espumas en la dentadura. A Roldán le parece una ola inmensa. Ojeda le promete ir a Santo Domingo a presentar sus respetos al Almirante. Roldán recibe la promesa, se separan pacíficamente y así termina el primer tiempo de este famoso encuentro entre Ojeda el pirata y el Alcalde Roldán.

* * *

Y ahora un entreacto. Este viaje de Alonso de Ojeda estaba destinado a tener mayor resonancia en Europa que aquel en que Cristobal Colón descubrió el Nuevo Mundo. Creíamos que la noticia que había llevado La Niña con tanta valentía, corriendo desmelenada a través de los temporales de invierno en Lisboa, se había difundido como la pólvora y había cuajado en una apoteosis universal, llena de estatuas. No fue así. El nombre de Colón siguió siendo un nombre opaco que giraba en torno al rumor de no se sabe qué dislocada aventura. La noticia había quedado confinada en círculos exclusivos –cortesanos o académicos– sin llegar al pueblo. Y nadie podía darse cuenta de que Colón había redondeado el globo y que con esa simple operación geométrica cambiaría hasta las heces la historia de la humanidad.

Y sucedió que en aquel viaje en que venía el primer cartógrafo del Nuevo Mundo, Juan de la Cosa, venía también un inquieto florentino, gozado en la embria-

guez de las nuevas artes antiguas –amplias desnudeces, columnas sedentarias– dado a las bellas letras, hábil comerciante, bien educado y rico. Había sido parte en el financiamiento de la expedición y, poseído de una soflama aventurera, había ingresado en ella. Era docto geógrafo y algo navegante. Pero lo mucho más notable que tenía el viajero era sin duda alguna su nombre de pila. Su propia corporeidad física, sus delirios y su diligencia en propiciar la exhuberancia florentina, quedarían en la sombra. Pero su nombre iba a tener un destino deslumbrador. Iría a dilatar las pupilas del mundo como un gigante cometa. Se llamaba, tranquilamente Américo.

Pero éste no era un nombre tranquilo como Cristóbal, por ejemplo, "el que lleva a Cristo", o Colón que significa paloma. Américo era un nombre revuelto. Cuando las siete letras que lo componen se encontraron juntas, iniciaron una guerra civil. Habían venido agrupados en dos tendencias opuestas y cada uno de estos grupos quiso dominar toda la palabra. Había letras revolucionarias y letras reaccionarias. Esto es de lo más curioso. Y tanto más, cuanto que la lucha filológica que se desarrolla en el interior de esta palabra, tuvo lugar en una remotísima antigüedad y reproduce, exactamente, las luchas a que se refieren los periódicos del día. América es un nombre *up to date* como dicen los americanos, al filo de la hora.

El nombre no era español. Ni siquiera latino. Había descendido de las nieblas góticas, con escarcha en los festones, cuando los bárbaros bajaron a la Europa occidental allá por el siglo V. El nombre original era

Amalric que es la palabra en la que se enfrentaron los partidos. La particular *Amal* es el partido democrático. *Am* quiere decir obrero. *Amal* era el título con que un héroe nacional gótico fue honrado por sus compañeros de labor. El título carecía de toda implicación de rango social y vendría a significar algo como "el gran trabajador" sobre poco más o menos.

El otro miembro *Ric* aparece en inglés antiguo con el significado de poderoso y, usado como sustantivo: control, dominio, imperio, correspondiendo con el moderno alemán Reich. Algunos filólogos norteamericanos fuerzan la significación del vocablo hasta llegar a "el hombre que gobernó porque trabajó para el beneficio de todos". Muy bonito en verdad pero lo que se ve claramente en el vocablo es el encuentro del elemento *Ric* (control, dominio, imperio), con el otro elemento *Am*, que quiere decir obrero. Sea como fuere, el resultado del encuentro de las dos tendencias funda la palabra *Amalric.* Cuando los bárbaros se abalanzaron sobre Europa, las claridades latinas la traspasaron y lo suavizaron, primero, en Amerrigo y después en Américo, que es como vienen a nuestra historia.

Este era el gran nombre del florentino, un nombre revuelto. Ahora no se necesitaba más que un pequeño impulso para darle un largo destino. Como era cultivador de las bellas letras, cultivado y emotivo, se tomó el placentero cuidado de narrar las peripecias del viaje que hizo con Alonso de Ojeda al Nuevo Mundo. Europa las leyó con entusiasmo y se convirtieron en un *best seller.* Entonces fue cuando todo el

mundo se dio cuenta de que había ocurrido un acontecimiento de extraordinarias proyecciones allende la mar oceana. Pero hubo algo más. La gente confundió. Le acreditó el descubrimiento al florentino y lo saludó como el gran Descubridor. El Nuevo Mundo acabó por llamarse América.

La confusión fue en parte obra del fraude. Como aquella era una era de descubrimientos, a un Martín Waldseemüller, que era profesor de Cosmografía, le entró también el ansia de descubrir.

Se enfrascó en sus lecturas y allí mismo, en su escuela de St. Dié en los Vosgos, sin salir del horario del aula, sin echarse al asalto de las olas, hizo un descubrimiento importantísimo: esto es, que al Nuevo Mundo no se le había puesto nombre todavía. En efecto. Ni Colón, ni los exploradores que le siguieron se preocuparon por aplicar un nombre general a las tierras descubiertas, aun cuando habían explorado lo suficiente para reconocerlas como un continente. No hicieron más que denominar regiones particulares –con nombres preciosos, eso sí: Florida, Jardines de la Reina, Santa María de la Vera Paz o de los Buenos Aires, Lares del Viajama, Salvatierra de la Sabana– porque se entendía que un nombre general era innecesario, ya que las partes conocidas se suponían ser parte de Asia. Y ese fue el gran descubrimiento del maestrescuela. Su imaginación de lector había sido estimulada por las narraciones del viaje de Vespucio con Ojeda. Pero el estímulo llegó más lejos todavía. Al maestro se le ocurrió una idea no menos brillante para suplir aquella monumental deficiencia nominativa.

En una Feria del Libro celebrada el 25 de abril de 1507, apareció una obra titulada *Cosmographiae introductio* editada por el profesor Waldseemüller. En ella el maestro combinó tres sentimientos: su amor por la cosmografía, su admiración por el florentino y su ambición de gloria. El resultado de esa combinación fue la proposición del nombre América para designar las nuevas tierras. En el libro no se menciona a Colón. Se afirmaba que Vespucio había sido el primero en pisar tierra firme. Como Colón había descubierto las costas de Venezuela en 1498 y el viaje de Vespucio con Ojeda había sido un año después, Waldseemüller alteró las fechas de las narraciones de Américo y las hizo aparecer como escrita en 1497. Realizada la estratagema alegó que el nuevo continente debía llevar el nombre de su descubridor y, como otras regiones tenían nombre de mujer, el Nuevo Mundo debía llamarse América. Al fin de la obra incluyó las narraciones del florentino. El libro fue difundido enormemente. Una copia del mapa parcial de Juan de la Cosa, incluido en el libro, apareció con la palabra América. Igualmente en el margen de la obra. Más tarde Mercator, el Rey de los cartógrafos, que inventó la proyección cilíndrica tan usada hoy, dibujó el continente como unidad y puso la palabra América. La partícula democrática *Ame* le tocaba al norte, la autocrática *Rica* al sur. Y el nombre prendió. A partir de ese momento, el nombre de pila del inquieto cronista florentino, designó medio mundo. El nombre de Colón, que significaba paloma, se posó con ternura en un humilde saliente del litoral...

* * *

Y termina el entreacto. En el primer tiempo del encuentro entre Ojeda y Roldán, Ojeda había quedado en ir a presentar sus respetos al Almirante en Santo Domingo. No fue. Aprovisionó sus buques y se plantó lindamente en Jaragua. Allí estaba todavía una facción descabezada del movimiento. La llegada de Ojeda, de quien se recordaba sus cabriolas ante la Reina en el altísimo tablón de la Iglesia Mayor de Sevilla, su expedición al Cibao y la captura del cacique Canonabo, y de quien se conocía la audacia y la raigambre popular, provocó un estruendo en la mayoría. Le llovieron las quejas. De cómo los sueldos eran adeudados. De cómo era arbitrario el régimen colombino. De cuáles eran las penurias y el abandono de todos. Ojeda resolvió, como todo un paladín y en vista de la frágil situación del Almirante en la Corte, avanzar sobre Santo Domingo y obligarlo a pagar las deudas. O echarlo de la isla...

La decisión no fue aceptada unánimemente. Se armó una escaramuza con algunos muertos pero triunfó la tesis de avanzar sobre Santo Domingo. El movimiento, pues, continuaba con toda su virulencia. Y Roldán, como si fuera poca cosa, debía, ser el encargado de darle la estocada final. A este efecto se presentó en Jaragua acompañado de Diego Escobar y comienza el segundo tiempo del encuentro Ojeda versus Roldán. De ser en nuestros días –era por febrero de 1499– los aparatos radiotransmisores habrían tenido que instalarse en estructuras móviles, pero habrían seguido de cerca las peripecias que siguen inmediatamente, dando a todos los enterados del mundo su ración diaria de noticias frescas, cuidadosamente seleccionadas y procedentes de las propias vegas...

—Roldán ha llegado. Roldán ha frustrado la marcha de los rebeldes hacia Santo Domingo. Ojeda se ha retirado a sus buques en virtud de sus escasas fuerzas. Ojeda es como un alfiletero de rencores. Roldán dirige una ruda amonestación a los rebeldes. Roldán, momentáneamente, pierde el balance de su cuerpo y de sus pensamientos cuando sus ojos tropiezan con los ojos silenciosos de sus antiguos secuaces. Roldán recupera el balance. Ahora tuerce la boca en un tiránico rictus que serpea entre la barba florida. La gente de común persigue el rictus con los ojos silenciosos. Ojeda continúa en las carabelas. Ojeda disputa con Juan Pintor que no puede ser pintor porque ya es marino y además es manco. Juan Pintor considera que perder la cabeza además del brazo supone siempre una falta de sentido común. Juan Pintor decide entonces escapar. Ahora se lanza por la borda, alcanza la ribera con brazadas de nuevo estilo y se refugia entre la gente de Roldán. Ojeda monta en cólera. Roldán le envía a Diego Trujillo pidiéndole que desembarque. Ojeda responde encadenándole a Diego Trujillo. Ahora el que monta en cólera es Roldán. El aire tiene una serenidad sospechosa. Como de gatillo montado o flecha en el arco. Bruscamente Ojeda desembarca. Atrapa a Toribio de Linares. Lo lleva al buque. Lo carga de cadenas. Amenaza ahorcar a los dos prisioneros como no le

entreguen a Juan Pintor. Sin esperar, Ojeda da la orden de levar anclas. El viento suscitado por los acontecimientos infla el velamen convirtiéndose de serenidad sospechosa en fuerza motriz... Roldán sigue por tierra las naves soberbias. Roldán las alcanza a las doce leguas contadas. Un horario de leguas. Roldán envía a Escobar en una canoa ligera hacia el buque insignia de Ojeda. Escobar le grita a Ojeda que Roldán desea que le envíe un bote para ir a conferenciar con él. Ojeda, que siente firme la cubierta de sus buques, envía el bote con siete remeros. Es el bote grande de los dos que tiene la flota. El bote avanza y se detiene sin acercarse a la orilla para evitar que los asalten. Los remeros dicen que sólo pueden aceptar seis enemigos. Quieren llevar ventaja de uno como medida de seguridad. Roldán despacha cinco, que van con el agua a la cintura. Roldán hace que dos compañeros lo lleven en hombros siguiendo los cinco. Al llegar al bote, su partida es de ocho contra los siete terneros desmoralizados por la estratagema. Da orden de bogar hacia tierra. Los remeros se rebelan. Se arma una rebatiña de puños de acero y acero toledano propiamente dicho. Hay heridos. Un indio se lanza al agua en plan neutral y escapa con rápidas zambullidas. El bote vira hacia tierra. Roldán luce victorioso en popa. Ojeda distingue desde la carabela la sonrisa de triunfo

de Roldán y el sudor de sus remeros... Ojeda se embarca en el bote que le queda y avanza hacia tierra. Roldán sale a alcanzarle con 15 soldados en el bote grande. Ojeda pide la paz. Roldán concede una pequeña paz, humilde como un crucifijo, que se le enreda en el pescuezo al pirata. Canjean prisioneros. Una sombra que resbala en el follaje nocturno, casi noche, casi muerte, es Juan Pintor, fugitivo. Roldán exige a Ojeda que abandone la isla al amanecer. Y ya es el amanecer. En el mundo inverosímil creado por la amanecida, las carabelas parecen copos de espuma o breves palomas. Tienen bordes luminosos y crujen de viajeras. Suavemente, Ojeda se disuelve en el olvido. Todavía Juan Pintor huye entre las zarzas con muchos ojos. Y ya de las naves de Ojeda no queda más que un punto dorado que va coronando el horizonte infinito...

Y así de lírico ha terminado el encuentro de los dos titanes. Hemos visto invertirse la imagen política de Francisco Roldán. Pero no ha terminado el proceso. El amor tiene que imponer su estampa en esta aventura. Doblemos hacia la página cordial, cándidamente...

El amor viene del pecho

"Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco o como el marinero al norte..."

De breve sombra, puntas de coral, suave temperatura, de finos temblores morenos, olorosos, son los pechos de Higuemota que marchan bravíos perforando el otoño. Son dos y colindan en la misma adolescencia. Se alzan de la misma edad como de una sola raíz. Y braman de la misma dureza. Tiemblan al ritmo de la marcha que sigue los caprichos del sendero. Se ocultan un instante entre los arbustos de verde sombra, pero el sol se filtra entre las hojas y los cubre de infinitas tarjetas luminosas que se suceden alegremente. De pronto surgen del follaje y entonces el sol los asalta plenamente, inflamándoles el costado redondo que va clareando hasta perderse en las axilas. Allí la mañana completa se sumerge

con un vértigo de fragancias. Pasados los arbustos siguen avanzando, parejos como potros, y ganan la próxima colina donde, al subir de nivel, la perspectiva los invierte, quedando como fondo el rostro de la muchacha destacado sobre un cielo de gruesas nubes blancas.

Esta perspectiva la gozan los ojos ultramarinos de Hemando de Guevara y tíñense de oro y de rosa los flecos de esta aventura. El castellano ha descubierto el sentido de las nuevas tierras al contemplar los pechos de Higuemota calcados sobre el joven paisaje. Es su forma personal de descubrir el Nuevo Mundo. Y siente que el azul de sus ojos, mezclado con aquella pulpa morena y erguida, son la substancia inédita de un nuevo estilo de humanidad. Siente que inaugura un nuevo tipo de adolescencia. Que inicia un nuevo programa de creación.

Naturalmente, el castellano asciende la colina... En breve crujen las fibras de las dos naturalezas. Las sangres viajan en un mismo gemido. El mundo se apaga, se deshace y solloza mientras los pechos de Higuemota forcejean suavemente proyectándose hacia lo porvenir.

Higuemota es hija de Anacaona y el de Guevara ha ido a pedir su mano. Pero la cosa no es tan sencilla. Había venido a Jaragua casi como prisionero porque las turbulencias de su temperamento inquietaban mucho al Almirante. Se alojó en casa de Adrían de Moxica, su primo, que era de los cabecillas del alzamiento. Al conocer la indiecita se aproximó a Anacaona,

la cacica. El galán tenía modales distinguidos y bella apostura al decir del cronista. No se sabe cómo lucían esas cualidades a los ojos indianos pero la traducción parece que fue favorable al mancebo, pues la cacica, que era además "amicísima de los cristianos" lo acogió calurosamente y lo hospedó en su casa...

Pero los encantos de Higuemota estaban puestos en la luz de todos los días. Habían alcanzado esa línea misteriosa en que se deshace la niñez y se dibuja vigorosamente la pubertad. Donde las costillas apenas si alteraban la fría planicie del pecho infantil, brotaron de improviso dos potencias saludables y empezaron a temblar en la marcha cuotidiana. Detrás de ellos fue el volotear de los ojos azules. Con el verano rompieron a cuajar las piñas, a dorarse los cajuiles, a abultarse las pomarrosas y a irrumpir los pechos de Higuemota en un delirio sensual en cuyo redor giraban alegremente las mariposas amarillas. Vinieron a ser una parte de la naturaleza en el mismo sentido de las frutas y sometidos igualmente al juego de las estaciones. Lo que hizo el verano hubo que buscarlo en el tono del follaje, en el olor de la brisa, en el temple de las frutas y en los vigilantes pechos de Higuemota.

Y Roldán tenía también los ojos azules. Además la barba florida, el bastón de Alcalde Mayor y la victoria sobre el pirata. Era pues el aspirante legítimo al disfrute de las primicias del verano. Sólo que el de Guevara se le adelantó porque el amor es cosa adelantadiza. A la indiecita le gustó éste más por cualquier encanto secreto. Y a Anacaona también. Y

a la gente de común también. Y a Adrián de Moxica. En vista de ello el pretendiente mandó por el sacerdote a fin de cristianizar y más, que todo amparar sus relaciones amorosas.

Al enterarse Roldán llamó a Guevara y lo reprendió con dureza. Lo acusó de pretender engañar a Anacaona y burlarse de la primitividad de la indiecita. Guevara hizo protestas de sinceridad e inocencia. Argumentó que no podía tener falaces intenciones desde el momento en que llamaba al sacerdote para ponerle sanción moral y divina a sus pretensiones. Pero al Alcalde no le satisfizo la defensa. Tenía sus razones. Y éstas eran fuertes razones. Como que en ellas había participado todo un curso cósmico que palpitaba en el más íntimo rincón de la naturaleza, humedeciendo el terrón... cambiando la savia en clorofila... distribuyendo el polen... abultando las frutas...y quien dice las frutas dice los pechos, para el goce de sus ojos ultramarinos. De manera que ordenó al galán que se retirara de aquellos predios y no molestara más al primor aborigen. Era la ley y Guevara tuvo que plegarse a la ley obediente y sumiso. Por lo menos temporalmente.

Y así fue. En cuanto tuvo oportunidad reunió a algunos amigos y allí en la propia morada de Anacaona comenzó a conspirar contra el Alcalde. Pero éste no tardó mucho en enterarse y actuando rápidamente sorprendió a Guevara en la morada de la cacica, ante los ojos arrasados de Higuemota y lo envió prisionero a Santo Domingo con siete de sus compañeros.

Cuando Adrián de Moxica se enteró de la prisión del primo, montó en cólera y salió furiosamente a entrevistarse con Pedro Riquelme en el Bonao. Pedro Riquelme le escuchó y le prometió ayuda en contra de Roldán. Una nueva conspiración entró en proceso. Ahora entre los mismos cabecillas del Alzamiento. La figura de Roldán se había hecho odiosa entre su gente, desde que se presentaba como funcionario de los Colones y la unión de Guevara e Higuemota se consideraba beneficiosa para la colonia. De modo que pronto Riquelme y Moxica reunieron un grupo de hombres dispuestos a servir.

El Almirante estaba en La Concepción cuando se presentó Villasanta el espía. Este informó que se estaba tramando una conspiración en las cercanías. El Almirante echó mano de unos diez hombres y, amparado en la noche y la despreocupación de los conspiradores, se acercó al sitio en que descansaban y los sorprendió lindamente. El Almirante ordenó la ejecución inmediata de Moxica. La muerte le hizo unos guiños al rebelde y éste se negó a recibirla como mandan las buenas costumbres. Pidió un confesor y comenzó el relato de sus pecados. Logró vincular en su confesión los pecados de los demás. Acusó a cuatro o cinco y reinició el discurso volviendo al paraíso terrenal. El sacerdote le escuchaba con unción apostólica. El verdugo calentaba la cuerda con sus manos. El reo explicaba las razones de Adán en el Edén. Luego invertía el esquema yendo del Edén hacia Adán. Y entonces fue cuando el Almirante no pudo más. El sacerdote tenía los párpados caídos y el verdugo había perdido el "elan vital". El Almirante considerando

que el estilo ampuloso del reo Moxica no concordaba con una muerte correcta en la horca, ordenó que fuese despeñado murallas abajo. Practicando los forcejeos de rigor en estos casos, Adrián de Moxica fue asomado al borde del precipicio. La fuerza de gravedad compareció, lo palpó, lo asió por cada una de sus finas moléculas y lo solicitó enérgicamente hacia su seno. El reo abandonó arriba su condición civil y descendió bruscamente como un objeto cualquiera. Los párpados del sacerdote se levantaron hacia el cielo y las cuerdas de la horca se resignaron a disfrutar el cotidiano calor de las manos del verdugo...

Y vino la paz. Los indígenas pospusieron sus rebeldías y se sumieron en la Encomienda. Los españoles empezaron a conducir un nuevo sistema de economía libre. La isla comenzó a satisfacer. El Almirante pudo creer que aún no se había cerrado el ciclo de los siete años de oro. Había terminado el alzamiento de Roldán. En su virtud los españoles habían dejado de ser esclavos de los españoles. Los indios quedaban encargados de tomar su puesto...

Es verdad que, como no existía el telégrafo, tenía que pasar cierto tiempo antes de que la Corte conociera los acontecimientos. Allá se tomaban disposiciones a base de que continuaba el alzamiento. Estas disposiciones iban a realizar cumplidamente el fin aparente del movimiento: desplazar a los Colones del poder político de las nuevas tierras. Una revolución es una fuerza cósmica cuyos resultados están siempre por encima de los móviles individuales. Una vez suscitada, marcha sola, arrastra las voluntades

y las confunde en su vórtice sin que sea posible prever cómo ha de concluir. Todo el mundo conoce el final de esta historia. Bobadilla fue enviado como pesquisidor a La Española al enterarse del curso de los acontecimientos y a indagar quiénes eran los verdaderos personajes, determinar su culpa y tomar las providencias necesarias para la buena marcha de la colonia.

Al desembarcar encontró colgando los cadáveres de siete españoles. Había cinco en capilla ardiente. Hernando de Guevara era uno de ellos. Otro era Pedro de Riquelme. Y después de un pugilato más o menos aparatoso, terminó todo con la prisión del Almirante y sus parientes. De niños conocemos esta imagen que andaba por los libros de lectura. Era siempre un figura antojadiza y melancólica que bien podía ser cualquier comerciante florentino. Pero venía debajo una inscripción famosa: el Almirante encadenado en la carabela Gorda...

Bobadilla se hizo cargo de los asuntos de la colonia gobernando en forma más desatinada que el Almirante. Se rodeó de soplones, toleró las mayores iniquidades con los indios y se hizo una rápida fortuna de cien mil castellanos. Entre otras cosas adquirió un grano de oro que era una maravilla.

Este grano de oro tiene su historia privada. Se dice que era del tamaño de una hogaza de pan de Alcalá, de los que entonces se vendían en Sevilla y, aunque no se tenga una idea actual del apetito de los sevillanos, no hay duda que para ser de oro cualquier

hogaza de pan es bastante tentadora. Pues, aquella pesaba tres libras y el grano treinta y cinco lo que venía a valer unos 3,600 pesos de oro. Por cierto que la ciudad de Santo Domingo y este precioso grano tienen un estrecho parentezco. La biografía de ambos comienza con una historia de amor. Es aquella misma historia del aragonés que dio las puñaladas y fue a refugiarse en brazos de una cacica a orillas del Ozama y que recibió, a cambio de sus caricias, la revelación de la existencia de oro a unas siete leguas del nido. Don Bartolomé, atraído por el secreto, revelado a su vez por el aragonés a cambio del indulto, fundó la ciudad de Santo Domingo.

Pues, el Miguel Díaz, que así se llamaba el aragonés, y Francisco Garay obtuvieron indios en repartimiento y como Bobadilla dio mano limpia en la recolección del oro, formaron sus cuadrillas y se instalaron en el río Haina, en las Minas Nuevas, que era el sitio revelado por Catalina la enamorada cacica. Allí una mañana, en el momento en que almorzaba la cuadrilla, una india despreocupada jugaba con una barreta o almocafre, cuando vio relucir la joya. Comenzó a descubrirla y viendo que relucía más llamó al minero castellano. La historia recoge textualmente las palabras. Dijo la india: *ó cama guaxeri guariquien caona yari.* O sea, señor ven a ver la piedra de oro. El minero vino a ver la piedra de oro y la sacó a la luz con habilidad de portero. El grano no era todo de oro, estaba mezclado con la piedra, pero, como según el cronista, ésta era como manchezuelas menudas que acabarían por convertirse en oro, el grano venía a ser un ciclópeo canario. Se suspendió la labor y hubo

gran alegría. Mataron un lechón que fue primorosamente asado y al momento de trincharlo se puso sobre el grano entre los chistes de los aventureros que, según decían, comían como los reyes en plato de oro. A la india que lo encontró no le tocó ni una *manchezuela menuda. Y ojalá le hayan dado un solo bocado del cochino* dice Las Casas...

A Bobadilla le gustó mucho el cuento y, como él era gobernador, se sintió obligado a comprarle la piedra a Garay y a Miguel Díaz para ofrecérsela al Rey. Si ésta era su verdadera intención la idea era estupenda: sólo que un poco tardía. Ya el Almirante había llegado a España cargado de cadenas y la Corte se había enterado del sistema de administración de Bobadilla. El asalto a los Colones, y confiscación de los bienes de estos, sus prodigalidades con los aventureros en contra de los indios y el encadenamiento del Almirante, desataron sobre sus cabezas los males del desprestigio y el desfavor real. Pero hubo algo que colmó la tolerancia de la Corona. Todo aquello estaba malísimo, pero eso de atacar las rentas reales era una estupidez que sobrepasaba los límites decentes y requeridos en todo buen gobernador que se respeta. En consecuencia le nombraron un sustituto y vino Frey Nicolás de Ovando con órdenes estrictas con respecto al Comendador Bobadilla.

"...nos somos informados –dice la Real Cédula– *que el Comendador... sin tener para ello nuestro poder ni mandado, ha dado franqueza a los vecinos e moradores de la isla Española, para que todo el oro que cogieren non sean obligados a nos acudir con parte alguna, e porque*

lo susodicho es en mucho perjuicio de nuestras rentas, es nuestra merced e voluntad... que fagáis cobrar para nos todo el oro que nos pertenece..."

A los pocos momentos de llegar el nuevo gobernador Ovando a La Española ya andaba Bobadilla sin un solo satélite y con la barbilla hundida en una melancolía que perforaba el planeta.

Mientras tanto Higuemota ascendería la colina asaltada de sol y de miradas azules. Habría cielo azul para servir de fondo a sus pechos altivos. De esto nada se sabe. Era la paz. Hernando de Guevara habría descendido ileso de la solícita horca. En seguida iría en pos de la núbil indiana. Tras ellos quedaría un rastro que se perdería en el tránsito de las generaciones. De esto nada se sabe. El sol vaciaría sus venablos. Romperían a cuajar las frutas. Danzarían las mariposas celestes. Y estarían abiertas las flores moradas, las veredas ariscas, los ojos azules de los aventureros antiguos y la imaginación aventurera de los lectores modernos. Y así dejamos a los enamorados en un vértice de eternidad. Abandonamos el tema del amor y pasamos a otro tema de eternidad: el tema de la muerte...

La muerte viene del mar

El 15 de abril de 1502 fue un día grandioso en la joven ciudad de Santo Domingo. La llegada de los buques de España era siempre un acontecimiento grandioso. Venían noticias del Viejo Mundo, modas recientes, alimentos altamente codiciados, cambios en la administración de la colonia, leyes nuevas, caras frescas... Las más remotas expresiones de la vida colonial se estremecían con la llegada de un buque. El puerto era el corazón de la ciudad...

Pero el día 15 no llegó un buque. Llegó la flota más brillante y opulenta que hubiera surcado jamás la mar oceana. Se abrió como un abanico delante de la ciudad con el inmenso varillaje de marfil que era la arboladura de sus treinta bajeles. Una escuadra grandiosa en cualquier época.

Dentro venía un pueblo entero con todos sus atributos. Una guardia de veinte escuderos con caballos y todo. Armas, artillería y municiones de todas clases. Artistas y obreros. Un médico, un cirujano y un boticario con su botica. Veintitrés hombes casados, fornidos, saludables de respetable carácter de apellidos capaces de resistir las generaciones y sus respectivas mujeres. Aves y ganados. Semillas de todas clases y entre ellas de caña de azúcar que, aunque no eran las primeras, tendrían larga historia. Dos mil quinientas personas de toda laya. Varias notables: el padre Las Casas, cronista venerable de estas aventuras, el padre Alonso de Espinal con doce

franciscanos, que venían a introducir la orden y a entablar un combate ciclópeo con Las Casas y con la orden de los dominicanos que vino después. Un flamante Alcalde Mayor, Alonso de Maldonado, que, a pesar de ser mal donado, era bien venido para los anti-roldanistas. Y el nuevo gobernador Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares en la orden de Alcántara, cuya jurisdicción se extendía hasta Tierra Firme.

Toda aquella gente venía ataviada espléndidamente. Cuando el Comendador estaba preparando el viaje alguien observó que la gente que iba a la expedición se estaba engalanando como reyes. Lo comentaron en la Corte y a los Reyes les disgustó tanto esto, que advirtieron al Comendador que su gente se había *aderezado con trajes y otros artículos más de lo que era menester.* Esto no lo podían tolerar. Sin embargo, al Comendador le dieron autorización especial para que vistiese brocados, sedas, piedras preciosas y otros adornos suntuosos con el fin de que se presentase con la dignidad correspondiente a su alta investidura. Además, le pusieron una guardia particular para que lo acompañase. Y debajo del brazo le colocaron unas *Instrucciones* famosas en virtud de las cuales, juntamente con las variadas vidas de los 23 jóvenes casados, las más variadas muertes serían distribuidas...

El nuevo gobernador se entalló el cargo inmediatamente y procedió a poner en práctica el contenido de las Instrucciones de 1501 que traía bajo el brazo. Donde quiera que puso el Comendador sus manos, dejó marcados los cinco dedos. Tenía mucho carácter

y gran sentido de la responsabilidad. Era un hombre de mediana estatua, barba bermeja y gran vivacidad. Las cuatro o cinco veces que se equivocó lo hizo con todas las reglas del arte. Y, tan correctamente, que hoy, más que su capacidad de gran gobernante y sus distinguidos aires de Comendador, se recuerdan estos errores...

En los momentos en que el Comendador Ovando llegaba a La Española, el Almirante preparaba su cuarto y último viaje a su dramático mundo indiano. Los reyes se habían compadecido de él. Lo despojaron de sus cadenas y se las regalaron generosamente. Las quería él para que se las pusieran en la fosa llegada la hora de la muerte, ya que no podía hacer con ellas una bonita leontina. Le hicieron mercedes, le restituyeron sus bienes, le reconocieron sus méritos, lo colmaron de promesas. El Almirante contentísimo, decidió volver al Nuevo Mundo a descubrir tierras. Preparó una flota poética compuesta de cuatro carabelas inermes, las que, por cierto, iban a navegar como verdaderamente marinas en manos del genio. Metió a su hermano Don Bartolomé y a su hijo menor Don Fernando en ellas, y zarpó de Cádiz el 9 de mayo con destino a los peores azares de sus años marinos. En medio de ellas le daba tanta pena ver al hijo que, según dice, le "sacaban el corazón por la espalda"...

Cuando el Almirante llegó a Santo Domingo –29 de junio– el nuevo Gobernador estaba en plena exhuberancia administrativa. Le había tomado cuenta a Bobadilla y le había arrebatado de las manos, con

una suprema cortesía, los bienes pertenecientes a la Corona y al Almirante. Luego había procedido a objetivar el paso culminante de esta aventura: la destitución de Roldán. El antiguo escudero tuvo un mal día cuando arribaron los buques. En seguida se enteró de que entre los pasajeros venía Maldonado con el cargo de Alcalde Mayor. Después de un breve, pero certero razonamiento Roldán cayó en la cuenta de que el cargo que iba a ocupar Maldonado era el suyo. Dio media vuelta y hundió la barbilla en el pecho. Toda aquella epopeya había sido sencillamente inútil. Había sumido a Colón en el descrédito y en la tragedia. Había dado un giro cósmico y se había enfrentado a su propio movimiento. Había revuelto de arriba a abajo la organización política y económica de la colonia. Había decidido a la Corona a cambiar su papel pasivo para intervenir directamente en la empresa de Indias. Había engañado al Almirante, a Ojeda, a los indios, a los roldanistas, a Carvajal, a todo el mundo, hasta a la posteridad. Y todo para esto. Ahora venía Maldonado de Alcalde Mayor. Pero esto no era todo. En las *Instrucciones* se ordenaba que Roldán fuere embarcado a España después de realizarse una estricta investigación. El Comendador Ovando sometió el roldanismo a una pesquisa enérgica, castigó a los culpables y dispuso el reembarque de Roldán. En esto llegó la flota del Almirante a la ría del Ozama para establecer contacto con estos sucesos.

Cuando La Española asomó en el horizonte, puso un cerco humano en la naturaleza marítima que rodeaba las cuatro carabelas. Hacia aquella línea evanescen-

te, lanzó el Almirante sus más vigorosas pulsaciones. Todo su sistema orgánico apresuró el ritmo. En ese instante ni el más irrespetuoso grumete le habría dirigido la palabra. No habría sido escuchado, simplemente. Aquello que todavía era sombra y temblor, era sin embargo el amor de su vida, la amada ingrata, indolente, mentirosa, fugitiva, desleal, desdeñosa, desentendida pero, por sobre todas las cosas, indeclinablemente amada... Un marino se enamora siempre de un barco. Un poeta de un verso. Y un descbridor, en especial si es marino y poeta, se enamoró de una isla. Colón amaba a La Española. De suerte que en cuanto se encontró por cuarta vez en aguas indianas, enfiló la proa de sus barcos hacia ella. La curva de sus montañas tenían para él una secreta persuasión. Había en ellas una vaga alusión nutricia, como de pecho femenino, que se le perdía por las venas remontando hasta su misma infancia. Toda mujer amada tiene algo de maternal. Colón hallaba en las radas, las bahías, las albuferas, las ensenadas, algo como acogimiento de regazo materno. Y fue hacia ella el gran desamparado.

Al llegar a la ría del Ozama, junto a la ciudad de Santo Domingo, Colón solicitó autorización para desembarcar. Y entonces el Comendador Ovando cometió uno de esos errores inmensos que nunca se pueden olvidar. Le negó la autorización. Esto era sencillamente monstruoso. Alegó que tenía instrucciones en ese sentido para evitar disturbios políticos con su presencia. El Almirante explicó que se avecinaba una gran tormenta y no había leyes que estuvieran por encima de sus razones de humanidad. Ovando

mantuvo su decisión y el Almirante tuvo que abandonar el regazo caliente de la ría con el corazón asomado a la espalda.

Inmediatamente Ovando convocó al Comandante de la flota en que él había venido el día 15, Antonio de Torres, y a los otros capitanes de la flota, para consultarlos acerca de las predicciones del Almirante. Opinaron los marineros que no había peligro. En esa virtud el gobernador ordenó la salida inmediata de la escuadra rumbo a España.

Pero no había duda, Colón era un marino de los de pelo en pecho. Cinco horas después de la salida de los buques se presentó la tormenta con todas sus agravantes de nocturnidad y alevosía. Atrapó la flota en alta mar, le dio dos sacudidas y dio cuenta de 24 de las 30 naves que habían salido. Fue un desastre mayor y hecho a la medida para final de estas aventuras. En la nao capitana iba Antonio de Torres que se sumergió rápidamente debido al peso de su enorme equivocación. En la misma nave, con una enorme cantidad de documentos, papeles y apuntes iba Bobadilla, preparado a explicar su conducta. Y en esa misma nave capitana iba el supremo personaje de todos los descalabros de la colonia. Nuestro inefable, inquieto y tortuoso Franciseo Roldán Ximeno, ex Alcalde Mayor de la isla Española, ex caudillo de la primera revolución del Nuevo Mundo. Si es verdad, como lo atestigua el consenso popular, que los ahogados reproducen en el instante de la muerte los momentos culminantes de su vida, con una sola ojeada a este instante en que se ahoga Roldán,

tendríamos para toda una historia infinita de dolor, de orgullo, de tragedia y de victoria. Sería como el espejo de un Roldán definidamente inmóvil. En ella aparecería el Almirante como un pobre iluso que no merecería mayor atención... Y en eso, precisamente, consistió el desastre. El Almirante merecía un poco de más atención, siquiera en lo referente a sus predicciones meteorológicas... Pero estos son los gajes del odio. En esa catástrofre desaparecieron, justamente, los dos enemigos más enconados del Almirante: Roldán que lo destruyó en la Corte y en la isla y Bobadilla que lo cargó de cadenas. Pero todavía quedaba algo más. En otra carabela iban cien mil castellanos de oro de Bobadilla, cien mil castellanos más pertenecientes a Roldán y sus secuaces reembarcados y aquel famoso grano de oro de Garay, que por sí solo era un personaje histórico con su opulencia y su biografía. También iba el lastimero Guarionex que se equivocó al elegir el momento adecuado para atacar a los españoles. Todos fueron a dar al fondo del océano. Pero he aquí lo inexplicable. De las pocas naves que se salvaron de la tragedia, la Aguja fue la primera en llegar a España con la noticia y con el más curioso cargamento. Estaba verdaderamente señalada: llevaba los bienes de Colón que habían sido confiscados por Bobadilla y que Ovando devolvió a España... La tragedia produjo las primeras muertes que resultaron de las *Instrucciones* de 1501. Aquellas fueron de esa variedad de muerte inexorable que viene del mar, sin lecho, sin protesta, sin gemido...

El Almirante sorteó la tormenta a fuer de genio del mar y salió de ella absolutamente intacto. Tres de

sus carabelas se apartaron de las costas y atacaron el oleaje. Salieron bastante sufridas, especialmente la que capitaneaba Don Bartolomé, que era la más torpe. Pero salieron sanas y salvas. El Almirante, atento siempre al llamado maternal de la Isla, su amada; se internó en la bahía de Puerto Hermoso y su carabela no perdió ni el más humilde remiendo del más desguarnecido trapo. Vio en ello –y cualquiera lo hubiera visto– la intervención de los poderes divinos. En el temporal se perdió de paso la ciudad de Santo Domingo que se había negado a darle refugio en el pavoroso trance...

Al Gobernador Ovando le vino de España el tremendo regaño de parte de los Reyes por haber desatendido las predicciones de un marino tan experimentado y de tanta autoridad como el Almirante. Se le cayó la cara de vergüenza y pensó que éste era un descalabro para su prestigio. De manera que su primer cuidado fue recuperar su posición en España. Como buen gobernador concluyó en el sentido de que sus errores quedarían cubiertos si la isla producía más. Y más. Aplicó pues todas sus energías a la organización económica de la isla.

En las *Instrucciones* de 1501 se prohibían los repartimientos de indios, pero como éstos, en posesión de su libertad, se sustraían del contacto con el conquistador, la Corona abandonó los principios de las *Instrucciones* de 1501 y, por más que veladamente, autorizó los repartimientos. Ovando empuñó las nuevas disposiciones y se echó a organizar el sistema. Repartió los indios que quedaban según la mayor con-

veniencia, los numeró, los distribuyó por las zonas más productivas. A medida que iban faltando los indios, realizaba nuevos repartimientos para que no se resintiera la producción. Todas, las disposiciones que se pusieron en práctica tendían a incrementar la economía de la colonia. No faltaban por repartir más que los indios de las provincias sujetas al pago de tributos acordados previamente, como Higüey y Jaragua, hacia allí se encaminó la atención del Gobernador.

Los indios de Higüey eran los más grandes y más fuertes de todos los indios de La Española. Los conquistadores le habían matado un cacique con un perro que le echó las entrañas afuera. Ellos se vengaron atacando un barco que fue a dar a sus costas y matando los tripulantes. Esa fue la oportunidad para realizar la campaña de Higüey. Los indios eran valientísimos hasta la última gota. Valdenebro y Pontevedra que iban en sus caballos, decidieron matar un indio higüeyano que encontraron desarmado en un camino solitario. Valdenebro puso lanza en ristre y picó la cabalgadura. El indio lo recibió con el pecho al aire y fue atravesado por la lanza. Se arrancó la lanza el higüeyano y, con las mandíbulas apretadas, se le abalanzó al español que había quedado desarmado. Pero Pontevedra vino en socorro de su compañero y atravesó nuevamente al indio con su espada. El indio se volvió, se sacó la espada y atacó de nuevo, armado ahora con lanza y espada. Como eran dos, Pontevedra pudo hacer un esguince y le hundió su puñal. El indio se desenterró el puñal. Ya esto era demasiado. Además no quedaban más armas. El in-

dio las tenía todas a su disposición. Los atacantes no tuvieron más recurso que volver las grupas despavoridas mientras el indio satisfecho se echaba a morir la suave muerte que le vino del mar. La campaña terminó con lauros para Juan Esquivel, el héroe. El resultado fue el sometimiento de los higüeyanos y su integración en el sistema de producción integral.

Y, al fin, el broche de oro en la política económica de Ovando: Jaragua. Esta era tradicionalmente la provincia más rica, más bella y en la que radicaban los indios mejor dotados de toda la isla, era el reino de Anacaona y el marco verde para los pechos de Higuemota. Había sido la región predilecta de los españoles. Don Bartolomé tenía recuerdos gratos; Hernando de Guevara, preciosos; Alonso de Ojeda, inefables; los rebeldes en general, infinitos; Roldán los más ardientes de su vida como capitán victorioso y Alcalde Mayor... Esta región estaba sujeta al pago de tributos desde los tiempos del Almirante. Ovando decidió adscribirla a la tendencia general. Preparó una comedia indigna y fue a visitar a Anacaona con todo un ejército. La cacica recordó la visita de Don Bartolomé, quien se había presentado igualmente con ejército y que culminó con una exquisita velada, solitaria y lunar, en aquel bohío, perdido en el desvarío de las veredas, entre vahos silvestres y deliquios nocturnos... Por tanto, la visita del nuevo gobernador –mediana estatura, barba bermeja– era un encantador acontecimiento. En esta ocasión, como en la otra, los conquistadores iban a hacer juegos y simulacros en los caballos. Después de las comidas, las libaciones y algún que otro lance amoroso que no

cuenta el cronista, avanzaron las indias jóvenes a pedir que comenzaran los juegos. Claro que tenía que ir adelante la frutal Higuemota, hija de la cacica y vinculada sentimentalmente a aquellos hombres tremendos y admirables. Sus pechos estaban allí, erguidos, tomados de un fino temblor, encabritados como potros de seda...

Esa fue la señal. Los jinetes se precipitaron sobre los indios pasmados de sorpresa. La matanza fue brutal. A metal y candela. Allí estaban todos los caciques, invitados especialmente al convite. Faltó uno por astucia: Hatuey. Se fugó otro, Guaroa, sobrino de Anacaona, para caer en las montañas. Los demás cayeron todos. Anacaona fue hecha prisionera y llevada a Santo Domingo. Se la acusó de conspirar contra los españoles. A ella, tan "amicísima de los cristianos". Anacaona fue ahorcada. Jaragua repartida y encomendada. Luego se le puso a la región un nombre tranquilo, con sugerencia de campanas: Santa María de la Vera Paz. Y era aquella una verdadera paz y aquel un nombre adecuado para cubrir la muerte que vino del mar, en la "canoa de los blancos"...

La leyenda

"Más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades..."

Al principio es el girón de cielo. Cuando se va a destruir una ciudad, entonces lo primordial es luna leyenda. Esto, naturalmente, si se quiere una destrucción bien acabada. No hecha a retazos. Porque puede destruirse una ciudad y dejar manchas de vida o gérmenes familiares entre los escombros. Y no se produce una destrucción perfecta. Con el tiempo es posible que la vida arraigue nuevamente y la ciudad sobreviva. En esos casos sucede generalmente lo peor. La ciudad arrastra una vida famélica, sucia, sin júbilo ni poesía. Vegeta penosamente, cubierta de andrajos y poblada de seres sin imaginación que arañan las piedras ruinosas apegándose a ellas con ansiedad.

Y también puede suceder que se logre un efecto contraproducente. La ciudad renace entonces con una virulencia extrema y se propaga. Brotan las vidas de los intersticios de las paredes, de las grietas de los muros, debajo de las sombras. Y a poco está allí de nuevo la ciudad, firme de calles y plazas, viajada de anclas y forasteros, presurosa y celeste.

Pero una leyenda bien colocada produce una destrucción intensa, inexorable y definitiva. Infiltra una muerte subterránea. Como que mentir es destruir una realidad, nada tiene una potencia destructora más eficiente que la mentira. Y más cuando es hermosa, como la leyenda, porque así lo que hay de precario en toda mentira, queda sostenido por un aditamento de colorido y de perennidad...

Así La Isabela, con su trocito de cielo, fue fulminada por la leyenda. La ciudad había nacido con grandes pretensiones. Era nada menos que la primera ciudad del Nuevo Mundo. Primer Cabildo. Su fundador era el marino más brillante de todos los tiempos. Y en aquellas tierras los aires eran siempre como en el mes de mayo de Andalucía. Pero pronto se abatió sobre ella la desgracia. El genio del mar, aplicado a las cosas de la tierra, tuvo que encararse a dos males mayores: las enfermedades y el hambre. Sobre estos vinieron otros males menores: el interés en mantener los privilegios de casta del país de origen, la inadaptación al clima, el choque con la raza aborigen y, de paso, la soltería, exaltada por la canícula del trópico, por la ausencia de las doncellas blancas y por la desnudez de las doncellas indias.

Un día Don Bartolomé dejó regalarse sus oídos con un cuento de oro. Armó sus bártulos y se fue a fundar una ciudad: allá a orillas del Ozama fundó Santo Domingo. Era su ciudad, le puso el nombre de su padre como se hace con el primer hijo, y dispuso el traslado de La Isabela con todo y gente, para el nuevo emplazamiento. Luego las circunstancias cooperaron. El alzamiento de Roldán, que creó un sistema económico más eficiente y productivo, el sometimiento de los indios y su integración dentro del sistema, produjeron una prosperidad franca que iba a revertir a la nueva ciudad por ser asiento oficial. Ya para entonces se habían sucedido los gobiernos. Ovando era gobernador y las hormigas eran las dueñas reales de la nueva ciudad. Pero vino la tormenta que se llevó a Roldán y se llevó también aquel mazo de madera y de paja que era la primada Santo Domingo. Ovando eligió la orilla opuesta del río para reedificarla con lo cual la convertía en su ciudad, lograba un puerto más llano y dejaba a las hormigas del otro lado.

Rápidamente se comenzaron las edificaciones. Se hizo el trazado de la ciudad, siguiendo las reglas del damero, se eligió el sitio para la plaza central, se repartieron solares entre los fundadores y se determinó el recodo que hace el río con el mar para la primera construcción... Esta fue la Fortaleza del Homenaje. Después vinieron la casa del Cabildo, la cárcel, el convento para los franciscanos, la Casa de la Moneda, más tarde la catedral... Las edificaciones se orientaban hacia la salida natural: el río. Los obreros tomaban cada piedra como una cosa blanda y le

imprimían calurosamente la forma de la posteridad indeleznable. El Comendador costeó de su bolsillo un Hospital y lo hizo llamar de San Nicolás por su propio nombre. Todas las nuevas casas eran de piedra de dos y de tres pisos. Bartolomé Roldán, Gerónimo y un tal Briones construyeron manzanas enteras para alquilarlas. Y así se levantó una ciudad que hizo decir a Oviedo a Carlos V: *"que no dudaba en asegurarle que no había entonces en España una ciudad que él pudiera preferir ni por lo ventajoso del terreno, por lo agradable de la situación, por la hermosura y disposición de las calles y plazas y amenidades de sus alrededores y añadiendo que sus altezas se alojaban muchas veces en palacios que no tenían las comodidades, la amplitud ni la riqueza de algunos de Santo Domingo..."*

Y en otra ocasión dice:

"En cuanto a los edificios, ningún pueblo de España, tanto por tanto, aunque sea Barcelona, la cual yo he visto muy bien muchas veces, le hace ventaja: todas las casas de Santo Domingo son de piedra como las de Barcelona, o de tan hermosas tapias y tan fuertes que es muy singular argamasa: y el asiento, mejor que el de Barcelona, porque las calles son tanto y más llanas y muy más anchas, y sin comparación más derechas..."

Hacia 1509 la prosperidad de la colonia y, por tanto, el brillo de la ciudad, había alcanzado un auge tan inusitado, que la Corte tuvo que legislar para controlar el lujo que se gastaban los coloniales y sus mesticitos por las hermosas calles, de la ciudad, las señoras cabalgando a la gineta, las doncellas salien-

do de la catedral. En vista de ello la Ley decidió controlar aquella suntuosidad, le entró como un delirio de muchacha a quien le regalaran una tienda de modas. Salió a la calle con esta alharaca:

> "que no pudiese traer ropa alguna de brocado, seda, ni tafetán ni camelote de seda, ni candali de seda, ni bainas, ni correas de espada, en cinchas, ni en sillas, ni alcorques, ni en otra cosa alguna, ni que se trajesen bordados de oro y de seda, ni chapadas de oro, ni plata de martillo, ni hilado ni tejido, ni de otra cualquiera manera, pero que las personas que tuviesen en las Indias bienes muebles o raíces hasta la cantidad de mil castellanos, ellos y los hijos que tuviesen de hasta edad de catorce años, pudieran traer jubones, caperuzas, bolsas y ribetes y pestañas de seda de cualquier color (fue quisieran, con tal que en una ropa no trajesen más, que un ribete, y que las dichas pestañas y ribetes no tuviesen más anchura que un dedo pulgar y que no se trajesen en los ruedos de las ropas y que pudiesen traer becas de Tersuel y tafetán, papahigos de camino aforrado en el mismo Tersuel y tafetán, y que pudiesen traer de seda las corazas, y guarnecer las faldas y gocelas y capacetas y baberas, y se pudiesen traer cojines de seda en las sillas de jinete y que las mujeres de las tales personas que tuviesen la cuantía de los mil castellanos,

> y sus hijas siendo doncellas podían traer gorras y corsés y fajas de dos varas de Jargas de seda y cabestrillo y mudarlo cuando quisiesen que fuese monjil, cota o hábito u otra cualquier cosa común, y que juntamente no pudieren vestir más de una, ni les pusieren trepas ni tiras de seda ni de bordado ni de oro tirado, ni tejido, ni halado, ni en la ropa de paño pusiesen cortapises, lisonjas, trepas, ni otra guarnición alguna de seda, ni brocado, salvo que pudiesen traer un ribete o pestaña de seda anchura de un dedo pulgar, así en las ropas de seda como en las de paño, y que no se trajesen seda en las guarniciones de las mulas, ni en angarillas, ni en sillas ni en otra cosa alguna, y que no pudiesen traer mantillas de seda ni aforradas en seda..."

Como culminación de este proceso, a la Villa de Santo Domingo se la condecoró con el título de Ciudad, se le concedió primacía en orden –ya era ciudad primada– porque había sustituido a La Isabela, y su escudo: dos leones dorados en la parte superior y una corona de oro en el centro sobre campo y de gules y en la inferior una llave y una cruz.

Mientras la ciudad de Santo Domingo se gastaba aquella borrachera de color y de luminosidad, asomada al Mar Caribe, no menos vestido de oro y de brocado azul con guarniciones de plata; al otro lado de la isla, la leyenda sumía a La Isabela en soledad y silencio. Las

sombras habían hecho allí su gruta. El Atlántico producía un rumor profundo de campanas solas y sin torres. El aire sería de timbre lúgubre como de aullido. Los cazadores que se aproximaban a las puertas de la ciudad persiguiendo los cerdos silvestres afirmaban según cuentan Herrera y Las Casas, que oían voces tristísimas dentro de las murallas. Los labradores abandonaban los cultivos próximos sumiendo los contornos en la mayor soledad.

Y he aquí la leyenda:

Cuenta que dos españoles atravesaban un día los derruidos edificios de la ciudad. Había un silencio apretado y una solemne quietud de telaraña. Al cruzar por una de las calles solitarias, vieron dos filas de hombres que mostraban por su porte ser hidalgos, de sangre noble, caballeros de la Corte. Estaban ricamente vestidos a la española, con estoques a la cintura y sombreros anchos de camino. Los españoles extraviados se asombraron de ver tanta persona de tan distinguida apariencia y rango, desconocidas en la isla, viviendo en aquel desolado sitio. Saludaron respetuosamente a los hidalgos y les preguntaron cuándo y de dónde habían venido. Los hidalgos quedaron sumidos en un siniestro silencio. Cortésmente se inclinaron y se quitaron el sombrero. Pero con los sombreros se quitaron también las cabezas. Los cuerpos quedaron decapitados con toda naturalidad. Inmediatamente después se desvanecieron todos como una suave neblina. Dice Las Casas que la sorpresa y el horror de los espectadores fue tal que no se recobraron sino muchos días después.

La destrucción de La Isabela, primera ciudad del Nuevo Mundo, quedaba consumada definitivamente... Pasados los siglos, los intentos de insuflarle el menor estremecimiento de vitalidad a la ciudad dormida, fueron inútiles. En el siglo XIX se propuso elevar un monumento en el paraje. Las sombras abrazaron la iniciativa. Una sociedad religiosa norteamericana decidió costear la erección de un templo católico en el sitio en que habla sido emplazada la primera iglesia del Nuevo Mundo. No se habló más del proyecto. Sobre aquella región dominaba una especie de negación inexorable. La leyenda había cumplido su función. Un solo elemento de la ciudad quedaba con un asomo de sonrisa luminosa. Se abría a la mañana y derramaba un chorro de sol. Aquel trocito de cielo era la inmensidad continua e infinita...

SEGUNDA PARTE

ENRIQUILLO

"Porque una vez más hemos de advertir que la comprobación de un defecto en el espíritu de un pueblo no dice a priori si es general o de una parte de aquel..."

ALTAMIRA

par la categoría de pueblo que antes, aunque de manera muy particular, habían compartido con ellos.

Y así vuelve a surgir el planteamiento de la pasada aventura. Vuelve a erigirse un grupo de privilegiados sobre un pueblo trabajador. Pero ha habido un gran cambio. Al pueblo se le ha subido el calor. Los roldanistas pidieron indios y tierras. Como no había otra cosa que hacer con esas dos cosas juntas, pusieron a los indios a trabajar la tierra. A poco empezó a variar el sistema de producción y la agricultura fue cediendo a la industria azucarera. Este cambio introdujo un factor social nuevo, el negro. La sociedad quedó constituida por dos sectores netamente diferenciados. La clase privilegiada de los conquistadores presentó una perfecta unidad frente a estos dos grupos que componían el pueblo, bien diferenciado ahora por el color de su piel, suerte de inevitable etiqueta.

Cuando las circunstancias parecieron propicias, este pueblo se alzó en plan de lucha abierta. Pero se alzó dividido. Los indios con Enriquillo por su lado. Los negros con su caudillo anónimo por el otro. A esta falta de unidad y de conocimiento de sus tareas, los conquistadores opusieron su fuerza material, el dominio de sus fines y su unidad inquebrantable. Y triunfaron. El resultado de esa victoria fue la consolidación del sistema social de la colonia basado en la esclavitud, con todas sus consecuencias posteriores.

En las páginas que siguen se alza Enriquillo. Siendo su alzamiento un triunfo discutible, él, por su parte, obtiene una victoria real. Algo relativamente difícil de explicar. Pero explicable...

Entrada a Enriquillo

Estaba la Reina en Granada –años de 1500– cuando llegaron los buques de La Española con el cargamento más extraordinario. No venían perlas, ni piedras de oro, ni panes de azúcar. Eso vendría después. Ahora venía una carga de indios desnudos, tatuados y con plumas. Eran los indios del primer repartimiento de los roldanistas. Con ellos venían los españoles que debían ser reembarcados de acuerdo con los términos de la capitulación del Almirante. La muchedumbre se agolpó en los muelles y levantó verdadera marejada de rumores. Desembarcaron las indiecitas que venían embarazadas. Entonces todo lo que fue lengua de mujer se agitó como banderín o cola de serpiente. Calcularon fechas, hicieron pronósticos, previeron resultados, formularon hipótesis, teorías, leyes biológicas y sociales. Los rumores al cabo se dispersaron por calles y plazas, atravesaron las callejuelas tortuosas, penetraron las casas y rodearon las albercas de los patios. Algunas mujeres y

algunas esquinas quedaron consagradas. Y así se realizó el arribo de los buques de la victoria.

Cuando el rumor llegó a sus oídos, la Reina se enfureció e hizo decretar inmediatamente la libertad de sus indios. Era un impulso cordial en el cual no había participado la razón. Pero al lado de la Reina estaba la razón.

Tenía la nariz larga y fría como una laja, perdida entre pensados infolios. La razón se llamaba el Dr. Don Juan López de Palacios Rubios y era consejero del Rey.

Palacios Rubios fue al índice de los infolios amarillos con el fin de ver qué decían sobre la libertad y salió de allí con una idea bien elaborada. Cualquier indiecito menor de edad sabía muy bien lo que era la libertad, pero el doctor era de extracción académica superior. Tenía demasiado respeto por los altos problemas del espíritu para quedar satisfecho con una primitiva corazonada. En consecuencia, distinguió tres clases de indios, con el fin de determinar a cuáles correspondía la emoción de la soberana:

CLASE PRIMERA:- Los que habían sido apresados mediante procedimiento bélico. Estos eran prisioneros de guerra. A éstos no se refería la Reina.

CLASE SEGUNDA:- Los que estaban sujetos a algún dominio tutelar en virtud de su inepcia... La idea provenía de Aristóteles y Tomás de Aquino, según los cuales, hay hombres de excelente ingenio que dominan

y hombres incapaces que obedecen. Los fuertes o torpes de entendimiento debían servir a los hábiles y prudentes. Es lo que la doctrina que dominaba el doctor llamaba *servidumbre natural.* Y venía también del Derecho Romano, que igualaba los siervos con las cosas. Era lo que el doctor tenía entendido que se denominaba *servidumbre legal.* A esta segunda clase pertenecían los naborias, criados y sirvientes de casa. Esta gente no merecía la menor atención.

CLASE TERCERA:- Los indios no sometidos mediante procedimiento bélico. Estos sí eran llamados al regazo maternal y serenísimo de la Reina. Serían declarados vasallos libres para acabar sumidos en la encomienda, lo cual no tenía nada que ver porque, por más que lo pareciera, la encomienda no era para los cortesanos la esclavitud. Y a eso vino a parar el grito de emoción de la espiritual soberana...

Todo esto es para encuadrar la condición de los indios como paso previo o entrada a Enriquillo. Al salir Ovando para La Española, los Reyes le colocaron debajo del brazo las *Instrucciones* de 1501. Allí se le daban órdenes estrictas en el sentido de abolir los repartimientos y restablecer el tributo. Pero Ovando, que vio las posibilidades del sistema de las encomiendas –él mismo era Comendador–, comunicó a los soberanos que los indios, en posesión de esas libertades, no querían hablar con los españoles. Esto era un desacato demasiado monstruoso y los Reyes ordenaron en 1503 que:

"los compeláis que traten e conversen con los cristianos..."

Y allí volvieron a dar los indios en la Encomienda, con todo y su flamante condición de vasallos libres. Ya para 1509, en una Carta-poder dirigida a Don Diego se decidían aceptar el sistema, disponiendo que cada encomendero pagara un peso de oro por cabeza de indio. Es indudable que el peso de su cabeza le saldría al indio de la vertiente del espinazo. Pero eso era lo de menos para quien no quisiera darse cuenta.

Sin embargo; en 1510 llegaron los dominicos a La Española y enseguida se dieron cuenta. Esto fue un acontecimiento grandioso e iba a iniciar y organizar la lucha de la mejor España en favor de los indios oprimidos. Los dominicos –Montesinos y tres compañeros– fueron recibidos al llegar a la isla por Pedro Lumbreras, uno de esos españoles generosos, que tenía un conato de choza al cabo de un corral. Allí les puso a dormir el humilde anfitrión en *"unos candelechos de horquetas y varas o palos hechos"* sobre colchones de paja seca. Les brindó un menú encantador:

"...casabí de raíces. Solamente se les daban algunos huevos, y de cuando en cuando, si acaescía pescar algún pescadillo, que era rarísimo. Alguna cocina de berzas, muchas veces sin aceite, solamente con axí..."

Los dominicos echaron una ojeada a sus colegas los franciscanos y los hallaron repuestos, saludables, y purpúreos, disfrutando su buena encomienda de indios. Se prometieron revisar las doctrinas cristianas en la más próxima oportunidad. Pero ya, desde este

momento, eran enemigos enconados de la Encomienda indiana.

Improvisaron su convento los dominicos casi con palabras. Cuatro horcones, un techo fragante y los tres atributos del clima: aire, agua y sol. Un domingo luminoso Montesinos subió al púlpito. Era misa mayor y todo el Santo Domingo virreinal estaba allí congregado: el propio Almirante Don Diego, que había sustituido pomposamente al gobernador Ovando; Pasamonte, Tesorero Real y otros oficiales de alcurnia. El fraile eligió como tema de su sermón un versículo del Evangelio de San Lucas: *vox clamantis in deserto.* Y echó por aquella boca:

"...que los repartimientos de los indios eran ilícitos e inmorales que la palabra TUTELA de que se hacía uso para encubrir esa tiranía sólo servía para ocultar una verdadera servidumbre a la que contra todas las leyes divinas y humanas sujetaba a seres inocentes: que esa conducta tan contraria al epíritu del cristianismo había hecho bajar a la tumba a millares de hombres de cuya existencia eran responsables ante Dios, aquellos que la habían autorizado y la seguían, que con semejante sistema se despoblarían infaliblemente las dilatadas provincias cuyo dominio y señorío no había podido dar el Rey de los Reyes y Señor de las Naciones sino para que los atrajeran a su Santa Ley y al suave yugo del Evangelio..."

Se armó el escándalo. Al Tesorero Pasamonte se le encabritaron las cejas. El rumor se hizo numeroso. Al terminar la misa los oficiales reales exigieron a Don Diego que reprendiera al sacerdote. Luego se

dirigieron al superior de los dominicos y le exigieron la retractación pública de Montesinos en la más próxima oportunidad. La Orden se hizo responsable de las declaraciones de Montesinos y la más próxima oportunidad fue el domingo siguiente. Montesinos subió al púlpito. Su palidez no procedía ciertamente del ventilado convento. Sacó una voz llena de ternura evangélica e inició el segundo sermón pidiendo excusas

"...porque –dijo– *llevado por su celo en defensa de la causa más justa del mundo, no había medido sus palabras, arrastrado por el calor de la peroración: que suplicaba el perdón de aquellos a quienes sin intención había podido ofender porque sabía cuánto era el respeto que se debía a aquellas personas a quienes el soberano había constituido depositarias de su autoridad..."*

Pasamonte sonreía de ver cómo el fraile bajaba la cerviz. Montesinos miraba aquella sonrisa mientras exponía el texto de su sermón: *Repetiré desde el principio mi saber y probaré que mis palabras son verdaderas*. Y volvió a echar por aquella boca:

"...¿Con qué derecho, con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dáis incurren y se os mueren y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No sóis obligados a amadlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís?..."

Ya esto era una declaración de guerra. Los franciscanos hicieron subir al púlpito al Dr. Aragón de la Facultad de París que tenía fama de gran polemista, para poner los puntos sobre las íes del fraile dominico. El doctor subió con una mundana desenvoltura. Sacó una gran voz dramática. En el curso de su sermón citó nombres completamente desconocidos. Sus profesores de París, decía mientras se quitaba el bonete con solemne ademán. Luego se metió en unas disquisiciones tan abstrusas que para salir de ellas tuvo que acabar contradiciendo las doctrinas de la iglesia. Entonces agregó *"Perdone el señor Santo Tomás que en esto no supo lo que dijo"*. Y ahí fue el fracaso. El doctor acabó juzgado por la Inquisición, obligado a retractarse públicamente de 25 proposiciones falsas con privación perpetua de ejercer el ministerio de la predicación y reclusión perpetua en un monasterio. Todavía debe estar allí...

En vista de este tremendo fracaso, el tesorero Pasamonte redactó un memorial para el Rey. La Orden de los franciscanos eligió a Fray Alonso de Espinar como su portavoz. Fraile y memorial partieron para España. Los dominicos mandaron al propio Montesinos. Como Pasamonte tenía influencias, el de Espinar halló vía franca. A Montesinos no lo dejaron entrar. Pero el buen cura no se arredró por eso. Dio vueltas y revueltas y en un desliz del portero se le plantó al Rey en su cámara privada. Cayó frente a él de rodillas. Le suplicó que le escuchara. El Rey un poco aturdido lo autorizó. Sacó su memorial y le pintó la verdadera verdad. El Rey quedó encantado y convocó una junta en 1511 que fue presidida desgra-

ciadamente por el Obispo Fonseca, quien tenía su buena encomienda de indios en La Española. El Padre Espinar era miembro. Montesinos no.

Montesinos, que no perdía oportunidad, al encontrase de manos a boca al de Espinar en cierta ocasión, le endilgó una perorata tan efectiva, que el pobre fraile tuvo que decirle que le habían metido en eso explotando su ignorancia. Luego Montesinos buscó a Matías de Paz, que había sido traído de Salamanca especialmente para asistir a la junta convocada por el Rey. Montesinos conquistó a Matías de Paz en forma tan cumplida, que terminó escribiendo una obra en defensa de los indios. De esas reuniones salieron las famosas Leyes de Burgos. (27 de diciembre de 1512)

Comenzaban las leyes por declarar la libertad de los indios, prohibían que les pusieran malos nombres, disponían que se les debía dar una hamaca para dormir y, algo muy importante, se le aumentó el sueldo que debía pagársele como jornal. En tiempos de Ovando el indio debía recibir –y a veces lo recibía– medio peso oro anual. Esa suma estaba destinada a comprarse ropa y el indio podía comprarse con ella un peine y un espejuelo cada dos años. El espejuelo no era para ver sino para verse, o sea un espejo pequeño. Las Leyes, generosamente, aumentaron el jornal de medio a un peso oro anual, de modo que pudiera peinarse con más frecuencia. Después de esto consagraba el sistema de las encomiendas con todo el aparato legal.

* * *

Dos años después vino el Repartimiento de Alburquerque. Se revisaron todas las encomiendas y Alburquerque distribuyó los 32,000 indios que quedaban, dándole la mejor tajada al aragonesado ausente. En tiempos del Almirante viejo, dice el Licenciado Suazo, *"se hallaron, al principio que esta isla Española se descubrió, un ciento e ciento treinta mil indios."* Es decir 1,130,000 indios. En tiempos de Alburquerque 1514 ya no quedaban más que 32,000 y en 1518, que es cuando escribe el Licenciado Suazo, ya no quedaban más que 11,000 alargando las cifras. Siguiendo el ritmo matemático no debían quedar más que dos años de indiada...

Entonces Las Casas puso a funcionar el caletre. En medio del funcionamiento intervenía el corazón a pequeños intervalos y el apóstol concibió un plan de colonización que habría envidiado el Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Se propuso Las Casas colonizar las Indias por el sistema del amor. La idea era sencillamente preciosa. Los sistemas que se proponen resolver los problemas sociales por el amor son siempre una hermosura poética exquisita. Sólo tienen un pequeño defecto. Casi nunca dan resultado. O mejor dicho, dan espléndidos resultados. Sobre todo cuando la sociedad es de dos. Sobre todo cuando participa la primavera y canta el ruiseñor. Pero cuando la sociedad pasa de los cien individuos ya el sistema empieza a resquebrajarse y caducar...

Las Casas planeó el Experimento de Cumaná. La idea era simple y clara. Haría una colonia en que los indios no serían maltratados. A los 3 años enviaría al

Rey 15,000 ducados, que le tributarían los indios ya pacificados. Al año siguiente enviaría una suma igual y así sucesivamente hasta el décimo año. A la Corte le gustó el proyecto. Se hizo el contrato en 1519 y Las Casas recibió 260 leguas de costa en Cumaná. Allí serían restituidos los indios que habían sido llevados a La Española desde otros lugares. Irían doce religiosos, diez médicos y cincuenta castellanos escogidos por el propio padre Las Casas. Quería tomar todas las precauciones para que prosperara su idea del amor metido a colono. Para que los indios no se desorientaran, los cincuenta castellanos debían poderse identificar. De otra maera los indios pensarían que eran los mismos españoles crueles con que habían tenido contacto. Para eso tuvo Las Casas otra respuesta brillante. Los castellanos irían vestidos con un traje especial de paño blanco con cruces rojas como las de la orden de Calatrava y ciertos ramillos harpados en los brazos. Así los indios pensarían que eran gente distinta. La idea comenzó a materializarse. Los españoles les aplicaron un mote enseguida a los castellanos amorosos. Les llamaron Sambenitos por el traje con que la Inquisición vestía a sus condenados.

Las Casas no se desalentó porque le llamaran sambenito. Al contrario, escogió en Sevilla 200 labradores, tomó dinero prestado y salió para el Nuevo Mundo. Dejó en Puerto Rico los labradores para venir a La Española. Y aquí empezaron las calamidades. Cuando volvió a Puerto Rico los labradores se habían dispersado y había cogido cada cual por su rumbo. Achaques del amor. Salió para Cumaná. Allá se en-

contró con que las tropas de Ocampo que estaban allí destacadas, le traían los indios tan alterados, que era imposible proseguir la colonización. Decidió volver a La Española para obtener apoyo. Estando allí recibió la noticia. Los indios habían atacado el emplazamiento. Mataron a los españoles que les pusieron al alcance de la mano y destruyeron cuanto tenía el menor viso de colonia. El desastre no dejó el menor resquicio para la restauración de la idea del amor colonial. Las Casas terminó en un convento. Don Quijote no.

Y en esos mismos instantes sobreviene Enriquillo...

La yegua indiana

Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general...

En una yegua era un tesoro. Las yeguas eran nativas del Nuevo Mundo. Habían venido por primera vez en el segundo viaje, con las primeras semillas de romero y habían participado, como españolas de ley, en la fundación de la primera municipalidad. Hay que suponer que, para llegar a las nuevas tierras las yeguas tenían que hacer un viaje penosísimo en expediciones costosísimas teniendo que hacer lugar al material humano, a las mercancías y al trajín de los marineros en unas embarcaciones poco más espaciosas que una cáscara de nuez. Y luego, que el pasto fresco sería una hipótesis en los tres meses de navegación trasatlántica.

Pero una idea más clara de la estimación de la yegua indiana, la da el hecho de que, cuando el Almirante

necesitó un semental que era propiedad de Ojeda, el traspaso se operó mediante Real Cédula, con todo el formulismo de rigor, encabezando el documento con las palabras solemnes:

"D. Fernando é Dña. Isabel, por la gracia de Dios, Rey e Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Cecilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevillla, de Cerdeña, de Córcegas, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar é de las islas de Canarias; Conde e Condesa de Barcelona é Señores de Vizcaya é de Molina; Duque de Atenas é de Neopatria, Condes de Ruysellon é de Cerdeña; Marqueses de Oristan é de Gociacio..."

Todo esto para hacer el traspaso de una bestia. Y algo más todavía. Cuando Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, organizó la exportación de indios a La Esperanza el intercambio se realizaba a base de cien cabezas de indios por caballo. Situación que mejoró, andando el tiempo, hasta alcanzar una cotización de quince indios por unidad caballar. Y se comprende fácilmente. Había muchos indios y pocos caballos. En virtud de las leyes de la oferta y la demanda, debía bajar el precio del indio y subir el del caballo. Sobre que el caballo era una bestia de carga más rápida y eficiente que el indio, sirviendo además para el trabajo, el paseo y el servicio bélico. Entre caballos y yegua, la última parecía una ventaja más, esto es, que su propiedad conllevaba la del potrillo... Está visto que era cosa de valía una yegua en La Española. Pues bien: Enriquillo tenía una yegua...

Enriquillo era casi un español. Sabía cabalgar, hablaba bien la lengua castellana, leía y escribía, una vez que otra había oído hablar de Aristóteles, repasaba el rosario, comulgaba los domingos y vivía inmerso en la vida civil española. Todas éstas eran virtudes tranquilas, y serenas. Conocía las funciones del Teniente-Gobernador, las instituciones jurídicas y religiosas, la competencia de la Real Audiencia. Había sido educado en el convento que tenían los franciscanos en Santa María de la Vera Paz en las tierras de la antigua Jaragua sonriente. Era hijo de uno de los caciques corteses que habían correspondido a la invitación del Gobernador Ovando y habían asistido al famoso convite. Era sobrino de Anacaona y primo hermano de los pechos de Higuemota. Como había quedado sin padres en medio de la sangrienta batahola y aquello era para repartir, los curas le secaron las lágrimas y lo domesticaron piadosamente. El indiecito se llamaba Guarocuya pero el nombre no aparecía en el santoral y se lo sustituyeron por Enrique. Luego le llamaban Enriquillo. Aunque el diminutivo era por su minoridad y el indio creció muchísimo después hasta alcanzar las montañas del Bahoruco, se quedó con su nombre pequeño. Como hijo de cacique conservó su rango entre los suyos. Esto quería decir que era responsable de la conducta de los indios y percibía de paso el 10% del sueldo de los indios encomendados para comprarse ropas de rango para él y su familia.

En uno de los repartimientos Enriquillo había tocado a un señor Valenzuela que tenía tierras en San Juan de la Maguana. El indio prosperó hasta tener su ye-

gua y casar con Mencía, india de condición y bautizada. Cuando murió el viejo Valenzuela, su hijo, un mancebo malcriado y resabioso, heredó el repartimiento. No se sabe lo que pensaba éste de sí mismo, pero desde que se encontró mayorcito y se sintió encomendero, presentó todos los síntomas de autoridad de un propietario del universo. El primer acto de afirmación personal y universal fue el de dirigirse a Enriquillo y arrebatarle la yegua...

El hecho de que le sea arrebatada a uno la más insignificante cosa, nada más que porque sí, produce los mismos efectos de provocación de una ofensa de tipo cósmico. Pero una yegua que luego se va a ver corretear bajando las montañas del Nuevo Mundo con su cabezota levantada, la crin en pleno vuelo y el usurpador con las piernas abiertas en el lomo, sobrepasa todas las concepciones metafísicas del resentimiento o la cólera. A eso habría que añadirle las circunstancias especiales de estimación de la bestia en La Española y el hecho de que la víctima de la usurpación esté sometido a un régimen de opresión que le impide levantar los puños y dejarlos caer mil veces sobre la fisonomía del usurpador.

Todo lo que sucede a los seres humanos frente a una situación como la presente le sucedió en la intimidad a Enriquillo. Pero había que soportar para sobrevivir. Ya vendrían mejores tiempos. Valenzuela despojó al indio con más facilidad de lo que hubiera apetecido. El rostro duro de Enriquillo no dejó traslucir la menor perturbación íntima y aquello pareció más un abandono de la bestia por parte suya que

una usurpación en regla por parte del encomendero. Valenzuela no quedó complacido y buscó un nuevo objeto de provocación.

Había otra cosa que poseía Enriquillo que era de gran valor. Para él valía mucho más que la yegua aunque la estimativa colonial estaba invertida. Era su india Mencía, con dos trenzas largas y negras y un amor desesperado que prendía en el cacique con sentimientos de desolación. Valenzuela el joven se antojó también de Mencía y no sólo se antojó sino que ya se precipitó tembloroso sobre ella con unos ojos extraviados y una sonrisa cuadrada en la presidencia de unos colmillos saludables y briosos. De pronto, como saliendo de las entrañas de la tierra, todo cundido de excelencias varoniles, allí estaba el indio entre los dos, dispuesto a impedirle que le confundieran su hembra con la yegua. Mencía se refugió entre los pliegues de las vestiduras del cacique. Sólo un instante, porque el encomendero empuñó una estaca y dándole escape a sus apetitos sexuales, la emprendió a estacazos en presencia de todos. Enriquillo hubiera podido ahogarlo entre sus dos manazas. Era una pieza sólida de materia aborigen. Pero eso habría significado la muerte, es decir, la entrega de Mencía que una vez viuda, hubiera sido presa cómoda del libidinoso mancebo. De modo que el cacique, que había sido educado entre franciscanos, procedió franciscanamente.

Ni que decir que en cuanto tuvo oportunidad se fue donde Pedro Badillo, que era Teniente-Gobernador y le comunicó que Valenzuela había agraviado a su

esposa. Los dos estaban bautizados, habían casado según los preceptos de la religión católica y habían aceptado la nueva vida impuesta por los conquistadores. Tenían pues, derecho a invocar los principios de respeto a la condición humana en que se basaba la moral de esa nueva vida. Badillo pensó en función de intereses. Despachó al indio violentamente prohibiéndole traer quejas del español. Enriquillo se dio cuenta en ese mismo momento de que su propio nombre era Guarocuya y que el nombre de Enriquillo era un símbolo de sumisión al conquistador.

En vista pues de agotar todas las formas legales se dirigió a la Real Audiencia en el mismo sentido. La Real Audiencia consideró sus razones y le entregó una carta para Badillo recomendándole atender las quejas del cacique. Badillo tomó la carta, le dio dos o tres vueltas entre los dedos y se quedó mirando al indio. Esa era la respuesta. Enriquillo dio media vuelta y fue a sumergirse en la Encomienda por el término de la demora o sea, el período en que el indígena servía en la Encomienda.

Enriquillo cumplió el término de la demora y se fue a las montañas. Pasaron los cuatro meses de libertad que le acordaba el sistema y llegó el momento de reintegrarse nuevamente a las faenas coloniales. Mientras tanto, el encomendero paseaba en la yegua, y sucedió que al cumplirse el término de los cuatro meses de libertad ni Enriquillo ni los indios que tenía a su responsabilidad se presentaron en la hacienda. Aquello era un perfecto alzamiento. Valenzuela tomó once hombres y fue a buscar personalmente a Enri-

quillo. Enriquillo no vino. Quien vino fue Valenzuela todo descalabrado y con el grito en el cielo. Pero no se puede conocer bien la aventura sin entrar en contacto con una señorona opulenta que interviene en todos los asuntos de la colonia...

TERCER PARÉNTESIS

Esta señorona opulenta y magnífica es la REAL AUDIENCIA DE INDIAS. Es una aventurera más en tiempos de aventura, pero su novela es distinta. La mayoría de los aventureros de colores que salieron hacia las tierras inefables trajeron el libro de sus aventuras en blanco. Vinieron a vivir la emoción inesperada, a aceptar los acontecimientos imprevistos, unos como vividores de la vida, otros como desvividos, pero todos dispuestos a recibir una nueva existencia sin preguntar por las condiciones.

Pero la aventura de esta señorona era de un tipo distinto. Desde que salió de las tierras natales sabía el puesto que iba a ocupar y la tarea que tenía por delante. Lo aventurero en ella consistía en la originalidad del ambiente, en la novedad del escenario. Era, al salir, la Real Chancillería o Audiencia de España, que el río Tajo dividía en las dos preciosas tajadas jurisdiccionales de Valladolid y de Granada. Pero esto era en la península... En cuanto le dio el

sol de las islas abandonó el acento nativo, se cambió los trapos, se tostó la piel y adoptó unos andares de mesticita recién combinada, más concordes con la temperatura ambiente y viandante. Y desde luego se apresuró a cumplir su tarea, o mejor dicho a emprender su batalla, pues la Real Audiencia vino a las Indias a entablar un laborioso combate con un reciente fantasma.

* * *

Desde antes se sabía ya que ese fantasma era el espíritu de Cristóbal Colón. Por cierto tipo mediúmnico de inercia, el espíritu de Colón quedó deambulando en Indias después de su muerte, apareciendo en los sitios más inesperados y hostilizando obstinadamente los propósitos de la Corona española. Si hubiera sido un fantasma cualquiera dedicado a pastorear los miedos nocturnos, el problema se habría reducido a las invocaciones y exorcismos, del uso o se le habría enjaulado poéticamente en una bonita leyenda. Pero el fantasma tenía sus vinculaciones temporales, de buena encarnación española. Y lo que era más importante, exigía, invocaba la ley, suscitaba intereses y tenía razón...

* * *

El origen del fantasma se remonta a lo más lejos. Para ser exactos, a aquel instante sublime en que la reina católica, recorriendo por dentro la visión del navegante, admitió la posibilidad de un mundo nuevo y accedió a firmar las bases de una hazañosa em-

presa de descubrimiento. Era un día de primavera a 17 de abril en 1492... Es cierto que en ese instante las nuevas tierras no mostraban más contorno perceptible que esa vanidad de pliegue momentáneo que tienen algunos sueños. Pero la Reina era una inspirada. Acomodó sus latidos a los estremecimientos del visionario y firmó, con su esposo el Rey, las *Capitulaciones de Santa Fe*. En este documento se delimitaban los respectivos derechos a derivar de la empresa. Entre estos derechos, el navegante había de recibir los títulos de Virrey, Almirante y Gobernador de las tierras que descubriere con la facultad de administrar justicia... La Corona en cambio, no se reserva más que algunos derechos de tipo económico que contrastan con las extraordinarias potestades del Descubridor. Todo es para él. Y se comprende. En aquella empresa las posibilidades de realización quedaban puestas en el azar. Las líneas del éxito había que buscarlas entonces en las manos de Colón. Así que cuando el mismo azar descifró los extraños arabescos escritos en ellas y resultó el descubrimiento del Nuevo Mundo, la Corona se limitó a nombrar un receptor, Gómez Tello, para recaudar los derechos reservados para ella en las Capitulaciones. Y hasta ahí llega su intervención en la empresa de Indias...

* * *

Pero surge el Alzamiento de Roldán con todas sus implicaciones económicas, sociales y políticas. Colón es desplazado como individuo, como clase social y como poder político de las nuevas tierras. Al mismo

tiempo la colonia se organiza en fuente de ingreso, y todo un mundo imprevisto comienza a balbucear. Entonces es cuando la Corona se decide a intervenir. Comienza por sustituir al modesto receptor, por una burocracia más complicada compuesta de cuatro oficiales reales –tesorero, controlador, factor y vendedor– para recaudar y administrar las rentas reales. Lo que quiere decir que la Corona no se resigna a la participación humilde consignada en las Capitulaciones y se decide a reivindicar sus derechos. Colón ha muerto ya. En sus ojos se había evaporado aquella lágrima inefable que tenía el contorno del mundo completo. Pero se levantó el espíritu de su hazaña y vino a fantasmear en los anales de Indias. Don Diego, su hijo, había de heredar los derechos estipulados en las *Capitulaciones* y bien pronto serviría de encarnadura al fantasma de Colón para enfrentarse a las pretensiones reales. Y así se planteó el combate que pretendía resolver nuestra peregrina y gallarda señorona.

* * *

Las pretensiones de la corte, frente a las cuales se erguía el fantasma, tenían por dentro una pulpa muy ácida. La Reina Católica había muerto al cabo de una plegaria. El Rey Fernando el Católico estaba viejo y cascado pero seguía siendo aragonés, lo cual era muy importante. Sobre todo para su Secretario Lope de Conchillos, que también le era en su mayor provecho personal. Y, a la cabeza de todos los asuntos de Indias, el buen Rey, que no estaba para muchos problemas, había puesto al Arzobispo Fonseca, que

también lo era para el mismo provecho en momentos en que el chambelán Juan Cabrera era también un buen aragonés. Es natural que al hacerse las designaciones de los oficiales reales, el cargo de Tesorero Real de las Indias que iba a representar los intereses de la Corona de Castilla, no recayese en un castellano, lo cual no tendría gracia, sino en un buen aragonesito. Y vino don Miguel de Pasamonte con la fuerza de palabra y la mansedumbre de hombros que da la representación de los grandes intereses.

Esa es una de las fuerzas de la pelea. La qua era Don Diego Colón, sumergido en un cauce dramático. Al heredar los derechos consagrados en las Capitulaciones en favor de su padre, pidió al Rey que les fueran puestos en posesión los títulos de Virrey, Almirante y Gobernador de las Indias con las facultades inherentes a ellas. Había sido paje del Rey y contaba con sus buenos ausipicios. Pero el aragonesado vigente y beligerante saltó a la palestra. Don Diego no era más que el fantasma de Colón. No podía tolerarse a un mero fantasma tales incursiones en la más real de las realidades. El caso es que el Rey dio las vueltas necesarias para acabar en nada. Y, como que aquello era nada, Don Diego le pidió permiso al mismo Rey para demandarlo ante los tribunales del Rey. Y el Rey accedió.

En el litigio se discutieron los derechos del demandante, se negó a discutir que Colón fuera el descubridor del Nuevo Mundo. Y, aunque al fin y para gloria de la justicia española, el fallo fue favorable a Don Diego, el litigio se prolongó muchos años. Mientras

tanto había que hacer algo. Don Diego conocía la vida... Sabía que hay dos fuerzas sobrehumanas: el amor y el oro. No tenía oro. Pero tenía bellas maneras y porte distinguido. Tenía además la gran iluminadora: la necesidad. Echó una ojeada por la Corte y le clavó los ojos a una encantadora doncella. Lo de los encantos, naturalmente, era para después. Lo primero, que el padre era el Duque de Alba, primer favorito del Rey. Esta alianza automáticamente convertía a Don Diego en el mejor de los partidos al par que movilizaba la otra potencia de que carecía. Don Diego casó con Doña María y el Duque hizo lo que tenía que hacer. Como resultado de ello, Don Diego fue de Gobernador de las Indias, con el título de Segundo Almirante. Doña María instaló una corte suntuosa en La Española, llevó un cortejo de muchachas casaderas que enseguida halló colocación y, aunque el título había sido callado discretamente por el Rey, fue llamada decorosamente la Virreina...

En La Española se enfrentaron los dos partidos. Pasamonte y los suyos se llamaban servidores del Rey y llamaban a Don Diego y su corte, deservidores. La lucha se hizo a base de intrigas dirigidas a la Corte. Pero el partido de los deservidores tenía que luchar con la camarilla de aragoneses que rodeaba al Rey. Pasamonte era oído en la Corte por las personas que tenían que oírle. Acusaron a Don Diego de malversar las rentas de la Corona, de dar los empleos arbitrariamente, de construir un palacio destinado a servir de fortaleza contra los servidores del Rey y de administrar justicia por antojo más que por derecho...

La lucha entre servidores y deservidores sirvió a la Corona para intervenir en la empresa de Indias en forma más activa. Argumentando que esas intrigas eran perjudiciales para la buena marcha de la colonia, decidió establecer un tribunal al cual se pudiera apelar de las sentencias del Almirante. Este tribunal fue la REAL AUDIENCIA DE INDIAS.

* * *

El establecimiento de este Tribunal significaba una merma de la autoridad de Don Diego muy considerable. Prácticamente quedaba desplazado del poder en las Indias. Aunque el Tribunal fue creado con funciones jurisdiccionales acabó por absorber totalmente la dirección de los asuntos de la colonia. Además de las funciones judiciales, tenía atribuciones legislativas y administrativas. Nombraba los funcionarios, velaba por el mantenimiento del orden y el gobierno de las ciudades, llevaba el control de la Real Hacienda y dirigía todos los asuntos concernientes a los repartimientos y encomiendas. Hacía la guerra. En general no había asunto de carácter público que no entrara en sus atribuciones.

Era muy claro. Desde el momento en que la Reina decidió auspiciar la empresa de Descubrimiento hasta aquel en que servidores y deservidores se ponían mala cara en las atarazanas de La Española, se había experimentado un cambio muy sensible. Las islas que entonces eran cosa de niebla delirante se habían convertido en realidad concreta. Ante todo, productiva. Por razones de tipo sentimental y moral

los Colones debían conservar los privilegios que le había acordado la Reina en las *Capitulaciones de Santa Fe*. Pero los sujetos de estas emociones, Isabel y Colón, habían muerto ya. Los intereses de Isabel habían pasado a la Corona de España y Colón no era más que un fantasma vaporoso encarnado en la esbelta figura de Don Diego. Había razones poderosas que la admiración y la lealtad a la moral no podían hacer desaparecer. Y la Real Audiencia de Indias abandonó su gesto de la Real Chancillería de España y vino al Nuevo Mundo a remozarse y tostarse, mientras tomaba con sus propias manos, para la Corona española, el producto de las tierras que antes habían sido sueño y ahora eran real realidad.

La REAL AUDIENCIA estaba compuesta por tres jueces y un fiscal. Uno fue el Lic. Lucas Vázquez de Ayllón, que era Alcalde Mayor en La Vega. Los otros dos vinieron de Sevilla, los Lics. Alarcos de Villalobos y Ortiz de Matienzo. El fiscal era el Lic. Sancho de Velázquez. Se les señaló un salario de 196 maravedises, y, para que reforzaran las entradas, se les dio una pequeña encomienda de 200 indios a cada uno. Medida de perla para obtener las mejores decisiones en la materia. Esta Real Audiencia, creada en 1511, llegó a adquirir una preponderancia tan grande que se convirtió en el instrumento principal del imperio español, se dispersó por el continente y llegó a constituir el centro de dispersión de la civilización española en el Nuevo Mundo.

ENRIQUE VIVIENTE

"...pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija..."

Quiero volver aquí el rayo de la consideración; decía el viejo Las Casas cuando volvía a tomar el hilo de su relato. En las presentes narraciones, el rayo había quedado detenido en Valenzuela, el inicuo encomendero, cuando bajaba descalabrado las montañas de Bahoruco, después de su visita al cacique Enriquillo. Había ido allí, robusto de altanerías, basándose no se sabe en qué elaboraciones privadas sobre la civilización española y el destino de la raza. Calculaba que le eran suficientes once hombres para hacer bajar al cacique de sus montañas. El tal Valenzuela era un precioso botón de la Leyenda Negra. Porque lo de la leyenda negra no es una calumnia, guardadas las proporciones. Lo que sucede es que no es válida para España, así en sentido genérico, pero sí para la España brutal de los Valenzuelas que aún

hoy expulsan, maltratan y asesinan a los verdaderos españoles. La Leyenda sigue siendo válida, y no sólo para la parte mala de España, sino para todo un mundo moderno infectado de malas ideas y peores intereses. Valenzuela sufrió un pequeño error de cálculo al girar sobre esas ideas por lo que recibió una tunda de hombre y tuvo que bajar las montañas, él con sus secuaces a toda carrerra, sin tiempo para organizar una decente derrota, sin armas, sin altanerías y sin Enriquillo. En las montañas quedaron dos muertos.

Valenzuela contaha com el apoyo incondicional de los suyos. En esto no se equivocaba. Detrás, de él estaba todo el aparato colonial. La alegre comadre del cuento, la Real Audiencia de Indias, con sus modales equívocos, tenía las manos muy bien metidas en las encomiendas. Con su buen sentido de la solidaridad, término de audiencia, acogió los lamentos del despavorido encomendero. Midió el tenor de la afrenta. Desplegó su soberbia. Dispuso un cuerpo de 70 a 80 hombres para enderezarle los pensamientos al indio.

Salieron los héroes despreocupadamente como a cazar mariposas. Caminaron incesantemente siguiendo los caprichos del paisaje. Entendido que se trata del paisaje tal como lo describe la agrimensura: Subidas y bajadas, rocas, lajas, furnias, desfiladeros, sol y sed, hambre, mosquitos, fatiga y ni sombra del indio. Cuando la Real Audiencia volvió a tomar contacto con su ejército hacía tiempo que éste había dejado de serlo. En su encuentro con los alzados, después de

una persecución agotadora, habían sido descalabrados con toda limpieza. No bajaron todos pues había quedado una buena ración para la eternidad. Los que bajaron tuvieron buen cuidado en convencer a la Real Audiencia de que ochenta hombres tampoco eran suficientes para hacer bajar al indio.

En vista de la evideneia de los razonamientos la Real Audiencia eligió un nombre, el más adecuado para doblegar la soberbia del rebelde y hacer que volviera los asuntos a su posición original. Badillo era ese nombre que le pareció a la venerable matrona destinado a humillar al indígena. Le entregó 300 hombres. El ejército salió en campaña, bien armado, bien avituallado, con gran marcialidad. Así mismo subió y bajó las montañas. Volvió a subirlas y a bajarlas. El oficial manejaba sus tropas con la pericia necesaria para no encontrarse con el perseguido. A fuerza de eludir las emboscadas pudo al fin regresar con su ejército intacto.

Como que la campaña no había demostrado la insuficiencia del número de hombres y la suerte del capitán Badillo no le parecía muy propicia para enfrentarse con Enriquillo, la Real Audiencia se limitó a sustituir al capitán y designó a Íñigo Ortiz para conducir la campaña al frente de 300 hombres. Este capitán Ortiz tenía ganas de pelear y encontró al indio. Mejor que no lo hubiera encontrado. Los indios le cayeron en forma tan incivilizada que la fuga era por cabeza no por mando. Unos setenta hombres que no eran tan veloces como los indios y venían con los talones encandilados, se escondieron en una cueva.

Pero es que los indios tenían un plano mental de todas las cuevas habidas y por haber en la isla. Allí dieron fácilmente con los temblorosos refugiados. Allegaron leña seca, la dispusieron cuidadosamente en la entrada de la cueva y en un tiempo razonable, quedó el asilo convertido en un horno magnífico. No faltaba más que un chispazo de yesca para preparar un tremendo sobreasado "a la española". En esto intervino piadosamente Enriquillo y dio órdenes de librar a los cautivos del tormento y no les impuso más sanción que la confiscación de las armas. El viejo nos cuenta que conoció a uno de ellos. El pobre asilado veía su fin tan próximo que no hallaba manera de convencer a las potencias divinas de que podía serles más útil en la vida terrenal. Y, como al salvar la vida no pudiera determinar si había sido por la intervención suprema o por la de Enriquillo, en cuanto se vio de nuevo en la plaza de Santo Domingo hizo voto eterno de consagrarse a los servicios religiosos. De fraile le conoció el cronista. Y fue lo mejor, de esa manera pagaba los votos formulados en el trance de la cueva y de paso se liberaba de la preocupación de que volviera a ser designado para entrar en campaña.

* * *

Después de estos sucesos ya no había duda: Enriquillo era el hombre. Sin que se pudiera remediar se había convertido el cacique en el problema mayor del Nuevo Mundo. Los caminos comenzaron a despoblarse y a ser frecuentados por algunos cuantos miedos que se acompañaban mutuamente. Los indios encomendados comenzaron a fugarse suavemente haciendo bajar la

curva de la producción y subir el coeficiente de estimación del cacique. Empezó a ir y venir una teoría de informes, peticiones y reproches de la colonia a la metrópoli y a la inversa. Los castellanos de oro comenzaron a ingresar en un nuevo renglón, insaciable. La fama del indio cundió por todos los rincones. Apareció como el gran reivindicador de su raza. De momento todo el mundo olvidó el asunto de la yegua y el agravio a Mencía, que parecían darle a la aventura cierto visos de cosa personal. Lo importante fue que los indios estaban esclavizados y había sonado la hora de la emancipación. Las ideas liberales de juristas, y canonistas martillaban ahora con cierta épica sonoridad en las reales orejas. Como los indios había heredado en la escala social el puesto que habían rechazado los roldanistas mediante la rebelión, venían ahora a ser el pueblo oprimido. Para todo pueblo oprimido suena la hora de emprender la lucha. Y esta era su lucha.

* * *

De momento suceden unos acontecimientos que amenazan opacar la figura del caudillo y a mostrar que aquello era el grito de todo un pueblo. Un cierto indio estaba aplicado en sus labores de encomienda cuando miró una lanza. Ya conocía las victorias de Enriquillo del oltro lado de la isla. Con aquella lanza y lo que él tenía, su cuerpazo, su sangre y su coraje, se podían hacer grandes cosas. Le echó una voz a sus compañeros y de la noche a la mañana ya había otro tremendo caudillo. Enriquillo había sido educado con los franciscanos, leía la lengua de Castilla y

repasaba el rosario. Las oraciones y las letras habían pulido sus sentimientos hasta conformarle un centro piadoso que envolvía su agresividad en seda. Pero éste era un indio de pura cepa que no era cacique ni vestía ropa de condición. Cuando se lanzó a la brega le acompañaba una docena de indios furiosos. Con ellos y su lanza sembró el terror en las zonas de Puerto Real y Lares de Guaba, a tal extremo que los conquistadores abandonaron los pueblos y las encomiendas para ir con el grito en el cielo a quejarse a la Real Audiencia. Salieron las partidas a perseguir al Ciguayo, que así lo llamaban por pertenecer a la tribu de los ciguayos. Dice Las Casas que el Ciguayo "era valientísimo aunque en cueros". El viejo no podía comprender cómo, el indio podía ser valiente con un sencillo taparrabos. Pero eso no importa. Como los conquistadores iban vestidos hasta la cara salieron las partidas a perseguir al Ciguayo cuyo nombre parecía no tener mucha importancia. Lo encontraron y con muy buena fortuna. En uno de los choques una lanza predestinada lo atravesó de parte a parte y mientras se desangraba lo liquidaron fácilmente. Los perseguidores cantaron su victoria.

Pero de la misma sangre del caído levantóse otro indiazo. A éste hubo que averiguarle el nombre a la carrera, se llamaba Tamayo, y andaba con la misma docena. Allá fueron las partidas a perseguirlo. Pero esta vez no vino la buena fortuna. Cuando menos se esperaba, bajaba el indio a las posesiones de los conquistadores y las saqueaba, asaltaba a los grupos desprevenidos y mataba sin restricciones de ninguna especie. Tamayo se convirtió en el terror de moda.

Ya los españoles conocían las hidalguías de Enriquillo y su espiritualidad, pero éste era de otras calidades. Era un furioso, simplemente, con astucia, fuerza física, coraje y deseo de morirse peleando.

No es posible deducir cuál habría sido el curso de la colonización de la isla si Tamayo hubiera encabezado el alzamiento y hubiera dispuesto de un número de indígenas como el que mandaba Enriquillo. Trescientos españoles eran impotentes contra este muchacho y su docena de indios. Las montañas para el español no adaptado al clima y desconocedor de la topografía. El suministro de tropas de la metrópoli era penoso, lento y caro. Tamayo era de una agresividad indomable, conocía al conquistador, manejaba sus armas y dominaba el terreno, a su favor estaba además el Continente, que absorbía los mejores conquistadores a base de una gloria más cumplida y más riquezas. Pero para que los acontecimientos siguieran su trayectoria, Enriquillo intervino... Echó mano a uno de sus capitanes, llamado Romero, que era sobrino de Tamayo, y logró que el nuevo caudillo fuera a verle. Le ofreció hacerle capitán bajo su mando, le habló de unidad, le hizo algunas citas oportunas. Tamayo se impresionó y al fin accedió a fundirse en la corriente del cacique como un afluente principal pero anónimo. Enriquillo le escamoteó la gloria.

* * *

En tanto, la Real Audiencia seguía con sus quebraderos de cabeza. Hernando de San Miguel se ofreció para capturar a Enriquillo. Este era un veterano de

las luchas de La Española. Sabía manejar a sus hombres y conocía las montañas como ningún otro español. Había venido de mucho a la isla y había caminado las montañas descalzo. Entre los indios y las montañas se había hecho hombre y se había hecho a ellas como un nativo. Si la empresa colonial no hubiera sido un negocio en el cual él estaba interesado, San Miguel hubiera llegado a ser un indio pues su esposa legítima era una indígena y los hijos de su corazón unos buenos mesticitos nacidos en Indias... Obtuvo un ejército de 150 hombres y se lanzó en la búsqueda del rebelde.

El encuentro de los dos caudillos es de una riqueza plástica extraordinaria. Se habían encontrado frente a frente, pero separados por un abismo que les impedía atacarse. Cada uno ocupaba el pico de una sierra y estaban tan cerca que pudieron realizar una entrevista de voz en voz. El eco recogía estas voces y las hacía pasar por el desfiladero como por un inmenso micrófono. Si Edison hubiera venido en La Niña es posible que hubiera podido grabar aquellos ecos que escapaban saltando de roca en roca. Para nosotros en el día de hoy no habría mayor placer que el de oír aquellos ecos antiguos debatiéndose entre lenguajes tan remotos ya y tan decaídos. Y para darle a la imaginación un momento de ocio libre, vamos a detener de nuevo el rayo de la consideración. Dejamos a Hernando de San Miguel y a Enriquillo en el pico de sus respectivas montañas y aplazamos el resultado de su conversación. Quedan así, fijos como cuando se rompe la película en el cinematógrafo o como en un inmenso y recóndito mural...

La importancia de llamarse Enrique

"Días ha que he sabido vuestra desgracia y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso para vengaros de vuestros enemigos..."

¿Cómo fue posible que Enriquillo obtuviera esas victorias sobre un ejército superior, producto de una civilización super-elaborada? A esto habrá que dedicar la atención por ahora, en lo que la conversación de San Miguel y el cacique le cambia el cariz a estas aventuras.

Cada día adquiere más verosimilitud aquello del sermón de John Donne de que ningún hombre es una isla. Roldán no era una isla. Enriquillo tampoco era una isla. Con toda seguridad el indio se lanzó a aquella aventura impelido por un tremendo resentimiento personal. La ofensa a la esposa y la usurpación de la yegua son motivos más que poderosos para mover el temperamento más sumiso. Pero en cuanto este

resentimiento se hizo acción, ya no era personal. Ya Enriquillo no era una isla. Era todo un pueblo que saltaba a la palestra a combatir por su derecho a la existencia.

Pareció a los indios tan inexorable e irresistible la opresión que, agotados todos los recursos humanos para combatirla, recurrieron a una solución metafísica: la muerte. Pero no la muerte de los enemigos. Esta fue la primera solución elegida y puesta en práctica en el Fuerte de la Navidad, la graciosa fortaleza construida con los restos de la Santa María, sino la propia muerte, la desaparición total de la raza como un designio voluntario. Cuando los indígenas se apercibieron de la magnitud del enemigo y de lo inexorable de la derrota, decidierron tomar la vía del suicidio. Esta decisión comenzó por tener carácter individual. Oviedo explica que los indios se suicidaban frecuentemente con el zumo de las raíces con que hacían el casabí, o sea, de yuca, sin someterlo al fuego.[1] El suicida tomaba esta resolución probablemente avergonzado de no poder resistir como sus compañeros. Pero hubo un momento en que esta convicción derrotista fue tan profunda que se hizo entonces colectiva. Como consecuencia de ello, el suicidio perdió su carácter individual para hacerse social. Las mujeres fueron las primeras. Su instinto maternal se resistió a echar hijos para la opresión. Con el zumo de ciertas raíces se provocaban el aborto decretando

1.- Como se sabe, el zumo de la yuca es muy rico en ácido cianhídrico, un veneno muy activo pero volátil que desaparece por la acción del fuego...

por una vía absolutamente directa la desaparición de la raza. Como la desaparición de los adultos era tan rápida, la raza tenía que desaparecer si no nacían nuevos individuos. Después la decisión se realizó, en forma más directa todavía. Se suicidaron familias completas comenzando por el padre y terminando por el más reciente brote. Finalmente, llegaron a suicidarse tribus enteras. Cuenta Oviedo que tribus invitaban a otras a realizar el suicidio y morían todos sus miembros en una noche...

* * *

La relación de la tragedia de los indígenas es inconcebible y casi hasta de mal gusto en estos tiempos, por su tremendo patetismo y por la cantidad de letras que se ha echado en ella. Hoy no se concibe que el Rey Fernando el Católico hiciera marcar con una F en la frente a los indios de Borinquen que tenía encomendados para la explotación de sus doradas y adoradas minerías. Hoy se levantan en huelga 15,000 obreros para hacer que se le pague el tiempo que tardan en llegar al taller, y en cambiarse la ropa de calle por los *overalls* de trabajo (*Time*). El Almirante Don Diego fue autorizado por Real Cédula para marcar sus obreros en las piernas con fuego candente.

De manera que cuando Enriquillo resolvió quedarse en sus montañas y resistir hasta la muerte no hacía más que acceder a la presión de su pueblo. Lo que puede parecer extraño es que esta solicitación no se produjera sino hasta 1520 y tuviera que ser Enriquillo y no cualquier otro de los estupendos hombres que

había dado la raza. En eso consiste la importancia de llamarse Enrique.

* * *

El verdadero nombre del cacique era GUAROCUYA. El de Enrique le fue puesto por los españoles que lo bautizaron. Con este nombre el indio recibió además una nueva versión del mundo. A través de las palabras de sus maestros franciscanos el pequeño indígena pudo penetrar el secreto de aquella raza potente y misteriosa. Conoció sus costumbres y, lo más importante, sus debilidades. Se dio cuenta bien pronto de que entre un español y un indio no habían más que diferencias adquiridas. Supo cuáles eran esas diferencias y ya no le fue muy difícil idear la manera de combatirlas. Para el indio ningún otro caudillo podía inspirar más confianza que Enriquillo, por esas circunstancias. Y lo siguieron en cuanto dió la primera voz.

Enriquillo encontró una aliada, incondicional y poderosa en sus sierras del Bahoruco, que es un hilo de montañas de tierra ingratísima y accidentada que corre paralelamente a las costas de la isla Española y que acaba internándose en el mar para reaparecer en las costas de la actual Venezuela. La montaña ofrecía una gran ventaja.

Cualquier ejército que se internara en ella para una campaña larga tenía que llevar una enorme cantidad de abastecimientos, especialmente agua. Este fue el más grave inconveniente que confrontaron los

españoles. Luego ofrecía otra ventaja. Permitía observar al enemigo desde las alturas y el ocultamiento era facilísimo. Además el conquistador tenía que saber el paradero de los indios y conocer los terrenos.

Para aprovechar las ventajas que le ofrecía la naturaleza, Enriquillo desarrolló una táctica especial. Se iba retirando ante los ejércitos sin combatirlos e internándolos en los montes durante semanas. Cuando, el ejército perseguido se daba cuenta de que los abastecimientos estaban escaseando, emprendía la retirada. Entonces era cuando Enriquillo ordenaba el ataque, auxiliado por todos los recursos naturales, la noche, la desigualdad de la tierra, la fatiga, el hambre, la sed de los combatientes y demás. La victoria era completa.

Utilizaba otra táctica victoriosa. Dejaba las mujeres y los niños acompañados por un sobrino suyo muy competente y agresivo. Con éste dejaba 50 indios y se retiraba a un lugar desconocido. Cuando los conquistadores venían a atacar, el sobrino los contenía con su pequeño ejército mientras Enriquillo observaba convenientemente la lucha y de ese modo podía determinar cuál era el sitio más conveniente para el ataque y precisar en vista de los hechos inmediatos cuál era la táctica a emplear. Aparte de las ventajas que le ofrecía esta observación aprovechaba el elemento sorpresa.

De este modo lograba sorprendentes victorias con su pintoresco ejército. Las armas que utilizaba eran nativas. No porque fueran desconocidas las armas

españolas, Ciguayo y Tamayo usaban estas armas, sino probablemente porque los indígenas manejaban mejor las suyas. Usaban el arco y la flecha y ciertas lanzas, hechas de madera de palma, endurecida por el fuego y con clavos en las puntas. Esta era un arma muy agresiva pues, como la madera de palma es muy quebradiza, al herir se deshacía en fragmentos que multiplicaban su eficacia. Además de las lanzas usaban "macanas" que eran una pieza de madera igualmente endurecida al fuego, larga hasta la altura de un hombre y que esgrimían con extraordinaria habilidad usando las dos manos.

Para el aspecto defensivo usaban igualmente el sistema nativo. Se envolvían el cuerpo en algodón tejido, cubriéndose todo el tronco, a manera de coraza. Habían descubierto el "camuflaje" y para hacerlo se embadurnaban el cuerpo con bija, que es una semilla colorada, debido seguramente a que las montañas del Bahoruco tienen tierra colorada en muchos sitios.

Enriquillo dirigía todas las operaciones. Según cuentan los cronistas, no dormía más que dos horas en la noche pasando el resto del tiempo con el rosario. Mudaba el asiento continuamente y para evitar delaciones mantenía en secreto el sitio nuevo para sus propios soldados. Se cuidaba hasta del cantío de los gallos. Tenía espías distribuidos en todos los sitios de acceso a las montañas, especialmente las costas. Los conquistadores preferían enviar sus tropas por mar para evitar el cansancio, pero desde mucho tiempo antes de desembarcar, ya el cacique conocía el

lugar por donde desembarcarían. Sin contar con que los indígenas que trabajaban en las encomiendas se fugaban fácilmente y transmitían los más mínimos movimientos en un abrir y cerrar de los ojos.

* * *

Todo este sistema táctico, todo este conjunto de circunstancias concurrían en Enriquillo por razones determinadas. La principal era el hecho de haber sido educado entre españoles lo cual quedaba simbolizado en su nombre. He aquí en qué consiste la importancia de llamarse Enrique. Ahora cambiamos hacia otros nombres. Examinamos ya la índole del nombre de guerra. Vamos ahora hacia los nombres de la paz...

Relato con palomas

Remigio quería ser una silueta. Le gustaba escudriñar la noche buscando el modo de separar sus escamas sombrías. Quería ser increíble en mitad de la noche, como una libélula. Remigio no quería ser sustancia carnal, sino etérea. Su propia carne lo llenaba de pudores inverosímiles y hubiera querido deshacerse en sombra y contorno puros. A Remigio la materia le pareció siempre cosa brutal e impositiva. Verla realizada en carne, en carne suya, freno de sus ensueños, limitadora y exigente, le daba vergüenza. Remigio estaba inconforme, de que la materia hubiera hecho elección de él para realizarse, tal como lo había hecho con la belladona o la iguana. Por eso Remigio quería ser una silueta.

En eso pasó la adolescencia de Remigio. Cuando alcanzó la pubertad y tuvo que encauzar su vida terrena eligió una profesión propicia: se hizo pastor de almas. Entonces Fray Remigio soñaba con pastorear

las almas como si fueran ovejas; tomarle la salud por el vellón de lana; la blancura por el aroma; el peso por el balido. Estos sueños condicionaban hasta su manera de caminar. Así pasó a las Indias. Allí debía haber mucha alma necesitada y dispersa...

Cuando la fama de Enriquillo ensordecía las orejas de los más indiferentes, pensó Remigio en aquella anímula aborigen que él podría tener entre sus dedos como una tarjeta. Fray Remigio fue el primero en concebir la idea del sentimiento del cacique rebelde por medio de la persuasión. Fray Remigio era franciscano y el indio era sensible a las prédicas de sus antiguos maestros. En algunas noches de soledad conventual, Fray Remigio se representaba el alma de cera del cacique y le imprimía formas caprichosas como las que tomaba el humo que inhalaban los indígenas. Y así fue como un día Fray Remigio decidió pacificar a Enriquillo.

Hizo las diligencias necesarias y pudo convencer a la Real Audiencia de la fuerza persuasiva de su palabra, persuadiéndola a ella misma de que le armara un barco para que le dejara solitario en una costa de La Española, sin más armas que sus sueños y sin más amparar que su humilde sotana, sagrario de los últimos pudores adolescentes.

Cuando los marinos se volvieron a la carabela y dejaron a Fray Remigio en una costa solitaria de la isla, el fraile se volvió hacia la tierra y se encontró inmensamente solo. La noche de la selva le cogería y le apretaría entre dos masas de sombra hasta sa-

carle el grito. No la noche de escamas sombrías, sino la del monte poblada de sorpresas. Pero Fray Remigio no estaba solo. Muchas miradas habían seguido el movimiento del barco a medida que se aproximaba. Vieron su desembarco. Vieron cómo el barco se alejaba de nuevo. Y luego vieron cómo había quedado solo en la costa. Fray Remigio no había podido comunicar el objeto de su visita y cuando empezó a darse cuenta de que hubiera sido muy conveniente, ya veía surgir los indios de entre las ramas. De pronto estuvo completamente rodeado y, no muerto, porque los indios tenían sentido de la fuerza. Fray Remigio estaba pálido y no era más que uno. Como Enriquillo era tan dado a confiscar las armas y Fray Remigio solamente tenía su sotana, los indios decidieron quitársela. Y se la quitaron. Fray Remigio se encontró de pronto consigo mismo en toda su brutal materialidad. Los indios fueron a comunicar el suceso a Enriquillo y lo dejaron en cueros en la playa. Fray Remigio se recorrió de arriba a abajo. Entonces su palidez se llenó de rubores. No había duda. Estaba desnudo como una banana. De las olas del mar surgían rumores que le parecían de una muchedumbre entera que miraba. ¡Qué desgraciado era ahora Fray Remigio! Se sentía tan pequeño como una oruga e infinitamente más desnudo que ella. Pero lo más grave era pensar en qué cosa solemne, profunda, misteriosa, llena de respeto, podía él decirle a Enriquillo, si estaba en cueros...

Los indios volvieron inesperadamente a buscar a Fray Remigio. Con ellos venía Enriquillo. El cacique le pidió perdón, le ofreció castigar a los indios, devolverle las cosas de que lo habían despojado. Sólo una cosa

no podía devolverle, la sotana... y Fray Remigio se sentía una oruga sin su sotana. Pero los indios la habían hecho trizas. Y era como si le hubieran hecho trizas toda su adolescencia y todos sus ideales de hombre cumplido. Fray Remigio se dio cuenta de que estaba vencido también. Quizás en el convento conseguiría una sotana. Como si no la consiguiera... Y así fue como Fray Remigio bajó las montañas...

* * *

Fray Remigio inició la etapa de los intentos de pacificación del indio. Aunque este primer intento no había sido fructífero, la Real Audiencia no desmayó. No le quedaba otro recurso. El segundo intento de pacificación, nos presenta ahora un cuadro llamativo que podría registrarse así:

> 25,000 pesos de oro, servidos con los más exquisitos manjares del trópico en medio de la sabana. La mesa es nueva y resiste 18 comensales. Se ha construido una enramada cuyas hojas estallan a los rayos del sol. Habrá de ser el más curioso banquete, en las horas altas del día, servido por hombres mudos, y ¡oro! oro en abundancia para excitar los más rebeldes apetitos. No se sabe por qué no han llegado aún los anfitriones. Los habíamos dejado mucho más lejos, entre malezas y espinos, rocas abruptas y fosos, hablando en voz alta y teniendo cada cual por asiento un picacho de la serranía. Entre los dos un foso de 500 estados. Tan

> cerca sin embargo, que el uno pudo mostrar y el otro, con un poco de presbicia y de buena voluntad, pudo leer, un documento importante: provisión de la Real Audiencia dando poder para concertar la paz.

Enriquillo respetaba estas cosas y accedió a celebrar esta entrevista, acompañado de ocho indígenas, en un valle en donde pudiera verse de lejos el movimiento de los soldados. Hernando de San Miguel prometió acudir con ocho soldados. El cacique hizo comstruir la enramada. En el centro hizo colocar una mesa con manjares y depositar 25,000 pesos, que sus indios habían arrebatado, con la vida, a unos desprevenidos encomenderos. San Miguel acudió con gran aparato de tambores, y soldados. Por esto era la tardanza. Enriquillo no aparecería hasta que le viera aparecer en la forma convenida y San Miguel tardaba haciendo preparativos. Cuando llegó a la enramada se enteró de que el cacique había enfermado bruscamente y no podía concurrir a la cita. Como en la realidad Hernando de San Miguel no tenía muchos deseos de enfrentarse al indio y, para fines de victoria, bastaba con el botín de oro, bajó las montañas y cerró así la etapa de las incursiones belicosas contra el indio.

* * *

Este es un capítulo de palomas. La primera que vino con la ramita de la paz fue Fray Remigio. Pobrecita paloma a la que le arrancaron las plumas. La otra fue San Miguel que vino disfrazado de águila y cambió el disfraz por unos miles de pesos en oro. Ahora vienen

dos palomas verdaderas e intactas. Una es Barrionuevo, un palomón trasatlántico que trae una viga en el pico. Otra es la gran paloma blanca: el Padre Las Casas.

* * *

Barrionuevo vino de España. El Emperador Carlos V había regresado de su campaña en Flandes y le había dado embajada para el indio. La Corona llevaba 40,000 ducados gastados en las luchas de la Guerra del Bahoruco, como se le llamaba ya. Las ideas liberales no cejaban en martillar sus reales oídos. Lo mejor era ofrecerle al indio una buena paz. Comisionó a don Francisco de Barrionuevo y lo puso en la nave imperial en que había regresado. Una buena carta con el sello imperial dirigida al rebelde, cartas para la Real Audiencia y más ducados completaban la misión. Barrionuevo llegó a las Indias en 1533. La Real Audiencia convocó una junta para decidir sobre las instrucciones de la Corte y se resolvió ofrecerle la paz al cacique a reserva de emprender una campaña en gran escala en el caso de que no tuviera éxito el nuevo intento.

Con 187 hombres salió el capitán Barrionuevo a buscar al indio. De nuevo comenzaron las jornadas extenuadoras. Barrionuevo tuvo que cruzar *"tierra muy montuosa é cerrada de espinos y arboledas é matas tan espesas, como acá suelen ser,"* según cuenta Oviedo. Los soldados no andaban tan ligeros como fuera apetecible y el capitán tuvo que arengarlos a base de la gloria y demás, hasta que llegaron al lago el Comen-

dador. Hasta este momento no había aparecido huella del indio. Pero en el lago la tarea se simplificó. De la orilla opuesta se oyeron voces con acento indígena que gritaban: *¡Capitán a la mar! ¡Capitán a la mar!* Barrionuevo de momento no supo quién era el capitán, pero luego entendió que lo de la mar era con él. Envió un emisario a Enriquillo. Enriquillo envió a un pariente suyo llamado Martín de Alfaro y se estableció el contacto. El capitán tomó unos nombres e inició la marcha hacia el sitio en que podía encontrar al indio. Todavía hubo que romper muchas malezas y trepar mucha loma. Pero al fin llegó. Dio aviso al cacique y éste lo llamó. Barrionuevo encontró a Enriquillo bajo un gran árbol debajo del cual había tendida una manta de algodón. Se abrazaron. Los acompañantes de los dos caudillos se acomodaron agrestemente y comenzó la gran entrevista. Barrionuevo explicó el origen imperial de su misión y dio lectura a la carta. Como en ella Don Carlos se dirigía al cacique en términos de Don Enrique, el indio obtenía así el tratamiento de Don. Con lo cual queda cumplido el desarrollo del proceso que podría explicarse mediante el esquema:

GUAROCUYA → ENRIQUILLO → DON ENRIQUE

Una vez que el embajador terminó de leer la carta se la extendió a Don Enrique y éste se la puso en la cabeza en señal de acatamiento. Hablaron largamente. Barrionuevo dijo que su soberano era muy generoso y que pudiendo desaparecer al cacique con un dedo prefería ofrecerle una jugosa paz. Don Enrique dijo que no quería otra cosa y fue concertada la paz.

* * *

Y ahora llega la otra paloma. La guerra del indio cumplía ya sus buenos 13 abriles, casi casadera ya. No bastaba una simple promesa en manos de gente engañadora. Y el indio se quedó en sus montañas. El viejo Las Casas decidió él, sin más consulta que la de su fuero interno, ir por sus propios pies a las montañas. No se amparaba como el delicado Fray Remigio, en los pliegues de su sotana. Contaba con otros elementos más positivos. Sus antecedentes indigenistas, su buena fe comprobada y su cargo de Protector de los Indios. Claro que vio a Don Enrique. Lo que se dijeron entonces no lo cuenta el padre Las Casas en su Historia. Llegó a dudarse que fuera verdad el encuentro pero un fraile alemán encontró dos cartas de Las Casas en que se narra todo el asunto y que fueron publicadas recientemente. El caso es que el Protector de los Indios convenció al cacique de la conveniencia de abandonar las montañas. Parece que sus palabras fueron muy dulces y cayeron sobre las agrestes pestañas de Tamayo hasta hacerlas caer en un liviano sueño doméstico. Entonces el fraile echó mano a sus herramientas. Era un conocedor de su profesión y había llevado previsoramente el cáliz, los ornamentos y las hostias para celebrar los oficios religiosos en las montañas. Sumido en sueño Tamayo escuchó la misa. Entonces el padre se volvió suavemente y le administró el sacramento del bautismo. Tamayo, el indiazo de Puerto Real y Lares de Guaba, probablemente recibió un nombre de oveja del santoral, pero la historia no lo recoge. O, quizás, cuando el indio se encontró solo, se lo quitó de arriba, le dio

cuatro o cinco vueltas entre los dedos, lo consideró inservible y lo tiró entre las yerbas. Pero ésto tendría que hacerlo a espaldas de Don Enrique pues, de lo contrario, este se hubiera enojado, hubiera mandado a recoger el nombre y lo habría guardado cuidadosamente para dárselo al primer indigenote recién nacido...

* * *

Cuando la Real Audiencia se enteró de que Las Casas estaba en el Bahoruco entrevistándose con el indio rebelde, armó el bullicio mayor. De momento pensó que el fraile le iba a deshacer la paz con el indio. Estaba *"muy reciente é fresca la paz"* decía. Pero luego le dio las gracias al cura por su trabajo...

Si el cacique y los suyos llegaron a instalarse fuera de sus montañas no es cosa muy segura. Se dice que el gobierno le concedió tierras y que el cacique y los suyos se retiraron a ellas levantando un pueblecito muy triste llamado BOYÁ. Allí –y todo esto es tradición– están enterrados los restos del cacique, en el centro de la iglesia que doña Mencía su esposa, hizo construir. Se cuenta que todavía en 1886 vivía en Boyá una mujer llamada Juana González que se decía la última descendiente de los caciques. Nada de esto es cosa comprobada. La señora Juana González indicaba el sitio en que estaban enterrados los restos del cacique pero la lápida señalaba 1651 por fecha y lo único que se leía en ella era la palabra capitán. Muy bien podía Barrionuevo, el "capitán a la mar". Algunos optimistas dicen que Tamayo reaparece de vez en cuando

en la piel de algún recien nacido dominicano en lo que llaman, metafísicamente, la mancha del indio. Sólo que a veces la mancha del indio le aparece al hijo de un polaco... Oviedo dice que un año después de estas paces murió Enriquillo. No se sabe si alguien se alegró de esta muerte. El capitán pidió misericordia por su alma. Lo que sí es seguro es que a la señora de los andares mestizos, la Real Audiencia, se le quitó un gran dolor de cabeza. En las sombras nocturnas, todo cubierto de escamas de luto, quieto en la profundidad de un sueño desvalido, todo contorno como una silueta, Fray Remigio se deshizo en llanto. Nosotros evadiremos el mal momento y volvemos atrás, hacia aquella paz que era como una viga que trajo en el pico el palomón trasatlántico que era Barrionuevo, por encargo de Carlos V, señor de más de un mundo.

La paz y las ventajas

"...un hidalgo español de los de lanza en ristre..."

"Por cierto, Don Enrique, si vos lo conocísteis y lo supísteis sentir, yo os tengo por uno de los más honrados y venturosos capitanes que ha habido sobre la tierra en todo el mundo hasta vuestro tiempo..."

Oviedo, el cronista de Indias, describe la paz de Enriquillo y queda tan entusiasmado, que de buenas a primeras nos ha dado la espalda para dirigirse al cacique y engarzarle esas lindas lisonjas. De primera intención uno ha quedado desorientado. No sabe bien a quién se dirige el cronista. Pero entonces recupera la dirección de su discurso y nos dice:

"Quanto al cacique Don Enrique me parece que él hizo la más honrosa paz que ha hecho caballero o capitán o príncipe de Adam acá..."

Después de ésto ya se sabe que el lector es el interlocutor y que las lisonjas eran con Enriquillo. Luego se queda uno pensando en la encendida admiración del cronista. De Adán acá han llovido muchos caballeros, capitanes y príncipes. Para que ésta sea la más honrosa paz y Enriquillo el más honrado y venturoso capitán tendrán que superarse ciertas exigencias. Volvamos las páginas y regresemos al instante en que Enriquillo se coloca en la cabeza la carta del emperador Carlos V en señal de sumisión y acatamiento. Barrionuevo, el embajador, que era un hábil diplomático indiano, se esmeró en convencer a Enriquillo de dos cosas. Una, que su soberano era inmensamente poderoso. Si no lo había hecho desaparecer ya al indio era por achaque de su propia voluntad. La otra, que su soberano era inmensamente generoso. Pudiendo hacerlo desaparecer, le ofrecía en cambio una jugosa paz, honores y beneficios materiales. ¿A Enriquillo le gustó la cantilena? ¿Encontró que le sentaba bien el título de nobleza? Don Enrique podía tratar con Don Carlos...

* * *

Al realizar el tratado de paz, Don Enrique se comprometió en primer término, a recoger los indios que andaban en pie de guerra en todas partes de la isla. Esta es una primera sorpresa. El indio no hizo nunca otra cosa que defenderse. De modo que el compromiso debió haber sido a la inversa, esto es, Barrionuevo debió ser quien se comprometiera a impedir toda acción armada contra el indio. Al hacer ese compromiso, más que una paz, Enriquillo

realizaba una rendición. Él pudo hacer cualquier arreglo a base de que la paz venía a su campamento. Debió comprender que quien pide la paz está obligado a aceptar las condiciones, no imponerlas.

Pero al fin, esa era una pena menor. Don Enrique admitió otros términos un poco más penosos. Los negros, que habían sido introducidos para sustituir al obrero indígena, estaban sometidos a una opresión más brutal. Para escapar el castigo se fugaban a las montañas y se escondían. Enriquillo se comprometió a cazar a todos los negros que se hubieran alzado y entregarlos a sus amos. Como si esto no fuera nada, se comprometió a perseguir a todos los indios que se le hubieran fugado a los conquistadores y entregarlos a los correspondientes encomenderos. Pero la cosa es más seria. Enriquillo declaró que enviaría a sus capitanes a perseguir a los negros e indios fugitivos y que, llegado el caso, iría él personalmente a perseguirlos, mediante el pago de un tanto por cabeza de negro o de indios...

Es lamentable que Enriquillo menospreciara el concurso que podía prestarle el negro en su lucha por la libertad. El maestro Zavala ha mostrado que el negro era un factor social más enérgico y agresivo que el indio. La lucha combinada de los dos elementos que constituían el primer germen de pueblo americano, habría determinado en forma muy distinta el curso de la historia de los pueblos de América. Pero en cierto modo puede disculpársele a Enriquillo esta ignorancia. Lo que es difícil disculparle es que ofreciera su concurso personal en caso necesario para cazar a

los indios mediante el pago de una suma de dinero. Tamayo no hubiera accedido a un compromiso semejante si Enriquillo le hubiera dejado por Puerto Real, en las tierras humedecidas por la sangre del Ciguayo. Como no hubieran acaedido los antiguos héroes: Caonabo, Hatuey, Cotubanamá... Es bastante reprochable que Don Enrique desconociera los intereses de sus hermanos cuando era tan consciente de su dignidad personal y de la forma de mantenerla incólume. El único término del tratado que engendra obligaciones de parte de los conquistadores es aquel en que se comprometen a darle ropas y mantenimientos al cacique y a su familia. Barrionuevo también le ofreció ganados, pero Don Enrique rehusó la oferta alegando que no tenía tierras. Parece que ésta era una petición velada que sería ccmfirmada si es verdad que le concedieron posteriormente las tierras de la idílica Boyá.

Sin embargo, con ser tanto, Don Enrique no queda conforme con estas concesiones. Se ha comprometido a pacificar a su gente cuando en verdad a quien había que pacificar era a los conquistadores. Se ha comprometido a cazar a los negros que se escapaban de una esclavitud horrenda. Se ha comprometido a cazar a los indios ¡a los propios indios!... Los españoles hubieran quedado muy satisfechos con una paz pura y simple. Llevaban 40,000 ducados gastados en la guerra de Bahoruco, la colonia no podía prosperar debidamente, en momentos en que la industria azucarera de la isla daba para construirle palacios al Rey en Toledo, y no había duda de que para desalojar al indio de las montañas y restablecer la paz, tan cara

a todos los colonizadores del mundo, era necesario una guerra en gran escala con el consiguiente derroche de castellanos de oro y castellanos de carne y hueso. Enriquillo no necesitaba ser tan espléndido. Después de esos compromisos quiso, aún garantizar su más eficaz cumplimiento. Para ello solicitó de Barrionuevo el derecho de crear los cargos de *alguaciles de campo* y designar los oficiales que los ejercieran. Estos oficiales serían los encargados de realizar la cacería humana con un sueldo por unidad de pieza capturada y entregada. Y, para que no quepa ya más duda pide a Barrionuevo que determine la tasa que ha de recibir el oficial de campo por el trabajo de capturar los indios y entregárselos a los conquistadores. Naturalmente, el embajador Barrionuevo se doblegó gentilmente y accedió a estipular el precio de un tanto por cabeza de cada negro o indio que no pudiendo soportar veinte veces más injurias que las que le hizo Valenzuela al cacique, se fuera a las montañas en busca de un poco de aire libre...

* * *

Tras la venturosa paz vino la fiesta. Los españoles hicieron provisión del buen vino de Castilla. Se preparó una buena comilona. Martín de Alfaro, el sobrino de Don Enrique, se divirtió como nadie. Decía un chiste y lanzaba una carcajada salvaje. En medio de la francachela proyectaba una bocanada de humo que hacía toser a algún español. Y esa era la ocasión de una nueva carcajada. Entonces se echaba un chorro del vino... De improviso, los humos del tabaco aborigen se encontraron con los humos del vino de Castilla

y resolvieron continuar la Guerra del Bahoruco en la misma cabeza de Martín de Alfaro. Aquella fue una borrachera diabólica. Los españoles comenzaron a temer que se tratara de un envenenamiento en regla, lo cual hubiera sido muy peligrroso. Si los indios llegaban a creer que Martín de Alfaro había sido envenenado, es muy probable que el destino de la embajada fuera distinto y el embajador hubiera tenido que bajar con la carta de Carlos V más arriba de la cabeza... Afortunadamente, un iluminado agarró al indio y le introdujo un dedo hasta el fondo de la garganta. El indio devolvió la comida y la bebida con unos espasmos del vientre que llenaron de ruido las montañas. A los pocos instantes tenía una expresión eufórica, una cara de placidez que fue distribuída alegremente entre todos los circunstantes...

* * *

Cumplida y festejada la paz el embajador Barrionuevo consideró oportuno retirarse a Santo Domingo con su tremenda victoria. De nuevo se abrazaron los dos caudillos. Enriquillo ofreció a Barrionuevo un indio para que le acompañase. En esto no había tanta cortesía. Enriquillo no creía que fuese verdad tanta belleza y quería cerciorarse de la repercusión que tendría su conducta en la villa. El indio elegido como acompañante del gobernador era de toda su confianza y le dio instrucciones concretas respecto a su misión. Que viese y oyese pregonar la paz y se acercase a los oidores de la Real Audiencia, los oficiales de su Majestad, los caballeros, hidalgos y vecinos con el fin de recoger cuanto dato fuera conveniente para penetrar la

intención o comprobar la sinceridad del asiento hecho con Barrionuevo.

El indio Gonzalo, que fue el designado para acompañante de Barrionuevo, resultó un oficial de sondeo de primerísima clase. En la ciudad se dejó agasajar y cumplimentar en forma que siempre diera lugar a un nuevo agasajo o cumplimiento. Le dieron ropas de vestir y se calzó un nítido tratamiento de embajador de la paz. Entonces se hizo un visitante oficial. En todas las casas era bien recibido y él iba a todas las casas. Era el gran amigo de todos. En cada visita le daban de comer y le brindaban del sabroso vino. Él comía, bebía generosamente y mantenía alertas cinco o seis sentidos. Oviedo, que es el cronista, no sabe bien si Gonzalo iba a las casas por las noticias o por el vino. Pero la verdad era que el indiecito estaba haciendo las cosas de la mejor manera.

La Real Audiencia estaba encantadísima viendo al primoroso indiecito de casa en casa. Le gustaba esta versión doméstica de la paz. Y ver cómo todo el proceso bélico se trocaba en visita. Y de cómo un guerrero se transforma en catador de vinos... Llena de satisfacción la Real Audiencia proveyó que fuese el indio en una barca de regreso cargada de regalos que la munífica señorona enviaba al "más venturoso capitán de todos los tiempos". *"Enviaron muy buenas ropas de seda e atavíos para él y doña Mencía, su mujer, y para sus capitanes y otros indios principales y otras joyas e refrescos de cosas de comer e aceite y herramienas y hachas para sus labranzas puesto que Don Enrique no pidió otra cosa sino imágenes..."* Las imágenes fueron

en bulto privilegiado pues, como piensa el cronista, eran de primera importancia *"para tener este cacique más obligado e ratificar la paz, e lo assentado con él..."*

Enriquillo agradeció mucho los presentes. Veía en ellos una prueba eficiente de la buena voluntad del asiento. De manera que decidió corresponder con igual munificencia. Al efecto empleó la misma carabela, como las vecinas que se cambian compotas en los mismos envases, para enviar un primoroso regalo: ¡una pequeña remesa de negros e indios capturados!...

Los conquistadores, cumpliendo respetuosamente los términos del tratado, pagaron a los comisionados la suma de un tanto por cabeza que había estipulado Barrionuevo a súplicas de Don Enrique. Los comisionados, que siempre hacían las cosas de la mejor manera, invirtieron aquellos dineros en comprar alguna mercancía para llevarle al cacique.

Así es como lo cuenta Oviedo:

"E luego envió en la misma caravela quatro o cinco negros esclavos y otros indios fugitivos que él tenía de los christianos, y envió a decir que, en yéndose algún esclavo negro o indio a los christianos, le avisassen dello: que él los haría bucar e los enviaría atado a sus dueños, conforme a lo que con él estaba assentado. E assi para principio desta paga, se le dieron por los negros e indios que envió e pagaron sus dueños, cuyos eran, tassa e moderación que el capitán Francisco de Barrionuevo avía capitulado con Don Enrique, e su receptor e indios que envió

para ello, rescibieron la paga de un tanto por cada cabeza y fueron satisfechos a su voluntad, y se volvieron a cu cacique Don Enrique, e llevaron de retorno algunas cosas que compraron de aquellos dineros...”

* * *

Lo importante es que detrás de todo este formalismo lo que estaba circulando secretamente era el destino de la nueva sociedad. Todo aquel canje de presentes no era más que la consagración de la victoria del conquistador y el triunfo del sistema de la esclavitud. De allí en adelante quedó definitivamente asentado el sistema birracial y los conquistadores no tuvieron que temer las protestas del pequeño pueblo moreno y salvaje. Los negros serían aplastados –lo habían sido ya– y no tendrían las montañas poderosas de libertad a donde ir a acogerse cuando la fatiga o el látigo trazaran sus signos sobre la espalda. Los indios no tendrían otro camino que morir sobre la faena. Pero esto venía a importar poco. Enriquillo había vapuleado a Valenzuela, había humillado al conquistador y lo había visto doblegado. Recibía el título de Don, y mantenimientos, respeto y honores, aceite, vino y herramientas, un inapreciable primor de imágenes y el cronista Oviedo le guardaría para los siglos venideros, el título de “el más honrado venturo la tierra”... Pero hay algo en esta historia que produce nauseas.

La leyenda

Después de esta historia los años fueron depositando una gruesa capa de olvido sobre la figura de Enriquillo. La raza indígena se había ido apagando suavemente y a la vuelta de una generación había caído sobre el cacique un olvido abismal y tremendo. No había una sola persona en La Española que conociera aquel nombre. Ninguna de las dos razas que compartían las tierras del cacique habían tenido mucho interés en recordarle. Para los negros era una figura odiosa porque los había perseguido. Para los blancos poco menos porque los había derrotado. La memoria del cacique no significaba nada ni para unos ni para otros. Y fue echado al olvido.

Pero unos tres siglos después, cuando ya la figura del indio parecía definitivamente borrada, cuando la última gota de sangre aborigen se había perdido en quién sabe qué vericueto biológico, se levanta de nuevo en La Española, sostenido por una vigorosa leyenda y se convierte en un héroe nacional. Estas

son las sorpresas que ocurren en la vida de los pueblos. En esos momentos, no había un solo indio oculto en las cuevas de la isla. La raza se había considerado completamente desaparecida desde un siglo atrás y las dos razas que la habían sustituido, se dieron un largo beso y oscilaban en un inquieto y divertido mestizaje. Podía decirse que el indígena no tenía deudos en la familia. Pero comenzaron a nacer niños y calles con el nombre de Enriquillo. Algún mesticito. descendiente probablemente de uno de los negros que habían entregado los alguaciles de campo mediante el pago de un tanto por cabeza y por otros cauces, de algún conquistador español, se llamaba valientemente Guarocuya. Las niñas se llamaban Mencía. Y el lago más grande del archipiélago antillano –"capitán a la mar"– tomó el nombre de Enriquillo. Fue una verdadera apoteosis nacional.

Luego pasaron los años. Hoy La Española es la República Dominicana. Apenas si ha mermado aquel delirio. En el nuevo Palacio de Justicia un gran mural reproduce la figura severa del indígena capitán victorioso mientras al pie se leen las encendidas palabras del cronista Oviedo.

¿Cómo es posible que ocurriera un fenómeno semejante? La sociedad dominicana está constituida por un pueblo en el que se ha realizado un enérgico mestizaje. No se ha insistido mucho sobre ello. Exceptuando el Brasil, y sólo en su parte norte, en ningún otro país de América se ha efectuado con menos roce la fusión de las dos razas extranjeras que se asentaron en la isla. En la actualidad el porcentaje

de blancos y negros puros es mínimo, casi metafísico, dando un pueblo casi totalmente mestizo. Los sociólogos que tanto celebran el fenómeno brasileño, apenas si prestan atención al dominicano. En República Dominicana no se practica la discriminación racial, como en el sur del Brasil, Cuba, desde, luego Estados Unidos y otros lugares.

No existe ninguna organización pública de ningún tipo que tenga por base el color de la piel. No se habla de reivindicaciones raciales. Es natural que repercutan en el país algunas manifestaciones desagradables, estando toda la cuenca del Caribe impregnada del desprecio racial al negro, sometida a la presión política y económica de naciones fuertes, que enarbolan esa filosofía y tratan de imponerla por todas las vías, directamente o a través de los sectores sociales internos que promueven sus intereses. Pero, en general puede asegurarse que Santo Domingo es el país menos *racial conscious,* racionalmente consciente, de todo el Hemisferio.

Pues bien; siendo esa la composición y la filosofía racial del pueblo dominicano, Enriquillo, que nada tiene que ver con ninguna de las dos razas que integran el prisma nacional, aparece no en pequeña medida como el símbolo de la nacionalidad. Sin embargo, para que el indio ascendiera al plano de la conciencia nacional en términos tan afectivos, era preciso que se realizara una depuración muy fina y quedara su figura libre de imputaciones nacionales. El pueblo no elegiría como su símbolo a un personaje a quien se pudiera acusar de vender por dinero a sus semejantes

y de crear un cargo especial con ese objeto. En esto los pueblos no se equivocan. Tienen que ser engañados. Y es aquí donde interviene la leyenda. Fue ella la que realizó esta labor. Pero no sin que concurrieran factores importantes. El asunto no comenzó en La Española...

El indigenismo opuesto a lo español apareció como un instrumento de agitación a raíz de las guerras de independencia en el siglo XIX, infundiendo un sentimiento nacional muy robusto. La epopeya independentista irrigó a todo el siglo con ese sentimiento. Su instalación en la literatura venía impulsado además por el romanticismo europeo, que había inventado un "estremecimiento nuevo", según la frase que el Padre Hugo dedicó a Baudelaire. Este *frisson nouveau* fue recogido por los escritores norteamericanos entre los cuales, aunque parezca mentira, ha habido también grandes románticos.

En Estados Unidos los indios habían sido si no exterminados, al menos reducidos a proporciones higiénicas en pintorescas "reservaciones". Los escritores, apoderados de una extraña nostalgia aborigen, llevaron a sus obras las imágenes de un indio que tenía pocas indias, entre ellas los nombres, y muchas cosas blancas, entre ellas las plumas.

De allá este indio dulce y claro (Hiawatha, Pokahontas) pasó a la literatura hispanoamericana como arma teórica contra la opresión española. Pero debía morir muy pronto porque el indio literario no resistía la presencia del indio real.

La realidad de miseria, de opresión, de suciedad, de ignorancia, realizaba un control de los sueños que impedía el crecimiento de esta plantita de ilusión. El indigenismo, como tema romántico, duró lo que el rocío mañanero.

Pero en Santo Domingo duró más. En Santo Domingo no había indios. La ilusión podía echar flores espléndidas sin el control de la realidad brutal. Y luego, había un abono compuesto por lo menos de dos propicias sustancias: una política, otra social, que hicieron que el indigenismo brotara con una fuerza mitológica tan incontenible que, como asegura Max Henríquez Ureña, un promotor perpetuo del indigenismo romántico, «probablemente en ningún otro país de América tuvieron los temas indígenas tantos cultivadores notables".

Una política, otra social: en 1821, el país se había independizado sin lucha del dominio español. La independencia no duró más que un par de meses cuando el país fue invadido por los haitianos, que habían constituido una fuerte nacionalidad en la parte occidental de la isla y dominaron el país por 22 años. Por contraste se produjo en ciertos sectores de la sociedad dominicana una tendencia a idealizar la presencia de España y en otros hasta idealizar inclusive la dominación.

A la vuelta de los años, ese sentimiento se había conservado en una forma tan viva que, cuando un señor feudal dominicano, auspiciado por la camarilla de O'Donnell en la corte española, reincorporó la

República a la soberanía de España, en 1861, creyó poder convencer a todo el mundo de que interpretaba la voluntad del pueblo dominicano. En realidad no fue un error, sino un programa feudal que había sido inaugurado por otro hacendado en 1809 y que este último copiaba punto por punto. Y la consecuencia fue una lucha tremenda entre españoles y "españolizados" de una parte y dominicanos no españolizados, la inmensa mayoría, por la otra, que concluyó con la restauración de la Independencia en 1865.

En ese ambiente de discordia apareció el indigenismo en la literatura dominicana. Es natural que los cultivadores de los temas indígenas estuvieran adscritos tanto a una como a la otra tendencia política. En el torrente literario apareció una obra maestra: *Enriquillo*, con un subtítulo: *Leyenda histórica dominicana.*

El autor era un españolizado, Manuel de Jesús Galván, y la obra era una reivindicación extremadamente fina de la dominación española. La lucha contra los españoles se desdibuja allí como un enfrentamiento cariñoso motivado por una protesta de tipo personal y justa, de parte de un aborigen educado, ante los excesos de algunos conquistadores malintencionados pero excepcionales, que culmina con un cálido abrazo de las dos razas. Esto en momentos en que el clima estaba todavía afectado por el olor de los cadáveres de la guerra contra España. Higuemota, la apremiante indigenita, aparece allí con el nombre de Doña Ana de Guevara y Enriquillo es presentado en todo su esplendor transaccional con la conquista casi como un conquistador. José Martí, en una breve carta, se ve obligado a decirle al

autor: *"¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de Fray Luis!"* Vale decir, ¡qué indios, más españoles!...

Los términos de la paz concertada entre Barrionuevo y el Cacique son cuidadosamente silenciados en la obra. Se reducen a unas páginas presurosas que terminan de la manera siguiente:

"Este fue el fin de la célebre rebelión de Enriquillo... La magnanimidad justiciera de un gran Monarca, la abnegación paciente de un honrado militar fueron los únicos agentes eficaces para resolver aquella viril protesta del sufrido quisqueyano contra la arbitrariedad y la violencia; enseñanza mal aprovechada, ejemplo que de poco sirvió en lo sucesivo; pero cuya moral saludable ha sido sancionada con el sello de la experiencia y se cumple rigurosamente a nuestra vista, al cabo de tres siglos y medio."

Es curiosa y no ha debido dejar de ser provocadora la aparición de esta obra en 1882, diecisiete años apenas de la lucha por la restauración de la independencia frente a los españoles, cuando ya el pensamiento y el prestigio de Martí y de Hostos impregnaban la América. Particularmente en Santo Domingo, situado entre Cuba y Puerto Rico que le ganaban toda su simpatía contra el imperio y donde la personalidad de Hostos se imponía con todo su vigor de gran maestro y gran fundador.

Lo que era de esperarse era el florecimiento de una literatura nacionalista, fuertemente teñida por el re-

chazo de toda colaboración con el imperio. Si no fue así, y en verdad no se advierte ese espíritu en la literatura del momento, probablemente se debió a que en esos mismos instantes aparecieron otros peligros que hablaban otros idiomas. Sobre la Bahía de Samaná se abatieron los apetitos territoriales más voraces y es concebible que la herencia hispánica sirviera en algún modo de contén a las ambiciones de otras potencias, que se expresaban en una lengua hostil y bárbara. Por lo menos, podía la nueva situación alentar esos pensamientos en aquellos espíritus que permanecían inscritos en el amor a España.

Y esa es la clave. Galván había sido funcionario de los españoles durante el período de la anexión, siendo dominicano. Había defendido la colonia a través de un periódico *La Razón*, fundado por él con esos fines en 1862. Y, cuando las fuerzas del imperio abandonaron el país, Galván fue la persona escogida, en su calidad de Secretario del Gobierno, para entregar las llaves de la ciudad a los restauradores, en nombre de las autoridades españolas, tras de lo cual embarcó con ellas en los navíos que desalojaban las tropas del país.

Al florecer la corriente indigenista en la literatura, Galván invirtió el esquema original eligiendo en Enriquillo la figura más adecuada para encarar la filosofía y la moral transaccionista con el conquistador extranjero. La idea le surgió en Puerto Rico, según expresa en la dedicatoria de la primera edición, y la obra fue dedicada a un funcionario español que

abogaba por la abolición de la Esclavitud. Que esto fue sólo un pretexto, se desprende del hecho de que el personaje de la obra es un indio y no un negro y de que en ninguna parte de ella se aboga por la abolición de la esclavitud o por la dignidad del negro.

En efecto, Enriquillo había llegado a aceptar de Carlos V el título de Don y había creado el cargo de *alguacil de campo* para recoger a los indios que se les escapaban a los conquistadores y devolvérselos mediante el pago de un tanto por cabeza. Pero también debía Enriquillo recibir su pago por la captura de los esclavos negros escapados a las montañas, cosa que a la sensibilidad abolicionista de Galván no le produjo ningún sobresalto. Es claro que a Qviedo. el cronista español de estosa acontecimientos por mandato y a sueldo de Su Majestad, estas cosas no irritaran su conciencia y proclamara al cacique "el capitán más honrado de todos los tiempos". Pero Galván tenía que situarse en el ángulo del conquistador para juzgar de la misma manera. Y esa era la situación real. Galván era un Enriquillo a la moderna.

Personaje contradictorio este Galván. En torno a su personalidad los acontecimientos parecían empeñados en danzar una zarabanda de contradicciones. A poco de emigrar a Puerto Rico con su flamante cargo de Intendente español, después de enfrentarse a la lucha más ardiente y más profundamente nacional de los dominicanos, la epopeya restauradora, le vemos de retorno en Santo Domingo y ocupando los cargos más representativos de la nacionalidad, en el seno de la independencia restaurada. Canciller de

la República, Embajador con el más alto rango en los Estados Unidos, Primer Ministro. Se dirá que quizás los pueblos son volubles y olvidadizos. Porque los pueblos, no suelen contestar las calumnias y reproches. Se limitan a forjar la Historia. Y no es culpa de nadie si la Historia suele ser tornadiza y caprichosa.

Es así que, desde el mismo momento en que se fragua la nueva Independencia, otro gran señor dominicano que se había cruzado el pecho con una banda de mariscal español en España, mientras sus compatriotas sudaban la faena restauradora frente a España en la tierra natal, sube al poder y cambia el idioma de la entrega. Automáticamente Galván, sin necesidad de cambiar de pensamiento, se ve enfrascado en la lucha por la defensa de la nacionalidad dominicana. Tal vez, él mismo no lo veía así. Él seguía siendo español o españolizado. Y por esa razón le era inaceptable la idea de un dominador extranjero que no fuera España. Al concluir el período llamado de los "seis años" contra el anexionista nuevo en 1873, concluye también el periodo de las aventuras territoriales norteamericanas en Santo Domingo (la compra de la Bahía de Samaná, la anexión de Grant, etc.) y se inicia la etapa del control financiero (imperialista) mediante artificios políticos contra este país.

Galván conocía, por su posición tanto como por su cultura, el curso y tendencia de esos acontecimientos que culminaron con el hundimiento de la flota de España, y los restos de su imperio en el Nuevo Mundo, en los farallones próximos a la Bahía de Cavite en Santiago de Cuba, donde había sido embotellada por

unos modernísimos acorazados. Galván se había convertido en uno de los enemigos más encarnizados de la joven potencia anglo-parlante. La historia pondría en evidencia que el enemigo que él auspició y glorificó en las páginas de *Enriquillo*, iba a tener mucho menos importancia en el ancho futuro que aquel que él condenó y combatió.

Así llegó a granjearse la estima de las figuras más ilustres del país y desde luego el odio del poderoso vecino. En las postrimerías de su vida se le vio combatir con gallardía al Coloso del Norte. Y, como que según Shakespeare, "bueno es lo que bien acaba", Galván coronó su existencia con el reconocimiento de sus contemporáneos y el recuerdo benévolo de la posteridad. Es cierto que gran parte de ese recuerdo se debe a su pluma brillante, a su estilo ponderado y sereno de gran porte clásico. Pero Galván no escribió más que un solo libro. Es el "autor de libro único" por excelencia.

El pueblo dominicano de todos los tiempos acogió la leyenda con singular calor. Las fuentes donde se había nutrido Galván: Oviedo y Las Casas, no eran del acceso popular, de modo que era posible, en ausencia de todo control, encubrir la verdad verdadera y crear, como creó para un futuro infinito, la verdad convencional.

Aparte de esas razones, el pueblo dominicano tenía las suyas propias. España había dejado de estar representada por la maquinaria colonial y se había disipado como amenaza, de las aguas circundantes.

Volvía a surgir el amor hacia su estilo, su lengua, sus costumbres, sus abuelos. En el álbum de peligros que le amenazaban estaba también el haitiano, en torno al cual se movía una sutil campaña de descrédito principalmente centrada en el problema racial, debido a que, desde los días de la proyectada anexión de Grant, los norteamericanos condicionaban los beneficios que iban a derivar los anexionistas nativos, a la pureza de la raza blanca en nuestro país. Esta campaña hizo mella y empujó a amplios sectores a un planteamiento falso que se hundía en los sutiles laberintos de la filosofía de Galván. El indio era un tipo racial que encajaba perfectamente como símbolo transaccional de las dos razas que componían el prisma social dominicano. (Oficialmente se considera en el país, para fines de identificación, tres tipos raciales, el blanco, el negro y el indio, que comprende todas las variantes del mestizaje desde el casi blanco hasta el casi negro. En este caso, por una grandiosa y nunca bien ponderada conquista del pueblo dominicano, existe una fórmula de convivencia bastante racional y humana, cuando menos más racional y humana que en cualquier otro país del hemisferio, sea cual sea la raza de que se trate y la fórmula que se invoque, a pesar de equilibrarse sobre un convencionalismo). Con respecto al indio se ama una leyenda romántica en el país. Enriquillo, como lo quería Galván, sigue su destino transaccional, esta vez mediante una fórmula provechosa de convivencia nacional. A fin y al cabo, el indio tiene, aunque no tanto, la piel oscura como el negro y, aunque mucho más, el pelo lacio como el blanco. Ajusta racialmente como símbolo de un pueblo que es, a la vez negro y blanco, como las piezas de dominó. Y prohijó la leyenda.

TERCERA PARTE

EL NEGRO

La revolución de los roldanistas consistió en igualar a los españoles en el sentido de que ningún español sirviera a otro español. Dicho de otro modo, disolvió las diferencias entre aristocracia y pueblo que constituían la base social del país de origen.

Pero, como que por bella que fuera esta igualdad había necesidad de trabajar para vivir, suplieron forzosamente el trabajo blanco por el trabajo indio. Esto pareció una solución. Vino el repartimiento de indios en encomienda y la nueva sociedad marchó hacia delante.

No era muy buena solución, sin embargo. O, por lo menos, no era una solución definitiva. Los indios resistieron con un arma poderosa, el suicidio. Con otra más: el alzamiento. Con una aparentemente inocua, la fatiga. En ultramar las ideas más avanzadas gritaban a favor de los indios. Y, aunque los aragoneses no dejaban oír al Rey, la lucha prosperó.

Pero dos fuerzas cósmicas fueron las que decidieron la batalla del indio; la extinción de la raza y el "ingenio poderoso". Con el advenimiento de estos dos factores, la productividad del indio mermó tanto que comenzó a pensarse en la injusticia de la esclavitud. Cada vocablo del humanismo español estallaba como una bomba. La causa del indio cobró vigor, aunque ya al indio no le quedaba pulmón y se desinflaba suave y definitivamente.

Entonces el negro le sustituyó. En las islas tropicales el negro respiraba a pleno pulmón, era fuerte y su productivtidad equivalía a la de cuatro indios. En la operación del ingenio su capacidad de trabajo resultó extraordinaria e imprescindible. Tenía una formidable virtud: en los momentos en que la labor era más inhumana tenía todavía temple y equilibrio como para reír y cantar.

Todo esto trajo una conclusión hecha a la medida: la opresión del indio era injusta. El negro debía sustituirle. España la grande, gritó de nuevo; la opresión del negro también es injusta. En esos momentos el Rey Carlos platicaba con sus favoritos flamencos. La brisa soplaba muy bien de este a oeste y las velas hinchaban hasta brillar con el sol. A lo lejos los barcos eran una sola mancha blanca. Las olas azules se coronaban de blanco dejándolas pasar. Y en el cielo azul las grandes nubes blancas. Entonces todo el mundo sabía que venía un cargamento de negros...

La voz de España la grande se perdió en un laberinto de oídos atacados de la peor sordera. El ingenio no

dejaba oír. Entre el ruido de los trapiches solamente se oía el canto de los negros. De vez en cuando el estallido de una risotada de color. El azúcar le construía palacios al Rey. Un día los negros decidieron pelear. Y pelearon.

Es la tercera aventura y comienza con una historieta casi infantil...

Gran placer de Enrique el Navegante era ver navegar sus buques, desde una ventana marinamente orientatada. Hubiera querido seguirlas a pie y, de cuando en vez, levantarlas de popa para examinarles las quillas, como se hace con las gallinas ponedoras. Pero a las naves hay que buscarles un destino más serio. Por eso decidió que sus naves aventuraran por las costas del África, se llamó a un capitán muy inquieto llamado Antonio Gonsálvez, y le ordenó que fuera a las costas a buscar aceite de lobos marinos. ¿De lobos marinos? En cuanto llegó a las costas pensó Gonsálvez que era menguada gloria descubrir tierra para obtener cueros y aceite, aunque fuera de lobos marinos. Y encontró una fórmula más soberbia: incorporar aquellos territorios a la soberanía de su rey. Para ello es claro que no bastaba con tomar algunos cueros. Lo mejor era vincular la idea de soberanía al mismo elemento humano. Crear una relación jurídica que por sí sola arrastraría después todos los lobos marinos que fueren necesarios y algunas cosas más. En verdad el marinito Gonsálvez era más que medianamente avisado. Y así, bajó a tierra con algunos compañeros aprovechando la noche y capturó unos cuantos moros.

* * *

La cacería de Gonsálvez debía tener enormes resultados. A Enrique el Navegante le complació tanto que lo hizo caballero en el mismo sitio de la aventura, denominado por eso PUERTO DEL CABALLERO. Los moros capturados eran habitantes de los pueblos llamados Azenegues que lindan con los negros jelofes,

los héroes de esta aventura, cuyo país limita el Río Senegal. Entre los moros cautivos había uno de alcurnia. Cuando tuvo oportunidad de ser oído, ofreció presentar sus credenciales y pagar unos cinco o seis negros por su rescate. La oferta fue atendida con sumo interés. Otros dos moros se enteraron del sistema de liberación y ofrecieron rescate igualmente. La cosa prendió. Gonsálvez volvió a la mar para reintegrar los cautivos y recibir la prenda. Pero hubo una sorpresa. Resultó que el primer moro, a más de distinguido era astuto. En cuanto se vio en tierra movilizó sus posibilidades y se evaporó livianamente. El propio Gonsálvez rió lleno de comprensión. Los otros dos cautivos no pudieron reír. Antes al contrario ofrecieron las debidas garantías y duplicaron la oferta de rescate. Gonsálvez obtuvo diez negros y polvo de oro. La aventura original, que consistía en importar aceite de lobos marinos se convirtió en un tráfico tan original que había de modificar completamente la fisonomía histórica de la humanidad. Ya nadie se acordó más de procurar aceite. Gonsálvez y otros muchos capitanes más fueron al África a buscar negros y oro.

* * *

Esto era hacia 1442. A los pocos años ya existía una ruta regular hacia las costas africanas. Los negros empezaron a ser vaciados en tierra portuguesa para acabar vaciados en las propias venas de los conquistadores. Sucedió de esta manera: Cuando el negro ingresó en la sociedad portuguesa es incuestionable que tenía que ocupar la capa más baja. Cuando un pueblo entra en el esquema social de otro, es obligado,

naturalmente, a ocupar una posición económica subordinada. Pero no es cosa tan fácil mantenerlo allí y justificar esa subordinación. En el trato diario, en el desarrollo cultural del pueblo sometido, hay factores que fácilmente le permiten ascender la escala social. La sociedad portuguesa opuso al nuevo elemento que ingresaba en el cuadro social, el principio de segregación imperante en la Edad Media, es decir, el principio religioso. Los negros fueron segregados por no ser cristianos. Pero cierto tiempo después los negros se critianizaron, asimilaron la cultura y la lengua portuguesas y de esta manera la barrera discriminatoria fue eliminada. Bien pronto los amos reconocieron a sus hijos esclavos, los emanciparon y estos a la postre terminaron por tomar esposas, echaron al mundo una generación de mesticitos portugueses e introdujeron así un nuevo elemento étnico en la población, hoy muy diluido.

La Enciclopedia Británica, tan sabedora de cosas, se maravilla de que los portugueses resolvieran con tanto éxito el problema de su población de color, disolviéndola en su propia población. El insigne colaborador enciclopédico parece olvidar que los portugueses no tuvieron dificultad en resolver el problema por la sencilla razón de que el problema no existía. Esta precipitación del colaborador, extraña en él por inglés y por enciclopedista, es sin embargo frecuente. Es lo que llaman los ingleses estudiar la historia de espaldas (*backwards*), esto es, aplicando al pasado los problemas del presente. Para los portugueses el color de los esclavos no constituía un problema por el hecho de que el criterio de discriminación social en

esa época no se basaba en el color sino en el elemento religioso. La misma sensibilidad de los ingleses para el color "el *colour feeling*" no se desarrolló sino más tarde. Y es curioso que en estos mismos días superatómicos, el pueblo inglés haya aceptado sin alharacas la intromisión étnica del negro, a través de los ejércitos norteamericanos movilizados para la guerra mundial II. En estos mismos días (1948) mil madres inglesas armaban tamaño alboroto con sus mil rotundos mulaticos nacidos en Inglaterra de padres norteamericanos. Todo esto vino después de unos alegres bailes de *swing* allende todo prejuicio racial.

* * *

Y volviendo al pasado. Todas esas aventuras ocurrían cuando la América no era más que un sueño nebuloso, una fiebre, en las sienes de Cristóbal Colón. El descubrimiento introdujo un cambio en todo este panorama. Porque el hecho del descubrimiento, no fue meramente el encuentro de un semillero de islas, sino principalmente el contacto con una nueva sociedad y con un tipo nuervo de ser humano hasta entonces desconocido. Colón tomó desde el primer momento medidas esclavistas. Era la fórmula establecida al entrar en contacto con nuevos pueblos. Pero en España después de una breve vacilación se armó el más grande escándalo. La esclavitud no era un acontecimiento nuevo. Lo nuevo era el pueblo. En medio de la algarabía pensó en la esclavitud de negros, vieja práctica europea de tiempo inmemorial. Y parecía que la esclavitud de los negros no tenía nada que ver con la de los indios. Los portugueses llevaban sus negros de

América a Portugal. Allá los ocupaban en labores agrícolas, en servicios domésticos y como estibadores en los muelles. Después casaban cristianamente. Ese era un problema del lado de acá sin vinculación con el acontecimiento de los indios. Algún que otro negro se filtraba en las expediciones, pero como que nadie tenía su atención en eso, pasaba anónimamente.

* * *

La primera noticia oficial de introducción de negros en las nuevas tierras la encontramos en las *Instrucciones* dadas al gobernador Ovando en 1501. Allí se le ordena al gobernador que no dejara ir ni judíos, ni moros, ni nuevos convertidos, pero sí esclavos negros, con tal que hubieren sido criados entre cristianos. Ovando llegó a La Española con sus instrucciones debajo del brazo al año siguiente. Pero todavía no había llegado bien cuando ya pegaba el grito en el cielo pidiendo que no enviaran esclavos negros porque se huían, juntábanse con los indios, les enseñaban malas costumbres y nunca podían ser escogidos. Estas instrucciones son también la noticia del primer escándalo dado por los negros en el Nuevo Mundo. Porque llegan en calidad de esclavos y en lugar de someterse mansamente a su condición, hacen que el Gobernador Frey Nicolás de Ovando, Comendador de Lares en la Orden de Alcántara, hombre de carácter, héroe sin cargos de conciencia de la Matanza de Jaragua, pacificador de roldanistas, tenga que escribir precipitadamente a los Reyes pidiéndoles que le elimine esa casta ruidosa y agresiva. La Reina Católica se sintió muy preocupada por el hecho de

que los negros le enseñaran malas costumbres a sus pobres indios y se suspendió la introducción de negros en 1503. En la licencia que se le dio a Ojeda en 1504, se le permitió que llevase solamente 5 esclavos, no negros sino blancos.

* * *

A fines de año murió la Reina y el acento colonial cambió, porque Fernando tenía gran pasión por las minas. Como Enrique el Navegante, éste pudo muy bien ser llamado Fernando el Minero. Por eso en enero de 1505 envió a Ovando 17 esclavos negros para el laboreo de las minas de La Española y ofreció enviar más después, *"pienso que sean ciento"* decía todo gozoso. A pesar de ello, al año siguiente de 1506 los negros daban tantos quebraderos de cabeza que ordenó la corona por Real Orden expulsar los esclavos *"no nacidos en poder de cristianos y levantiscos"*.

* * *

Hasta ese momento, la introducción de esclavos en el Nuevo Mundo carece de color. La Esclavitud es una institución universal, propiamente una formación eeonómica de la que ninguna raza, salvo aquellas que se encontraran en la etapa de la comunidad primitiva, estaría exenta. Es precisamente en el Nuevo Mundo y, más concretamente, en La Española, donde esta institución se colorea.

Durante el primer cuarto de siglo de colonización la Esclavitud es indistintamente blanca, cobriza o

negra. Ya vimos que a Ovando no se le permitió en 1501 la introducción de esclavos negros sino blancos, a menos que aquellos hubiesen sido criados como cristianos. Y la introducción del exterior vacila entre negros y blancos, a tal punto que en un determinado período, hacia 1512, la Escalvitud en esta isla es exclusivamente blanca.

En ese año el Rey dictó una Ordenanza en Burgos en la cual mandaba que enviasen esclavas blancas a La Española. ¿Qué gracioso sentido tendría entonces la Esclavitud? En todo caso algo incomparable con el que tuvo después y conserva hoy en la mentalidad moderna de algunos países modernos. Se comprende por el hecho de que el Rey consideraba que, habiendo en La Española gran necesidad de mujeres, las esclavas blancas no sólo servirían mejor que las indias, sino que los españoles las tomarían por esposas, y no se enlazarían con las indígenas. De modo que en el fondo de la institución esclavista subyacía un contenido nupcial. Más que una fuerza de trabajo, el amo compraba con la esclava una generación de dorados bucles. Es que para aquellos tiempos la Esclavitud se encontraba ya en completo estado de decadencia. La había sucedido el régimen feudal y aún éste mismo, estaba dando ya sus últimos estertores. Así pues, en estas esclavas blancas tenía más importancia la curva de sus caderas que la fuerza de sus brazos. Más que sus brazos se compraban sus abrazos.

Don Diego y los oficiales reales se indignaron al conocer las Ordenanzas reales y le expusieron que iba

a cundir el desorden, ya que en La Española había muchas damas, muy blancas y muy castellanas, que serían "discriminadas" por las esclavas. Cierto. Don Diego y sus cortesanos, se fundaban en que estas doncellas castellanas eran "conversas" mientras que las esclavas, por reclamo de la Ordenanza Real, tenían que ser "cristianas viejas", esto es, socialmente superiores, por lo que aquellas serían desdeñadas y éstas, las esclavas, preferidas.

Por tanto, no era un problema de raza el que animaba a la Esclavitud sino una concepción de la plegaria. Lo que el amo quería de su esclava no era la pureza de la sangre sino la velocidad con la que sus ruegos subirían a las beatitudes del reino celestial. Era una forma de comprar indulgencias que no indignaría a Lutero. En la esclava se obtenía mediante un precio la dulzura de la tez y de paso el camino para el perdón eterno, un doble paraíso.

Un año más tarde, entre otras gracias concedidas a La Española por el Rey, se insistía en qué vecino pudiese sacar de España una esclava blanca con destino a la isla pero siempre a condición de que fuese cristiana.

Quiere decir que La Esclavitud, por lo mismo que la Esclavitud era una institución históricamente moribunda, podía disolverse en el esguince de una mirada femenina. Si la esclavita miraba en un momento dado con esa bruma que a veces puebla los párpados de una mujer inteligente, toda la institución moría de repente en sus brazos. Una generación brotaba de

su vientre, olvidada, como el padre, de los antecedentes sociales. No había ningún interés por parte de nadie en perpetuar el recuerdo. Ni quedaba físicamente ningún documento delator.

Para que la institución se coloree y se ampare en ese documento inefable que lleva todo negro, inscrito en su piel, es preciso que la economía de la Colonia y por consiguiente el régimen social adscrito a ella, experimente una transformación. El vuelco lo va a producir la industria azucarera. No con facilidad, pero el resultado va a ser que la Esclavitud clásica adquirirá un contenido y un impulso revitalizador, la introducción de esclavos tendrá que ser exclusivamente de negros y la misma Esclavitud tendrá que convertirse en una institución negra.

La industria azucarera demanda una cantidad de braceros que no podía ser satisfecha entonces con los aborígenes, tan habitados por la vocación del suicidio. El indio era triste. Su rendimiento escaso. Además disminuía rabiosamente. Se iba aniquilando con algo de ira y de venganza. Por consiguiente, la necesidad de un cuerpo de labor integrado por una raza, de hierro y de marfil sonriente, se hacía cada vez más imperiosa. El negro estaba allí y daba muestras de moverse en el clima como las naranjas. Los españoles llegaron a creer que eran inmortales.

Y, además, era el rey de la alegría. Su rendimiento era cuádruple al del indio y todavía podía cantar cuando le oprimían los engranajes del ingenio, su gran enemigo, al cual vamos a abrirle las próximas páginas...

PRESENTACIÓN DEL GRAN ENEMIGO

Yaguate es el nombre de un pobladito dominicano situado a unos 15 kilómetros de la ciudad de San Cristóbal, en la carretera que recorre el sur de la República. El pobladito consta de una sola calle que muere en la carretera mientras su cola se pierde en las colinas cercanas. El domingo hay plaza. Azorín habría gozado describiendo este pueblecito. Doña América, Doña Chucha, Doña Luz vienen por la calle con su ancha "pava" y el pequeño macuto de los huevos. Y la señora del químico, la mujer del fundidor y Don Pipe, el jefe Ingeniero, con las muchachas del batey, unas, diez hijas suyas, vienen también. Esta es gente del ingenio que está a unos cuantos pasos de Yaguate. Las hijas de Don Pipe traen pomporé a la moda, gafas verdes y pañuelos a la cabeza. Como es domingo, el sol brilla ardientemente. Las muchachas del ingenio toman cerveza fría. El sudor rojo y perfumado rueda hacia la tierra donde los aromas bucólicos reciben noticias de los últimos cosméticos de la capital.

Yaguate es nombre indígena. Porque el pueblecito, con su plaza menuda –plátanos, legumbres, huevos, algunas frutas, morcilla y árabes, o sea, tejidos y fantasías de metal– tiene prosapia. Yaguate está vinculado a la más rancia epopeya de la isla. Y hay que decirlo ya, en Yaguate se fundó el primer ingenio del Nuevo Mundo. En la actualidad Yaguate tiene un ingenio moderno que muele mucho más de mil toneladas de caña por día. Los cañaverales verdean en los contornos y suavizan las colinas. Las hijas de Don Pipe pasan las vacaciones en el ingenio y de ese modo se vinculan a esta historia. Conocen además las ruinas del primer ingenio del Nuevo Mundo que están por ahí, unos paredones misteriosos e inmutables donde mora la leyenda y se rinden los años. Por eso y por algunas razones más íntimas, habrá que perdonarles el pomporé...

* * *

Este primer ingenio lo fundó el Bachiller Gonzalo de Velosa que era cirujano. Y no es casualidad que este cirujano fuera a dar con la industria, pues el azúcar era una sustancia utilizada principalmente para fines medicinales. Así, que era natural que se le ocurriera la idea al bachiller antes que a un lego. Para fundar un primer ingenio en el Nuevo Mundo habrá que ser bachiller. Andando el tiempo, para fundar ingenio en las mismas tierras no se exigiría título de estudios sino pasaporte.

Había caña de azúcar en la isla desde 1493, que había traído y sembrado el mismo Almirante en su

segundo viaje, cuando fundó La Isabela con un trocito de cielo. La caña se dio bien; pero su cultivo no fue intensificado sino hacia 1501 en la ciudad de La Vega. No es muy seguro que estas cañas veganas fueran de las que trajo él Almirante pero con toda seguridad él fue su introductor. El primer guarapo de América fue extraído con una simple máquina de palanca única, propia de los indios, primer germen de ingenio, a la cual los indios, llamaban cunyaya. A Pedro de Atienza corresponde el haber logrado el primer cañaveral. Por 1506 Miguel Ballester, un catalán que era Alcaide de La Vega y que vimos muy metido en el embrollo de Roldán, fue el primero en obtener azúcar en el Nuevo Mundo. Alcanzó las posteridad con unos deliciosos alfeñiques que, si no para la repostería, fueron un verdadero dechado para la historia industrial del Nuevo Mundo. *"Y yo los vi"*, dice Las Casas, ganoso de gloria.

De esa manera estaban ya presentes todos los elementos necesarios para hacer la zafra. Velosa era un hombre de impulsos. Invirtió en la empresa los dineros que tenía, trajo de las Canarias los maestros de azúcar y montó un trapiche movido por caballos. Las mazas que comprimían la caña giraban sobre un eje vertical y las movía un engranaje, en la parte superior del cual bajaban dos largos brazos. A cada uno de ellos se unía un animal. Esto no era todavía el ingenio, era el modesto trapiche; pero se hizo la primera zafra de América en esta máquina, en 1515.

Al año siguiente de 1516, el Bachiller de Velosa introdujo en este trapiche original una modificación

de grandísima importancia, al aplicarle la energía hidráulica, un invento formidable para la época. Así el "molino de sangre" fue sustituido por el "molino de aguas", según la nomenclatura de la época. La importancia del invento se pone de manifiesto por el nombre altisonante con el cual fue rebautizado: ingenio poderoso.

Este "ingenio poderoso", construido en Yaguate, a legua y media del río Nizao según las crónicas, fue el primer ingenio azucarero del mundo.

Esta gloria le cupo a la isla de Santo Domingo por el prodigioso don de sus ríos, que descendían del núcleo montañoso central en todas direcciones. El siglo XVI estaba obsesionado por la fuerza hidráulica. Los inventos, los experimentos y las hazañas técnicas se sucedían alegremente. La ciencia misma se postraba ante esa fuerza tan llena entonces de grandes promesas. Torricelli debió su fama y la Hidrostática su origen en esa época, a la necesidad de regularizar los ríos que bajaban de las montañas de Italia. Ese siglo fue caracterizado como el de la fuerza hidráulica, de la misma manera que el XIX lo fue como el *steam power century*, el siglo del vapor de agua, y el XX como la "era atómica", partiendo de la energía que dominó cada siglo.

Y así como Torricelli aplicó su ingenio a las corrientes de agua y llegó a formular su famoso "principio", el Bachiller de Velosa, hombre a la moderna, al tanto de los descubrimientos de su época, aplicó el suyo a los ríos de La Española. En realidad, lo que hizo fue

adaptar un sistema mecánico que se utilizaba en Toledo para subir el agua del Tajo a la "ciudad imperial". Este mecanismo, denominado "artificio de Juanelo", había sido inventado por un tal Juanelo Turriano, con lo que parece haber alcanzado sonada gloria, ya que el "Fénix de los Ingenios", el gran Lope, le hizo lugar en una de las quintillas de *La Dama Boba*:

> "Alto está pero no importa,
> que más lo estaba el Alcázar
> y la puente de Segovia
> y hubo Juanelos que a él
> subieron agua sin sogas..."

De modo que lo que hizo el de Velosa fue bajar el artificio de Juanelo a faenas más sonadas, y a porvenir más risueño. La invención del ingenio azucarero hizo de La Española la reina y señora del Nuevo Mundo a principios de ese maravilloso siglo, le construyó palacios a su Rey, allá en la Madre Patria, le dio aquí su noble Universidad, el Colegio de Gorjón, en un fresco rincón que a su vez otorgó a la franja marítima que tenía al frente el lindo nombre de "Placel –hoy llamado Placer de los Estudios"–, y que rivalizó con la que actualmente ostenta el título de "Primada de América", por decisión imperial.

* * *

El Bachiller de Velosa parece que era más inventor que comerciante. A poco tuvo no se sabe qué desavenencias con los Tapias y se disolvió la compañía y

Francisco quedó siendo único dueño. Francisco consideró entonces que el emplazamiento del ingenio no era el más apropiado y decidió trasladarlo hacia el combustible: leña y agua. Pasó el cobre o calderas de cocer el guarapo y los demás pertrechos a la ribera del Nigua a 5 leguas de la capital y su ingenio llegó a ser de los más poderosos de la isla.

Siguiendo el mismo curso aparecieron enseguida varios ingenios en el Nigua. El Tesorero Pasamonte, primor de tesorerías, fundó enseguida un ingenio a unas 7 leguas de la capital. El regidor Diego Caballero de la Rosa, el factor Ampiés y otros más, montaron ingenios en el Nigua. Después vino el Río Nizao, el Haina, el Ozama, el Bía, el Sanate, el arroyo Itabo y así se extendieron las fábricas por todo el mapa hidrográfico de La Española.

Entonces el Almirante Don Diego Colón fundó el ingenio que viene a ser el más importante de todos con vistas a este relato. Por una bonita casualidad el alzamiento de Roldán se enfrenta a Colón en la ciudad de La Isabela, y el alzamiento de los negros se produce en el ingenio "La Isabela", propiedad del fantasma de Colón. Don Diego fundó su ingenio a cuatro leguas de la capital, en el sitio denominado "Isabela Nueva". El emplazamiento era bueno, pero algún tiempo después, doña María de Toledo, la esposa del Almirante, lo trasladó a orillas del Ozama desde donde podía trasladarse el azúcar en tres o cuatro horas al puerto, para ser embarcada en las naos que iban a España. El ingenio llegó a ser de los más poderosos y estaba destinado a una perdurable recordación.

* * *

Frente a los ingenios de hoy, casi totalmente automáticos, movidos por un tren de calderas de miles de libras de presión por pie cuadrado, cada una de las cuales podría mover todos los ingenios del siglo XVI juntos, el ingenio poderoso parecería un juguete de niños. El trapiche de caballos podía moler de 25 a 30 carretadas de caña por día. Y el ingenio poderoso de 40 a 60, con las cuales podía llegar a obtener unas 840 libras de azúcar por día. El ingenio que está en Yaguate actualmente, pariente en línea directa, descendiente y legítima del ingenio poderoso del Bachiller, muele mucho más de mil carretadas de caña por día o su equivalente en vagones de ferrocarril, con una producción serena de unos dos mil sacos de azúcar diarios de 200 libras cada uno, o sea, uas 400,000 libras de azúcar cada vez que cae el sol...

Pero esto no quiere decir que al ingenio poderoso le quedara grande el nombre. Así con su producción humilde pudo construir los palacios de Carlos V y darle sn contorno social, histórico y político a todas estas costas. Oviedo comparaba a La Española con otras islas en los términos siguientes:

"...é no se sabe de Isla ni reino alguno entre christianos e infieles, tan grande e semejante cosa de esta granjería del azúcar..."

Hasta la aparición del ingenio poderoso la economía de La Española era una cosa dispersa. Por un lado

Francisco quedó siendo único dueño. Francisco consideró entonces que el emplazamiento del ingenio no era el más apropiado y decidió trasladarlo hacia el combustible: leña y agua. Pasó el cobre o calderas de cocer el guarapo y los demás pertrechos a la ribera del Nigua a 5 leguas de la capital y su ingenio llegó a ser de los más poderosos de la isla.

Siguiendo el mismo curso aparecieron enseguida varios ingenios en el Nigua. El Tesorero Pasamonte, primor de tesorerías, fundó enseguida un ingenio a unas 7 leguas de la capital. El regidor Diego Caballero de la Rosa, el factor Ampiés y otros más, montaron ingenios en el Nigua. Después vino el Río Nizao, el Haina, el Ozama, el Bía, el Sanate, el arroyo Itabo y así se extendieron las fábricas por todo el mapa hidrográfico de La Española.

Entonces el Almirante Don Diego Colón fundó el ingenio que viene a ser el más importante de todos con vistas a este relato. Por una bonita casualidad el alzamiento de Roldán se enfrenta a Colón en la ciudad de La Isabela, y el alzamiento de los negros se produce en el ingenio "La Isabela", propiedad del fantasma de Colón. Don Diego fundó su ingenio a cuatro leguas de la capital, en el sitio denominado "Isabela Nueva". El emplazamiento era bueno, pero algún tiempo después, doña María de Toledo, la esposa del Almirante, lo trasladó a orillas del Ozama desde donde podía trasladarse el azúcar en tres o cuatro horas al puerto, para ser embarcada en las naos que iban a España. El ingenio llegó a ser de los más poderosos y estaba destinado a una perdurable recordación.

* * *

Frente a los ingenios de hoy, casi totalmente automáticos, movidos por un tren de calderas de miles de libras de presión por pie cuadrado, cada una de las cuales podría mover todos los ingenios del siglo XVI juntos, el ingenio poderoso parecería un juguete de niños. El trapiche de caballos podía moler de 25 a 30 carretadas de caña por día. Y el ingenio poderoso de 40 a 60, con las cuales podía llegar a obtener unas 840 libras de azúcar por día. El ingenio que está en Yaguate actualmente, pariente en línea directa, descendiente y legítima del ingenio poderoso del Bachiller, muele mucho más de mil carretadas de caña por día o su equivalente en vagones de ferrocarril, con una producción serena de unos dos mil sacos de azúcar diarios de 200 libras cada uno, o sea, uas 400,000 libras de azúcar cada vez que cae el sol...

Pero esto no quiere decir que al ingenio poderoso le quedara grande el nombre. Así con su producción humilde pudo construir los palacios de Carlos V y darle sn contorno social, histórico y político a todas estas costas. Oviedo comparaba a La Española con otras islas en los términos siguientes:

"...é no se sabe de Isla ni reino alguno entre christianos e infieles, tan grande e semejante cosa de esta granjería del azúcar..."

Hasta la aparición del ingenio poderoso la economía de La Española era una cosa dispersa. Por un lado

una agricultura incipiente; por el otro una minería no menos incipiente. Hacia 1530 la isla dio unos veinte mil pesos de oro de las minas. Pero el ingenio cambió completamente el aspecto de la producción de la isla y por consiguiente el perfil de la sociedad. Un solo ingenio podía costar unos cincuenta mil ducados de oro. Para tener una idea de lo que esto significa, se recordará que en los 13 años de la Guerra del Bahoruco la corona española se gastó aproximadamente, esa misma suma.

El ingenio poderoso se compone de una casa de fabricación y otra de almacenaje. Además unos 125 negros para las diversas operaciones: plantar la caña, cultivarla, cortarla, transplantarla, colocarla entre las masas, volcar después el jugo en las calderas de cocción, hacer cuajar el caldo, purgar y blanquear el azúcar y destilar el aguardiente. Sobre esto es necesario un hato o potrero con dos o tres mil carretas para traer la caña al molino y acarrear "*allende de la mucha costa de los oficiales y maestros que hacen el azúcar é otras cosas necesarias e de continos gastos...*"

La Española llegó a ser en el siglo XVI la colonia más rica del Nuevo Mundo. La trata de negros le suministraba una mano de obra barata y eficiente para cubrir las necesidades del ingenio. Originalmente las naves venían a traer los productos necesarios para la subsistencia colonial y regresaban vacías. Ahora venían vacías a buscar el material para hacer los palacios de azúcar y regresaban cargadas. Y esto había sido posible por el ingreso del negro en la economía de las nuevas tierras. Y no se trataba sim-

plemente de un cambio de sentido en la dirección de los buques sino de lo que ello significaba: un cambio rotundo en la fisonomía cultural de las nuevas tierras.

El siglo siguiente vio cómo el Brasil arrebataba a La Española el cetro en la producción azucarera y por consiguiente en la riqueza y la opulencia de los señores de los ingenios. Como los españoles tenían que comprar los esclavos a los portugueses, ya que ellos, por la *Bula inter caetera*, no podían ir a las posesiones africanas, no pudiendo competir con la baratura del esclavo negro portugués, los portugueses colonizaron el Brasil y transportaron sus negros en sus propias naves a un costo mucho menor. Hasta 1549 el Brasil era poca cosa más que las dos factorías azucareras, de San Vicente y Pernambuco abarrotadas de indios. Llegaron los negros. En el Bahía en 1660 ya había 70 ingenios. El siglo XVII fue el siglo brasileño del azúcar.

Pero el auge de la industria azucarera seguía el curso de los barcos negreros. Durante el siglo siguiente los franceses, que habían metido unos piratas en La Española, acabaron por meterse ellos mismos y colonizaron a Haití, en la parte occidental de la isla. Una vez allí empezaron a importar negros para las plantaciones y los ingenios. Pero los franceses cogieron la importación de negros con demasiado frenesí. El resultado fue un inmenso desarrollo del ingenio. El Brasil perdió el cetro de la producción azucarera que pasó a Haití. El siglo XVII fue el siglo haitiano del azúcar. La cantidad de negros era inmensa en pro-

porción con la de los colonos blancos. Y los franceses continuaban introduciéndolos. Aquello era carbón humano. Y un día el carbón humano comenzó a calcular. El carbón humano se llamaba Toussaint y era hijo de un rey africano. Era además extremadamente inteligente. Terminados sus cálculos, comprobados los resultados el carbón humano se levantó un día y le cortó la cabeza a todos los blancos residentes en Haití. Napoleón Bonaparte, el general de todos los tiempos, envió su cuñado y sus tropas imperiales. Toussaint jugó con ellas como con las mariposas. El cuñado murió en Haití. Al cortarles las cabezas a los colonos Toussaint con el mismo tajo cortó la industria azucarera. Y el cetro de la producción emigró nuevamente.

En el siglo XIX el cetro emigró hacia Cuba. Aquí el ingenio poderoso no había hecho fortuna. Los negros habían venido en grandes cantidades, sin embargo el otro elemento material necesario para el desarrollo de la industria era escaso, el agua. La isla parecía un caimán y sucede que la circulación fluvial no sigue las leyes de la circulación de los reptiles. Los ríos eran costosos y de poco caudal. El Cauto era un gran río de juguete. Y de pronto vino la Revolución industrial. El agua dejó de correr por las cañadas para subir al cielo. El vapor creó un ingenio verdaderamente poderoso: el central. Los negros estaban allí y Cuba empuñó el cetro de la prcducción mundial del azúcar con verdadera elegancia. A principios del siglo XX, Cuba, la gran señora del azúcar en el mundo moderno, hizo un viajecito a La Española, entonces República Dominicana, y le pagó la deuda del ingenio

poderoso que ella le había enviado en el siglo XVI, fundándole la mayoría de los centrales modernos de la isla.

Aquello resultó, de la llamada "guerra chiquita" en 1868, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes con la emancipación de los esclavos de su propio ingenio "La Demajagua". El ingenio esclavista se espantó y huyó despavorido hacia estas playas. Claro, aquí no había esclavitud desde 1821 pero había negros. Los cubanos quedaron encantados con los negros dominicanos y les fundaron unos amables ingenios donde quemar la grasa superflua. Joaquín Delgado fue el primero en fundar un ingenio de vapor de agua en 1874, en la finca "La Esperanza", cerca de la capital. Carlos Loynaz le siguió con el "Ingenio Isabel" en 1877. Luego E. Sannai fundó el ingenio "La Caridad". "Angelina" lo fundó Juan Amechazurra. "Consuelo", Padrón y Solaun. El resto fue contribución italiana y finalmente norteamericana, en la que aparece "Santa Fe" para completar el triduo de las grandes virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, lo que evidencia el alto contenido espiritual de la empresa azucarera.

* * *

En el día de hoy la trata de negros clásica no aparece en el esquema social de la sociedad moderna. Las ideas de libertad son corrientes como la mala moneda. Pero esto no quiere decir que el negro no continúe vinculado a la producción azucarera ni que haya interrumpido el viaje en pos del cañaveral. Lo que sucede es que el viaje tiene otro matiz. Ahora se habla de

importación de braceros. Los negros de las antillas menores son importados a La Española donde compiten con la mano de obra nativa. Es un obrero barato. Allí les llaman "cocolos". Van de St. Thomas, de St. Kitt, de Tórtola. A la vuelta de una generación ya son dominicanos nativos y no quieren trabajar en las plantaciones. Entonces se importan más cocolos. En Cuba a los braceros se les llama jamaiquinos. Es obvio que para ser jamaiquino no hay que nacer en Jamaica. Lo que se necesita es ser de color, chapurrear el castellano y trabajar en las faenas duras de los ingenios. Y así. El azúcar, por blanco que sea, es un producto negro. Pero ya tenemos que reintegrarnos al hilo de la narración. El ingenio poderoso nos trajo la importación de negros en gran escala. Y, antes de que los negros se alcen, es necesario que lleguen. Vamos, pues, a recibirles.

OBERTURA AFRICANA

El bachiller Gonzalo de Velosa era cirujano y el Barón de Montenay, Lorenzo de Gouvenot era Mayordomo Mayor del Rey y Gobernador de Bresa. Por consiguiente no eran amigos. Ni siquiera se conocerían. Había entre ellos un abismo social. El océano ponía además un abismo material entre los dos. Pero esos dos abismos fueron salvados para que el modesto cirujano y el muy encopetado Barón se dieran la mano en estas aventuras. El cirujano inventó el ingenio poderoso y el Barón inició la trata de negros en gran escala. Con esas dos prioridades concurren, hombro con hombro, cosa que debe haber sido muy desagradable para los pruritos de sangre del Barón, en el contorno social, económico, histórico, político y demás de las nuevas tierras.

En realidad nadie tuvo la culpa de nada de esto. El ingenio poderoso fue el resultado de un proceso en que intervinieron varios factores. La introducción

de la caña, los alfeñiques de Ballester, la "cunyaya" aborigen, el alzamiento de Roldán que desplazó el tributo y el español obrero, todo eso preparó el camino al cirujano. Y la trata de negros fue igualmente el resultado de un proceso. Ni se sabe cómo viajó el primer negro hacia el Nuevo Mundo. La escasez furiosa de los indios, el clima, la codicia de Enrique el Navegante, la de Fernando el Minero, la rivalidad de dominicos y franciscanos, todo eso y algo más, preparó el camino al Barón. Ese algo más lo añadieron los dominicos en 1510, los jerónimos en 1518, las autoridades civiles en el mismo año y el ingenio poderoso.

* * *

Cuando los dominicos llegaron a La Española en la época de Pedro Lumbreras, aquel que tenía una choza al cabo de un corral y a quien le acaecía de vez en cuando pescar un pescadillo, hicieron dos importantísimos descubrimientos, el primero fue que los franciscanos estaban muy rechonchos con sus indios y el segundo que el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios. Combinaron estos dos descubrimientos y con ellos sacaron su ticket para la historia. Abrazaron la causa del indio fervorosamente y después de unas peripecias animadísimas en que Montesinos se lució gallardamente, convencieron al rey de que era necesario aliviar la suerte de aquellos indios infelices. Se tomaron diversas medidas, y una de ellas fue la de que, como un negro era más útil que cuatro indios, se tratase de llevar a La Española una buena cantidad de negros de Guinea. Se enviaron cincuenta esclavos. Pero el tráfico no se incrementó porque

los esclavos negros no tenían al parecer mucha carne de esclavos. Más bien tenían carne de campana pues para sacarle sonido, beneficio en este caso, había que tener bien sujeta la cuerda. Los negros se hundían en la labor y de rato en rato, de las mismas peñas de oro, sacaban una canción reluciente llena de alegría y esperanza. Esto no permitía que La Española tuviera una vida serena. Los negros producían, pero no tanto como para arriesgar la cabeza. Ni siquiera valía la pena arriesgar el sueño. Y aquella cantaleta, aquella risotería, aquel deseo de vivir de los negros no eran, por cierto, una invitación a la tranquilidad.

Los colonos se hacían los sesos agua tratando de explicarse aquella extraordinaria, casi sobrehumana condición de los negros. Y les ocurría algo verdaderamente divertido aunque trágico. Viniendo de una nación civilizada –álgebra, brújula, mester de clerecía, torre de la Giralda– inventaban leyendas a todo trapo como los pueblos salvajes que venían a civilizar. Por ejemplo; cuando ciertos indios conocieron a los españoles su admiración fue tan grande que llegaron a pensar que eran inmortales. Y no estuvieron tranquilos hasta que no agarraron uno, lo sumergieron en un río y lo vieron morir. Pues, a aquellos españoles les sucedió casi lo mismo con aquellos negros. El Padre Las Casas es quien nos lo cuenta.

"Antiguamente –dice el viejo– *teníamos por opinión en esta isla que si al negro no acaescía ahorcalle nunca moría, porque nunca habíamos visto negro de su enfermedad muerto, porque, cierto, hallaron los negros, como los naranjos, su tierra..."*

Así que, para los negros, el proceso biológico tenía que ser expresado en otros términos: el negro nace, crece, se reproduce y lo ahorcan. Y es claro. Con una clase de seres que no sale de la vida por los sistemas biológicos de los pueblos civilizados, sino mediante una cuerda que forzosamente le rompa las vértebras, no es muy prometedora la convivencia. Por eso la idea de los dominicos de sustituir al obrero indígena por el negro no estaba destinada a prosperar inmediatamente. El indio era triste y rendía poco. El negro daba buen rendimiento, pero era alegre y se daba en la isla como las naranjas...

* * *

Pero unos cinco o seis años después aparece una voz más enérgica que la de los dominicos: el ingenio poderoso. El Bachiller de Velosa desarrolla su trapiche modificando la fuente de energía. Sustituye el chorro de sangre animal por un chorro más potente, consistente y abundante. Y los ingenios se acumulan a orillas de los numerosos ríos de La Española. A veces se le pegan, como parásitos, a un anémico arroyo. Y entonces ya sí valía la pena arriesgar sueño y cabeza. La necesidad del material humano abundante y barato se hizo cada vez más imperiosa. En la isla Española se armó un griterío pidiéndole al rey ¡mas negros!...

* * *

En 1517 el Padre Las Casas, más o menos perseguido por los encomenderos, se había metido en España en lucha por la causa de los indios. Había muerto el

Rey Minero y el Cardenal Cisneros tenía la regencia por minoridad de Carlos. El Cardenal dictó dos disposiciones interesantes. Una de ellas fue la de prohibir la introducción de negros en el mismo año clave de 1516, año del ingenio poderoso. Hoy se sabe ya, después de mucha discusión, que el cardenal le tenía miedo a los negros. La otra disposición es más interesante todavía. Después de oír a Las Casas dispuso que fuera acompañando una comisión de padres jerónimos a ver por los propios ojos la situación de la isla y tomar las medidas necesarias para su mejor administración. Los jerónimos llegaron en 1517. Llamaron a sus colegas dominicos y franciscanos para consultarles acerca de la realidad social de la isla. Dominicos y franciscanos se encerraron en sus claustros y evacuaron una opinión.

La opinión de los dominicos vino con un nombre discreto: PARESCER. Y con la firma de nueve religiosos. En ella proponían al rey la traída de esclavos negros que serían vendidos al fiado a los pobladores por más que los negros no eran muy de fiar...

La de los franciscanos vino a través del franciscano Pedro Mejía. Este propuso sustituir el trabajo forzoso de los indígenas con el de esclavos negros a razón de un negro por cada cinco indígenas. Con traer a La Española –decía el fraile– 2,000 negros, bastaba.

Los padres jerónimos barajaron estas opiniones, oyeron la voz viva de los colonos y escribieron al rey el 22 de junio de 1517 pidiéndole que otorgara licencia para traer negros a La Española,

"porque por experiencia se ve el gran provecho de ellos... y luego porque esta gente nos mata sobre ello y vemos que tienen razón..."

* * *

Y ahora es cuando aparece el gran papel que ha representado el Padre Las Casas en todo este embrollo. Las Casas, que había venido con los jerónimos en el mismo plan, propuso al rey la introducción de negros en La Española con el propósito de aliviar la suerte de los indios. Después el bueno de Las Casas se arrepintió. Se dio cuenta de que los principios que invocaba en favor del indio eran igualmente aplicables al negro. En seguida rectificó su parecer. Pero ya era tarde. La posteridad le cayó encima y hubo mulatico moderno en el Nuevo Mundo que le echó al venerable luchador la responsabilidad de sus rizos. Llegaría a estar convencido de que la culpa de su fisonomía la tenía el cura venerable. ¡Tamaña calumnia! El Padre Las Casas estaba ausente el día que el pariente blanco disolvió la distancia que lo separaba amorosamente del pariente negro. La responsabilidad de Las Casas en la introducción de negros en América fue precisamente nula. Aparte de que rectificó su error desde el primer momento. Pero lo más importante es que algunas personas de color no hagan cargar al gran cronista de Indias con una responsabilidad tan tremenda. Porque, con absoluta seguridad, ese día, o esa noche, él no estaba allí...

* * *

Pues bien; se armó un jolgorio enloquecedor pidiendo más negros. Los jerónimos unidos en un solo parecer pidieron la introducción de negros. Pero luego cada uno por separado volvió a exponer la necesidad de la trata. El jerónimo Fr. Bernardino de Manzanedo entregó a Carlos V un memorial de peticiones en que se dice:

"Todos los vecinos de La Española suplican a V. A. les mande dar licencia para poder llevar negros, porque dicen que los indios no es suficiente remedio para poder sustentarse en ella, y que ser bozales y no criados en Castilla ni en otras partes porque estos salen muy bellacos..."

Los otros dos jerónimos, Fr. Luis de Figueroa y Fr. Alonso de Santo Domingo, escribieron el mismo año:

"En especial que a ellos se puedan traer negros bozales y para los traer sean de la calidad que sabemos que para acá conviene. Que Vuestra Alteza nos mande enviar facultad para que de esta isla se arme para ir por ellos a las islas de Cabo Verde e tierra de Guinea o que esto se pueda hacer por otra cualquier personia desde esos reinos para los traer acá..."

Las autoridades civiles se unieron a la alharaca. El Juez de residencia pegó él grito. Los procuradores de la isla se reunieran en junta especial para que la voz fuera más alta. Y hasta el Tesorero Pasamonte, que le tenía terror a los negros, agitó la misma lengua viperina con que había aniquilado a Don Diego...

Y así fue como comenzaron los grandes viajes del África hacia el Nuevo Mundo y como Lorenzo de Gouvenot, blanco de ojos azules, figura en historia de negros...

El turismo de ébano

Ayer Fernando el Minero –mal llamado el Católico por su matrimonio con Isabel– creó el aragonesado. Es decir, se rodeó de favoritos que, a cambio de ubicar al rey en su ambiente aragonés, eran colmados de privilegios. La consecuencia histórica de ello fue la supervivencia del sistema de los repartimientos de indios. Ahora Carlos, el nieto, es rey y crea el flamenquismo. Los privilegios cambian de nacionalidad y emigran hacia los flamencos. Una nueva consecuencia histórica aparece: la trata de negros en gran escala.

En efecto; en 1518 se armó un vocerío en La Española pidiendo negros y más negros. Los emisarios, del rey, los oficiales reales, las autoridades civiles, los sacerdotes y hasta lo modestos vecinos levantaron la voz. Y apareció una nueva modalidad de aquel ausentismo de los tiempos de Fernando. Una parvada de favoritos que no estaba en la isla ni se vinculaba

directamente a las peripecias de la colonización, comenzó a beneficiarse con el tráfico de la negrería. El Barón de Montenay, Lorenzo de Gouvenot, era flamenco. Por eso era Mayordomo Mayor del Rey y Gobernador de Bresa. Y por eso un día pudo apoyarse en la sonrisa del Rey y arrancarle un próspero beneficio. El Barón obtuvo el privilegio exclusivo de Introducir en Las Indias hasta 4,000 negros en el término de ocho años. Pero las manos del Barón estaban equilibradas en el borde fino del gesto cortesano. No eran manos para trata de negros. Se fue a Andalucía y allí vendió enseguida su privilegio en 25,000 ducados a unos genoveses. Y comenzó la trata de negros en gran escala en la historia del Mundo.

El privilegio del Barón era exclusivo y por el término de ocho años; pero a la vuelta de unos días ya habían otros favoritos con privilegio. Don Jorge de Portugal, el Marqués de Astorga, podían introducir 400 cada uno, el sumiller del oratorio 20, el capellán Jácome le Roy 10. Y así... De paso algunos portugueses que no eran favoritos ni tenían privilegios, introducían unos cuantos de contrabando en las islas. A poco había una ruta regular de barcos negreros hacia las Indias.

* * *

Pero el negocio presentaba un pequeño inconveniente. Resultaba que los españoles no podían ir a procurarse sus negros a las costas africanas. Los portugueses habían sido los campeones del mar en el siglo XV y habían realizado innumerables descubrimientos. Al ocurrir el acontecimiento del descubrimiento de las

nuevas tierras por los españoles, fue preciso delimitar las zonas de acción de los dos pueblos. Entonces el Papa Alejandro VI pintó una línea sobre el mar, siguiendo el meridiano que está a los 100 metros de las Azores y, mediante la *Bula de Demarcación* (*Inter caetera*) de 1493, prohibió a los españoles fundar establecimientos en las tierras situadas al este de la línea. De esa manera los españoles quedaron obligados a servirse de otras potencias para suministrar a los ingenios la mano de obra necesaria.

Los portugueses no tuvieron mayores complicaciones. El tráfico negrero creó sus propias facilidades. En las costas en que abundaba el material fundaron unas cuantas *factorías* en las cuales compraban la negrada. En tiempos de Antonio Gonsálvez los portugueses tenían que internarse en la tierra para atrapar la mercancía con las consiguientes molestias. Y había sucedido que una expedición de diez cazadores había sido cazada primorosamente. Pero andando el tiempo las cosas se simplificaron. Los propios negros se dieron cuenta de las ventajas del tráfico y se dedicaron a la guerra. Tribu vencida tribu vendida. Se iban a las factorías donde esperaba el comprador y cambiaban las tribus por puñados de objetos.

Los barcos portugueses que debían regresar cargados de negros venían al África cargados con los objetos destinados al cambio. Hierro, aguardiente, fusiles, papel y ropa eran las líneas más solicitadas. Los portugueses no hacían otra cosa que esperar la llegada de los vendedores y regatear ponderando las excelencias de su mercancía.

Los pobres negros caían en las factorías temblando como las hojas, convencidos de que estaban destinados a un banquete de blancos. Y la idea de verse estofados y servidos, por más rica que fuera la presentación y más opulento el menaje, los ponía todo temblorosos. Sin embargo aquella idea tenía el destino de todas las ideas preconcebidas. A los pocos días se enfrentaban a una realidad más cruel todavía que la que les había sugerido el terror. A tal extremo, que la idea del estofado venía a las sienes como una suave pluma. Las peripecias del *Middle Passage*, como llamaron los ingleses al tránsito del África al sitio de destino, eran mucho más horrendas que las torturas del bistec. Durante la edad de oro de la trata, el barco negrero llegó a ser un verdadero infierno. Comenzando porque un viaje por mar en aquellos tiempos, aunque fuera en el castillo de popa era una verdadera empresa. El mareo, el temor al naufragio, la duración del viaje, eran las calamidades, propias del viaje por mar. Pero incomparablemente más graves que éstas eran las condiciones del viajero cautivo. Los negros iban encadenados de dos en dos. La pierna derecha del uno con la izquierda del otro. Mano derecha con mano izquierda. Las mujeres, por respeto a su condición, o para hablar más concretamente, por menos "respeto" debido a su condición, iban sueltas. Su mortalidad durante el viaje estaba reducida a la mitad por esa circunstancia. Pero los aragoneses con frecuencia estaban en perfecta salud a la caída de la tarde y amanecían muertos. Se daba continuamente el caso de que: un negro vivo viajaba encadenado a uno muerto, el cual había dejado de serle un compañero de viaje, de infortu-

nio, de tragedia, para convertírsele en un cadáver frío pegado a su carne caliente y del que no podía zafarse, haciéndole pensar en la imagen de su propia muerte, no muy remota por cierto.

* * *

Algunos negros reaccionaban violentamente ante estas atrocidades, sólo para dar lugar a mayores violencias. Se cuenta de un capitán negrero a quien se le sublevó el cargamento, que hizo dividir el cuerpo del cabecilla en 300 pedazos y, con el fin de intimidarlos obligó a cada uno de los 300 negros a comerse un trozo crudo de la carne del compañero.

Otras veces los negros rehusaban comer con el fin de morir de hambre o porque el mareo no se lo permitía. En esto los negreros ponían gran empeño para evitar la echazón. Mucho tiempo después, cuando ya el tráfico había evolucionado y progresado, se veían en algunas tiendas de Liverpool exhibiciones de ciertos instrumentos de hierro destinados a abrirles la boca a los negros parn echarles la comida. En medio de todas estas tribulaciones había ocasiones en que obligaban a los negros a subir a cubierta para hacerlos bailar. Esta era la gran oportunidad para lanzarse al mar y servir de festín a los tiburones. Ya para estos momentos, la idea de servir de manjar era un verdadero consuelo.

Pero esta no era más que una etapa de la tragedia. Habría que ver todo el proceso que va desde el apresamiento en el lugar de origen. Su transporte a la fac-

toría para ser vendidos. Durante este trayecto los cazadores se preocupaban mucho de la fuga y los llevaban encadenados, o sujetos por el cuello mediante una tabla especial con huecos apropiados por donde sacaban la cabeza. La diferencia de estatura les obligaba a caminar en posiciones muy poco elegantes, pero muy útiles para cansarlos y quitarles las energías necesarias para escapar. Por si no fuere suficiente, los hacían cargar además con lastre. Después su almacenaje en las factorías hasta la llegada de los buques. Luego el arribo, la venta y la labor en el ingenio. Esto es inconcebible. Piensa uno cómo es posible que una naturaleza humana pudiera resistir tanta calamidad. Y luego queda lo de la selección. No hay duda que los negros que sobrevivían a estas torturas tenían que ser de pasta ciclópea...

* * *

El comercio de negros se hizo triangular. Europa, donde estaban los armadores, un vértice; Africa, donde estaba la mercancía, otro; y América, punto de arribo, el último. Dondequiera que llegaron los esclavos cambió la fisonomía local. En la misma Europa, tan vieja ya, nacieron nuevas ciudades, portuarias naturalmente, al amparo del tráfico. En África se poblaron las costas antes inéditas. En América, ni decir; dondequiera que llegaba el negro, dejaba un reguero de ingenios. Al mismo tiempo que iba imprimiendo su huella étnica en el dintorno social, iba moldeando la entraña popular y llenándola de ritmo, alegría y color. A la verdad que pocas razas parecen haber sido dotadas de un impulso vital más poderoso. Claro, donde hay tanto

deseo de vivir y tanto frenesí por la pura existencia, medra fácilmente el ánimo de lucha. Hay un momento en la alegría suprema que la transforma en supremo coraje. Y así llegamos a nuestro caudillo anónimo. Lo encontramos despierto cuando despunta la Navidad. Parece que le revienta el coraje cuando despunta la hora de la alegría...

El negro inmóvil

"...,porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman jurídicas..."

Sobre las horas quietas se equilibra una estructura sombría. No es hora de blanduras. Ahora el crepúsculo no tiene sonido. No hay más que un ruido que irrita el silencio. No podemos saber quién está aquí en este momento hosco. Sabemos no obstante que la venganza está tejiendo su red imaginaria. Aquí hay algo que odia. La naturaleza no es nunca indiferente ni al amor ni al odio. La materia es, emocionalmente, continua, y vibra toda cuando la excita la pasión. Este algo que odia es un negro. No sabemos quién es. La historia no pudo recoger su nombre. El negro no tuvo tiempo de colocarse en pose para la historia, que es la forma dialéctica de la fotografía. Roldán y Enriquillo conocían la historia. El negro no conocía más que la opresión. Es, pues anónimo. Ser anónimo es ser unánime. No tener nombre es tener el nombre de todos. Un anónimo es, siempre, desig-

nado; pero su designación comprende la totalidad de sus semejantes. El anonimato es una forma de suma, de colegiación, de unanimidad. No ser nadie es, al mismo tiempo, ser todos. El anonimato es plural. Ser el negro alzado, es ser todos los negros que se alzaron. Lo malo que hubo en Roldán y en Enriquillo es haber tenido un nombre. Es decir, una individualidad. Y ellos, que tenían sobre sí los intereses de un grupo estuvieron siempre atentos a la llamada de su individualidad. Hubo un momento en que los intereses colectivos y los intereses individuales entraron en conflicto. Y en ese momento lo primero fue la individualidad Roldán y la individualidad Enriquillo. Los intereses del grupo fueron sacrificados. Roldán dio la espalda a los roldanistas. Volvió a ser Alcalde Mayor, tuvo hacienda con cerdos y gallinas. Enriquillo entregó los indios rebeldes a cambio de los treinta dineros. Desde entonces se llamó Don Enrique. Oviedo lo llamó el Capitán más honrado de todos los tiempos. Pero el negro es el negro. Dado que la opresión era unánime, nuestro negro es unánime. O anónimo. Al narrar estas aventuras ha habido que hacer la designación mediante dos nombres... y un negro.

Por eso, al inmovilizarlo para estudiar su individualidad, es una gran suerte que sea anónimo. De ese modo, el negro inmóvil será toda la negrada. Lo que sepamos de él será válido para cualquiera de sus compañeros de lucha. Lo cual es cómodo y económico. Por de pronto no se necesitará el procedimiento de la contraluz, que da siempre un contorno muy neto. El negro, por naturaleza, está siempre a contraluz. Lo pondremos frente al sol que le es tan pro-

picio. Lo primero que se descubre es que es de gran estatura, tiene el tronco muy bien proporcionado pero las piernas son delgadas y poco desarrolladas. Tiene el pie plano. Esto no es pura imaginación. Se sabe que los negros del alzamiento pertenecían a los pueblos Jelofes; que están situados en la desembocadura del Senegal, en el girón de costa comprendida entre San Luis y Cabo Verde. Estos pueblos fueron los primeros que ingresaron en la trata por el hecho de ser colindantes con aquellos deliciosos moros que capturó Antonio Gonsálvez el marino del Rey Enrique, el enamorado de la navegación. Y esos caracteres del negro inmóvil, nuestro caudillo anónimo, son las características físicas de esos pueblos. Precisamente, la palabra jelofe alude a una cualidad de ellos. Esta palabra quiere decir indistintamente hablador o negro. Y los jelofes se caracterizan por ser los más negros y estar entre los más gárrulos de todos los pueblos africanos. Es así como nuestro negro inmóvil viene a ser una silueta sonora. Es de una oscuridad cerrada y le gustaba hablar. Por tanto, tiene una risotada muy expresiva, cargada de contenido. La carcajada le sirve de símbolo verbal al cual adscribe una pluralidad de emociones no expresables mediante el vocabulario convencional. La extraordinaria blancura de sus dientes, exaltada por la negrura de la piel, contribuye a esta expresividad.

En la actualidad los negros jelofes son los favoritos de los franceses. Su región se denomina[1] África Oc-

1. Recuérdese que esta obra fue escrita hace 20 años. (Nota de la edición de 1969).

cidental Francesa y sirven en las tropas coloniales. Son esos mismos senegales que lucharon en la Guerra Mundial con singular arrojo. Por eso cualquier parisina, sorprendida en medio del *boulevard* nos dirá llena de gracia:

"Sambo ou Pompée, avec sa bel peau noir ou couleur marron, ses belles dents blanches et ses bruyants eclats de rire qui rendent sa gaité naturalle si souvent contagieuse, m'a toujours eté sympathique..."[2]

* * *

Además nuestro héroe es bello, la grácil francesita lo habría encontrado bello. Pero por estas zonas es difícil que hubiera alguien que coincidiera con la francesita. Todo el mundo está más o menos de acuerdo en que la raza negra no es bella. Es un prejuicio, sin duda, pero más difícil de desarraigar que cualquier otro prejuicio.

No se concibe que nuestro negro inmóvil pueda ser bello con aquellos labios gruesos, el pelo encrespado y el color insospechablemente negro. Sin embargo, puede serlo positivamente. Lo que sucede es que el criterio de belleza aplicable al negro se forma con el patrón establecido por el blanco. Se considera bella una persona cuanto más se acerca a un ideal de

2. Sambo o Pompeya, con su bella piel negra o color marrón, sus bellos dientes blancos y sus brillantes estallidos de risa, que hacen su alegría natural a menudo tan contagiosa, me ha sido siempre simpático. (V. Henri Gaullier, *Etudes Americaines*. Nota de la edición de 1969.)

belleza que cada cual tiene en la imaginación. Y este ideal es siempre de raza blanca. Y no puede ser de otro modo. Uno nace en el seno de una civilización blanca. Las grandes proezas son realizadas por blancos. La pintura y la escultura exaltan artísticamente la belleza de la raza blanca. El cinematógrafo se luce diariamente imponiendo el diseño humano ideal. El negro en cambio por ocupar una posición social y eoonómica inferior aparece siempre en las actividades más bajas y es con frecuencia objeto de desprecio. Los propios negros se consideran trágicamente feos.

Pero el criterio de Belleza, como todo juicio de valor, es relativo. No existe una belleza absoluta. Ninguna raza de color, desconectada de la civilización ha considerado bella la raza blanca. Ni los indígenas de América, ni los salvajes del África. Han adscrito siempre al color pálido del blanco un elemento de salud que se le hace ingrato. Y el mismo patrón actual de Belleza no ha sido el mismo siempre dentro de la misma raza blanca. El ideal de Belleza griego distaba bastante del actual. El famoso perfil griego, en el que la línea de la nariz se continúa con la de la frente, no se considera un signo de Belleza, ni mucho menos, en la actualidad. Cada raza considera sus cualidades físicas como las más excelentes de la especie humana. Los sociólogos llaman a esto etnocentrismo. Ninguna raza ha sido pasible del fenómeno. Todas consideran sus rasgos propios como los más perfectos y los que más se acercan al ideal de hombre. Los negros hotentotes se llaman a sí mismos *koi-koi*, hombres de hombres. Es claro que los hotentotes piensan así

monos conocidas en la actualidad tienen el pelo lacio y los labios finos.

La raza negra se ha conservado muy primitiva en la forma de la nariz y en su fuerte pigmentación, pero muestra un grado de evolución biológico muy elevado en lo que respecta a la textura del cabello y al grosor de sus labios. Precisamente, los elementos sobre los cuales ha recaído más enérgicamente el baldón. Ningún mono tiene el cabello rizado ni los labios gruesos. E incluso la muy intensa pigmentación de los jelofes se considera un grado de evolución en sentido divergente. Porque los monos son negros, pero ninguno tan negro como nuestro héroe. Además es lampiño. Su cuerpo es liso, salpicado aquí y allá por un vello escaso, apartándose en esto de los monos de casi la generalidad de las bestias.

Los mongólicos son los más primitivos en cuanto a la textura del cabello y la forma de los labios. Los chinos tienen el cabello completamente lacio casi cerda, y los labios finos. Pero en cambio están muy evolucionados en cuanto a la poca abundancia de vello, al escaso desarrollo de las arcadas supraorbitarias y sobre todo en cuanto a sus ojos oblicuos, que se dirían estilizados, milagro de pincel o delirio refinado de acuarelista. Los ojos mongólicos tienen un dibujo demasiado exquisito para decorar la cara de un mono. Y es seguro que a nuestro juez mono, le gustarían muy poco.

Quiérese decir que todas las razas equidistan sobre poco más o menos del parlente original. Y en verdad

que estas cosas de la ciencia causan sorpresa. Sería difícil convencer a ciertas personas de que los labios gruesos de un negro –la bemba– y el cabello crespo –la pasa– son precisamente signos de evolución que los antropólogos se consideran obligados a computarle al negro como un elemento de superioridad. Y también sería difícil convencerles del contrapolo. Es decir, de que todos los monos conocidos en la actualidad tienen el pelo lacio y suave, corno de seda, y los labios delgados como los de un dictador. Aún sería más difícil hacerle admitir que Fredric March y Robert Taylor, galanes de cine, y más todavía John Barrymore, apodado en las escenas de Broadway por la nitidez de sus líneas "El Perfil", equidistan del antropopiteco ancestral con Paul Robertson o Hattie McDaniel. Es una verdadera pena que Clark Gable y Kid Chocolate estén más o menos a la misma distancia de King Kong, pero esto no lo podemos evitar. Carlos Darwin, inglés de pura cepa blanca y Franz Boas, que ha dedicado toda su vida a estos problemas, que ha hecho las fichas antropométricas de miles de inmigrantes de Estados Unidos y que tienen el pelo lacio, las arcadas supraorbitarias desarrolladas, los labios finos y el vello abundante, son dos, entre cientos más, de los que tienen verdaderamente la culpa.

* * *

Ahora bien; nuestro negro inmóvil es extremadamente negro. Ni siquiera en esto, que es un rasgo común a los antropoides, Se quedó a la zaga. Lo que ocurre es que hizo el recorrido al revés. O sea, que evolucionó en el sentido de la negrura y no en el sentido de

la blancura. Si lo hubiera hecho así se hubiera librado de una serie de problemas bastante desagradables. Pero es justo declarar, en defensa de nuestro héroe, que no lo hizo por brutalidad o por ignorancia. Ante todo, porque cuando decidió realizar este proceso evolutivo, la sociedad no estaba organizada según el esquema actual. Luego, que esta evolución tenía una razón lo suficiente digna de tomarse en consideración como para desatender los chismes de los hombres. En esa época no existía la Ley de Linch. Lo que existía era un sol tropical bastante agresivo. Porque sucede que el único carácter en que los antropólogos modernos encuentran que las condiciones climatológicas han influído más evidentemente, es en la pigmentación de la piel, no, como se está tentado a creer, por razones de temperatura. Al fin y al cabo es muy difícil comprender en qué consiste la frescura del color negro. La verdad parece estar en el hecho de que el color negro actúa como un filtro de los rayos solares actínicos. Estos rayos son necesarios al organismo humano pero en su debida dosificación, como la estricnina. En pequeñas, dosis es saludable, en grandes dosis es nociva. El sol tropical está muy cargado de rayos actínicos y es natural que nuestro negro simpático, como dice la francesita, se proveyera de un filtro eficaz que le permitiera desandar por las selvas plagadas de peligros. Naturalmente, no es fácil despojarse de la vestimenta de luto, elaborada con un tejido finísimo y complejo de millares de generaciones, al trasladarse de la jungla a las urbes ensombrecidas por los rascacielos. El tejido con el cual ha sido elaborado el color de nuestro negro revolucionario, es bastante complicado. Los doctores Edwards

y Duntley han averiguado, mediante investigaciones realizadas con el fotómetro, que en el color de la piel intervienen cinco pigmentos: melanina, melanoide, carotene y dos formas de hemoglobina. Melanos quiere decir negro en griego. La melanina es la que origina el color de los negros. Sin embargo, la melanina está presente también en la piel de los blancos. Sólo que en una proporción ínfima en relación con la proporción de los negros. En el negro es de 68% y en el blanco es sólo de 8%. Pero esta melanina es la sustancia más enérgica. Su capacidad tintórea es tan elevada que el cuerpo entero del negro inmóvil solamente contiene 1 grado del pigmento. Pues, con ese humilde gramito el negro más inofensivo da unas vueltas de *swing*, rasga una guitarra o despliega el marfileño abanico de su dentadura y cuando menos se espera le entinta la piel a varias generaciones. Y se queda de lo más tranquilo. Queda inmóvil, listo, para el examen.

La edad de los aires

Los aires de La Española, llegada la Navidad, parece que vuelven a la infancia. Es cierto que son unos aires muy viejos. Todo el mundo sabe que llegaron a la isla mucho antes que los aborígenes. Antes que la arboleda, su camarada antigua. Pero en cuanto empieza a encanecer el año, le penetra un impulso de remozamiento que les hace regresar a la infancia. Dondequiera se alborota la presencia del aire niño. Las personas que viven en la isla acaban por ser una especie de dependencia de estos aires. Quedan sometidas a su móvil sistema. Y así cuando llegan los aires de Navidad se comunica a todos este delirio de juventud que huele a manzanas, a infancia restituida, a ganas de renacer.

No hay quien resista en la isla este poderoso impulso. Se alza la ventolina y todos quieren sentir cómo le arranca de las vértebras los años vencidos. Entre los guijarros se verían años abolidos. Debían rodar por el polvo derogado los años de zozobra, los viejos

años de naderías, años de servidumbre con labor y látigo. Luego, a encarar una nueva existencia frutal, renovados por los aires de júbilo.

Por eso nuestra aventura sucede en estos días de Navidad. Han soplado los aires y en toda cosa ha prendido un espíritu de cambio. La ventolina alegre ha subido por el lomo de la negrada y le ha dejado en los oídos una inquieta rebeldía. Es la hora del goce pero, en tanto, hierven las calderas, la melaza estalla urgida por la solicitación del fuego. Las masas aprietan cruelmente la caña que se desangra y gime. Llega una carretada más. El negro dobla el lomo. De pronto queda inmóvil mientras el guarapo se derrama libremente...

* * *

Es evidente que Doña María de Toledo, esposa del Segundo Almirante Don Diego, que es Gobernador de la isla, no desearía cambios muy profundos. Tiene corte virreinal y vive, como en un panal, rodeada de niñas casaderas que sostienen un zumbido perennemente juvenil en el Alcázar –mitad palacio, mitad fortaleza– donde reside. La economía de la isla es más que medianamente próspera debido al auge de la industria del azúcar. Don Diego tiene un buen ingenio, LA ISABELA. Los ingresos del año dan para remozar todo el vestuario de la corte. La Nochebuena ha sido serena y hermosa. Han nacido algunos amores secretos. Pasamonte y sus secuaces les calumnian ante el Rey llamándoles deservidores. No importa por el momento. La vida es, alegre y es la Navidad.

* * *

De improviso se levanta un rumor que penetra los salones y se detiene en las hornacinas, Doña María cruza apresuradamente sosteniéndose las faldas. Dos niñas se miran con los ojos abiertos: ¡los negros! Dos oficiales reales fruncen el entrecejo: ¡los negros! El rumor rueda por toda la ciudad. Los vecinos se van pasando la noticia de puerta en puerta: ¡los negros! ¡los negros! Y aquel color va girando y perdiéndose en el laberinto de los oídos... Se habla de aquellos negros como si se tratase de una masa inconsciente, de una avalancha de carbón o de una plaga de hormigas. Y entonces llega la confirmación de la noticia: los negros se han alzado.

Como todavía no existe la Prensa Asociada, las noticias se van acercando mediante un proceso delicado. Pimero son un presentimiento. Luego se convierten en rumor. El rumor se va haciendo cada vez más espeso. Se le forma entonces una burbuja que estalla de súbito. Es la última etapa e indica que ha llegado la noticia. En el caso de nuestra historia la burbuja la formó el Lic. Cristóbal Lebrón. El Licenciado estaba en un ingenio suyo y pudo enterarse a tiempo del curso de los acontecimientos. Envió inmediatamente la burbuja al Almirante: la negrada está en marcha. Veinte negros del ingenio del Almirante han salido a juntarse con otros veinte en cierto sitio.

Han matado a algunos blancos desprevenidos que han encontrado en el campo. Luego han seguido en dirección de la Villa de Azua...

Por el momento el peligro de los negros alzados parece de menos importancia. Pero la verdad es que puede aumentar en proporciones demasiado delicadas. En toda la línea que van siguiendo los negros hay ingenios. Cada ingenio tiene una dotación aproximada de 125 negros. La labor en los ingenios es inhumana. Cualquiera de estos obreros andaría con la vida hecha girones con tal de disfrutar de una oportunidad de ser libres. Al fin y al cabo esta era una vida hecha girones. Los aires de Navidad traen alusiones a una alegría ruidosa, a un remozamiento, a un ansia de vivirse. Pero para ninguno significa nada aquel lenguaje. El ingenio tiene que seguir produciendo y el negro es el ingenio. De modo que es muy fácil que toda la dotación de un ingenio se alce al primer conato de sonsacamiento. Y son varios ingenios...

A este peligro se añade otro. Estamos en 1522. Hace varios años que la colonia se mantiene en un penoso estado de incertidumbre. El cacique Enriquillo está en las montañas de Bahoruco bordando una leyenda. Ninguna de las expediciones dirigidas contra él ha tenido éxito. A un descalabro ha seguido otro descalabro. Tamayo "un indiazo valiente aunque en cueros" está bordando también su leyenda del otro lado de la isla. Tiene éxito. Los caminos solitarios son peligrosos. La corona lleva miles de ducados invertidos inútilmente en la guerra contra el indio. Ya se sabe con toda seguridad que se puede hacer una guerra de color desde las montañas. Los indios son bravos y saben defenderse. Las montañas del Bahoruco se han sumado a la rebelión y combaten con las rocas ríspidas y las lajas, con las furnias, con las malezas

espinosas y la distancia. En la zona del indio el agua se ha declarado en huelga. El sol se ha hecho aliado del agua y juntos luchan disparando sed. Todo conspira en contra del colono y en favor de los rebeldes. La naturaleza de la isla Española es revolucionaria...

Cuando el Almirante Don Diego ha visto estallar la burbuja se ha detenido a meditar. Si los negros alzados logran organizar la resistencia en las montañas no se sabe cuál será el destino de La Española. Son numerosos. Si logran hacer una alianza con los indígenas entonces ya está todo perdido, o sea, están perdidos todos los ingenios. Perdida la corte florida de la virreina. Perdidos servidores y deservidores. El ejemplo en todo el Mar Caribe será extremadamente pernicioso. En un solo instante parece que toda la civilización europea en el Nuevo Mundo está tambaleante.

Entonces el Almirante Don Diego se considera elegido por el destino para realizar una inmensa tarea histórica. Hay que detener el peligro negro que se cierne sobre el mundo. Distribuye las órdenes que su limitada soberanía le permite, con precisión, carácter, energía. Organiza unos cuantos caballeros. Soldados y peones corretean y limpian las armas. Melchor de Castro, que es escribano mayor de minas, suelta las escribanías y empuña la espada en procura de más sonada gloria. Y en este momento interviene una vieja conocida, aquella magnífica señorona de los andares mestizos, la Real Audiencia de Indias. Al principio ella no puso mayor atención. Al alzamiento de Enriquillo le tenía los sesos tan aguados que oyó la noticia, levantó las orejas como hacen los bueyes, y se quedó

tranquila. Insensiblemente su atención rechazaba aquel nuevo peligro, como si lo eliminara. Pero el rumor iba cobrando energías. La cosa no era tan sencilla. La señorona enderezó el cuerpo matronil, se sacudió el polvo de los hombros, puso las cejas en ángulo agudo y dictó un proveimiento final: todos los caballeros, hidalgos y los que tuvieran caballo en la ciudad y en toda la comarca, debían seguir a Don Diego.

Porque Don Diego había salido ya. La civilización no podía esperar a que la venerable matrona se alisara el fino bozo mientras avanzaban los negros. Don Diego dio la orden de marcha y al cabo de dos días estaban a orillas del río Nizao. Allí Don Diego decidió pasar la noche. De esta manera reposaba la gente y, lo que era más importante, hacía tiempo para que llegara la caballería organizada por la Real Audiencia. El río Nizao veía el movimiento con indiferencia. Era por diciembre y venía flaco de aguas. Ahora sus orillas eran una ancha avenida de callados y piedras lisas y blancas. El agua azul, dulce y llena de rumores. Allí todo invitaba al reposo y eliminaba bucólicamente el espíritu de la acción. Pero por delante estaba la gran tarea histórica...

En esto estalló una nueva burbuja. Los negros habían llegado a un hato de vacas de Melchor de Castro, el escribano de minas, que estaba reposando la jornada, tendido sobre los callados del Nizao. Habían asaltado la hacienda y matado a un cristiano albañil que estaba allí dedicado a la agricultura. Oviedo, el cronista de estas aventuras, consigna el dato así de pasada, pero no es necesario mucho esfuerzo de con-

centración mental para llegar a la convicción de que la muerte del cristiano se debió, principalmente, al cambio de profesión. Para pasar de la albañilería a la agricultura en tiempos tales, en pleno período constructivo de La Española, y con revolución en las montañas, hay que tener deseos de morir históricamente. Es claro que después de muerto el hombre, era difícil descubrirle la profesión; Oviedo lo supo porque Melchor de Castro lo dijo al llegar la noticia, todo ensoberbecido. De todos modos, este detalle no parece ser lo más importante al relato. Lo primordial es que los negros encontraron al cristiano en el potrero de Melchor de Castro y antes de indagar sus generales completas se dieron por satisfechos con el hecho de que fuera blanco y lo liquidaron higiénicamente. Había un negro en el hato y lo sumaron a la marcha. Había doce indios y los integraron al grupo. Detrás dejaron el rastro del saqueo...

Y no era esto todo. Los negros habían seguido la ruta de Azua. En el camino habían liquidado, en virtud del mismo principio, a nueve cristianos más. Después de toda esta actividad revolucionaria, resolvieron descansar y acamparon a una legua de Ocoa, cerca del ingenio poderoso del Licenciado Zuazo, que luego heredó su esposa Felipa y más tarde las dos hijas Emerenciana y Leonor, muy requeridas en la Corte. En el ingenio poderoso habían unos diez cristianos más. El Licenciado Zuazo y la familia no estaban allí. El Licenciado era oidor de la Real Audiencia y residía en la capital. Los que residían en el ingenio poderoso eran 120 negros más. Con este refuerzo y el de otros ingenios poderosos que estaban abrevando a orillas de los ríos

Por el momento el peligro de los negros alzados parece de menos importancia. Pero la verdad es que puede aumentar en proporciones demasiado delicadas. En toda la línea que van siguiendo los negros hay ingenios. Cada ingenio tiene una dotación aproximada de 125 negros. La labor en los ingenios es inhumana. Cualquiera de estos obreros andaría con la vida hecha girones con tal de disfrutar de una oportunidad de ser libres. Al fin y al cabo esta era una vida hecha girones. Los aires de Navidad traen alusiones a una alegría ruidosa, a un remozamiento, a un ansia de vivirse. Pero para ninguno significa nada aquel lenguaje. El ingenio tiene que seguir produciendo y el negro es el ingenio. De modo que es muy fácil que toda la dotación de un ingenio se alce al primer conato de sonsacamiento. Y son varios ingenios...

A este peligro se añade otro. Estamos en 1522. Hace varios años que la colonia se mantiene en un penoso estado de incertidumbre. El cacique Enriquillo está en las montañas de Bahoruco bordando una leyenda. Ninguna de las expediciones dirigidas contra él ha tenido éxito. A un descalabro ha seguido otro descalabro. Tamayo "un indiazo valiente aunque en cueros" está bordando también su leyenda del otro lado de la isla. Tiene éxito. Los caminos solitarios son peligrosos. La corona lleva miles de ducados invertidos inútilmente en la guerra contra el indio. Ya se sabe con toda seguridad que se puede hacer una guerra de color desde las montañas. Los indios son bravos y saben defenderse. Las montañas del Bahoruco se han sumado a la rebelión y combaten con las rocas ríspidas y las lajas, con las furnias, con las malezas

espinosas y la distancia. En la zona del indio el agua se ha declarado en huelga. El sol se ha hecho aliado del agua y juntos luchan disparando sed. Todo conspira en contra del colono y en favor de los rebeldes. La naturaleza de la isla Española es revolucionaria...

Cuando el Almirante Don Diego ha visto estallar la burbuja se ha detenido a meditar. Si los negros alzados logran organizar la resistencia en las montañas no se sabe cuál será el destino de La Española. Son numerosos. Si logran hacer una alianza con los indígenas entonces ya está todo perdido, o sea, están perdidos todos los ingenios. Perdida la corte florida de la virreina. Perdidos servidores y deservidores. El ejemplo en todo el Mar Caribe será extremadamente pernicioso. En un solo instante parece que toda la civilización europea en el Nuevo Mundo está tambaleante.

Entonces el Almirante Don Diego se considera elegido por el destino para realizar una inmensa tarea histórica. Hay que detener el peligro negro que se cierne sobre el mundo. Distribuye las órdenes que su limitada soberanía le permite, con precisión, carácter, energía. Organiza unos cuantos caballeros. Soldados y peones corretean y limpian las armas. Melchor de Castro, que es escribano mayor de minas, suelta las escribanías y empuña la espada en procura de más sonada gloria. Y en este momento interviene una vieja conocida, aquella magnífica señorona de los andares mestizos, la Real Audiencia de Indias. Al principio ella no puso mayor atención. Al alzamiento de Enriquillo le tenía los sesos tan aguados que oyó la noticia, levantó las orejas como hacen los bueyes, y se quedó

tranquila. Insensiblemente su atención rechazaba aquel nuevo peligro, como si lo eliminara. Pero el rumor iba cobrando energías. La cosa no era tan sencilla. La señorona enderezó el cuerpo matronil, se sacudió el polvo de los hombros, puso las cejas en ángulo agudo y dictó un proveimiento final: todos los caballeros, hidalgos y los que tuvieran caballo en la ciudad y en toda la comarca, debían seguir a Don Diego.

Porque Don Diego había salido ya. La civilización no podía esperar a que la venerable matrona se alisara el fino bozo mientras avanzaban los negros. Don Diego dio la orden de marcha y al cabo de dos días estaban a orillas del río Nizao. Allí Don Diego decidió pasar la noche. De esta manera reposaba la gente y, lo que era más importante, hacía tiempo para que llegara la caballería organizada por la Real Audiencia. El río Nizao veía el movimiento con indiferencia. Era por diciembre y venía flaco de aguas. Ahora sus orillas eran una ancha avenida de callados y piedras lisas y blancas. El agua azul, dulce y llena de rumores. Allí todo invitaba al reposo y eliminaba bucólicamente el espíritu de la acción. Pero por delante estaba la gran tarea histórica...

En esto estalló una nueva burbuja. Los negros habían llegado a un hato de vacas de Melchor de Castro, el escribano de minas, que estaba reposando la jornada, tendido sobre los callados del Nizao. Habían asaltado la hacienda y matado a un cristiano albañil que estaba allí dedicado a la agricultura. Oviedo, el cronista de estas aventuras, consigna el dato así de pasada, pero no es necesario mucho esfuerzo de con-

centración mental para llegar a la convicción de que la muerte del cristiano se debió, principalmente, al cambio de profesión. Para pasar de la albañilería a la agricultura en tiempos tales, en pleno período constructivo de La Española, y con revolución en las montañas, hay que tener deseos de morir históricamente. Es claro que después de muerto el hombre, era difícil descubrirle la profesión; Oviedo lo supo porque Melchor de Castro lo dijo al llegar la noticia, todo ensoberbecido. De todos modos, este detalle no parece ser lo más importante al relato. Lo primordial es que los negros encontraron al cristiano en el potrero de Melchor de Castro y antes de indagar sus generales completas se dieron por satisfechos con el hecho de que fuera blanco y lo liquidaron higiénicamente. Había un negro en el hato y lo sumaron a la marcha. Había doce indios y los integraron al grupo. Detrás dejaron el rastro del saqueo...

Y no era esto todo. Los negros habían seguido la ruta de Azua. En el camino habían liquidado, en virtud del mismo principio, a nueve cristianos más. Después de toda esta actividad revolucionaria, resolvieron descansar y acamparon a una legua de Ocoa, cerca del ingenio poderoso del Licenciado Zuazo, que luego heredó su esposa Felipa y más tarde las dos hijas Emerenciana y Leonor, muy requeridas en la Corte. En el ingenio poderoso habían unos diez cristianos más. El Licenciado Zuazo y la familia no estaban allí. El Licenciado era oidor de la Real Audiencia y residía en la capital. Los que residían en el ingenio poderoso eran 120 negros más. Con este refuerzo y el de otros ingenios poderosos que estaban abrevando a orillas de los ríos

y arroyos de la comarca, los negros, según nos cuenta el cronista, pensaban avanzar sobre la ciudad de Azua y pasarla a cuchillo.

Como llegaran las noticias al Nizao, el ejército suspendió el idílico reposo. El Almirante convocó a los caballeros para entrar en consulta. Había que determinar un plan de batalla, asignar a cada escuadrón la función correspondiente y determinar la ruta a seguir. Ante todo había que esperar los refuerzos enviados por la Real Audiencia. El Almirante quería reunir al Estado Mayor para designar los mandos respectivos. El Almirante quería hacer cualquier cosa seria y soberbia. En esas ocasiones en que la historia está avizorando los acontecimientos hay que adoptar una postura plástica, un dintel de prosopopeya. Y el Almirante quería estar a la altura de los acontecimientos.

Y Melchor de Castro también. Hasta el momento en que llegó la última noticia, Melchor de Castro había manifestado grande enojo contra los malhechores. Estaba de acuerdo en que había que salvar la civilización y proteger la vida y la prosperidad de los colonos. Se prometía cumplir su misión con el mayor decoro. Pero de buenas a primeras estalló la burbuja. Entonces todo su esquema heroico se vino abajo al enterarse de que los negros, antes de atentar contra la marcha ineludible de la civilización, se le habían metido en el potrero, le habían matado al albañil, le habían saqueado la casa, le habían llevado el negro y los doce indios y le habían estropeado todos sus proyectos para lo porvenir. Ya estas eran noticias de más

elevada alcurnia. La defensa de la civilización era un problema digno de la epopeya, pero la defensa de sus ahorros era algo que había que arreglar inmediatamente. Pero, como que para resolver la situación, Melchor va a necesitar espacio, parece ser lo más recomendable abrirle el capítulo siguiente.

La batalla

"El haberse detenido Sancho con Ricote no le dio lugar a que aquel día llegase al castillo el duque, puesto que llegó media legua de él, donde lo tomó la noche algo oscura y cerrada;"

El héroe de este capítulo es Melchor de Castro. Y he aquí un héroe para quien la gloria fue cosa secundaria. En el primer momento Melchor pudo pensar en mármoles, pero cuando estalló la burbuja última, todo se le hizo verdadero: le habían saqueado la hacienda. Estas eran palabras mayores. En seguida Melchor pensó lo que tenía que hacer. Invitó a un par de compañeros y se fue a ver si era verdad que habían sucedido aquellas cosas en lo suyo. Si hubiera pedido autorización al Almirante –pensó– es seguro que se la habría negado. Entre otras razones, por las de su propia seguridad. Pero Melchor no podía detenerse por razones. Se salió del real, como cuenta el cronista, y se plantó en su hacienda. Es verdad.

La explosión de la burbuja había dejado allí su huella. Allí estaba el albañil panza arriba. La hacienda saqueada. Faltaban el negro y los indios...

En vista de esas circunstancias Melchor hubiera podido tomar una serie de medidas distintas. Lo primero que hizo fue proceder a sepultar al albañil. Con el último terrón le echaron unos padre-nuestros. En el aire funeral se colgaron algunos signos en cruz, hechos rápidamente, con las manos sucias del polvo definitivo. Cuando Melchor dijo al persignarse: "de nuestros enemigos líbranos Señor"... encontró de súbito cuál era la medida que tenía que tomar. De nuestros enemigos tenían que librarse ellos mismos. Los compañeros fueron del mismo parecer y procedieron a poner en práctica la mejor medida. Inmediatamente Melchor mandó a decir al Almirante que se iba en seguimiento de los negros con dos de a caballo que con él estaban, que le suplicaba que le enviase alguna gente porque él iba con determinación de entretenerlos en lo que llegaba su señoría. El Almirante respondió enviándole 9 caballeros y 7 peones al mando de Francisco Dávila. Al reunirse formaron un escuadrón de 12 caballos que partió en busca de los rebeldes y los encontraron allí, en las inmediaciones del ingenio poderoso del Licenciado Zuazo, modelando el futuro...

* * *

Era la madrugada profunda. Los esclavos alzados dormían una suave noche de libertad antillana. La fatiga mullía la tierra y estaban presentes los aires de

la Navidad en un nuevo sentido. Lo que pudiera sobrevenir después no era para turbar el reposo. Nada podía sobrevenir peor que la vida que habían tenido que arrastrar. La muerte había sido una especie de recurso anhelado. En última instancia, la muerte de los rebeldes es una cosa agitada y violenta que no da mucho tiempo para saborear los últimos sorbos de vida. Porque la conciencia, como un espejo golpeado, se quiebra en múltiples... y en esto sobrevinieron los caballeros. Es que no hubo tiempo para pensar. Se había escuchado el trote de los caballos en la serenidad de la madrugada. Y estaban allí. Los rebeldes tenían la cabeza hecha un molino que giraba entre el sueño reciente y la brusca realidad. Y aquellos molinos pudieron ver cómo los doce quijotes embrazaban sus adargas, puestas sus lanzas de encuentro, picaban las cabalgaduras, estribera con estribera a rienda tendida, invocaban a Dios y al apóstol Santiago, con lo cual los doce se convertían en catorce, y arremetían impetuosamente. Los esclavos apenas tuvieron tiempo para agruparse con un ensordecedor griterío. Se colocaron hombro con hombro y resistieron animosamente el ímpetu de los caballeros. La mole de los caballos traspasó de parte a parte el grupo, cayeron algunos esclavos dejando al resto envuelto en una atmósferra densa del polvo. Los esclavos se volvieron para mirar a través de los claros de la madrugada en la dirección del trote. Los caballeros volvieron grupas y de nuevo volvía la mole. Los esclavos se reagruparon. Ahora habían recogido algunas piedras y había echado mano de algunas varas endurecidas al fuego que enfilaron furiosamente y las lanzaron como proyectiles, al acercarse el es-

cuadrón, al tiempo que lanzaban las pedradas en tiro de abanico. A Melchor de Castro le atravesó el brazo una vara filosa mientras la caballería traspasaba a todo galope perforando el pelotón de los rebeldes. Cayeron seis esclavos. La superioridad de la caballería y las armas era inmensa. Por otra parte no había habido tiempo para formalizar una estrategia. Había que ir a recoger las varas lanzadas a gran distancia y las piedras no producían más que dolor cuando hacían blanco... Los caballeros se habían colocado de nuevo en formación de choque y ya cargaban a todo galope. Era imposible esperar la nueva acometida. Los esclavos se dispersaron y huyeron perdiéndose entre las peñas y los riscos. La batalla había durado un cuarto de hora.

* * *

Melchor de Castro estaba sangrando profusamente del brazo izquierdo, no había clareado bien y los contornos eran apropiados para el escondite. Por eso no se continuó la persecución de los esclavos. Pero nada de eso le impedía a Melchor ocuparse de su hacienda. Mientras acababa de clarear hizo llamar a sus esclavos por voz de un vaquero suyo. Estos no estaban muy lejos. Se habían escondido por ahí y al oírse llamados por sus nombres, salieron sumisamente, cariñosamente, y se sometieron al amo. No eran esclavos rebeldes, sino robados. Melchor pensó que de todos modos el mejor castigo era ponerlos a trabajar. Con esto había recuperado la parte más importante de su hacienda. No le hubiera faltado más que revivir al albañil. Pero, como esto no lo podía hacer, deci-

dió irse a descansar con sus compañeros de epopeya, al ingenio poderoso del Licenciado Zuazo en lo que llegaba el Aimirante.

* * *

El Almirante llegó a la caída de la tarde con un escuadrón poderoso dispuesto a encararse con la gloria. Pero ya Melchor de Castro había hecho todo el trabajo. A pesar de ello algo había que hacer. Para algo se era Segundo Almirante y Gobernador de la isla. Entonces dispuso que Melchor de Castro se fuera a ver al cirujano en la capital para que le curase la herida del brazo. Después, con más calma, procedió a organizar la persecución de los esclavos fugitivos para hacer caer sobre ellos la sanción correspondiente. Esta sanción tenía que estar en razón directa del peligro que hubo de significar el alzamiento. Este peligro ya se sabe en lo que consistía. Los alzados eran unos cuarenta pero en cada ingenio poderoso había unos 25 negros esclavos y Enriquillo estaba haciendo maravillas en las montañas. El Almirante había calibrado el peligro correctamente. Hizo perseguir los esclavos y comprobó que no podían ser cazados por gente de a caballo debido a la fragosidad de la región en que se habían escondido. En vista de lo cual dispuso que Pero Ortiz de Matienzo capitaneara un grupo de gente de a pie que siguiera los fugitivos por las partes ásperas. Pero Ortiz de Matienzo cumplió a cabalidad su cometido. A veces encontraba alguno que no estaba dispuesto a entregarse y peleaba. A éste tenían que matarle allí mismo. Seguramente entre éstos estuvo el negro inmóvil que acaudilló el alzamiento. A otros

los cautivaban vivos y los ahorcaban de trecho en trecho. A algunos de los que habían tenido que matar peleando los ahorcaban también. Porque lo más importante es que sirvieran de ejemplo para futuros alzamientos. El trabajo de caza y horca duró unos cinco o seis días, al cabo de los cuales el Almirante regresó victorioso a la capital. Oviedo colocó este colofón a aquella victoria:

"Y desta manera quedaron los negros penitenciados, como convino a su atrevimiento é locura, é todos los demás espantados para adelante y certificados de lo que se hará con ellos, si tal cosa les passare por pensamiento, sin que se tarde más en castigarlos de quanto se tardara la ventura suya en descubrir su maldad..."

* * *

Porque en todo este problema la maldad estaba de parte de los negros esclavos, según nos dice el venerable cronista. No había duda. Aquellos seres malhadados no se resignaban de ninguna manera a aceptar piadosamente la opresión. Trabajaban como monstruos, sin alimentación, sin descanso, sin recreo, sin "demora" —aquella migaja de libertad que le tiraban a los indios— y con látigo y fuego candente. Pero no tenían derecho a intentar siquiera sacudirse el polvo. Sin embargo, los esclavos negros no tenían pasta de esclavos. En 1528 se ordenó públicamente en Cuba

"que no se llevasen a Cuba negros de La Española porque se huían de ella, y que 500 negros holgazanes que anda-

ban esparcidos por las islas fuesen herrados y echados de ellas porque incitaban a los esclavos domésticos a que se alzasen".

En septiembre de 1532 otra ley prohíbe la introducción de negros de Jelofe *"porque esta casta de negros, soberbios, inobedientes, revolvedores e incorregibles, era la causa de los levantamientos y muertes de cristianos que habían sucedido en Puerto Rico y las otras islas."*

En 1527 había ocurrido una rebelión en Puerto Rico. Dos años después ocurrió otra en Santa Marta. En 1531 sucedió en Panamá. En 1537 en México y el Virrey pide que se suspenda el envío de esclavos. En 1548 ocurre otra bastante seria en La Española, en las montañas del Maniel, que luego se llamó el Maniel de los Negros, y en el mismo año otra en San Pedro de Honduras. En 1552 es al mismo tiempo en Panamá y en Venezuela. Al fin toda esta lucha culmina con la hecatombre de Haití.

* * *

El alzamiento de los negros de La Española, que se acaba de relatar, fue el primer estallido de la lucha por la emancipación de la raza. Duraría apenas un cuarto de hora. Pero tuvo consecuencias perdurables y de gran importancia. Como fue una derrota, estas consecuencias fueron en contra del porvenir de la raza. La primera fue la de organizar una maquinaria compulsiva para impedir la protesta. La segunda fue el establecimiento del Sistema de la esclavitud sólidamente. En última, la que constituye la modalidad

moderna de la opresión, la discriminación racial. Este proceso no se realizó sin suscitar la protesta de los mejores espíritus de España. Así que, para declinar este relato, precisa echar una ojeada y a vista de pájaro sobre esos problemas.

Momento español

Con esa derrota quedaba definitivamente establecido el sistema de la esclavitud de la raza negra en el Nuevo Mundo. A partir de entonces la esclavitud adquiere nuevos rasgos y se convierte en una institución de lineamientos modernos. Se vuelve una institución de color.

Eran los mismos instantes en que la raza aborigen marchaba hacia su emancipación. Los indios habían encontrado en la parte positiva de España una aliada entusiasta desde los mismos albores del Descubrimiento. Y seguramente el afán libertador de la mejor España habría plasmado aquellas ideas en una verdadera libertad, en una forma natural de convivencia de las dos razas, si no hubiera sido por los intereses materiales que entraron en juego. *"La historia de nuestra civilización* —nos dice Altamira— *tuvo como uno de sus aspectos característicos, la lucha incesante entre un Estado deseoso de amparar ampliamente a*

los indios, ayudado en esto por todos los que participaban de las ideas expresadas en las normas legales, y la codicia de quienes miraban en primer término a su lucro personal y sacrificaban a éste la vida de los indígenas..." y esta es toda la verdad de la colonización. Las formas de opresión inhumana que aparecieron en América no son imputables pura y simplemente a España. Hay dos clases de españoles. Tendríamos que ponernos de acuerdo respecto al problema de determinar cuál es el sector de los españoles que constituye lo que se llama España. No todos convendríamos en que lo que hay que entender como España es el conjunto de los españoles codiciosos y asesinos...

El caso es que la movilización de los más altos espíritus culminó con la abolición de la esclavitud y la emancipación de los aborígenes. Pero sucedió que a una raza la sustituyó la otra. Entonces esos mismos espíritus elevados se dieron cuenta de que los principios invocados en favor del indio eran igualmente válidos para el negro. El primero en darse cuenta de ello fue el Padre Las Casas. Él mismo confiesa que en un principio creyó que la raza negra debía sustituir al indígena pero enseguida cayó en la cuenta de su error *"porque la misma razón es dellos que de los indios"*.

Vitoria se confundió un poco con el problema y se manifestó partidario de la esclavitud de los negros. Había sido un furioso antiesclavista con respecto a los indios pero con respecto a los negros se quedó situado en un criterio anticuado. No vio de pronto nada más que el hecho de que la raza negra, como la blanca y como cualquier otra, entraban en una

institución inmemorialmente establecida. No se dio cuenta de que el nuevo patrón esclavista requería urgentemente la participación intelectual de los mejores espíritus. Vitoria distinguía los tres casos siguientes: a) los negros salteados con engaño; b) los que entre ellos eran esclavos de guerra y c) los comprados por conmutación de pena de muerte. No justificaba el primer caso y dudaba que fuese generalizado porque de serlo comprometería la "conciencia" del rey portugués. El bueno de Vitoria creía que la esclavitud de los negros era un problema de conciencia. Admitía en el segundo caso que los portugueses comprasen los negros pues no estaban obligados a averiguar la justicia de las guerras entre los bárbaros. *"Basta que éste es esclavo, de hecho o derecho, y yo lo compro llanamente"*. Aceptaba también el tercer caso. Sin embargo, pedía que los esclavos fuesen tratados humanamente porque eran prójimos y el amo y el siervo tenían otro señor (Dios); siendo bien tratados, su esclavitud les convendría más que dejarlos en sus tierras... Lo que le había sucedido a Vitoria es que no había pensado en el problema. Estas ideas habían sido expresadas en una consulta que le hizo el fraile Bernardino de Vique. Le pareció que no se trataba sino del antiquísimo problema de la esclavitud ya bastante discutido y aceptado.

Pero hubo muy buena gente que se dio cuenta enseguida del alcance de la nueva institución. Son muchos los nombres que intervinieron en el asunto, solamente en el siglo XVI, que es el que nos ocupa, Luis de Molina escribió el *Libro de la Gracia y el Libre Arbi-*

trio, Domingo de Soto escribió *De Justitia et Jure*, Alonso de Sandoval *de Instauranda Aetiopum Salu Salutem*. El Arzobispo de México, correctamente situado en la tesis abolicionista, escribía el 30 de julio de 1560:

"No sabemos qué causa haya para que los negros sean cautivos más que los indios, pues ellos, según dicen, de buena voluntad reciben el santo evangelio y no hacen guerra a los cristianos. El ir a buscarlos aviva las guerras que tienen entre sí con objeto de hacer cautivos para vender. En cuanto a los beneficios corporales que reciben al ser esclavos de cristianos, son contrarrestados por los daños mayores que se siguen de separar a los matrimonios y familiares."

Pide por esto el Arzobispo que le sean aclaradas las causas para él deponer sus escrúpulos.

En 1569 publica Fray Tomás de Cercado su obra *Tratados y Contratos de Mercaderes*. Estudia el fundamento jurídico de la trata, que considera lícita, basándose en principios de época, pero, después de establecer el Derecho pasa a hacer el examen de los hechos y declara que los principios constituyen la base a cuyo amparo se cometen los más incalificables abusos: caza de unos por otros, condenaciones por enojo y no por justicia, y todo el repertorio de crímenes del comercio humano. Frente a esas razones, con notable progreso lógico, antepone la evidencia de la realidad a los principios y condena vigorosamente la trata.

Luego en 1573 Bartolomé de Albornoz publica *Arte de Contratos*. Las razones jurídicas que ofrece Albornoz son más comprensibles que las de todos los demás.

Aprueba el tráfico de los moros de Berbería, Trípoli y Cirenaica, porque estos a su vez cautivan cristianos, pero condena el de los negros de Etiopía. *"Es contra todo derecho divino y humano* –dice– *enojar a quien no causa daño y peor aún esclavizarlo..."*

"La actitud intelectual de los españoles ante la esclavitud de los indios y de los negros presenta –nos dice Zavala– *de una parte, limitaciones de época y ambiente, y de otra, generosas y universales ideas de libertad humana y comprensión del destino de razas distintas de las europeas..."* Es, naturalmente, la repercusión de una lucha infatigable que se desarrolla en el seno de los pueblos. Desconocer esa realidad y considerar los pueblos como constituidos por una clase homogénea tiene que llevarnos, forzosamente, a contradicciones insalvables.

Y ahora, para terminar, vamos a pespuntear un breve tema de seminario que nos propone el profesor Zavala. *"Lo importante es* –nos dice– *que el afán libertador español no produjo, en cuanto a los negros, los frutos que hemos señalado en relación con los indios. ¿Cuál fue la causa de esta diferencia?"* Cuando vayamos a atacar a fondo el tema, tomaremos como base un elemento que nos dará rápidamente la clave del desarrollo: el ingenio poderoso. Cuando el afán libertador se movilizó en favor de los aborígenes, se había comprobado que éstos constituían una fuerza productiva de muy escaso valor. De modo que los mismos encomenderos fueron los que facilitaron el curso triunfal de esas ideas. Otra cosa distinta sucedió respecto a los negros. Cuando los mejores espíritus martillaban los oídos con su condenación incesante de la esclavitud de

negros, la producción en la isla Española aumentaba en proporciones tan dignas de respeto que florecía en palacios imperiales. La Española se convirtió en la Atenas del Nuevo Mundo. No había razones tan poderosas como el ingenio poderoso. La labor de un negro equivalía a la de cuatro indios. Esta era una de esas verdades ante las cuales se estrellan los silogismos más perfectos. A los oídos les atacó esa forma perniciosa de sordera, la del que no quiere oír. Y los negros siguieron sudando, y al mismo tiempo cantando, por una verdadera temporada...

La leyenda

A pesar de que la mejor España enarboló sus pendones silogísticos para evitarlo, cayó sobre los negros una de esas leyendas destructivas, semejante a la que cayó sobre La Isabela, la primeriza. Pero más cruel aún porque era de un tipo inusitado, era una leyenda muda. Pasa un negro y a su lado va silenciosa la bárbara, martillando su inefable eonducta. Porque esta leyenda se expresa por medio de un elemento visual muy accesible y poderoso: es la leyenda del color.

Esta leyenda que constituye uno de los rasgos típicos de la convivencia americana, fue un resultado del alzamiento de Roldán. El alzamiento fue, precisamente, el planteo del elemento racial en términos económicos. Un acontecimiento nuevo en la historia de la humanidad. Cuando los roldanistas abandonaron las labores mezquinas, pasaron a ser sustituidos por un pueblo cuyo carácter físico más notable era el color de la piel. Tanto los aborígenes como los africanos se diferenciaban del grupo dominante o de los conquis-

tadores por ese carácter. Luego el ingenio poderoso acentuó la significación económica del negro. De modo que la situación social y económica de los individuos vino a ser determinada en una forma práctica y expeditiva. El color se convirtió en un criterio infalible para determinar la ubicación del individuo en el seno de la sociedad.

Hasta el alzamiento de Roldán no existió en ninguna parte del mundo ningún tipo de segregación social que tuviera por fundamento un prejuicio de raza. Y ni siquiera en los primeros momentos. Aquel fue un sentimiento que se fue elaborando a través de las peripecias sociales. Dos factores considerables contribuyeron: por un lado, la formación de una clase blanca sólidamente afincada sobre el producto de los ingenios; y por el otro, la derrota militar (matanzas) de los negros. Cuando se alzó el negro inmóvil, aquel color fue dando vueltas como remolino: ¡los negros! ¡los negros! y se asoció al peligro inminente de la ira de los alzados, la idea de que su emancipación conllevaba la quiebra económica de la colonia, vale decir, de la raza blanca. A partir de ese momento es cuando va a formarse un sentimiento del color. Quiere decir que la discriminación, aunque esto parezca extravagante, es un producto tan moderno como la navegación aérea. Cuando Leonardo da Vinci diseñaba su máquina voladora destinada a recoger la nieve de las cumbres para echarla sobre las ciudades en los días calurosos, una función distinta de la que se le asigna hoy por cierto, no existía en el mundo ningún tipo de segregación social puesto en términos de color. Es innegable que no toda la sociedad tenía ac-

ceso a los sectores privilegiados, pero todo el mundo tenía derecho a usar el color que más le acomodara sin violar los códigos y sin movilizar en ningún sentido los sistemas discriminatorios de la sociedad.

En todas las sociedades humanas, según afirma la sociología moderna, se ha constituido siempre un grupo que sobrestima sus virtudes y se considera dotado de todas las excelencias humanas. Este grupo se yergue sobre los otros interponiendo entre ambos una barrera discriminatoria. En este grupo, que los sociólogos norteamericanos llaman *in-group*, considera a los otros seres *out-group"* como inferiores. El maestro Fernando Ortiz traduce estos conceptos con los términos, *intraneidad* y *extraneidad.* Pues bien: en ningún grupo constituido históricamente el criterio de extraneidad, realizado mediante una barrera discriminatoria, ha tenido por base el elemento del color.

En efecto; en la antigua civilización egipcia se encuentra nítidamente el criterio de extraneidad. Todos los individuos que no pertenecían al grupo interno (*in-group*) eran segregados, pero esa antipatía no tenía nada que ver con el color u otra diferencia física por la cual se distingue la raza. Hubo faraones negroides. Como la esclavitud era practicada ampliamente en Egipto, pudo ocurrir que hubiera esclavos blancos en poder de negros y que los propios blancos, durante la dinastía de los mamelucos, levaran al trono dos hijos de madres negras.

Los poetas griegos que mostraron inclinación a idealizar los negros nilóticos, al referirse a ellos los lla-

maban "los felices etíopes" sin alusión al color. La base de la segregación era la condición de extranjero a los que lla maban "bárbaros".

Para los romanos, herederos de la tradición griega y que se expandieron por el mundo, era muy difícil elaborar un criterio de discriminación a base de la extranjeridad y elaboraron un concepto más fino: la *ciudadanía.*

En ninguno de esos casos se encuentra la antipatía del color. En el momento de la dominación árabe la ausencia del prejuicio se hace más notable. Los reyes negros que iban a la Meca, eran objeto de todos los honores en el camino, mientras que los sabios de Timbuctú visitaban y daban curso en las Universidades de Fez, Marruecos y Granada. Las bibliotecas de estos sabios negros eran notabilísimas y cuando la Europa del Norte era iletrada todavía, sus principales importaciones eran de Timbuctú, sal y libros.

Durante la Edad Media se prolonga este estado de cosas. El Cristianismo inaugura una nueva tesis discriminatoria, haciendo pasar su base del elemento que podría llamarse cultural, al elemento religioso. La Iglesia Católica era universal. El elemento de extranjería perdía toda su significación ante esa universalidad y apareció un nuevo criterio discriminatorio: la herejía. El segregado vino a ser el hereje. Ya vimos que cuando Fernando propuso enviar a La Española esclavas cristianas con la intención de que casaran con los colonos, Don Diego y los oficiales reales se opusieron alegando que habían muchas doncellas "conversas"

que serían desdeñadas. Donde se ve que todavía para esa época la barrera social vigente en La Española era el patrón religioso establecido en la Edad Media. Este criterio estaba tan arraigado que ni siquiera los múltiples contactos a que dieron lugar las cruzadas lograron que prendiera un concepto de raza.

Entonces adviene la Sociedad moderna. Los portugueses eran en el siglo XV los habitantes del mar. Empuñaron el timón de sus naves y fueron empujando el horizonte con toda valentía. Se convirtieron en unos desesperados andariegos del mar ante quienes las olas se hendían como cortesanas. Llegaron a las costas del África occidental y emprendieron por primera vez el acarreo directo de negros a Portugal en condición de Esclavos. La esclavitud era un expediente normal entonces. Aquellos negros no fueron hechos esclavos por su color pues la esclavitud, inclusive de negros, fue conocida desde la más remota antigüedad. Una vez en Portugal, cayeron en el marco discriminatorio de tipo religioso vigente y fueron naturalmente segregados de la población, como las doncellas de La Española. Pero esto no duró mucho. Se hicieron cristianos, comulgaron lindamente y poco más tarde fueron emancipados. Como ya se había eliminado la barrera discriminatoria al cristianizarse, llegaron, no solamente a ser adoptados por sus antiguos amos y convivir con ellos libres de prejuicios, sino a contraer matrimonio en el seno de buenas familias y fundirse con la población. Lo importante es que fueran o no cristianos. El elemento racial no constituyó una barrera para ser absorbidos por la sociedad portuguesa.

Entonces aparece el Nuevo Mundo. Los descubridores crean una sociedad europea en la cual se produce una revolución americana. Se disuelven las diferencias de clase importadas del país de origen y queda convertida en una sola masa homogénea con características raciales determinadas. Al mismo tiempo, la nueva organización económica pone de manifiesto la tremenda superioridad del negro dentro de las condiciones del clima. Ninguna raza, ni siquiera la aborigen, soporta el trabajo, en las condiciones planteadas por el sol tropical. Inevitablemente, se convierte en la raza productiva de las tres que se encuentran comprendidas en el nuevo esquema económico. La clase dominante empieza a crear, imperceptiblemente, un nuevo sistema discriminatorio con el fin de mantener a la raza ligada a los medios de producción.

Esa fue la base. El tiempo hizo lo demás. La raza negra se constituyó en el soporte económico de las otras clases sociales en el área del Caribe. El concepto de raza adquiría un contenido económico. Un nuevo elemento de discriminación aparecía en la historia. Ya no era el concepto de extranjeridad, de ciudadanía, de religión que abrían siempre una oportunidad al discriminado de confundirse con el discriminador. Ahora aparecía un elemento fácilmente discernible: el color de la piel, el cual era absolutamente difícil de mistificar.

A medida que la producción azucarera fue desarrollándose, se acentuó el sientimiento del color. Pero fue a los Estados Unidos a quien correspondió darle los verdaderos lineamientos a la institución. Allí los fundamentos económicos eran distintos pero el re-

sultado era el mismo aunque agudizados en una forma increíble. Los españoles no tenían un sentimiento muy profundo del color. Desde tiempos inmemoriales habían tenido contacto con los pueblos africanos que, inclusive, habían ingresado en la composición étnica de la península. Y los moros, aunque de raza caucásica, tenían la piel muy oscura y le habían dado una civilización a España. Hemos visto que durante la dominación árabe los sabios negros llegaron a dar clases en las Universidades —si pueden llamarse así— de Fez, Marruecos y la misma Granada. Donde los españoles manifestaron un sentimiento del color propiamente dicho fue en Cuba. Allí, hasta fines del siglo pasado, los sacerdotes católicos llevaban registros separados para las inscripciones sobre el estado de las personas; libros, de blancos, pardos y negros.

En la actualidad los mismos españoles que en Cuba son muy sensibles al color y ejercen una discriminación sin reservas, en La Española (República Dominicana) son absolutamente indiferentes y conviven con el elemento de color sin manifestar, por lo menos en forma que hiera la dignidad de las personas, el prejuicio racial.

Una cosa muy distinta sucede en los Estados Unidos de Norte América. Aparte de que en las luchas civiles, el norte industrial esgrimió la abolición de la esclavitud para atacar económica y políticamente al sur agrícola y enconó la antipatía racial hacia el negro, los norteamericanos en general habían heredado el *colour-feeling* de los ingleses. Es cierto que llevaron el patrimonio a un grado inimaginable. Los mismos

ingleses a pesar de estar separados por el continente, habían realizado contacto con los africanos desde mucho tiempo atrás. Brown nos cuenta que los hijos de los reyes y jefes africanos eran llevados frecuentemente a Inglaterra, tratados como *gentleman* y a veces presentados en la corte. Los yanquis en cambio, solamente habían tratado a los negros en calidad de esclavos.

De manera que los Estados Unidos tomaron el sistema discriminatorio y lo llevaron a un grado extraordinario de severidad y con cierto refinamiento sádico. Naturalmente, para justificar esta situación injustificable, se inventó la leyenda del color y se gritó que los negros eran seres inferiores incapaces de desarrollar una civilización, que habían nacido para esclavos y que su ubicación en las capas más abyectas de la sociedad moderna, había sido determinada por la propia naturaleza.

Pura leyenda. Los negros habían desarrollado una civilización propia, de aspectos, muy inquietantes. Pero hay algo que hacer constar. Ninguno de los pueblos que han determinado la corriente de la civilización ha desarrollado una cultura aislada. Todas las civilizaciones han sido el producto del contacto con otros pueblos civilizados. No es simple casualidad que la civilización moderna haya tenido su nacimiento a orillas del mar Mediterráneo. Los pueblos situados a orillas del mar se han ido pasando de mano en mano la cultura, añadiéndole cada uno nuevos elementos. La civilización actual no es el producto de un pueblo solitario. Pero el continente africano tenía un impedimento geográfico

que lo aisló precisamente de ese mar mediterráneo que ha sido el vehículo de la civilización mundial. Ese impedimiento es el desierto de Sáhara. A pesar de ese desgraciado aislamiento los negros habían creado una civilización esplendorosa, organizaciones sociales y políticas complejas, ritos religiosos, elaborados. ciudades en la que existían gremios de artes y oficios cuyos miembros se iban transmitiendo de generación en generación, y en las que el bronce, el oro y el marfil habían sido llevados a una calidad artística extraordinaria como puede verse en todos los museos de Europa. Mientras que todavía no se ha descubierto un alfabeto debido a un pueblo de Europa, Delaffosse nos enseña que los africanos han creado por lo menos dos, ajenos a toda influencia del exterior: el de los Vaí, en la costa de Guinea y el de los Bamon o Bamun en el Camerún Central. Y lo que resulta más divertido es que los negros que no habían podido ingresar en la corriente cultural del mar Mediterráneo, al ser trasladados al mar Caribe le dieron a los pueblos situados en las orillas, todos los elementos culturales que pueden considerarse como autóctonos. Y precisamente en los Estados Unidos, donde el desprecio a la raza de color es más enconado y donde los negros constiuyen una minoría, los únicos elementos culturales propios, los que tienen el sello americano más neto y que los yanquis exhiben con tanto orgullo, son absolutamente negros. Lo que no es negro es europeo. Pero el desprecio tiene otras raíces. Si nuestro negro inmóvil no hubiera sido sorprendido, camino del ingenio poderoso del Licenciado Zuazo, con toda seguridad la civilización americana hubiera tomado otros rumbos. Entre otras cosas, el negro inmóvil no hubiera sido tan feo...

La alegría del mar

El mar Mediterráneo. El mar Caribe es la alegría. Con el rumor del oleaje se escucha una algazara de dioses inauditos que prorrumpe en todo el litoral. Es un mar de júbilo. La vida aparece allí interpretada con unos patrones flexibles que ceden a la más imperceptible exigencia. La realidad cuotidiana es revalorizada y puesta en términos de chiste, juego o danza. El *homo sapiens* es traducido al *homo ludens*. La adversidad es devuelta en goce. La vida en divertimiento. Lo que en Cuba es el *choteo* y en Estados Unidos el *practical joke*. Las formas sooiales, mecanizadas por una actividad secular, caen fulminadas por la burla. Sustituida por nuevas formas más ágiles y elásticas en las que se rescata el contenido humano. Es la derrota final de todos los formalismos, el descrédito de la solemnidad, la abolición de la etiqueta. Y, como contrapartida, el nacimiento de un sentimiento deportivo y juvenil de la existencia. Los hechos más indiferentes aparecen rodeados de un matiz rosado, color de optimismo. Los simples movimientos de la

persona se ven realizados con un goce ingenuo, se dirían saboreados y surgen en la anodina caminata para culminar en la danza. Reaparecen en formas elevadas y revierte en una música de caracteres absolutamente inéditos y llenos de un secreto contenido.

* * *

La más recóndita ascendencia de la alegría del Caribe, hay que ir a buscarla en el fondo histórico en que yace el "ingenio poderoso". Tres razas fueron sometidas a la prueba del azúcar. Una pudo huir amparada en la máquina compulsiva de la colonia, la blanca. Las otras dos fueron implacablemente sometidas al restallido del látigo. De estas dos, la india, reaccionó trágicamente, se ensimismó y cayó vencida junto a los engranajes. El símbolo de esta reacción de los aborígenes ante la adversidad, lo representa esa figurita que aparece en los motivos turísticos mexicanos: un indiecito sentado con la cabeza apoyada en las rodillas bajo un ancho sombrerón. La otra era una raza excepcionalmente enérgica. Reaccionó oponiendo a la desgracia cósmica una alegría ruidosa indomeñable. Este carácter había sido considerado desde los tiempos clásicos como privativo de la raza. Los griegos se referían a los negros nilóticos, como se ha dicho más arriba, llamándoles "los felices etíopes"[1] y el médico por antonomasia, Galeno, señalaba como una de las cualidades típicas de los negros la "propensión a una ruidosa hilaridad"[2]. Todos los observadores modernos

1. Linton: *Estudio del hombre.*
2. Delaffosse: *Los negros.*

reconocen esta cualidad como peculiar de la raza negra. Psicólogos como Jung, filósofos como el conde de Keiserling, sociólogos como Arthur Ramos, antropólogos como Linton, viajeros como Siefried, literatos como Paul Morand —*Ignore-t-il que Dieu a fait don aux negres de son plus precieux trésor: la joie?*[3] (*Magie Noir*)— Morand considera que la alegría es un atributo divino del cual sólo participan los negros en la tierra. Esto para citar algunos nombres familiares.

* * *

Pero la alegría del Caribe, que se presenta originalmente como un recurso defensivo ante las inclemencias del ingenio poderoso, tiene un fondo de imponderable tragedia. Nace tarada. En efecto; un compositor negro norteamericano, W. C. Handy, autor del famoso *St. Louis Blues*, a quien habrá que concederle autoridad en la materia, ha explicado mediante una especie de apólogo el verdadero sentido de esta alegría:

"Un negro tiene veinte pesos y debe treinta al casero. Si fuera blanco abonaría esos veinte y debería los diez. Como él es negro y el casero blanco, no puede hacerlo. Cuando llega la hora de pagar y no ha conseguido la suma completa, se mete en un tugurio y se bebe alegremente los veinte pesos".

Así es; pero los pueblos del Caribe, en cuya composición entran otras razas colocadas en distinta posición

3. "¿Se ignora que Dios ha hecho a los negros el don de su más precioso tesoro: la alegría?"

social no toman sino la alegría pura y simple. El elemento de tragedia contenido en ella queda recóndito, como problema de grupo o de casta, absolutamente inadvertido. Especialmente en aquellos pueblos en que el elemento racial numéricamente predominante, como en Estados Unidos, es la raza blanca.

* * *

Siendo así que lo que asoma a la periferia es la impoluta alegría, se explicaría que la raza negra, constituyendo una minoría en los pueblos de tierra firme, haya dejado una impronta tan notable en el cuadro social. La potencia social de la alegría, como lo ha demostrado bonitamente Bergson, es irresistible. La risa es contagiosa. Se transmite por contacto. Por eso, a la vuelta de unos años. aquella alegría se derramó sobre las espumas del Caribe y le dio su brillante colorido a las aguas del litoral.

* * *

El más activo agente de la alegría fue la música: el ritmo, que iba a servir de esqueleto a toda la arquitectura folklórica. La melodía de los pueblos colonizadores, traspasadas por el estremecimiento de color, se acomodaron sobre los ritmos africanos y produjeron un sonido nuevo. La música afro-americana, fue la música típicamente americana.

* * *

De todo el álbum musical americano las más preciosas páginas fueron los *spirituals.* Es una música de carácter religioso en la cual, como cosa notable, se expresa la profunda melancolía subyacente de la raza. Es música coral, improvisada y anónima. Un guía dice unos versos inspirados en un texto bíblico y la masa va respondiendo hasta crear algunas de las páginas más bellas de la musicografía mundial. La masa produce una complejidad de ritmo y una riqueza polifónica que asombran a los eruditos. Pero el valor de esta música solamente puede expresarse aquí mediante un criterio de autoridad. Después de Dvorak las figuras más notables de la música, Debussy, Cyril Scott, Strawinski, Casella, Honnegger, Jean Wiener... buscaron inspiración en los motivos negros. Stokowski dijo que los negros habían hecho en la música todo lo contrario de lo que decían las reglas clásicas y lograban obras admirables.

Los *spirituals* y los *labor songs* (canciones de trabajo) bien pronto desembocaron en una modalidad folklórica, el blues, que primero anduvo anónimo por las calles de New Orleans y los barcos de Mississippi, superpuestos sobre el compás del banjo, instrumento de negros híbrido de la guitarra y el tambor. El banjo creó el jazz-*band.* Los *spirituals* tomaron este vehículo y reaparecieron trocados en un caudal de ritmos de una alegría desbordante e irresistible. De allí salieron todos los ritmos populares modernos. Primero el *cakewalk* y el *rag-time.* Más tarde el *shimmy* y el *charleston.* Hoy (1948) el *big-apple,* el *jitterbug* y el *boogie-woogie.*

El rasgo que parecía darle a toda esta música su contagiosa alegría era el predominio de las síncopas. Los músicos habían importado el sentido de las síncopas con su instrumento básico, el tambor. Las orquestas africanas estaban compuestas por una variedad y una pluralidad de tambores, de modo que, para que cada sonido conservara su individualidad y se destacara entre la muchedumbre de golpes, tenía que asaltar el menor resquicio entre compases. Esto se lograba adelantándose o retrasándose el ritmo. Las síncopas eran las que hacían posible la distribución de los golpes de cada tambor dentro de las limitaciones del compás. Las síncopas invadieron las melodías en boga, las polkas y *one-steps* y las convirtieron en esa exaltación a la alegría primitiva e incontaminada que es la música afro-americana.

* * *

Los pueblos hispanoamericanos fueron igualmente sacudidos por los nuevos ritmos. Allí el agente aglutinador fue la "comparsa" en la que desfilaban los negros durante las fiestas del carnaval cantando sus melodías al ritmo de los atabales. Así apareció en Cuba *La Habanera*, muy fiel todavía a la música española, y de ella procedió toda la rica variedad de ritmos cubanos actuales, la rumba, la guaracha, la conga, el son, los afros y demás... En el Brasil aparecieron la samba, el batuqué, el candomblé, el jongo y otros... En la región rioplatense, bastante alejados ya del área de dispersión de la raza, los "candombes" que se bailaban en los barrios negros del Buenos Aires colonial y Montevideo, produjeron toda esa va-

riedad de ritmos de los cuales el tango, palabra negra emparentada con Changó, deidad africana, vino a ser el más conspicuo florón, sobre la milonga, la cueca, la zamba, etc. Centro-América tuvo su instrumento negro, típico, inventado en el África inmemorial, la famosa marimba centro-americana, que al lado de los ritmos populares producía una alegría inquieta y saltarina.

* * *

Pero con ser ésta la dimensión en que más netamente se destacaba el impacto de la alegría sobre el complejo social americano, no era sin embargo la única. De buenas a primeras resaltaba en los sitios más inesperados. Todavía en la fonética era fácil descubrir su rastro, pero la alegría llegó hasta condicionar, pasando por las formas de relación cuotidiana, hasta la manera de caminar. Creó un estilo ambulatorio. Pero en esto parece lo más cuerdo ceder la palabra a la voz autorizada de un psicólogo que, por ser especialista y disponer de la perspectiva penetrante de los extranjeros, merece la mayor atención. Dice C. G. Jung, el psiquiatra disidente de la escuela vienesa, discípulo de Freud:

"Es en los suplementos cómicos de los periódicos donde se puede estudiar mejor la exteriorización emocional del americano, en primer lugar su risa; se encuentra una forma primitiva de la risa inimitable de Roosevelt en el negro de América. Este andar particular de articulaciones relativamente flojas, caderas ondulantes que se observa frecuentemente en las amerieanas, viene de los negros. La músi-

ca americana tomó su inspiración principal del negro; la danza es una danza negra. La manifestación del sentimiento religioso, los revival meetings, *los* holly rollers *y otras extrañezas, están fuertemente influenciadas por los negros y puédese comparar la famosa ingenuidad americana, en sus manifestaciones menos agradables, a la puerilidad del negro. El temperamento en general muy vivo que se manifiesta no solamente en el juego de bolos, sino sobre todo en el placer extraordinario que se toma en la expresión verbal y cuyo ejemplo más impresionante es la onda de incesante palabrerío de los periódicos americanos, difícilmente puede provenir de los antecedentes germánicos y se asemeja más bien al* bavardage *de la aldea negra. La falta casi absoluta de intimidad, la enorme sociabilidad, lo absorbe todo".*[4]

"... el hecho de que Estados Unidos esté saturado por la figura tan llamativa y sugerente del negro puede asombrar al ingenuo europeo que cree que esa república americana es una nación blanca. Pero no es del todo blanca, si se me permite. No hay que hacerle; es así. ¿Y la risa americana entonces? ¿La ilimitada y ruidosa sociabilidad? ¿El placer de los movimientos y ejercicios de todas clases? ¿El andar desarticulado, la danza y la música negroides?... Es imposible dejar de ver que el negro ha afectado la conducta del yanqui con su movilidad primitiva, su espontaneidad, su sentido de la música y del ritmo, su lenguaje gracioso y pintoresco.[5]

* * *

4. Cit. De A. Ramos. *O negro brasileiro.* (Nota de la edición de 1969).
5. Cit. de Cit. Roderigo, *Panorama de la música afro-americana* (Nota de la edición de 1969).

En Cuba la forma social de la alegría tomó una forma extremadamente graciosa, el "choteo". Toda la psicología cubana está contenida allí. Asciende las clases más íntimamente ligadas a la entraña popular hasta las altas esferas políticas y académicas sin que constituya una cualidad tenida por denigrante. El choteo, produce familiaridad en que el tuteo adquiere toda privanza. Jorge Mañach, escritor cubano, nos explica:

"El choteo ha sido una de sus grandes defensas del cubano. Le ha servido de amortiguador para los choques de la adversidad; de muelle para resistir las presiones políticas demasiado gravosas y de válvula de escape para todo género de impaciencias. Como su operación consiste en rebajar la importancia de las cosas, es decir, en impedir que éstas nos afecten demasiado, el choteo surge en toda situación en que el espíritu criollo se ve amargado por una autoridad falsa o poco flexible..."[6]

Ni decir que los "choques de la adversidad", las "presiones políticas" y las "impaciencias" ante una situación social que no ofrece perspectivas de mejoramiento próximo, han sido infinitamente más gravosas para los negros cubanos, que con los blancos que ocupan las esferas privilegiadas de la sociedad (1948). Si a esto se añade la base de ancestral alegría de la raza negra y el caso señalado en otra sociedad por el psicólogo Jung; y se le opone lo que llama Mañach *"el pesimismo que dan los trabajos seculares de la civilización"* al blanco, tendremos una orientación bastante definida en lo que concierne al origen del choteo. Sie-

6. Mañach: *Indagación del choteo.* (Nota de la edición de 1969).

gfried nos dice (América Latina) *"Desde Río de Janeiro hasta el territorio norteamericano o de la Guerra de Secesión, pasando por el mar Caribe se dibuja toda una zona en la que el negro, sin ser predominante, constituye sin embargo en todo momento un aporte apreciable... con el negro reinan la alegría, la sensualidad, el dejar hacer, el buen humor fácil, todo lo cual forma una atmósfera muy diferente de la que se muestra bajo la impregnación de la tristeza española y de la incurable reserva indígena..."* No parece aventurado, pues, asegurar que el choteo es la modalidad cubana de la alegría del mar...

* * *

Es que el negro va distribuyendo la alegría por todos los caminos. Tiene predilección por los colores vivos y va con una bufanda roja y una vestimenta llamativa, disfrutando y desparramando el goce simple de verse y moverse encajado en la vida. Es un agente de dispersión del júbilo. Y no puede ser de otro modo para quien la vida ha sido milagro.

Y he aquí uno de esos contrastes que tanto inquietan la imaginación. No estamos en condiciones de asegurar en términos absolutos que el negro es alegre. La alegría parece ser para él una especie de escudo o coraza. Algo como una respuesta a las impresiones de la vida. Va por los caminos del Nuevo Mundo envuelto en una alegría pública, luminosa, que va distribuyendo ruidosamente. Los observadores, desde Galeno hasta Paut Morand, no pueden ver sino esta corteza luminosa. La verdad íntima permanece escondida. Es posible que la clave nos la haya dado

el compositor Handy, señalada más arriba. Cada vez que el negro está poseído de una emoción, la expresa mediante un cuadro del cual los otros pueblos se sirven solamente cuando están en estado de alegría. Pero un negro puede tener una recóndita pena y manifestarla mediante una serie de signos de expresión que solamente usan sus observadores cuando están alegres. El baile por ejemplo. Entre los pueblos negros que suministraron esclavos para América, la danza era una institución. Estas danzas se realizaban en los actos de cacería, de guerra, de sexualidad (ritos de circuncisión, de pubertad, de casamiento, etc.) tanto como en las ocasiones funerarias y religiosas. La danza responde a todas las solicitaciones emocionales. La alegría es una de ellas pero es sólo una.

En la mayoría de los pueblos la tristeza produce un estado de postración muscular o tiende hacia él. El blanco tiende a la inactividad. Se inclina a saborear la tristeza. En cambio, se considera de mal tono, reaccionar abiertamente ante un acontecimiento agradable. Para el inglés, ya sólo reaccionar es pecado. Todo es solemnidad y tentativa de majestad. Sobre todo, discreción en los movimientos, inclusive en la danza. La alegría va corriendo soterradamente, aflora a veces a la sonrisa, en forma de paso de baile o adorno delicado y condescendiente.

Es muy distinto el caso en la danza de los negros. *"Es preciso* —escribe Nina Rodríguez, refiriéndose a las danzas de macumbas y candombés de los brasileños— *haber sido testigo de los gestos, de las contorsiones, de los rostros, de los movimientos desordenados y*

violentos a los cuales se entregan los negros en sus danzas sagradas, durante horas consecutivas, durante días y noches; es preciso haberlos visto inundados de sudor que la mano de sus compañeros enjugan de momento en momento con grandes paños o pañuelos, es preciso haberlos visto así, con las vestiduras enteramente embebidas por la transpiración, danzar, danzar aún, danzar siempre, para hacerse una idea de lo que puede ser este ejercicio extenuante, para conocer su poderío que, en lugar de abatirlos, los excita de más en más. Es una especie de furia creciente, de accesos de desesperación, cuyas contorsiones acompañan las variaciones cadenciosas, cada vez más acentuadas, de los "bacutajés", hasta la manifestación final del santo..."

De modo que los negros tienen un gusto apasionado por el baile, lo que no quiere decir que le atribuyan un sentido dionisíaco. La tristeza no excluye la danza. Antes bien, la hace necesaria. El mismo instrumento básico de la orquesta negra, aparentemente no produce sino sonidos alegres, dado que solamente puede producirse en movimientos vivos. El adagio es casi inconcebible. Pero la verdad es que la influencia del tambor en el ánimo de los pueblos africanos está muy lejos de ser de tipo dionisíaco. Su influencia es de tipo más bien alucinatorio. Según Levy-Bruhl *"El tambor tiene, independientemente de su efecto psicológico, bien conocido de los indígenas, una acción mística propia. Ejerce una influencia sobre la disposición de los seres invisibles como sobre la de los humanos."*[7]

* * *

7. *La mentalidad primitiva.*

Pero, en fin, importa poco que las reconditeces, del alma negra, palpite un fondo de tragedia contenida, de protesta siempre latente. Lo que importa es que en la convivencia con las otras razas de América su aporte cultural esté absolutamente caracterizado por un elemento de júbilo. Las ondas del mar Caribe están penetradas de un impulso positivo, de un ansia de vivir la vida intensamente, que traspasa los más oscuros intersticios de la vida social de los pueblos apoyados en sus orillas. Y éste parece ser el gran legado americano de la raza negra. Por lo cual no parece muy aventurado localizar en los remotos engranajes del ingenio poderoso la raíz remota del estilo vital del Nuevo Mundo...

Las tres leyendas

"A la que el señor judiciario respondió que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos; el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla".

Estas tres leyendas –la blanca, la india, la negra– configuran tres sectores netamente diferenciados en el complejo social americano. En las fibras de todas ellas se entreteje un engaño. Es así como ha podido originarse la gran leyenda latinoamericana, gran síntesis final del infinito amasijo de complejos económicos, psicológicos, y sociales de toda laya, que decora la entrada de estos países situados al sur del Río Grande.

Existe una leyenda latinoamericana.

La leyenda de su inferioridad continental, de su caudillismo mórbido, de su holgazanería, de su espíritu quijotesco, de su romanticismo de opereta, de

su incapacidad medular para las empresas prácticas, de su necesidad de ser conducido por naciones superiores, a las que la Divina Providencia ha señalado la misión de "enseñarles a gobernarse" .

Una leyenda que se hace derivar de su formación hispánica y que, en definitiva, no es más que una herencia de la *Leyenda Negra*, inventada por los enemigos de la España colonizadora para apropiarse, como se apropiaron, de su imperio.

Es cierto que la ascendencia hispánica ha sido también enarbolada por los retrógrados del lado de acá y los del lado de allá en la antigua metrópoli, para golpear el lomo indio y el lomo negro y hasta el mismo lomo blanco. Lo que quiere decir que no se trata de añorar, en el seno de la opresión contemporánea, la opresión histórica.

Pero el peligro más cierto, un peligro tantas veces convertido en realidad por la "diplomacia de cañonero", consiste en el poderío gigantesco y el espíritu agresivo del Coloso del Norte.

Ante esta tragedia histórica, común a los países del conglomerado ibero-americano para incluir el de lengua portuguesa, los pueblos no han encontrado mejor salida, y es por cierto la mejor, que la de acentuar sus esencias nacionales. Es un hecho que la influencia norteamericana en el lado mexicano de su frontera es menor que la mexicana en la norteamericana. Y Puerto Rico ha conservado la esencia hispánica de su nacionalidad a pesar de una campa-

ña activa y profunda de casi tres cuartos de siglo para enajenarla.

Las tres leyendas raciales y su síntesis, latinoamericana, no pueden tener otro destino que el de disolverse, por el empuje histórico, en una realidad real y activa, terminante e imperecedera.

* * *

Esa es la posición del problema racial ante el peligro más próximo que tiene la tradición cultural de los pueblos hispanoamericanos. Está demás decir que ésta es la última prolongación de aquel acontecimiento, más o menos ignorado, que sucedió en una isla, más o menos, ignorada del archipiélago antillano. Hasta estas elucubraciones se remonta su influencia. Y no podía ser de otro modo. La sociedad hispanoamericana actual le debe toda su conformación.

El alzamiento de Roldán le dio a todos estos países, la mayoría —si no todas— de las instituciones que conformaron el esquema social. La Real Audiencia, La Encomienda Indiana, el municipalismo, el ingenio poderoso, la esclavitud de negros, la discriminación racial y la infinita alegría, proceden directamente de aquel acontecimiento.

Lo de menos sería la ingratitud de olvidar el papel jugado por La Española en estos procesos de América. Lo demás sería perder el contacto con el curso real de las instituciones sociales de América si el estudioso desatiende las raíces profundas de donde éstas proceden.

No tiene nada de atrevido asegurar, con todo énfasis, que el acontecimiento revolucionario que más hondas repercusiones ha tenido en la historia de América es el Alzamiento de Roldán. E inclusive puede considerarse como un gran suceso en la historia de la humanidad. Sin ninguna reserva.

BIBLIOGRAFÍA

PRIMERA PARTE:
Roldán

Altamira, Rafael
Historia de España y de la civilización española. Barcelona, 1911.
Manual de historia de España, Buenos Aires, 1942.
Psicología del pueblo español, Madrid, 1902.

Arciniegas, Germán
Biografía del Caribe, Buenos Aires, 1945.

Arvelo D. Tulio H.
El derecho español en la formación de las Leyes de Indias. Tesis para el Doctorado. Año 1942-1943. Universidad de Santo Domingo.

Casariego, J. E.
El municipio y las cortes en el imperio español de las Indias. Madrid, 1946.

Colón, Fernando
Vida del Almirante. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1852.

Del Monte y Tejada, A.
Historia de Santo Domingo, Santo Domingo, 1896.

Fernández de Oviedo, G.
Historia General y natural de las Indias.
Biblioteca de Autores Españoles.
Madrid, 1852.

Gandía, Enrique de
Historia de Cristóbal Colón.
España en la conquista del Nuevo Mundo.
La primera revolución de América, Buenos Aires.

Hanke, Lewis
Colonisation et Conscience Chretienne au XVI Siecle. París, 1948.

Herrera, Antonio de
Historia verdadera de los hechos de los castellanos. Biblioteca de Autores Españoles.
Madrid, 1852.

Helps, Arthur
Life of Las Casas, the Apostle of Indias.
London, 1868.
The Spanish Conquest in America and its Relation to the History of Slavery and to the Government of the Colonies.
London, 1900.

Haring, Clarence H.
The Spanish Empire in America.
El comercio entre España y las Indias en la época de los Habsburgos. México, 1939.

Irving, Washington
Cristóbal Colón y sus viajes.

Las Casas, Bartolomé de
Historia verdadera de las Indias. Biblioteca de Autores Españoles, 1852.

Lummis, Carlos F.
Los exploradores españoles del siglo XVI.

Levene, Ricardo
Introducción a la historia del derecho indiano. Buenos Aires, 1924.

López de Gómara
Historia general y natural de las Indias. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1852.

Malagón Barceló, Javier
El distrito de la Audiencia de Santo Domingo en los siglos XVI a XVIII.
Universidad de Santo Domingo, 1942.

Madariaga, Salvador
Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón. Buenos Aires.

Morrison, Samuel
El almirante del océano.

Mártir de Anglería, Pedro
Décadas del Nuevo Mundo. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1852.

Nouel, Carlos
Historia eclesiástica de la Aquidiócesis de Santo Domingo.

Ots, Capdequi, J. M.
El Estado español en las Indias,
El Colegio de México, 1941.
Instituciones sociales de la América española en el período colonial, La Plata, 1934.
Manual de historia del derecho español en las Indias.

Picón Salas, Mariano
De la conquista a la independencia,
México, Fondo de Cultura Económica.

Palm, Walter E.
Excavation at La Isabela.

Patee, Richard
Introducción a la civilización hispanoamericana.

Rodríguez Demorizi, E.
Memoria de La Isabela,
Universidad de Santo Domingo.

Serrano y Sanz
Orígenes de la dominación española en América.

Saco, J. A.
Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo seguida de la historia de los repartimientos y encomiendas. Habana, 1932.

Viñas y Mey, Carmelo
El estatuto del obrero indígena en la colonización española. Madrid, 1929.

Wassermann, Jakob
Cristóbal Colón, el Quijote del océano.

Zavala, Silvio.
La encomienda indiana. Madrid, 1935.
De encomienda y propiedad territorial en algunas regiones de la América española. México, 1940.
Las instituciones jurídicas en la conquista de América. Madrid, 1935.
Ensayos sobre la colonización española en América. Buenos Aires, 1944.

Britanic Encyclopedia
Artículos: "Urbanism, City building".

Enciclopedia Hispanoamericana.
Artículo: "Municipio".

The Americana.
Artículo: *"América".*